HQÑ™

Todo del revés

HILO ROJO 4

AMY REALTO

Portadilla

Todo del revés

AMY REALTO

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2022, 2025 Amalia García del Real Torralva
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Todo del revés, n.º 425 - septiembre 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9791370006297

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Cita
Dedicatoria
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Segunda parte
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Tercera parte
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo
Carta a mis hijos

Cita

Un hilo rojo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias.
El hilo se puede estirar o contraer, pero nunca romper.

Proverbio chino

Dedicatoria

A ti, porque los dos sabemos que tras tu apariencia seria y reservada se esconde un corazón noble y dulce.

Primera parte



Tensando el hilo

Capítulo 1

María

Murcia, en la actualidad

Me desperté cuando llegamos a Cartagena y mi cuerpo percibió la cercanía del mar. Pese a la climatización del vehículo, sentía la camiseta pegada a la piel, por eso lo supe. No abrí los ojos, dejando que Santi pensara que aún dormía. No estaba preparada para oírle renegar de lo mala que era la carretera o, quizás, quería retrasar la bofetada de nostalgia que me darían los recuerdos.

Había abandonado la ciudad de mi infancia y mi adolescencia, con poco más de veinte años, sin mirar atrás. Lo había hecho sabiendo que no dejaba nada que quisiera llevarme, pero el destino me había traído de regreso.

Escuché las indicaciones del navegador, que nos dirigía hacia Perín. Conocía la carretera y, aunque seguro que habría cambiado mucho, pronto vinieron a mi mente las imágenes de los campos de algarrobos que crecían a los pies de la Sierra de la Muela.

Santi protestó. Al parecer, el navegador se había perdido y necesitaba de mi memoria para continuar. Como una experta actriz me desperecé y observé adormilada el paisaje. El lugar era muy diferente al de mis recuerdos y me costó ubicarme. La carretera en ese punto era intransitable para un deportivo, así que tuvimos que retroceder. Dimos un pequeño rodeo, en el que pude comprobar que la finca de mi padre ya no era tan solitaria como antaño. Los campos

de cultivo tradicional se habían reducido y casi no quedaban árboles en pie. Miraras donde miraras, el paisaje era austero y lo rompían solo las casas de campo con piscina que se habían ido construyendo en los últimos años.

—Es aquella —señalé con una mezcla de alegría y reserva.

—Esto está en Mordor, pero no es tan *mierder* como me habías dicho.

Mi padre había reformado la casa y ya no se parecía en nada a la construcción vieja y destartalada que yo recordaba.

Santi aparcó en la puerta, bajó del coche y yo lo seguí. Aunque habían pasado muchos años desde mi último viaje a Murcia, mi padre y yo nos veíamos con frecuencia. Hacía apenas un mes, habíamos estado los tres de crucero por el Mediterráneo. Un viaje cuya intención había sido acercar a Santi y a mi padre para que se conocieran mejor.

Llamamos a la puerta y Antonio salió a abrir. Pese a su edad, mantenía un aspecto saludable. Había sido mi primer *follower* y, con toda probabilidad, la persona que mejor seguía mis consejos después de mí misma, así que era la prueba de que mi sistema funcionaba.

Mi padre abrió el portón para que Santi metiera el coche en la parcela, teniendo cuidado de que la perra no se escapara, y a mí me abrazó con cariño, instándome a entrar.

—Al final lo hiciste —le dije, observando la vivienda, sin entender muy bien por qué se había molestado.

De niña habíamos vivido en un piso en la ciudad de Cartagena. No era muy grande, pero a mí me parecía perfecto. Mi madre me recogía en el colegio. En el camino a casa había un parque en el que, si me había tomado toda la merienda, me dejaba jugar un rato antes de regresar.

Una tía de mi padre, al fallecer, le había dejado en herencia esa parcela en Galifa. En aquella época, no era más que varias decenas de algarrobos abandonados que habían crecido salvajes y una casa destartalada e inhabitable, pero mi madre había visto algo especial en aquella edificación ruinosa. La cantidad de trabajo que necesitaba fue la razón por la que comenzamos a pasar tanto tiempo allí. Al

principio alguna tarde y, cuando la vivienda estuvo adecentada, los fines de semana. Más adelante, construyeron una piscina y nos quedamos todo un verano.

A mi madre le encantaba aquello. No le importaban los bichos, ni su fachada desconchada, ni el olor a rancio de sus habitaciones.

Mientras mi hermano Antoñín y yo jugábamos en el agua, ella se sentaba a dibujar a la sombra del laurel con su cuaderno y sus acuarelas. En sus pinturas la casa cobraba vida y competía con el color azul del cielo.

Al observar la casa en ese momento, me di cuenta de que mi padre había dado forma a los sueños de mi madre.

Santi y yo nos instalamos en mi habitación, que parecía, junto con la piscina y la zona del cenador, lo único inmutable en el tiempo. Me dio rabia que papá hubiera mantenido todo igual, como si la niña que salió de allí fuera a regresar algún día.

Por lo menos Santi se abstuvo de comentar nada.

—¡Jolín! Es que no hay cobertura en ningún sitio —me quejé desesperada—. Necesito revisar las cuentas y quería hacer *streaming*.

—En la piscina, suele haber. A veces se va, pero luego vuelve —respondió tranquilo mi padre.

—No entiendo por qué te empeñas en vivir aquí. No quiero ser *hater*, pero es taaan rural.

No esperé respuesta, siempre discutíamos por lo mismo, así que me dirigí a la piscina con el brazo en alto a modo de antena, buscando señal.

Llegó, como dijo mi padre, y me dio tiempo a revisar los perfiles por encima, ya que tardaron una eternidad en descargarse. También respondí algunos de los comentarios que habían puesto mis seguidores con respecto a mi última publicación.

—He dejado *perfect* el trabajo para este fin de semana —dije a Santi, que disfrutaba de una cerveza junto a papá en el porche—,

pero tendremos que ir a algún sitio civilizado el lunes, porque aquí es imposible trabajar.

—Puedo reservar en el *spa* de San Pedro del Pinatar, ¿te hace?

—Estaría bien. Podría hablar con ellos… Quizá les interesa que haga desde allí *streaming* o que ponga un *swipe up* de su web en *stories,* incluso podemos hacer un *house tour.*

—¿No os vais a quedar? —preguntó mi padre.

—Imposible… Esto no da para más de dos días, tengo que mantener mi nivel —respondí.

—Antes te gustaba —comentó decepcionado.

—Papá, siempre lo he odiado.

—Te gustaba, aunque ya no te acuerdes —murmuró entrando en la casa para hacer la cena.

Santi permaneció callado, aunque con su mirada me dio la razón. El pobre no había dicho nada y aquel lugar era para hacer *next*.

A ver, no era que fuera horrible. Bien mirado era hasta bonito, pero digamos que nuestro concepto de la belleza era algo menos rústico. Puede ser que fuéramos dos *snobs* demasiado cosmopolitas, pero es que allí no se podía hacer gran cosa.

Solo pasear.

Aquella noche salí con mi padre y la perra a dar una vuelta. Santi no nos acompañó porque estaba cansado y prefirió irse a dormir. Había conducido, él solo, todo el viaje desde Barcelona. No era que yo no supiera o no me gustara hacerlo, solo que delante de Santi prefería evitar coger el coche, porque él tenía una forma muy particular de comentar mi forma de conducir y, al final, siempre acabábamos discutiendo.

Durante el paseo nos acompañó la perra de papá. Tenía la misma vitalidad que Donna y expresiones que me recordaron mucho a ella, incluso la había llamado igual.

Cuando nos mudamos a aquella casa, papá me compró a Donna con la única intención de llenar un vacío y, aunque la perrita me regaló muy buenos recuerdos, no cumplió su cometido. No fue suficiente.

Caminamos en silencio, respirando el aire fresco de la noche, mientras el animal corría feliz a nuestro lado. Papá le había puesto

un collar que brillaba en la oscuridad, y que era lo único que veíamos moverse.

—Parece un ovni —comenté, y él rio. Merecía un *snap*, así que tomé una foto.

—Es que siempre la perdía de vista y al comentarlo en el veterinario me vendió ese collar. Se recarga por «usebé». —Llamó a la perra, para atarla cuando casi estábamos en casa—. Entonces, ¿no os quedáis unos días más?

—Papá, hemos venido porque Santi tenía una reunión y lo he acompañado porque queremos ver algún terreno cerca para construir nuestra casa. ¿No llevas años pidiéndome que vuelva? He decidido hacerlo. Deberías alegrarte de que por fin te haya hecho caso.

—Sí, hija, y lo hago pero, no sé, pensé que haríais todo eso desde aquí. Me gusta tenerte en casa.

—Pero es que no puedo trabajar sin cobertura, y los *followers* se resienten en cuanto desaparezco unos días. Los *haters* y los *stalkers* hacen mucho daño a mi *feed*. Además, me debo a los *brand deals*.

—No he entendido nada —me dijo, pero, a su manera, sí lo había hecho—. ¿Y si pongo «internés»?

—No creo que tenga velocidad suficiente, pero de todas formas tardarán un tiempo. Quizá la próxima vez.

Pareció conformarse y no volvió a sacar el tema.

Por la mañana, Santi y yo nos levantamos dispuestos a hacer una excursión. Había un par de lugares en la sierra a los que me apetecía ir, porque si seguían tan bonitos como yo recordaba, iban a quedar perfectos en mis redes. Pero salimos más tarde de lo esperado y se nos echó el calor encima.

—¡Estas botas son una *ful*! —se quejó Santi por enésima vez.

Las botas nuevas de senderismo, que me habían enviado la semana anterior para promocionar, le estaban haciendo rozaduras.

—Te dije que les dieras forma antes. Son buenas, solo tienes que domesticarlas.

—Por el precio que tienen debería sentir los pies en una nube y están en un infierno.

—No había quien te sacara esta mañana de la cama, así que no te quejes.

—Esto parece un puto desierto…

Me estaba hartando, así que preferí no entrar a discutir.

Cuando por fin llegamos lo bastante alto como para disfrutar las vistas de El Portús, enmarcado entre el Puntal del Moco y Los Caramanchones, estábamos agotados. Santi de andar y yo de escuchar sus quejas, y aún nos quedaba un tercio del recorrido.

Nos permitimos descansar un rato. Mi idea era hacer unas grabaciones para un *reel* cortito con ejercicios sencillos para realizar en la naturaleza, ya que siempre los hacía *indoor*, pero no me atreví a pedírselo y arriesgarme a que empeorara su mal humor. Me limité solo a tomar unas fotos y hacerme algún *selfie.* Luego descendimos en silencio, evitando una discusión.

Cerca del mediodía llegamos a casa, sudados, pegajosos y agotados, y Santi, además, cojo y malhumorado. Entró directo a la casa, saludando con un gruñido a mi padre y a su visita. Me pareció tan descortés que, aunque el cuerpo me pedía a gritos una ducha, me detuve a saludar.

—María, ¿recuerdas a Ángel? —dijo papá.

Claro que lo recordaba.

Capítulo 2

Ángel

Murcia, hace más de veinte años

Cerré la puerta de golpe siguiendo a mi padre hacía su coche. Ambos sentimos la vibración de la pared y el tintineo de los cristales del recibidor, lo que provocó una mirada acusadora del viejo.

La voz de mi madre regañándome por el portazo se escuchó desde el interior.

Estaba enfadado y no quería ocultarlo. Necesitaba que ambos supieran que, de entre todos mis hermanos, no era justo que tuviera que acompañarle yo. Me importaba una mierda que su amigo Antonio le hubiera pedido opinión sobre una obra. Seguía sin entender qué pintaba yo con ellos.

Desde que les había dicho que pasaba de seguir estudiando porque, a la vista de mis notas, no era lo mío, ellos habían empezado a llenar mi verano de obligaciones y mierdas, y, mientras, Leo podía pasarse las horas sentado en nuestra habitación haciendo que estudiaba.

—Leo tiene que despejarse un poco —había dicho mi madre cuando sugerí que fuera él el que acompañara a nuestro padre—, ha estado toda la mañana estudiando.

—¿Y qué? Yo he estado durmiendo y tengo que espabilarme. Además, he quedado con los colegas.

Mi madre me lanzó una de esas miradas suyas que no te daban opción a replicar y supe que daba igual lo que dijera. Me había tocado ir con mi padre a casa de su amigo.

Entré en el coche de mala manera y me mantuve en silencio todo el trayecto. Odiando a mis hermanos, a los que les dejaban hacer todo lo que querían.

—Antonio quiere una barbacoa en la piscina y ver si hay hueco para poder techarla haciendo un cenador —explicó mi padre ajeno a mi mal humor.

Yo respondí con un gruñido.

—Mira, Ángel, has decidido no seguir con tus estudios. Con casi dieciocho años tienes que pensar en tu futuro —intentó razonar mi padre—. Si no quieres estudiar, tendrás que buscar una profesión.

—Conozco esta profesión, papá. ¿Quién coño va contigo siempre a todos los sitios? —El viejo retiró la vista de la carretera para mirarme; no le gustaba que dijera tacos, pero me dio igual—. El único de todos nosotros que se pringa de mierda contigo soy yo. Así que creo que no tengo mucho que aprender.

—No te engañes, siempre hay algo nuevo que aprender.

Me dieron ganas de decirle: «Y una mierda», pero sabía que con esa respuesta me ganaría una colleja, así que me callé.

Resignado, esperé que no se entretuviera mucho en casa de su amigo, para que, al menos, me diera tiempo de bajar a la playa a jugar un rato al fútbol con los chicos.

La casa de campo de Antonio era vieja y necesitaba una buena reforma, no solo una barbacoa en la piscina, pero el tipo estaba centrado en mejorar el exterior. Yo le habría dicho: «Tíralo todo abajo y levanta otra», pero mi padre alabó la construcción tosca pero resistente que se utilizaba antaño y, como siempre, le vio mucho potencial. Mi viejo era único sacando brillo a las cosas deslucidas.

Después de ver lo que querían enseñarnos, Antonio y su mujer quisieron agradecernos el favor invitándonos a tomar algo.

—¿Una cerveza, chico? —me preguntó Antonio.

—Mejor una Coca-Cola, ¿verdad? —corrigió su mujer sin darme tiempo a responder a la par que miró a su marido reprendiéndole.

Me llamó la atención la sonrisa boba del hombre.

Al final me pedí la Coca-Cola, aunque habría preferido una cerveza. Por lo menos, de ese modo, el viaje habría merecido la pena.

Nos sentamos en el porche a tomarnos las bebidas y algo de pasto seco que sacó la mujer, mientras los hombres hablaban.

Aburrido, me limité a observar a mi alrededor, esperando que el tiempo pasara rápido y mi viejo no se enrollara demasiado.

Los hijos de la pareja llegaron un poco después, atraídos por la certeza de que estábamos comiendo algo rico. Lo hicieron de la mano, lo que me pareció extraño, ya que a mí no se me ocurriría dar la mano a mi hermano Juan, aunque debía de tener más o menos la edad de esa cría.

Me los presentaron como Antoñín y María. El chaval era de la edad de Eduardo, y me sonaba de haberle visto en alguno de los partidos de fútbol de mi hermano en Cartagena. La niña, en cambio, era una cría demasiado pequeña para fijarse en ella.

Con las prisas que me habían metido para ir justo esa tarde a ver lo del rollo de la barbacoa, cualquiera hubiera pensado que el trabajo lo haríamos antes de acabar el verano, pero no. Las cosas con los clientes eran así. Te avisaban con urgencia porque necesitaban un presupuesto, pero lo hacían antes de tener dinero para hacer nada, así que los trabajos se retrasaban.

No fui a trabajar a aquella casa hasta el verano siguiente.

Para cuando volví por allí, llevaba ya varios meses trabajando con mi padre. Al contrario que mis hermanos, yo era el único que tenía algo de dinero propio para divertirse e incluso me había sacado el carnet de conducir. Mi verano no se presentaba como los anteriores, porque con dinero y un coche iba a intentar sacarle todo el pringue posible. Hacer una barbacoa era algo sencillo, así que mi viejo me envió una tarde a comenzar con ello. Hacía poco que el trabajo se nos había duplicado y, aunque Leo y Eduardo nos echaban una

mano cuando sus estudios se lo permitían, yo era el único en el que mi padre confiaba para dejar solo.

Llegué a media tarde porque antes había pasado a recoger los materiales por el almacén. Antonio ya me esperaba en la finca. Ese día solo me daría tiempo a descargar y preparar el terreno para comenzar a trabajar al día siguiente. No pensaba entretenerme mucho, ya que había quedado con mis colegas para ver el partido en el bar del puerto mientras tomábamos algo, y quería pasar por casa a quitarme la mugre del día.

No me molesté en hablar mucho con él. Era el amigo de mi padre, no mío, y mi meta era salir de allí cuanto antes.

El hombre me dio las llaves, porque aquella no era su vivienda habitual y al día siguiente no habría nadie. Prefería trabajar solo, sin ningún cliente observando detrás de mi oreja y preguntando continuamente. Así que me pareció chapó.

Imagino que como se percató de que le iba a dar poca conversación, me dejó solo y se dedicó a sus cosas.

La niña asomó la cabeza un par de veces por allí para curiosear, agarrando una muñeca. Para estar en época de crecer, no me pareció que hubiera cambiado mucho desde el año anterior, seguía siendo una niña pequeña. No le dije nada, ocupado en descargar la furgoneta cuanto antes.

Estaba a lo mío cuando Antonio se me acercó con la cara descompuesta.

—Chico, ha pasado algo y tengo que irme —me dijo nervioso—. Mi mujer…, mi hijo… Necesito que te quedes aquí con María hasta que pueda venir alguien a por ella.

No me hacía ni pizca de gracia quedarme con la mocosa, pero por cómo se comportaba su padre, debía de haber pasado algo grave, así que asentí y el hombre se marchó de allí agradeciéndomelo en un murmullo.

Desde mi posición pude ver cómo la niña se acercaba a su padre, sin entender por qué este se marchaba sin ella. Antonio se agachó, para ponerse a su altura, y debió de explicarle que se tenía que quedar conmigo, porque ambos me miraron desde la distancia. Ella con recelo.

Luego el hombre se marchó, y la niña vino a sentarse cerca de mí.

—Enseguida viene alguien a por ti, no te preocupes —le dije al ver su expresión y seguí con lo mío.

Un buen rato después, había avanzado en mi trabajo mucho más de lo que tenía pensado en un principio, pero nadie había llegado a por la cría. Miré el reloj y me di cuenta de que no llegaría a ver el inicio del partido. Maldije molesto y la niña me miró. Mi madre me daría una colleja si se enteraba de que había soltado un taco delante de ella.

Había estado observándome trabajar en silencio, abrazada a su muñeca todo el rato, sin abrir la boca.

Cuando la luz se fue y se me hizo imposible seguir trabajando, limpié la herramienta y lo dejé todo recogido para seguir con ello al día siguiente. Me acerqué al coche, con la niña pegada a mi cuerpo, como si la pobre pensara que era capaz de marcharme sin ella y dejarla sola.

Me fijé en que en mi móvil había varias llamadas perdidas de mi madre. Se emperraban en que llevara ese trasto y a mí no me gustaba nada sentirme controlado todo el rato, así que solía dejarlo tirado en la furgoneta.

Le devolví la llamada.

—Ángel, ¡por fin! —dijo nerviosa—. Está María contigo, ¿verdad?

—Sí —respondí mirando a la pequeña, que me observaba con sus grandes ojos negros como un búho.

—Ha pasado algo terrible. Su padre nos ha llamado hace un rato destrozado y le he dicho que nos ocuparíamos de ella. Toda su familia está…

Mi madre me explicó, entre sollozos, que la madre y el hermano de la niña habían fallecido en un accidente de coche en el Puerto de la Cadena. Al parecer, un camión los había arrollado en la bajada. La madre murió en el acto y el chico un poco más tarde en el hospital.

Intenté no ser muy expresivo, porque la niña debía de saber que algo malo pasaba por la reacción de todos, y no estaba preparado para ser yo el que le diera aquella noticia.

—Te vienes conmigo —le expliqué y le tendí la mano—. Mi madre va a preparar una cena genial y te ha invitado. ¿Te gustan las

hamburguesas?

Ella asintió con desconfianza. Lo que me pareció normal. Seguramente le habían dicho que no hablara con extraños y mucho menos que se fuera con ellos. Y ahí estaba yo, un tipo al que había visto solo un par de veces en su vida, y con el que no había cruzado más de cuatro palabras, pidiéndole que se viniera conmigo. Aun así, me cogió la mano y me la llevé a casa.

Capítulo 3

María

Siempre que recuerdo el día en que mi vida cambió, lo relaciono con la primera vez que monté en el asiento del copiloto en un coche. No sé por qué. Yo tenía ocho años y no daba la talla legal para hacerlo, pero se trató de una causa de fuerza mayor. Así que cuando el desconocido que había venido a construir la barbacoa me indicó que subiera a su furgoneta, lo hice.

Mis pies apenas rozaban el suelo y el cinturón de seguridad pasaba por mi cara, así que tuve que sujetarlo durante todo el recorrido porque era muy molesto.

Tendría que haberme sentido mayor, tendría que haber disfrutado de mi primer viaje de copiloto, pero estaba demasiado asustada para hacerlo. Aunque mi padre me había dicho que no me preocupara, sabía que algo muy malo había pasado.

Llegamos a la casa de los Cano y, enseguida, África salió a por mí. Los conocía, porque eran amigos de mis padres y habían estado en mi casa varias veces.

Todos estaban demasiado callados y sentí que les daba pena. Miré a Ángel y él me sonrió, pero sus ojos se veían tristes. Busqué apoyo en mi muñeca.

La mujer me tomó de la mano y me llevó a una habitación para poder hablar a solas. De aquel lugar, solo recuerdo que era oscuro y las paredes estaban llenas de pósteres de cantantes que me dieron miedo.

—¿Sabes qué ha pasado? —me preguntó África.

—Algo malo —respondí, segura de ello.

La mujer me abrazó y lloró conmigo.

Aquella época está un poco borrosa en mi memoria. Creo que pasé varios días con aquella familia, antes de regresar a mi casa. Mi padre vino a verme y me contó lo que ya me había dicho África, y en ese momento se convirtió en real. Nos habíamos quedado solos.

Aquel verano lo pasé con mi abuela, mientras mi padre ponía en orden su vida. Imagino que debió de ser muy duro para él quedarse a cargo de una niña pequeña y perder a su hijo mayor y, sobre todo, a la mujer de su vida en el mismo día.

Yo me convertí en su mundo, pero no podía hacerlo solo, así que la abuela se vino a vivir con nosotros.

No sé si fue porque a mi abuela, acostumbrada a vivir en el campo, cultivar su huerto y respirar aire puro, nuestro piso de Cartagena le resultó demasiado agobiante o porque sus paredes guardaban demasiados de nuestros recuerdos, que papá decidió que nos mudáramos a la finca. Así que aquella casa destartalada se convirtió en mi hogar.

Sin nada que hacer, más que estudiar y leer, me convertí en una niña tímida, bien alimentada, según mi abuela, aunque la realidad era que contaba con un incipiente sobrepeso.

A Ángel Cano volví a verle en el funeral de mi abuela, cinco años después. Acompañó a sus padres porque su padre había sufrido un pequeño accidente laboral que le impedía conducir y se encargó de llevarlos.

Aquella tarde, papá me había dicho que me pusiera guapa para despedirnos de la abuela. Tenía trece años y, aunque suene extraño, nunca había tenido que arreglarme sola. Cándida, que así se llamaba mi abuela, se había encargado desde la muerte de mi madre de ayudarme a hacerlo. Escogía mi ropa para cada ocasión y se ocupaba de cepillar y peinar mi pelo.

No supe hacerlo. Elegí un vestido que había vivido tiempos mejores y que no se adecuaba ni a mi edad ni a mi figura. Intenté recogerme el pelo en una trenza, pero se quedó en una coleta torcida.

Mis primas se encargaron de hacérmelo saber y me sentí mal. La humillación se sumó a la tristeza. Me escabullí y busqué un lugar solitario en el que llorar.

Una niña de trece años que lloraba en el funeral de su abuela porque se sentía gorda, fea y perdida.

Durante unos minutos, lloré, grité, me insulté a mí misma e incluso destrocé mi ridículo peinado, hasta que me di cuenta de que aquel lugar no era tan solitario como había creído.

Ángel había dejado de ser un chico, no solo su aspecto, sino su expresión y su mirada habían cambiado. Aquel hombre que me observaba a través del humo de su cigarrillo era duro y curtido. Debería haberme asustado. Debería haber huido de allí, pero no lo hice.

Pasaron unos segundos que se me hicieron eternos y en los que mi mente solo pedía a gritos que pudiera teletransportarme y desaparecer, como en los libros de fantasía que me gustaba leer.

Ángel tiró el cigarro y se acercó, por lo que pude verle más de cerca. No me dio miedo, cuando todo el mundo solía dármelo.

—¿Qué te pasa, niña? —preguntó finalmente—. No me respondas si no quieres. Aunque no creo que haya nada en el mundo que merezca querer arrancarte tu bonito pelo.

—Mis primas… —dije sin saber muy bien por qué—, ellas me han dicho que soy fea, gorda y que parezco un gran repollo con tanto lazo.

—No conozco a tus primas, pero yo de ti no les haría caso. ¿Sabes lo que yo veo? —me preguntó con su voz ronca y dulce, agachado a mi altura. Negué tímidamente—. Yo veo una niña perdida, igual de perdida que hace cinco años cuando se montó en mi coche sin conocerme. Pero sé que no vas a tardar en encontrarte. Eres una chica fuerte, María, demuéstranoslo a todos.

Puede parecer una tontería, pero escribí esa frase en el espejo de mi habitación y la leía cada mañana. Ese verano, encontré esa fuerza y decidí cambiar. Fui a la biblioteca y cogí todos los libros que encontré sobre deporte y nutrición, y me pasé el verano haciendo vida sana. Mi padre pasaba gran parte del día fuera de casa, y tuve que ocuparme de las comidas y rellenar mi tiempo libre. Se debió de

notar, porque cuando regresé al instituto al curso siguiente dejé de ser la chica rara para entrar en el *top*. Hice amigos, los mismos que años anteriores me habían evitado, pero no me importó. Me sentía bien, importante y querida.

Tuve mi primer novio y mi primer desengaño. Sin una figura femenina en mi vida se lo conté a mi padre.

El pobre aguantó el tipo. Ahora pienso que debió de ser duro escuchar a su hija narrar, con el corazón roto, cómo el chico que le gustaba había cambiado de pareja porque yo no había querido dar un paso más.

Pero tenía que contárselo a alguien, y mis amigas no me entendían.

Más tarde, cuando mis relaciones se volvieron más serias y yo más fría, dejé de contar esas cosas a mi padre.

La última vez que vi a Ángel fue al final de mi último verano en Murcia. Mis amigas y yo estábamos disfrutando de una tarde *fashion* en la piscina, antes de salir a divertirnos. Jugábamos a ser como las protagonistas de *Sexo en Nueva York*, glamurosas, *sexys* y alocadas.

Ángel llegó en mal momento. No recuerdo si habíamos preparado sorbetes o mojitos, el caso es que a nuestros casi veinte añitos estábamos un poco bebidas y excitadas. Nos saludó cortés y se puso a reparar una grieta que había salido en el muro del cenador que mi padre adoraba, porque había sido idea de mi madre.

—¿Y ese tío cañón? —preguntó una de ellas.

—Tiene un *polvazo* —aseguró la otra.

—Es solo el obrero que contrata mi padre. —La verdad era que mirando a Ángel, este no era «solo» nada. Ellas tenían razón, aunque yo seguía viendo al chico que había sido.

—Pues te digo yo que es un empotrador. —Lara se abanicó acalorada—. ¿Habéis visto qué culo? ¿Y qué brazos?

Ángel, ajeno a nuestro calentón, continuó con su trabajo.

—Te vas la semana que viene. Date un capricho —me animó Paula y yo me hice la tonta—. Estoy segura de que eres capaz de llevártelo a la parte trasera.

—Sería marcarse un triple. —Lara secundó la idea.

Yo no respondí, así que decidieron azuzarme golpeando mi ego.

Aún hoy no sé cómo narices me dejé convencer. Quizá fuera el mojito o lo bueno que estaba Ángel lo que me llevó a levantarme y dirigirme hacia él meneando las caderas, llevando solo mi minúsculo bikini.

—¿Tienes un pitillo? —pregunté, aunque no fumaba.

—No, dejé de fumar y tú no deberías hacerlo —me reprendió sin mirarme demasiado.

—¿Te va a llevar mucho tiempo?

—Un rato, ¿por?

—Por si tenías un momento para hacer otro trabajito.

Seguramente fue por el tono que usé al decir la frase. Conseguí que Ángel me echara un vistazo, y por su cara supe que le gustó lo que vio.

Ya no era una niña gorda. Atrás había dejado los kilos de más y los granos. Era una *sexy lady,* tenía éxito con los tíos y me sentía segura. Eso se notaba.

—No creo que pueda —dijo con un hilo de voz.

¡Ah! Ningún tío se resiste a un buen par de tetas y un cuerpo tonificado.

Puse morritos y una postura ensayada para aumentar mi canalillo, y acabé con una irresistible caída de pestañas.

—Seguro que sí. No te arrepentirás.

—¿Por qué creo que no estamos hablando de lo mismo?

—No sé. Ven y lo verás… Lo que quiero mostrarte está aquí mismo. —Le tendí la mano y él la tomó dejándose arrastrar como un niño por su madre.

Recuerdo que me llamó la atención que era fuerte y áspera, y cómo me excitó pensar que pudiera acariciarme con ella la piel.

Le guie hacia la parte trasera, donde mi padre había construido la caseta de Donna. Aquello nos alejaba de la mirada curiosa de mis amigas.

—¿Le pasa algo a la caseta? —preguntó ingenuo.

—Solo que no sé si es lo suficientemente resistente, y eso me preocupa.

Dejé que saliera la Samantha Jones que había en mí. Me avergüenzo solo de recordarlo.

Sin soltarle la mano me senté sobre el tejado de la caseta con las piernas bien abiertas, en una postura demasiado obscena que le dejaba claro que todas las puertas estaban igual de abiertas para él.

Sonreí al ver que no le había pasado desapercibida mi insinuación, por el bulto que se marcaba en sus pantalones.

Acortó la distancia que nos separaba. Yo solté su mano y deslicé la mía por su brazo, despacio, hasta agarrarle la nuca. En sus preciosos ojos azules había deseo. Solo tuve que hacer una ligera presión atrayéndole para que él cediera. Me comió la boca con furia, con deseo, sin delicadeza. Se acopló entre mis piernas y empujó mostrándome lo que me esperaba. Y yo respondí rozándome muy excitada; lo reconozco.

Abandonó mi boca para deleitarse con mis pechos. Las caricias con sus manos callosas fueron mejores de lo que había imaginado. Nuestras pulsaciones habían aumentado y llenamos el aire de suspiros y jadeos. Sentí la intrusión de su dedo en mi interior, pero no como algo extraño, sino como una necesidad. Comenzó a moverlo a la vez que con el pulgar buscaba el clítoris para frotarlo con suavidad. Aquella maestría me superó. Tenía veinte años y los chicos con los que había estado carecían de la experiencia de un hombre como él. Me dejé llevar y mi cuerpo comenzó a moverse buscando más. Le agarré el trasero y noté como lo apretaba excitado. Quise parecer experimentada y busqué su sexo. Solo llegué a palparlo sobre el pantalón vaquero, ya que Ángel se apartó. Aumentó el ritmo de su mano y perdí el sentido. Me regaló el mejor orgasmo de mi vida. Dejó el listón muy alto para los que vinieron después.

—Has jugado con fuego, niña —siseó en mi oído—. Agradece que soy yo y no otro, porque si lo fuera, estaría follándote contra la pared buscando solo mi placer, tratándote como has pedido. Tú eres mucho más. Recuérdalo.

Se fue y no volví a verle más.

Así que, sí, recordaba muy bien a Ángel.

Capítulo 4

Ángel

Murcia, en la actualidad

María.

Había olvidado a esa dulce niña, porque mi mente solo recordaba a la lasciva joven que se me había ofrecido aquel verano, dejándome con un dolor de pelotas del quince.

Aunque sabía de ella por su padre.

Antonio había sido un gran apoyo para mi madre cuando mi padre murió. Ambos se hacían compañía. África le ayudaba con las cosas cotidianas de la casa y él a ella, a recordar épocas mejores. Así que, cuando mi madre falleció el año anterior, dejó un tremendo hueco en nuestras vidas, que ambos llenamos con la compañía del otro.

Una vez a la semana me acercaba por su finca, le ayudaba con lo que necesitaba y charlábamos un rato con una cerveza y algo de aperitivo. Antonio me contaba las andanzas de su hija y yo a él, las de mis hermanos y mis sobrinos.

—*Of course*, Ángel. El fabricante de… barbacoas —dijo María—. ¿Cómo te va?

—Bien, aunque por lo que veo no tanto como a ti —respondí intentando que no se notara que mi mente estaba recordando nuestro momento encima de la caseta del perro.

—Papá, ese aperitivo no es saludable —reprendió María a Antonio al ver los pasteles de carne con los que acompañábamos la cerveza.

—Para dos hombres que se han pasado la mañana desbrozando el huerto, sí —repliqué yo.

Ella arrugó la nariz muestra de que no le había gustado mi comentario.

—Un poco de hummus con semillas… —dijo María. Puse los ojos en blanco, odiaba esas comidas modernas—. O si quieres algo más tradicional…

—No creo que nada saludable pueda acompañar a una buena cerveza —interrumpí.

—Los consejos de mi hija pueden ser extraños, pero, chico…, algunas de esas recetas raras que hace están tremendas —defendió Antonio cuando vio que su hija iba a por mi yugular, a pesar de ser vegetariana, vegana o algo raro que estaba de moda.

—Como veo que vais a seguir destrozando vuestro templo, me voy a la ducha a quitarme las toxinas eliminadas. Después de esto, papá, ¿comerás? ¿O te preparo un batido *detox*?

—Comeré, María, comeré. Solo he probado una pizquita.

—¿Y te lamentas por que se vaya el lunes? —pregunté sorprendido a Antonio cuando María desapareció por la puerta—. Yo de ti, la largaba ya.

—Es mi única familia. Si para estar cerca de ella, tengo que comer garbanzos machacados, que así sea. Por cierto, tengo que poner el mejor «internés» para la casa. ¿Qué me recomiendas?

—Inter-net, Antonio, inter-net. Creo que ya han metido la fibra por la zona. ¿Quieres que consulte?

—Sí, por favor. El del teléfono no va muy bien y María necesita mucha velocidad para sus vídeos y hablar con sus «fologüés». ¿Lo podrían montar esta tarde?

—No lo creo, Antonio, no lo creo.

Desde que la mujer y el hijo de Antonio fallecieron en aquel terrible accidente, María se había convertido no solo en su única familia, sino en su niña, la persona que movía su mundo y por la que hacía todo.

¿La niña quería terminar la carrera en Madrid? Antonio, con todo el dolor de su alma porque no quería que se fuera lejos, allí la mandaba. ¿Que no quería volver a Murcia y prefería pasar los veranos viajando o conociendo otros países? Allá que iba él con ella.

¿Que ahora la niña quería el mejor internet? Su padre estaba dispuesto no solo a contratarlo, sino a comprar la compañía si con eso llegaba más rápido y mejor.

No es que no le entendiera, lo hacía muy bien, sobre todo desde que la pequeña Ángela había llegado a mi vida por sorpresa y me había robado el corazón sin ella saberlo.

Pondría el mundo a sus pies si sus padres me dejaran.

Había estado con ella la semana anterior en el recital de su colegio. Hice un viaje de ida y vuelta a Madrid en el día solo para verla, porque mi niña lo merecía, y Leo no podía cambiar su reunión.

Con mis pensamientos en Madrid, en mi niña menuda de ojos azules, llegué a la soledad de mi piso. Cualquiera podría pensar que yendo a ayudar a Antonio en el campo un sábado por la mañana estaba haciendo mi buena acción del día, pero lo cierto era que de ese modo podía llegar a mi casa y acostarme agotado la siesta para que las horas hasta el día siguiente pasaran antes.

Desde que mi madre murió, mis fines de semana se habían vuelto un suplicio. Cuando no estaba trabajando, las horas se entretenían y no terminaban de pasar. Antes me quejaba de que me enredaba con sus cosas continuamente, que si «Ponme una cortina» o «No traga el desagüe del fregadero», a veces «He pensado que quizá el sofá quedaría mejor aquí, no allá». Me volvía loco, pero llenaba mi tiempo y ahora ya nadie lo hacía.

Al principio mis hermanos y mis cuñadas se ocuparon de mantenerme acompañado, pero me cansé de interferir en sus vidas. Habían formado sus propias familias y aunque en sus casas yo tenía un hueco, no era plan que estuviera allí siempre.

Para no dar más vueltas a mi solitaria vida, me metí en la cama. Durmiendo, el tiempo pasaba rápido y enseguida llegaría la hora del partido y bajaría al bar para verlo acompañado.

El despertador sonó el lunes a las cinco de la mañana. Me gustaban los lunes porque mi vida se ponía en marcha, así que salté de la cama, me calcé la ropa de deporte y salí a correr por la ciudad.

Lo malo de Cartagena para correr es que día sí, día también hace un viento bestial, aunque yo lo integro dentro de mi entrenamiento. Correr contra el viento puede ser muy duro, pero alternando con hacerlo a favor salen unos entrenamientos por etapas geniales.

Con la adrenalina a tope por el ejercicio me di una buena ducha y salí de casa a la oficina con una sonrisa.

—¿Qué tal el fin de semana? —Edu madrugaba tanto como yo, seguro que su llamada venía del coche, después de hacer su entrenamiento en el agua—. Espero que bien, porque la semana se presenta dura.

—Nada especial, bastante tranquilo —respondí—. ¿El tuyo?

—Cuidando niños. —Se escuchó un suspiro cansado al otro lado de la línea—. Daniela tuvo que trabajar para juntar los días para ir a la boda, así que nos ofrecimos a echar una mano a Leo con Ángela. Y cuando se juntan los tres, los gemelos se alteran y no hay forma de tranquilizarlos. Además, ha hecho un frío de muerte y no hemos podido salir mucho al jardín. Estoy pensando en instalar una bola de hámster gigante en el garaje para que se desfoguen ahí. Esos niños tienen mucha energía que quemar.

—Si mamá hubiera tenido algo así con Leo y conmigo, nos hubiéramos llevado menos gritos y collejas. —Ambos reímos—. Sol me recuerda mucho a ella, si alguien puede con esos monstruos es tu chica, hermano.

—La verdad es que lo lleva mejor que yo —reconoció Eduardo—. Te llamaba para ver qué día vienes, hay una cosa en una de las obras que llevamos que me gustaría que vieras y nos dieras tu opinión.

—Puedo organizarlo para salir el jueves por la mañana y lo vemos por la tarde. ¿Te parece?

—Sí, perfecto. Hablamos, tío. Buena semana.

Viajar el jueves por la mañana y no al finalizar mi jornada, como tenía pensado, me suponía perder un día más de trabajo. Iba a ser duro llegar a todo y me arrepentí de haber dejado sin organizar el tema del viaje el domingo.

Juan y yo, a pesar de vivir en la misma ciudad, no nos veíamos demasiado. Él, con sus turnos extraños de mil horas y las colaboraciones que hacía en hospitales privados de otras provincias, no tenía demasiado tiempo para perderlo con el carca de su hermano mayor. Pero el domingo se había pasado por casa y habíamos estado jugando a la consola, como en los viejos tiempos, así que mi plan de organizar la maleta se había ido al traste.

Durante la primera parte de la semana me dio tiempo a dejarlo todo organizado para que siguiera marchando en mi ausencia. El personal que habíamos contratado cuando mis hermanos se fueron a Madrid funcionaba muy bien y era de confianza, así que, aunque yo seguía pringándome las manos como antes, porque me gustaba, mi trabajo consistía más bien en supervisar y tomar decisiones. Me reuní con todos; con Paco el lunes y con Carlos el martes, y vimos cómo iban las obras que cada uno llevaba. Con Álvaro, el arquitecto, estuve el miércoles en la oficina. Laura se encargaría de hacer llegar las ofertas a los clientes, y él de resolver sus dudas. Laura era la administrativa, y sin ella no seríamos nada. Dependía directamente de Leo, ya que él, cuando mamá se retiró de la empresa, comenzó a encargarse de toda esa parte, dejando a un lado el trabajo de campo. Se había convertido en estos años en un ratón de biblioteca y, por eso, el resto nos metíamos con él.

A pesar de todo el tiempo que me llevó el trabajo, pude gestionar lo de la red de internet para la casa de Galifa de Antonio, y el miércoles ya estaban instalándoselo. Por la tarde, me pasé a comprobar que todo había quedado en orden y le enseñé cómo

funcionaba. Su hija no estaba, pero lo llamó mientras yo configuraba mi subscripción a Netflix en el televisor de Antonio.

—Chico, ¿cómo lo tienes mañana para ver una parcela en Torre Guil? —me preguntó al descolgar. Fruncí el ceño pensativo—. Mi hija ha encontrado una parcela, pero necesitan ver si se puede construir en ella lo que quiere antes de comprar, y parece que tiene bastantes novios el terreno.

—Mañana por la mañana viajo a Madrid, recuerda que estaré toda la semana fuera por la boda de una amiga —le aclaré—, pero podría pasar de camino. Déjame que hable con Álvaro, a ver cómo lo tiene él.

Álvaro tenía hueco, así que nos vimos los cinco, en la parcela de marras, a la mañana siguiente.

El terreno tenía una superficie de unos mil metros cuadrados, quizá un poco más, y era cuadrado, lo que permitía aprovecharlo al máximo. Las parcelas colindantes contaban con piscina privada, y aunque el suelo era arenoso y empedrado, todo apuntaba a que no tendríamos problemas a la hora de excavar. El único inconveniente, a mi modo de ver, era su inclinación, ya que se encontraba en una zona con una pendiente bastante acentuada, pero la pareja quería una piscina infinita y esa inclinación nos venía de miedo para poder hacerla. El precio que me dijo Antonio que les pedían por el terreno me pareció desorbitado, pero, en fin, pagaban la ubicación y, si podían permitírselo, quién era yo para decir nada.

—Tiene unas vistas preciosas, tienes razón —escuché que le decía Antonio—. Pero ¿no te parece que está un poco lejos de Cartagena?

—Está en una zona perfecta, bien comunicada y cerca de todo lo que necesito. Las fotos desde la piscina van a quedar muy *cool.*

—Pero a Santi para ir a Corvera le viene mejor ir desde Cartagena. ¿Habéis mirado…?

—Lo hemos descartado porque desde Murcia hasta la costa todo es un desierto. Santi necesita ver montaña y aquí se respira un aire puro. —La chica inspiró profundamente—. ¿No lo notas? Papá, lo

tengo claro, quiero despertarme aquí cada mañana. Además, la urbanización tiene seguridad privada.

—¿Y aquí llega internet?

—Sí, papá, aquí llega.

Me dio pena Antonio, que solo quería tener a su hija cerca para ver crecer a sus nietos. El tal Santi era controlador aéreo y a ella no debía de irle nada mal el negocio de vida saludable, así que iban a pagar una pasta por aquella parcela, muy similar a otras en zonas menos conocidas más cercanas a Galifa.

Álvaro, después de centrarse, porque le impresionó una barbaridad conocer a María en persona, les hizo las típicas preguntas de rigor para hacerse una idea del tipo de vivienda que querían. No me pareció que tuvieran las cosas muy claras, porque se contradecían el uno al otro constantemente, así que, al final, quedamos en enviarles por *e-mail* una serie de fotos y un cuestionario para poder presentarles una propuesta acorde a sus necesidades.

Salí de Murcia más tarde de la hora prevista, de forma que llegué a Madrid directamente a ver lo que querían mis hermanos que viera y aproveché el camino para comentar con Álvaro temas de la reunión.

—Envíales las fotos de la casa de los Martínez que hicimos hace dos años y de la de Madrid, con la que ganamos el premio. ¡Ah! Y de la otra que construimos con aquella piscina infinita en Campoamor. Yo creo que van a tirar por lo moderno y minimalista, así que pasa de lo clásico y de lo rústico.

—Sí, eso seguro —respondió Álvaro—. Mi novia sigue a Mary Gym y si va a grabar en su casa, necesita algo acorde a su nivel de vida. No veas lo que mueve esa tía. Está en todos los saraos… Y, ¡oye!, es buena, ¿eh? Que mi chica perdió diez kilos con su técnica. ¿Por qué no me dijiste quién era?

—Porque no pensé que fuera tan famosa. La conozco desde pequeña y, aunque su padre me había contado a qué se dedica, nunca le he hecho mucho caso. Ya sabes que las redes y yo…

—Pues mi novia va a flipar.

—Bueno, tú por el momento sé discreto. No vaya a ser que alguien se vaya de la lengua y perdamos el contrato.

—Sí, tranquilo. ¿Sabes la publicidad que nos dará construir su casa?

—Vamos desbordados. No sé cómo narices vamos a tener lista esa casa para la boda de la pareja, pero en fin… Lo sopesaremos a mi vuelta. Necesito esta semana de desconexión como un bebé, así que tú consigue definir con ellos qué quieren y luego veremos cómo lo hacemos.

—OK, jefe. Buen viaje… Y disfruta mucho de las californianas. Ya me contarás si es cierto lo que se ve en la tele.

—¿Sabe tu novia que estás tan desesperado?

Capítulo 5

María

Murcia, en la actualidad

Cerramos el trato de la compra de la parcela con un plus al promotor que nos aseguraba no tener ningún problema con los permisos de obra. Antes de regresar a Barcelona firmamos las escrituras y, cuando lo hicimos, me pareció una cantidad tremenda.

—¿Realmente necesitamos eso? —pregunté a Santi con la duda de no saber si hacíamos bien.

—Claro, cari. Si quieres mantener el nivel de vida que llevas en Barna aquí, tienes que empezar por todo lo alto. Torre Guil es una buena zona y nuestra casa va a estar en el *top*. Los del *Hola* van a querer hacerte un *report* en cuanto se enteren, ya verás.

—Es que no sé si hacemos bien.

—Que sí… No seas *reduced*.

En aquel momento estaba hecha un lío, en una semana habíamos conseguido fecha para casarnos en la catedral de Murcia al cabo de algo más de un año, y para esa fecha la casa debía estar construida. Quedaban aún los preparativos de la boda y su celebración, y solo esperaba que los hermanos Cano, que mi padre adoraba, estuvieran a la altura, porque necesitaba hacer un *house tour* vestida de novia. Se me ocurrió la idea mientras hablaba con papá sobre la parcela, era súper y estaba segura de que subiría mi *fee* en redes. Estaba decidida a entrar en Murcia por la puerta grande. Regresaba a

aquella provincia obligada por una oportunidad laboral que le había salido a Santi. Su periodo de alumno de controlador aéreo en el Prat llegaba a su fin, y la empresa privada para la que trabajaba le había dado la oportunidad de promocionar en el nuevo aeropuerto de Corvera que pronto estaría operando. Aquel era un gran paso en su carrera, que no solo se traducía en un incremento de su sueldo, sino también en una muy buena oportunidad profesional. En mi caso, me daba un poco igual donde trabajar, ya que solía viajar mucho y podía hacerlo en casi cualquier sitio. Así que me casaba con mi chico y nos íbamos a hacer un casoplón. De lo que no habíamos hablado era de si lo íbamos a llenar de niños o de amigos, y debíamos hacerlo, ya que era la primera pregunta del test que nos había pasado la constructora.

El último día con mi padre fue extraño. No quiso que lo lleváramos a comer fuera y se emperró en preparar una barbacoa en su casa. Usó los ingredientes de uno de mis *posts*, «Una barbacoa saludable es posible», y lo siguió al pie de la letra. Llevaba años siendo vegetariana y, muy al contrario de lo que pensaba la gente, yo no era vegetariana estricta, ya que los huevos, la leche, la miel y en ocasiones el pescado o el marisco formaban parte de mi dieta, pero ser vegano estaba de moda, así que no entraba en muchos detalles sobre ese tema. A fin de cuentas, todo empezó como una forma de comer saludable para perder peso y, al compaginarlo con el deporte, ciertos alimentos me parecieron esenciales. Mi sistema era más bien una forma de pensamiento. No era una idea nueva, ni siquiera novedosa. A fin de cuentas, los orientales llevaban haciéndolo siglos, pero supe venderlo bien, y la gente comenzó a seguirme y me convertí en *influencer* sin apenas darme cuenta.

Como decía, el último día en casa de mi padre fue raro, y se debió a aquella barbacoa. Los ingredientes fueron muy distintos, y los comensales también, así que, mientras Santi y mi padre hablaban sobre no sé qué futbolista, mi mente regresó al pasado.

Los días que siguieron a la muerte de mi madre y de Antoñín, Ángel debió de seguir trabajando en la construcción de la barbacoa y del cenador que mis padres le habían encargado. Recuerdo que, por las mañanas, él se iba a trabajar con su padre, sus hermanos a estudiar y yo me quedaba en casa sola con África.

No regresé a la finca de Galifa hasta bien avanzado el mes de octubre y, aunque no era más que una niña, supe apreciar la magia de aquella construcción, idéntica a la que mi madre había dibujado en su bloc y que Ángel había hecho real.

Por aquel entonces, mi padre ya había decidido que nos mudaríamos a la casa de la finca, y para celebrarlo inauguramos la barbacoa con el corazón encogido porque las cosas deberían haber sido de otra manera.

La niña que se sentó a la mesa junto a su abuela y su padre no era la niña feliz de unos meses atrás, y muy distinta a la mujer de ahora.

Papá preparó unos filetes de pierna de cordero que la abuela había aliñado y yo comí hasta que me dolió el estómago. Creo que lo hice porque prefería ese dolor al que en ocasiones me apretaba el corazón y hacía que me escocieran los ojos, y la abuela y papá me animaron.

—¿Por qué me dejabais comer de esa manera, papá? —pregunté interrumpiendo su conversación.

—¿De qué manera? —Mi pregunta lo sorprendió, ya que no venía a cuento.

—Demasiado para una niña.

Papá se recostó en su silla, aspiró profundamente y debió de embriagarse del aroma de los pimientos que se asaban en los rescoldos del fuego. No sé si pensó que le culpaba de la obesidad de mi preadolescencia. Aquello era solo culpa mía; yo era la única responsable de las estrías de mi cuerpo que tanto me había costado disimular. No era mi intención, solo necesitaba saber cómo empezó todo.

—No sé, quizá porque parecía que te hacía feliz. Habías dejado de comer, de reír y casi de hablar. Estabas siempre con la nariz metida en algún libro o la mirada en algún punto perdido, pero cuando comíamos, un poco de ti regresaba. Creo que fue por eso. Lo siento —se disculpó.

—No te preocupes, papá, lo hiciste bien —lo tranquilicé y me levanté a abrazarlo—. Voy a dar un paseo. Ahora os ayudo a recoger.

No había pensado nunca en la razón por la que comencé a comer de forma compulsiva, pero regresar al día en que estrenamos la barbacoa de mamá —porque la casa, la barbacoa y el cenador seguían siendo de mi madre— me abrió los ojos. Fue solo la manera en la que una niña hizo frente al dolor. Me retraje en mí misma, en los libros que me llevaban lejos y me permitían dejar de ser yo, en la deliciosa comida que calmaba la ansiedad por haber perdido a dos familiares tan cercanos. Fue esa la razón por la que me convertí en una niña sedentaria que comía por encima de sus necesidades y que acabó siendo obesa. La forma de cocinar de mi abuela y la creencia popular de que los niños para estar sanos deben ser rollizos también ayudó, por supuesto.

En el viaje de vuelta estuve demasiado callada, según Santi, pero una idea estaba germinando en mi mente, necesitaba silencio para darle forma y anotarla para no olvidarla.

—Nunca habría imaginado que de niña fueras una *gocha* —comentó Santi cuando se cansó de mi silencio.

—Y un poco rata también —reconocí.

—Pues me alegro de que le dieras un giro a tu dieta, ya sabes cómo me pone tu culito con *leggins*.

—Y tú, ¿cómo fuiste de niño? —me interesé.

Llevábamos juntos un par de años, desde aquella fiesta que dio Iberia en Barcelona para intentar hacer frente a las compañías *low cost,* que estaban mermando sus ganancias. Invitaron a varios *influencers*, a mí entre ellos, y nos mezclamos con azafatas, pilotos y

controladores. A pesar de que Santi y yo casi vivíamos juntos, no habíamos hablado de nuestras respectivas infancias.

—Fui un friki, lo reconozco. Pero siempre he tenido este tipazo. Ya sabes lo estricta que es mi madre para la comida.

Su madre era una de las fuentes de inspiración de mis recetas. Estaba obsesionada por la alimentación saludable, y muchas de las ideas que yo ponía en el blog eran adaptaciones modernas de sus recetas de cocina.

—No sé por qué, me lo imaginaba. Quizá porque sigues siéndolo.

—Solo soy un niño grande con caprichos caros, ¿verdad? Me lo dicen mucho —se mofó refiriéndose a mí. A fin de cuentas, una de las razones por las que no había dejado su casa era porque no había hueco suficiente para mudar a la mía su enorme colección de maquetas de avión.

El resto del viaje me dediqué a mirar al hombre con el que me iba a casar.

Era increíble.

Habíamos decidido dar ese paso casi sin pensar, animados por su próximo trabajo en Murcia y la necesidad de trasladarse a otra provincia que resultó ser la mía de nacimiento. Me lo propuso y, simplemente, acepté.

Pese a parecer un hombre caprichoso, Santi era amable y siempre estaba pendiente de mí. Sé que a mi padre, por ejemplo, no terminaba de engancharle, pero papá vivía en otra época. Santi entendía a la perfección a qué me dedicaba y la importancia de mostrar retazos de mi vida privada para alimentar la curiosidad de mis seguidores, la única forma de mantener el *fee*. No le importaba, al contrario, me animaba a hacerlo. Y no estaba conmigo para aprovecharse, ni de mi éxito ni de mi dinero, como me había pasado con alguna relación anterior. No, Santi me quería a su manera despreocupada.

—¿Qué miras? Me estás poniendo un poco nervioso.

Me observó de reojo, y es que seguramente llevaba horas admirando su apuesto perfil romano.

—A ti —respondí—. Todavía no me creo que vayamos a hacerlo.

—Princesa, eres mi media naranja, estaría loco si te dejo sola. —Soltó un momento el volante para darme un apretón cariñoso en el muslo acompañando sus palabras—. Te quiero. Eres mi chica y soy el tío con más suerte del mundo por ello.

Sonreí orgullosa. Me encantaba que me hiciera sentir única y especial. Y tengo que decirlo, Santi lo hacía muy a menudo.

Capítulo 6

Ángel

California, en la actualidad

Tras la boda de Eva y Mikka, todos nos dirigimos a una carpa donde nos sirvieron una fantástica cena. Cuando la bebida comenzó a correr, incitando a todos los asistentes a desinhibirse bailando, los niños estaban controlados y ya había anochecido, decidí perderme. Me alejé de la fiesta en dirección a la orilla, hasta que la oscuridad me escondió y los sonidos de la celebración llegaron amortiguados. Entonces me senté.

La semana siguiente cumpliría treinta y nueve, y me había quedado sin un plan de futuro. Parecía una tontería, pero el absurdo trato que había hecho con Eva no me disgustaba tanto. Pensar en compartir el final de la vida acompañado de alguien, como iban a hacer todos los que me rodeaban, en su momento me pareció bastante interesante.

—¿Compartes tu escondite? —preguntó Eva de pronto.

Sumido en mis pensamientos, no la había escuchado llegar.

—Solo si no me hablas de bodas ni pañales —respondí recordando nuestra conversación del día en que Ángela había cumplido tres años. El día que habíamos hecho aquel trato.

—¡Qué va! Las bodas y los niños están sobrevalorados. ¿No crees?

—Dímelo tú, que al final has caído en ello.

—De pronto, me pareció que la libertad no era para tanto. —Pese a su vestido, ella se sentó junto a mí. Su naturalidad siempre me había gustado—. ¿En qué pensabas? —preguntó.

—En que me acerco peligrosamente a los cuarenta y no quiero quedarme solo —reconocí—. Os veo a todos tan felices con vuestras parejas y siento… Me gustaría poder vivir esa complicidad que hay entre Sol y Edu, o dar rienda a mi instinto protector como Leo con Dani, o simplemente poder mirar a otros hombres como tu vikingo me mira, dejando claro que eres suya.

—Siento haberte dejado tirado.

—Teníamos un trato y, si no recuerdo mal, la condición para que se cumpliera era que ninguno encontrara pareja antes de los cuarenta. Mikka es un buen hombre… Un poco estirado, pero te quiere.

—Estoy embarazada, Ángel —me informó de golpe.

De eso sí sabía lo suficiente para responder.

—Mikka tiene que estar emocionado.

—No lo sabe aún, no he podido decírselo a nadie. Estoy aterrorizada.

—Mira a tus amigas. Son felices y pueden con ello, y no con uno, sino con dos a la vez, como Sol. Y te digo, de primera mano, que esos niños son dos pequeños monstruos.

—Ya, pero… No sé si estoy preparada. Mikka quiere ser padre, sueña con formar una familia, pero le había convencido para esperar. Por fin ha entendido lo bueno que es para nosotros disfrutar de un poco más de tiempo solos. Viajar, trasnochar, sin otra obligación que nuestros trabajos, que son, hay que reconocerlo, bastante absorbentes. Y ahora… ¿cómo se lo explico?

—Ese hombre te adora y caminaría sobre brasas ardiendo por ti, pequeña. Ve y díselo —la animé—. Dale otro motivo de felicidad esta noche.

—¿Estás seguro?

—Completamente —le confirmé—. Y te lo dice un hombre que sacrificaría sin pensarlo su libertad por una noticia así de una mujer como tú.

Que en ese momento ella me abrazara con fuerza me llegó por sorpresa, pero le devolví el abrazo cerrando los ojos. Reconozco que odié a Mikka por tener algo que podía haber sido mío, pero el tipo no era mala gente y lo merecía, de modo que el odio se transformó en envidia.

El sonido de una tos forzada nos devolvió al mundo. Si el finlandés no estaba contento por encontrarnos solos y abrazados en la oscuridad, no lo demostró, tendió una mano a su mujer y ella no dudó en cogerla.

—Estoy segura de que encontrarás a tu persona, Ángel, solo ten paciencia —dijo antes de levantarse.

Se alejaron siguiendo la orilla, cogidos de la mano, y por cómo reaccionó él unos metros más allá, abrazándola con fuerza y haciéndola girar, supe que yo había tenido razón y que aquel hombre se había tomado muy bien la noticia.

Tras años de soledad autoimpuesta, tuve la certeza de que yo quería algo así, pero, gracias a las palabras de Eva, la envidia se transformó en esperanza. Ella tenía razón, alguien, en algún lugar del mundo, estaba esperando lo que yo aún tenía que ofrecer, y dispuesto a tener paciencia, me tumbé en la arena y observé la inmensidad del cielo, dejándome llevar por mis sueños.

A la mañana siguiente coincidí con mis hermanos en el desayuno. Si mi madre nos hubiera visto se habría sorprendido, ya que el único descansado era yo, y aquello no había sido lo habitual cuando ella vivía. Me dolió que no pudiera ver que al fin me había convertido en un hombre tranquilo, muy parecido a mi padre.

—Qué mala cara tenéis —les dije a Edu y Leo—, ¿no habéis dormido mucho?

—Lo cierto es que no —respondió Leo—, pero hay noches y noches, hermanito, y este cansancio es de los que merecen la pena.

Me sorprendió que Leo dijera aquello, ya que conmigo era muy reservado al hablar de la intimidad con la que era su mujer, y sé que solo le pasaba conmigo, porque con Eduardo era mucho más abierto. Era lógico, yo me había interpuesto entre ellos al principio.

Imaginaba, además, que saber que Daniela había vibrado bajo mi cuerpo, aunque solo fuera una noche, no debía de ser fácil para él. Yo había desterrado de mi mente aquellos momentos, Daniela era solo una mujer más de las muchas que habían pasado por mi cama, y para ella, yo era solo una copia barata de su marido. Aunque físicamente Leo y yo éramos idénticos, no podíamos ser más distintos. Él era noble y yo, demasiado imperfecto.

Me gustó sentir un poco más cerca a mi hermano gemelo.

—Pues has tenido suerte. —Eduardo interrumpió mis pensamientos—. Pablo y Jesús se han despertado mil veces, al final he tenido que marcharme a su camastro para poder dormir algo. Como siempre, se han quedado en la cama grande con su madre. —Los gemelos de Sol y Eduardo tenían tres años y eran dos pequeños terremotos—. ¿Sabes? Lo raro es que tú estés aquí, tan temprano y tan descansado.

—Sí, desapareciste pronto, pensé que con aquella pelirroja. —Me convertí de pronto en su tema de conversación—. Le dije a Dani que no te veríamos hasta la cena.

—He venido a pasar unos días con la familia, puedo contenerme, aunque no lo creáis.

Dado mi pasado, entendía que hubieran pensado eso, de hecho tuve a la pelirroja a tiro, pero estaba cansado de ese tipo de relaciones. No se lo dije, porque no lo entenderían, ellos estaban en un punto en el que añoraban mi libertad y yo en el que deseaba sus ataduras.

—¿Te han pedido exclusividad? ¿Tienes una relación y no nos lo has dicho?

—No, Eduardo, no tengo ninguna relación que me hubiera impedido acostarme con la pelirroja —aclaré—. Solo es que eso ha dejado de ser suficiente.

No sé por qué se lo dije.

—Quieres sentar cabeza —afirmó Leo.

—¿Quién quiere sentar cabeza? —preguntó Daniela, que apareció de la nada con Ángela de la mano.

Nadie respondió.

—¡Hombre, princesa! —me dirigí a la pequeña. La niña dio un beso a su padre, otro a su tío Eduardo, pero dejó el último, el mejor, para mí—. ¿Has descansado? Tenemos un largo día por delante.

La pequeña permaneció unos minutos abrazada a mí, lo que me permitió empaparme de su olor a infancia. Me encantaba envolver su pequeño cuerpecito con mis brazos, mi niña.

—Sí, tito, ¿qué vamos a hacer hoy?

—Vamos a Hollywood, tenemos un *tour* por los estudios de grabación. Vamos a ver cómo se hacen las películas, princesa.

No le interesaba mucho el plan, así que se centró en el contenido de mi plato.

—¿Está bueno el bollo?

—Mira —interrumpió su madre—, ¿por qué no vas a ayudar a la tía Sol a coger el desayuno de los primos? Así puedes llenar tu plato.

Ángela saltó de mis brazos y corrió hacia Sol, que observaba entre las ofertas del *buffet* qué podían comer sus hijos. Supe que Daniela no había olvidado que nadie había respondido a su pregunta cuando sentí su mirada escrutándome.

—¿Y bien? ¿Quién ha decidido sentar cabeza?

—Creo que voy a ayudar a Sol —se disculpó Eduardo y huyó de allí.

—No he dicho que quiera sentar cabeza, solo que las relaciones esporádicas han dejado de ser interesantes —me defendí.

Sol apareció en escena, traía dos platos llenos de pan tostado. Estoy seguro de que su intención era dejarlos sobre la mesa y continuar cogiendo cosas, pero esas dos mujeres se entendían con la mirada. Sol se sentó.

—Voy a rellenar el plato —se disculpó Leo.

—Echa una mano a Edu con los niños, ¿quieres? —ordenó Dani.

Quise matar a Leo por dejarme ahí, solo, con un tema de conversación abierto que no me apetecía tratar con mis cuñadas.

Miré a mis hermanos por encima del hombro de Daniela. Al sentirse observados, levantaron los pulgares dándome ánimos. Les iba a matar, a los dos.

—Ángel ha decidido buscar pareja estable —explicó Daniela a Sol.

Cuatro ojos me hicieron un escáner.

—Yo no… Exactamente yo no he dicho eso.

—Para sentar cabeza y formar una familia hay que tener pareja estable —aclaró Daniela.

«¿Familia? ¿Quién ha hablado de familia?».

—Conozco a una enfermera que le podría gustar —dijo Sol como si yo no estuviera presente.

—¿Quién? —preguntó su amiga.

—Amanda.

—¡Amanda! ¡No, por Dios! Tiene que caernos bien, recuerda que va a ser nuestra cuñada. Carmen se acaba de separar…

—Hace tres minutos, aún suspira por su ex. ¿Y Raquel? Demasiado mayor, ¿verdad?

—Raquel es simpática y guapa…, pero siendo tan mayor será difícil que puedan tener hijos. Porque querrás tener hijos, ¿verdad?

Daniela se dirigió a mí con aquella pregunta.

¿Qué responder a eso?

No lo hice.

«¿Por qué no vienen los niños?», pensé desesperado, porque era la única razón que haría que cambiaran de tema.

Mi silencio no les importó, que el color hubiera abandonado mi rostro, tampoco, ellas siguieron hablando de mujeres a las que no conocía, haciendo una lista de sus pros y sus contras.

Tras aquel escrutinio quedaron dos nombres en pie.

—Me lo pensaré —respondí.

Lo hice para no ofenderlas, porque no tenía intención de salir con ninguna mujer seleccionada por ellas.

Llegó el resto de la familia, y el desayuno se convirtió en un barullo de conversaciones cruzadas. Pensé en mis padres y en cómo habrían disfrutado de ese momento.

Las vacaciones familiares terminaron y todos, cansados, se prepararon para regresar a casa. En algún momento de aquellas cuarenta y ocho horas en familia, accedí a conocer a una de las mujeres que mis cuñadas proponían. Una que, según ellas, sería perfecta para mí. No sé cómo me engatusaron para aceptar.

Yo no regresaba a España aún, ni Ángela tampoco, aunque ella todavía no lo sabía.

Capítulo 7

Ángel

Desde que nos llegaron las invitaciones de boda y supe que en primavera iríamos a Los Ángeles, propuse a mis hermanos reservar unos días para llevar a los niños a Disneyland una vez allí. Íbamos a estar a menos de una hora del parque, y no podíamos dejar pasar la oportunidad. Edu y Sol, siendo los niños aún pequeños, decidieron posponerlo para más adelante, conscientes de que irían a ver a Eva más veces. A Leo y a Daniela sí les pareció buena idea, pero luego se enteraron del embarazo de Dani y los planes cambiaron.

Los taxis que nos llevarían a nuestro destino llegaron y comenzamos a cargar maletas y niños en los coches.

—Tito, ¿por qué se despiden de ti si nos vamos a ver todos de nuevo en el aeropuerto? —preguntó Ángela porque Sol me había abrazado y me había dicho que lo disfrutara.

—Porque yo no voy con ellos —respondí.

—¿Has encontrado una amiga con la que entretenerte?

—¡Jod…! —dije mordiéndome la lengua cuando me pillé el dedo con la puerta del maletero—. ¿De dónde has sacado esa idea, ranita?

—Papá siempre lo dice cuando desapareces…

Ángela tenía seis años, pero era espabilada como ella sola. Todos sabíamos que en su presencia había que tener cuidado con nuestras palabras porque, a su manera, lo entendía todo. Aquel era solo un ejemplo más.

—Pues sí —le dije—, voy a pasar unos días con una amiga.

Ángela hizo un mohín, le gustaba pasar tiempo conmigo y no llevaba bien las despedidas. Lo que ella no sabía era que cuando se enganchaba a mi cuello llorando porque no quería regresar a casa tras las vacaciones, o que yo me fuera después de pasar un fin de semana con ellos, me partía el corazón.

—Toma, Ángel. —Leo me dio la autorización firmada por ellos, el DNI y el pasaporte de la niña, para que no tuviera problemas al viajar con ella—. No la pierdas.

Me molestó que me tratara como a un crío.

—No voy a perder a la niña ni su documentación. ¿Por quién me tomas?

—Perdona, es que es duro…

«¿Duro separarte de tu hija? Dímelo a mí», le miré con el ceño fruncido, pero Daniela llegó para suavizar la situación.

—Ángela, aquí tienes tu maleta. No la pierdas y pórtate bien.

La niña la miró sin comprender.

Había llegado nuestro coche y debíamos irnos. Agradecí no tener tiempo para dramáticas despedidas. Entendía cómo se sentían sus padres, separándose de ella por primera vez, porque yo me sentía así cada vez que lo hacía.

—¿Te vienes conmigo a Disneyland? —pregunté. Ángela no reaccionó como esperaba.

—¿Tú y yo? ¿Solos? —preguntó con recelo. Yo asentí—. ¡Bien! ¡Bien! ¡Te quiero, tito! ¡Eres el mejor!

Ángela no tuvo problemas en despedirse de sus padres para venirse de aventura conmigo. Se estaba convirtiendo en una niña mayor a toda velocidad y los tres adultos que la rodeábamos fuimos conscientes de ello.

—Sé buena —dijo Leo.

—Haz caso a tu tío —dijo su madre—. No dejes que coma mucho dulce o luego le dolerá la tripa —me avisó a mí.

—Llámanos, ¿OK? —pidió mi hermano.

El coche se puso en marcha, dejando atrás a unos padres con lágrimas en los ojos, y me llevé a la niña con la mejor sonrisa del mundo. Leo y Daniela habían confiado en mí para dejarme a su hija

durante cinco días en otro país. A mí, a un hombre que no sabía ni mantener viva una planta ornamental, que no tenía ninguna atadura, y cuya única preocupación era el trabajo. Noté un retortijón en las entrañas al ser consciente de que no podía cagarla.

Había preparado ese viaje cuidando hasta el último detalle para hacerlo inolvidable. Nos alojamos en uno de los hoteles del resort, lo que nos permitía entrar antes al parque y disfrutar de las atracciones con menos colas. Desayunamos con los personajes Disney, que hasta que preparé ese viaje no tenía ni idea de quiénes eran. No podía preparar algo sin saber, así que, en los meses anteriores, había hecho maratón de películas Disney, por lo que, cuando entramos en aquel mundo de fantasía, yo ya tenía idea de qué nos íbamos a encontrar, incluso tenía mis personajes favoritos. Ángela estuvo incansable, se empapó de todo y su sonrisa no se borró de su cara en ningún momento. Aquello, sin duda, fue lo mejor. Durante cinco días, nos montamos en atracciones, nos fotografiamos mil veces, vimos espectáculos, nos dejamos abrazar por la magia y recuperamos fuerzas en las piscinas del hotel. Compramos mil regalos para los primos, para sus padres y para ella, tantos que tendría que comprar una maleta más. Pero no me importó.

—Eres el mejor tito del mundo —repitió ella una y otra vez. Y aunque lo de «tito» seguía clavándose en mí como una espina, no dejé que enturbiara el significado de esa frase.

Quería a esa niña con toda mi alma, y aquello no iba a cambiar nunca.

—Papá me ha dicho que este verano no podremos ir a la casa de la playa —comentó Ángela mientras tomábamos el sol en la orilla de la piscina, después de haber estado tirándonos por los toboganes.

—Tu hermanita nacerá a primeros de agosto.

—Lo sé, es por eso.

La niña puso una expresión triste y decidí indagar más.

—¿No tienes ganas de conocerla?

—Sí —respondió no muy convencida.

—Pero… —la animé a seguir y ella me miró con sus grandes ojos, tan similares a los míos.

—Mi amiga Cecilia tuvo un hermano en las vacaciones de Navidad —explicó—, pero dice que es un rollo, que no hace más que dormir y comer y que sus padres están tooodo el rato ocupándose de él. Yo quiero conocer a mi hermana, pero no quiero aburrirme en vacaciones. Quiero ir a la playa, quiero jugar con mis primos…

—Los bebés al nacer son muy pequeños y no saben hacer nada. Tú no sabías hacer nada. Solo llorabas, comías y hacías caca. —Ángela puso cara de asco—. Tardaste mucho en ser divertida, pero, aun así, todos te queríamos mucho.

—Y yo voy a querer a África, y ayudaré a mamá a cuidarla, pero me gustaría ir a la playa como todos los veranos.

—¿Qué te parece si después de que nazca África, le pedimos a papá y mamá que te dejen quedarte unos días conmigo en la playa? —El rostro de la niña se iluminó—. Aunque si luego quieres quedarte con ella para ayudar a mamá, no me enfadaré.

—¿Crees que me dejarán?

—Tú pórtate bien, ranita, y seguro que sí.

Ángela me abrazó muy fuerte y, como siempre, me convertí en algo parecido al *slime* que le encantaba fabricar.

Lo malo de aquel viaje fueron las colas interminables que nos comimos. Estaba seguro de que Leo no habría hecho una cola de una hora para que una Cenicienta de mentira firmara en el cuaderno de Ángela. Ni Aladino ni Mulán. Menos mal que Mickey, Donald y Minnie le parecieron falsos, porque no estaba seguro de haber podido soportar esperar para eso.

Entretener a una niña nerviosa todo ese tiempo no fue tarea fácil. El móvil y la conexión a internet ayudaron bastante.

Así fue como una cría de seis años me enseñó a hacerme un perfil de Instagram, la imagen que escogió no fue la que yo habría puesto, pero ¿quién le dice que no a una niña que te mira con esos ojos?

Cuando sincronicé los contactos de mi agenda con la aplicación me asombré de la cantidad de conocidos que usaban esa mierda. Hasta Antonio, el padre de María, publicaba cosas de vez en cuando.

Sin duda no podía negar que para matar el rato de espera era perfecto.

—Mira, ¿ves? Si das a ese botón pones un *post* y si eliges ese, una *story*. —Yo no tenía ni idea de qué diferencia había entre una cosa y otra, pero Ángela me lo explicó.

No sé cómo una niña tan pequeña había llegado a manejarse tan bien con las redes sociales, era algo que no me parecía muy normal, y apunté que debía comentarlo con sus padres.

Publiqué mi primer *post*, una vista del parque al anochecer de esas que te sobrecogen el alma, y puse: «Lugares especiales con la mejor compañía».

A la mañana siguiente tenía un montón de seguidores, entre ellos Mary Gym, que incluso había comentado la foto. Ángela se puso muy contenta y me animó a contestar. Lo hizo ella. Poniendo caritas sonrientes.

Su madre y sus tías también comentaron. Hasta Eva, perdida en un resort de Hawái en su luna de miel, respondió.

Esos días fueron tan especiales que no pude evitar compartir con el mundo algunas de las imágenes. ¿Era eso por lo que lo hacía la gente? ¿Una forma de gritar a los cuatro vientos su felicidad?

Pero como todo lo bueno llega a su fin, nuestro tiempo padre-sobrina acabó. Llegamos a Madrid el sábado por la mañana, pasamos el día con la familia. Les dimos los regalos y excitados les contamos nuestra experiencia. Ángela seguía teniendo su sonrisa de felicidad extrema cuando se acostó agotada esa noche.

Me marché la madrugada del domingo, antes de que ella se despertara. Hui, no estoy orgulloso de ello, pero no me sentía capaz de soportar esa despedida.

—Se va a llevar una decepción cuando despierte y no estés —me avisó Daniela, con la que coincidí en la cocina antes de irme.

—Lo sé, pero no puedo, de verdad.

Sé que Dani me entendía, sus ojos me lo dijeron.

—Tranquilo, yo me encargo de suavizarle el golpe. —Le di un abrazo de despedida—. Gracias por todo, Ángel.

No sé por qué supe que ese «gracias» escondía más de lo que mostraba.

Había pasado una semana con mi hija, una semana que atesoraríamos los dos como uno de nuestros mejores recuerdos. Ella de las vacaciones con su tío, yo de un bocado de mi pequeña que me sabía a poco. Tenía claro que había hecho bien apartándome. No me costó hacerlo al principio, pero con el paso de los años se había convertido en algo demasiado difícil de soportar y solo estar seguro de haber hecho bien me ayudaba.

Capítulo 8

María

—Pues no me pareció que fuera gay —comentó Santi mientras yo preparaba la cena—. Nunca lo habría imaginado.

Habíamos tomado unas imágenes del sencillo proceso de elaboración de la ensalada depurativa que íbamos a cenar y Santi andaba trasteando con mi móvil.

—¿De quién hablas?

Coloqué los dos cuencos transparentes, en los que había emplatado las verduras de forma que la diferencia de colores entre el brócoli, la zanahoria y la lombarda resultara llamativa.

—El de la obra.

—¿La nuestra? —Giré buscando la mejor posición para la luz y coloqué algunos ingredientes cortados sobre la tabla de madera que acompañaría la imagen—. No, me dijo que su novia era muy fan mía.

—No, el encargado no. El jefe, el amigo de tu padre.

—¿Ángel? —Le miré sorprendida—. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

Yo sabía que no lo era. Lo sabía no solo por el aura seductora que rodeaba a ese hombre, que te animaba a quitarte las bragas en su presencia, sino de primera mano. El recuerdo de sus labios sobre mi cuerpo, su olor masculino y sus dedos en mi interior, a pesar de los años, aún era demasiado vívido.

Me acerqué al fregadero a lavarme las manos con agua fría.

—Es nuevo en Instagram y te ha saltado la notificación, porque su número está en tu agenda. Ha puesto una foto de perfil… Digamos que va a recibir muchos MD proponiéndole tema.

Santi me mostró la imagen sosteniendo mi móvil por encima del hombro. Tenía razón, Ángel no parecía muy hetero, con el castillo de la Bella Durmiente de fondo, rodeado de flores de colores llamativos y una mochila rosa al hombro.

—Voy a comentar, hacemos la foto final y comemos, que tengo hambre —dijo Santi apoyándose en la mesa de la cocina.

—Hablando de la obra, tenemos que terminar de rellenar el cuestionario que nos enviaron. Cuanto más tardemos en decidirnos por el tipo de casa que vamos a construir, más se demorará la entrega.

—Lo que tú decidas me parecerá bien, preciosa.

—No puedo decidir yo sola si queremos una vivienda familiar o cuántas habitaciones, su distribución y el uso que le vamos a dar… Tenemos que hablarlo, Santi.

—Tú asegúrate de que haya una habitación para mis juguetes y listo.

—¿Niños?

—¿Niños qué?

—Que si pensamos tener niños.

—No creo que haya que decidir eso ya, que tenga muchas habitaciones, ya veremos para qué las usamos luego.

—*Okis*. Había pensado en algo minimalista, con colores blancos y líneas rectas, pero no quiero un cubo.

—Me parece bien. Y que metan domótica y fibra en todas las habitaciones.

—Quiero que haya un gran árbol en el jardín para poner un columpio.

Santi me miró con una sonrisa pícara.

—No me refería a ese tipo de columpio —le reñí.

—Que esté instalado en un sitio discreto, ajeno a las miradas de los curiosos. Un columpio, de cualquier tipo, tiene múltiples posibilidades.

Llevábamos tiempo juntos, y debería de estar acostumbrada a ese tipo de comentarios tan habituales en Santi, pero no lo había hecho, así que me puse colorada.

—Nena, que seas tan estrecha me pone cachondo. Vamos a la cama.

No supe lo que había comentado Santi sobre la publicación de Ángel hasta que unos días después Guess contactó conmigo para que promocionásemos una serie de mochilas rosa palo que había en su nueva colección. Querían a Ángel como modelo, pero los convencí de que tendría más efecto si hacíamos una colaboración con mi amigo Lucca. Después de hablar con él para que les hiciera llegar su *lookbook*, entré en el perfil de Ángel Cano. Para ser nuevo en Instagram tenía muchos seguidores.

No solo yo lo seguía, sino que había comentado algunas de las imágenes de su *feed* halagando la elección de mochila y convirtiéndolo en tendencia. No sé por qué me imaginé que incluso Santi habría subido un *story* sobre ello usando mi perfil. Miré las imágenes y entendí por qué Guess le quería como modelo. Ángel tenía una bonita sonrisa, y el ceño fruncido que le caracterizaba había desaparecido, se veía relajado, seguro de sí mismo. Un hombre sin complejos paseando en un mundo de fantasía con su mochila rosa al hombro y, aun rodeado de tanta mermelada, manteniendo su atractivo natural. Aunque Santi pensara lo contrario, a mí me parecía tremendamente tierno y masculino.

Al inicio del verano ya habíamos decidido cómo iba a ser la casa que íbamos a construir. Los arquitectos de Construcciones Cano habían sabido recoger todas mis ideas y transformarlas en imágenes con una paciencia infinita, porque lo mío no eran las viviendas y me costaba explicarles lo que quería, además de que hice varias modificaciones radicales que seguro que les obligaron a comenzar de nuevo. Debían de odiarme, pero por fin la casa de mis sueños estaba en marcha.

—*¡Kawaii!* —grité mientras corrí a saltitos para llegar a una esquina de la parcela—. Carlos, quiero fotos desde un mismo punto de la obra todos los días —dije al encargado—. ¿Qué te parece aquí, papá?

Aprovechando que había asistido a un evento para *influencers* en el puerto deportivo de Valencia, me acerqué con mi padre a ver el inicio de la excavación de la que iba a ser mi casa.

—¿Con el móvil? —preguntó Carlos.

—¿Qué móvil llevas? —El hombre me lo enseñó. Tenía una cámara *mierder* y no creí que fueran a salir imágenes decentes para colgar en las redes—. ¿No tienes uno mejor?

—En obra tenemos que ser prácticos. Es el móvil que nos ha puesto la empresa, yo no tengo.

Torcí el gesto, contrariada. Con lo que cobraban los hermanos Cano por su trabajo, ya podían ser más estirados con sus empleados. Necesitaba calidad en las fotos que me enviaran.

—¿No viene Ángel hoy? —pregunté.

—Está en Madrid hasta el lunes —respondió el hombre.

—Hablaré con él.

Ese día yo tomé las fotos y le enseñé a Carlos cómo tenía que hacerlo él los días siguientes. Por suerte, el conductor de la excavadora sí tenía un *smartphone* con cuatro cámaras que hacía fotos impresionantes y se ofreció para tomarlas él mientras que yo conseguía que Ángel le diera a Carlos un teléfono adecuado.

Le llamé de camino a Barcelona y no se lo tomó muy bien.

—Mi encargado no está para eso.

—Quiero fotos diarias del avance de la obra, y con una calidad adecuada. Os he contratado y lo exijo —le dije por las malas cuando las buenas habían fallado.

—Mira, nos has contratado para hacerte una casa a tu gusto. No para alimentar las gilipolleces que enseñas en tus redes.

—Las gilipolleces, como tú las llamas, que yo pongo en mis redes mueven mucho dinero, y etiquetaría a tu empresa, os puede aportar mucha publicidad gratuita. Os lloverán los encargos.

—No necesitamos más trabajo, tenemos el suficiente para que nos vaya bien.

—¿Qué te cuesta poner a Carlos un móvil decente? Va a perder un minuto en hacer la foto y otro en enviármela.

—He dicho que no.

—Ángel, creo que no sabes con quién te estas metiendo —amenacé—. Ya no soy la niña asustadiza que conociste.

—Yo no recuerdo ninguna niña asustadiza, preciosa. Lo que me viene a la memoria es una adolescente caprichosa con un coño bien dispuesto. ¿Es que eso ha cambiado?

Le colgué. Él se lo había buscado.

Capítulo 9

Ángel

La muy puta llamó a Leo exigiendo rescindir el contrato que tenía con nosotros, dispuesta a buscar otra constructora que hiciera realidad sus sueños, como si ambos no supiéramos que yo era capaz de ello.

—Ángel, ¿desde cuándo tratamos así a los clientes, joder? —me gritó mi hermano.

—Es una niña caprichosa.

—Me da igual, no puedes ir diciéndole esas cosas.

—¿Te ha dicho lo que le he dicho?

—Me lo ha dicho —aseguró, repitiéndolo delante de Eduardo.

Me avergoncé porque, sacado de contexto, no me pareció tan buena réplica.

—Tío, menos mal que de las relaciones laborales nos encargamos nosotros. Si vas por ahí soltando esas perlas, no firmaríamos ningún contrato.

—Quiere que perdamos el tiempo haciendo fotos.

—Quiere poner en sus perfiles la evolución de su casa día a día. Tiene millones de seguidores. ¿Sabes la publicidad que un trabajo bien hecho nos puede aportar? —explicó Leo, que se encargaba de nuestra promoción—. Voy a comprar el modelo de móvil que me ha dicho, y el lunes se lo entregas a Carlos. Voy a pillar otro para ti…

—No necesito otro móvil.

Me molestaba que mi hermano actuara como si fuera mi padre.

—El lunes, la primera foto se la envías tú. Queremos que vea que estás de acuerdo.

—Me cago en… —Me levanté de la silla y salí del despacho de Leo con la sangre hirviendo. No me gustaba tener que hacerle la casa a esa niñata, pero menos que me dejasen al margen sin posibilidad de opinar—. Eduardo, ¿no querías que viera no sé qué? Pues vamos —grité.

El enfado no se me fue en todo el día, y menos recibiendo como recibía desde hacía tiempo mensajes de tíos en Instagram preguntándome de dónde era y pidiéndome quedar. La gente en las redes estaba muy pero que muy mal, y ahora mis hermanos querían que asociara el perfil que me hizo la niña al de la empresa, porque sin saber cómo tenía más seguidores yo sin hacer nada que la cuenta de la empresa estando encima de ella.

—Si consigues que los tíos dejen de enviarme mensajes, te doy las claves y te dejo hacer lo que quieras con mi imagen —dije a Edu en el coche cuando me lo sugirió.

—Quita la foto de «Un Ángel entre las flores en el mundo de la magia» y te dejarán de entrar los tíos.

—Yo no le veo nada malo.

—Porque te la hizo Ángela y ambos sabemos que con esa niña te vuelves de mantequilla. Pero, tío, en esa foto pareces marica.

—Pues a tu mujer le gustó mucho —respondí mordaz, y noté como apretaba el volante posesivo.

—Mi mujer ve al «tío Ángel» derritiéndose por una niña. A las chicas les gusta eso.

—Pues ya me dirás qué pongo.

—Déjamelo a mí.

Y me arrepentí.

El muy capullo puso una foto del verano anterior añadiendo el logo de la empresa. Recuerdo que estábamos de coña cuando me hicieron esas fotos. Habíamos hecho una barbacoa, y estábamos todos juntos, incluso Eva y Mikka, que habían venido a pasar unos días. Las chicas recordaron el anuncio del tipo de las once de Coca-

Cola de hacía años y nos desafiaron a recrearlo. Gané porque me lo tomé en serio y porque quería joder a mis hermanos y al nórdico haciendo babear a sus mujeres por mí en sus narices. Solo fue una broma y ahora los muy cabrones me la devolvían.

Si en la foto de perfil anterior parecía un hada, en esta, un modelo de calendario mojabragas.

—Piénsalo bien, con esta, empezarás a recibir mensajes de tías calientes —dijeron entre risas.

Se estaban pasando.

El fin de semana no mejoró, a mis cuñadas no se les había olvidado la tontería de que quería sentar cabeza y seguían con la gaita de las citas a ciegas. Hasta esa noche habían organizado dos. En la primera fuimos a cenar la chica, Daniela, Leo y yo. No acabó bien porque la mujer no hacía más que confundir a Leo conmigo y al final Daniela perdió la paciencia y la puso en su sitio. Mi cuñada no es celosa, pero es que la otra se pasó la noche sobando al tipo que no era. No creo que continúen siendo amigas después de aquello.

La segunda cita fue con una amiga de Sol. También salimos en parejas, esa vez con Sol y Edu, pero fuimos de copas y a bailar. La mujer se largó con un tipo que le gustó más que yo, y yo con una con la que pasé una noche de diez, pero a la que no volví a ver.

Según Sol, aquellas citas no salieron bien porque teníamos carabina. Por eso a la tercera saldríamos la mujer elegida esa vez y yo solos, sin parejas. Nos veríamos en un restaurante que Eduardo había reservado. No me gustaba un pelo eso de tener que cenar con una persona que no conocía y de la que solo sabía que se llamaba Laura y que había sido compañera de estudios de las chicas.

Cuando salí de la casa de Daniela y Leo estuve a punto de pasar de la cena, largarme a ver la última peli de Marvel que habían estrenado ese mes y dar plantón a la chica, pero, si lo hacía, Daniela me arrancaría las pelotas y me las serviría de desayuno. Así que, resignado, me dirigí al restaurante.

Laura ya estaba sentada en la mesa cuando llegué. Tengo que reconocer que estaba buena. Tenía un buen escote y una boca que

te hacía pensar en lo que sería capaz de hacer con ella.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? Lo siento, me ha costado aparcar —me disculpé.

—No, acabo de llegar. Vine en metro, así que no he tenido que perder el tiempo en aparcar —explicó sonriendo.

Tenía una voz bonita y me pareció agradable.

Enseguida llegó el camarero para anotar las bebidas y traernos las cartas.

—¿Has estado alguna vez aquí? No tengo ni idea de qué se come, la elección de restaurante ha sido cosa de mi hermano —dije abriendo la carta.

—Sí, un par de veces con… Se come bien. La ensalada del chef está riquísima.

—Pues, si te apetece, podemos pedirla como entrante para compartir.

De segundo, ella pidió pescado y yo carne. Anotadas las comandas y con las bebidas servidas, todo quedó en nuestras manos.

—Entonces…, estudiaste con Sol, Daniela, Eva y Marta, ¿no? —pregunté para romper el hielo.

—Ajá, incluso viví con ellas un cuatrimestre.

Pese a que debería de haber sido una situación incómoda, al inicio no lo fue. Laura era buena conversadora y pronto estuvimos hablando de su época en la universidad y de mis sobrinos. Creo que ahí fue cuando todo se fue a la mierda.

—Pues sí, cuando se junta toda la niñería es una locura, pero los críos son geniales —dije, y ella se puso a llorar.

Joder, odiaba cuando las tías hacían eso, sobre todo cuando no sabía por qué. Analicé mis últimas palabras buscando el origen de su llanto. Ni idea. Me puse rígido porque la gente estaba empezando a mirarnos, a ella con pena y a mí como si fuera un ogro. Sin saber qué hacer, le cogí la mano por encima de la mesa y se la apreté dándole ánimos.

—Lo siento… Yo… —dijo entre sollozos—. Es que… Mi marido… Mi ex y yo…

Anoté en mi mente matar a las responsables de la cita a pesar de que ello dejaría huérfanos a mis sobrinos. ¿Cómo narices se les había ocurrido organizar algo con una recién divorciada? A lo largo de mi vida adulta había salido con varias y podían ocurrir dos cosas: o se ponían a llorar, porque añoraban su vida de casada, o se te echaban al cuello desesperadas, buscando el mejor polvo de la historia. Como hombre prefería el segundo caso, por supuesto, era más cansado, pero sabía desenvolverme mejor en esa situación.

—¿Quieres que salgamos de aquí? —le pregunté, deseando que aceptara para largarnos y que la gente dejara de mirarme como si fuera el responsable de sus lágrimas. Ella asintió.

Creo que esa noche establecí un récord Guinness: el de pagar y salir más rápido de un restaurante.

La llevé a su casa, porque me pareció mal dejarla tirada en la calle con esos lagrimones. Me pidió perdón por hacerme pasar por eso, y me explicó por qué había reaccionado así. Definitivamente iba a matar a Sol y Dani al llegar a casa.

Laura no estaba preparada para una cita, llevaba poco tiempo separada y aún no había asimilado que lo suyo con su marido había terminado. Cuando un tipo se larga con una cría a la que ha dejado preñada, dejando a su mujer tirada en casa, se trata de algo definitivo. Pero Laura no lo vio venir, la pilló por sorpresa y aún no había pasado página.

—Nada de mujeres divorciadas desde menos de mil años —les dije al llegar a casa—. ¿Entendido?

El lunes, tal y como le había prometido a Leo, fui a Torre Guil, le entregué el nuevo móvil a Carlos para que lo pusiera en marcha e hice la maldita foto del terreno en construcción siguiendo las instrucciones que este me dio para hacerlo bien, según María Petarda. Luego le envié la imagen.

Sin perder tiempo, ella me llamó.

—Es justo la foto que quería, pero estaría más nítida si quitaras el plástico protector de la zona de las cámaras —me dijo.

Le di la vuelta al teléfono y ahí estaba, un film minúsculo, casi imperceptible, tapando el puñetero objetivo. Me dio rabia que tuviera razón.

—Mira, María —siseé su nombre entre dientes—, es lo máximo que vas a tener hoy. Ya he salido de allí.

—Tu hermano me aseguró que estarías abierto a todas mis necesidades, ¿es que tengo que volver a llamarle?

«¿Me está amenazando?», pensé.

No tenía miedo a Leo ni a Eduardo. El mayor era yo, joder. Pero eran mis socios en el negocio y ahora que era el sustento de sus familias se lo tomaban muy en serio, no me apetecía tener que discutir con ellos de nuevo.

—Mañana le quito el plástico y hago otra. Apenas se nota.

Opté por dialogar, porque dar la vuelta cuando ya estaba entrando en la autovía a Cartagena era una verdadera putada.

—Hoy.

—María, te juro que a partir de mañana soy todo tuyo para cumplir tus deseos, incluso los que tu Santi no sea capaz de cumplir, pero, por favor, déjame empezar la semana bien —le pedí—. Si ahora me doy la vuelta, voy a ir de culo toda la semana.

—Se lo pediré a Carlos —cedió—. Y, Ángel, Santi se apaña muy bien, gracias.

Capítulo 10

María

Se suponía que debería gustarme más tratar con el gemelo sociable, se suponía que cuando Leo me dio la opción de hablar los temas de mi casa directamente con él, debería haber dicho que lo prefería, pero no. Tratar con el gemelo gruñón tenía su punto, y él no sabía con quién se la estaba jugando.

De todas formas, a final de la semana Leo me llamó.

—¿Qué tal con mi hermano esta semana? ¿Te ha puesto problemas?

No le dije que el lunes Ángel me envió una foto con el plástico puesto, el martes con un dedo y el miércoles con una mancha. Y que, tras demostrar lo desastre que podía ser tomando fotos, era Carlos el encargado de hacerlo. Tampoco le dije que pensaba que Ángel lo estaba haciendo adrede para quitarme de encima.

—Me alegro de que haya entrado en razón, ya sabes que puede ser un poco bruto —me dijo—. Te llamaba por otra cosa, María, espero que no te moleste, pero he pensado que como tú controlas mucho del tema quizá no te importaría darme algún consejo para promocionar un poco más la empresa en las redes. Ahora es un desastre.

Aquella petición me dio una idea. Había estado ojeando el perfil de Construcciones Cano y los de los hermanos por separado. Ángel, pese a ser nuevo en Instagram, era el que más seguidores tenía y lo era por el comentario que Santi había puesto usando mi nombre.

—Tenéis que conseguir relacionar el perfil de Ángel con el de la empresa.

—Justo eso es lo que les dije yo el pasado fin de semana, por eso le cambiamos la foto a Ángel.

«Así que el cambio de imagen de "florecita" a "obrero cañón" no ha sido cosa de él».

—Creo que debéis centraros en Instagram, porque es muy visual. Si ponéis fotos de vuestros proyectos, de detalles concretos, y vídeos de la evolución de las obras… Pero fotos cuidadas, mejor si tienen personas. Por ejemplo, una familia disfrutando al calor del fuego, para que el que vea la foto desee estar en ese salón… No hace falta que pongáis mucho texto. La foto y los *hashtags.*

—Sí, el tema de los *hashtags* es otra de las cosas que quería preguntarte. ¿Cuáles crees que son mejores para nuestro sector?

—Te diré lo que vamos a hacer…

Le expliqué mi plan, que no solo estaba encaminado a promocionar la constructora, sino también a hacerle la vida un poco más difícil al gemelo gruñón.

Sonreí al colgar porque sabía que cuando Leo le explicara a Ángel lo que tenía que hacer, este iba a soltar sapos y culebras por la boca.

Lo tenía merecido, así que no me sentí culpable.

—¿Estás lista, preciosa? —dijo Santi al llegar a casa—. En un momento estoy preparado.

Miré el reloj, hablando con Leo se me había hecho tardísimo y apenas tenía tiempo para arreglarme para ir a la fiesta.

La respuesta de Ángel no se hizo esperar y, para mi asombro, recibí sus quejas con una sonrisa. Al día siguiente de hablar con Leo, Ángel me envió la foto de la evolución de mi casa usando el mismo método que habíamos utilizado hasta el momento.

Tienes que editar la imagen. Subirla a tu perfil y etiquetarme, le expliqué en un mensaje.

Tardó en responder. Más bien se hizo el sueco.

Estoy esperando. Le dije a Leo la hora exacta a la que hay que subirlo para que tenga más difusión. Se está acercando y no veo tu foto editada.

Silencio.

No quiero perder el día de hoy, es uno de los más hot *de la semana.*

Media hora después, seguía sin responder.

¿Sabes editar una foto?

No era algo que tuviera que hacer yo, pero pensé que el problema de que no subiera la imagen a su *feed* era que no sabía editarla. Le preparé una plantilla. Algo sencillo que pudiera usar para las siguientes imágenes y que quedaran ordenadas en su muro. También que congeniara con el mío de forma que me permitiera hacer *repost*.

Algo como esto, si no tienes nada mejor.

La plantilla que le envié no tenía nada de malo, con grandes márgenes en color crema decorados con pequeños dibujos casi transparentes salpicando alguna esquina. Añadí incluso el logo de su empresa centrándolo en la zona inferior, también de una forma muy sutil. A partir de ahí Ángel solo tendría que añadir la imagen del día en el centro. Esta se ajustaría al hueco de forma automática.

A él no le gustó, por eso me llamó por teléfono.

—Estás loca si crees que voy a poner esa mariconada en mi cuenta —me dijo antes de saludar.

—Sería una mariconada como tú dices si tuviera colores pastel y dibujos de corazones, pero es minimalista y masculina. Le vendrá bien a tu *feed*. Además, ¿no fuiste tú el que puso una imagen tuya en Disneyland con una mochila rosa? Creo que, a estas alturas, da igual lo femeninos que sean tus *posts*.

—No sé qué es un *feed*, ni un *post*. Para mí un día *hot* es uno en el que no salgo de la cama porque estoy acompañado. No sé cómo se etiqueta a alguien, ni me gusta. —Sonaba desesperado y me dio pena, pero él siguió hablando—: Me dedico a la construcción. Se me da bien construir cosas resistentes de la nada. Y soy un hombre ocupado. No puedo perder el tiempo en chorradas de una niña caprichosa. Si necesitas contar al mundo tus mierdas para que te

digan continuamente lo guapa y maravillosa que eres porque tienes algún trauma infantil, me importa una mierda. Yo no lo tengo. Yo valoro mi privacidad y quiero seguir así. Ya tengo que soportar los mensajes continuos de tipos que me proponen tema, pero no estoy dispuesto a más. ¿Tuvo gracia lo de comentar mi foto para hacerme parecer sarasa?

Aún estaba encajando el golpe y no respondí inmediatamente. No todo el mundo me quería en las redes. Mucha gente opinaba igual que Ángel y lo demostraba escribiendo palabras hirientes como comentarios a mis *speeches*. Había mucho *troll* en mi sector, pero había aprendido a soportarlo. No sé por qué viniendo de él me costó un poco más. Pero lo hizo.

—No espero que entiendas mi trabajo, ya que no es tan simple como el tuyo. Pero he llegado a un acuerdo con Construcciones Cano porque me habéis pedido ayuda. Voy a ayudaros a crecer.

—Nosotros no…

—¿No? Eso no es lo que me dijo tu hermano. Normalmente cobro por ello, vivo de ello, pero lo voy a hacer porque nos conocemos desde niños. Así que escúchame atento. —Estaba orgullosa porque, pese a mi enfado, pude controlar el tono de mi voz. Sonó autoritario y frío—. Vas a subir cada día, a la hora que yo te iré diciendo, una imagen en tiempo real de mi casa, y me vas a etiquetar. ¿No sabes cómo hacerlo? Bien. Pues te metes en san Google y buscas un tutorial. Hasta un niño de tres años es capaz de entender eso. —Juraría que le sentí gruñir al otro lado de la línea—. Te he enviado un ejemplo de plantilla. Ese vale para hoy, mañana tendrás que preparar otro similar. Envíamelo esta noche para que le dé el visto bueno. Debes tener varios modelos e irás alternándolos en una secuencia. ¿Sabes lo que es una secuencia?

—No soy gilipollas.

—Bien, me alegro, porque eso facilitará todo. Y una cosa más —avisé antes de colgar—, solo responderé sobre estos temas cuando tú seas la fuente. Es tu responsabilidad y para mí es tan importante que estoy dispuesta a parar las obras y cambiar de constructora si no lo haces. Y sí, soy tan sumamente caprichosa y mimada que si no me das lo que quiero, también me encargaré de que Construcciones

Cano no consiga ningún trabajo más después de ello. ¿Estás dispuesto a comprobarlo?

Me colgó, pero media hora después había subido el *post* y me había etiquetado a mí y a Construcciones Cano.

—Nena, quédate —me pidió Santi—. No salgas de la cama, aprovechemos que hoy no tengo que currar.

—Duerme, prometo regresar antes de que te levantes.

Habíamos estado en una cena con espectáculo la noche anterior y nos habíamos acostado muy tarde, pero aunque la gente crea que los *influencers* no hacemos más que divertirnos, detrás de cada imagen hay mucho trabajo. Tenía que preparar los vídeos de ejercicios para mi canal de YouTube y el desayuno *detox* que colgaría en mi blog. Desde la semana anterior estaba grabando dos o tres vídeos diarios porque a finales de julio nos íbamos de crucero y, aunque allí seguiría generando material, quería tomármelo como unas pequeñas vacaciones.

Me vestí, me maquillé y preparé el decorado y las cámaras en la habitación que usaba como estudio de grabación, y no cumplí mi promesa.

—Me voy, nena —me dijo Santi desde la puerta—. ¿Has desayunado?

Al verle, preparado para salir, miré el reloj y me di cuenta de que llevaba tres horas trabajando. El tiempo se me había pasado volando.

—Aún no. ¿Te vas?

—Sí, no pienso quedarme viendo cómo trabajas todo el día.

—Pensé que…

—Nena, yo también pensé que…, pero sé que te vas a pasar todo el día con tus cosas y me apetece ir a la playa. Volveré por la noche.

Y se largó.

A ver, tenía razón en que me había abstraído un poco con las grabaciones, pero casi había terminado. Podríamos habernos ido juntos a la playa si hubiera tenido un poco de paciencia. Pero Santi nunca tenía paciencia. Si no hacías lo que quería, en el momento en

que lo quería, iba por libre. Al principio me gustaba eso de él. Me dejaba tiempo para mis cosas sin agobios, pero desde hacía una temporada había comenzado a molestarme un poco.

En fin, decidí desayunar y hacer otro vídeo. Por la tarde me ocuparía de editarlos y dejarlos programados.

A las nueve de la noche mi cabeza echaba humo y Santi no había dado señales de vida. A las doce, cerré el libro que estaba leyendo y me acosté. Santi no había respondido a mis mensajes y me imaginé que se iba a quedar a pasar la noche en su casa o en la de algún amigo.

Que Ángel no me había enviado la última plantilla para darle el visto bueno fue lo último que pensé antes de cerrar los ojos. Me dormí con la esperanza de que no me fallara en eso también.

Por la mañana el mensajero me despertó aporreando la puerta. Desorientada me levanté sin saber cómo había podido quedarme dormida. Traía varios paquetes, que dejé en la mesa del comedor para hacer *unboxing* más tarde. Esperaba que entre ellos estuviera el conjunto deportivo de Desigual que me habían dicho que me iban a enviar para probar.

La plantilla número seis me había llegado de madrugada, más concretamente a las cinco de la mañana. Estaba bien, pero no era como las otras. Desentonaba.

Quizá fue porque tenía un día tonto, quizá porque necesitaba discutir con alguien. Llamé a Ángel. Eran las diez de la mañana. No me lo cogió a la primera, ni a la segunda. Solo cuando le llamé desde el fijo de mi casa contestó.

—Está muy feo eso de no cogérmelo porque sabes que soy yo —le dije sin saludar. Me había dado la excusa perfecta para ensañarme con él—. Me has defraudado, pensé que eras más inteligente. Dos llamadas de María y a continuación una de Barcelona… ¿De verdad no has pensado que podía ser yo?

—No eres la única persona de Barcelona con la que trabajo. Estoy esperando una llamada importante de un proveedor —explicó él.

Había demasiado ruido donde estaba Ángel y se le escuchaba mal.

—¿Estás en un bar? —pregunté incrédula.

—Estoy almorzando. ¿Algún problema? Te iba a llamar cuando terminara.

—Perdona… ¿Te pago para que te pases la vida en el bar? ¿Ese es el trabajo tan ocupado que tienes?

—Para empezar, tú a mí no me pagas. Has pagado a mi empresa para que construyamos tu casa en un plazo. Que cumpliremos si te dignas a decidirte por los materiales que quieres de una puta vez, porque exiges mucho, pero aún estamos esperando por ti. Y para terminar, no soy tu esclavo, así que no tengo por qué darte explicaciones. —Para hablarme así de mal, había salido a la calle, así que pude oírlo todo alto y claro—. Me has llamado tú. ¿Qué coño quieres? ¿Qué he hecho mal ahora?

—La plantilla no me gusta. Desentona con el resto.

—Pues empiezo a repetir la secuencia y pasamos de ella.

—Es importante que sean impares.

No era verdad, lo reconozco. Era solo un capricho tonto.

Le escuché suspirar. Sé que se mordió la lengua para no mandarme a la mierda.

—Mira, mi mente esta madrugada no daba para más. Si hay algo que no te guste cámbialo, me lo pasas y lo usaré. —Me sorprendió el tono agotado que utilizó. Habría preferido que me replicara y empezar con él una discusión. Lo necesitaba—. Nos han entrado a robar en una casa que estábamos terminando. Se han llevado toda la instalación de domótica, las placas solares y los sanitarios que aún no habíamos instalado… De verdad que estoy a tope, cansado y levantado desde las cuatro para hacerte la puta plantilla. Perdona si no ha sido tan ingeniosa como las anteriores.

—¿Las hiciste tú? —pregunté. Estaban tan bien que pensé que las habría hecho alguien para él, a excepción de la última.

—¿Quién coño las iba a hacer? Lo dejaste bien claro, ¿no?

—Sí —respondí dudosa.

—Si esa no te cuadra, pásame la plantilla que quieres que usemos, por favor. Hoy la foto la hará Carlos. Te lo aviso para que no me montes un numerito. Tengo que poner la denuncia en la Guardia Civil y estoy en la otra punta de Murcia. Todavía no sé cómo voy a

resolver esto, así que te pido, aunque solo sea por hoy, que no me toques las pelotas.

Me hizo sentir culpable.

Tuve que aguantarme la indignación de que Santi no diera señales de vida yo sola. Le había llamado porque necesitaba una discusión mordaz. En el fondo me gustaba pelear con Ángel.

Santi apareció por la noche como si nada, con la excusa de que después de la playa se había ido a su casa a trabajar en una maqueta que le había llegado nueva. El aeromodelismo era su pasión, un *hobby* que le absorbía y la razón por la que mantenía su casa, pese a que hacía un par de años que vivíamos juntos. Sabía lo capaz que era de dejar el móvil tirado en un rincón mientras se concentraba en ensamblar con mimo las piezas de sus juguetes, así que, habiendo descargado mi enfado corriendo en la cinta esa tarde, no notó que me había molestado.

Además, llegó muy cariñoso y compensó con creces el día y medio que me había dejado sola.

—He hablado con la constructora esta mañana. Necesitan que elijamos unos materiales para encargarlos a fábrica antes de que cierren en agosto —le comenté mientras yacía desnuda en sus brazos.

—Elige lo que te guste, sabes que a mí me da igual una cosa que otra.

—Me gustaría que me ayudaras a decidir, tengo claro lo que quiero, pero son muchas elecciones.

—Me fio de ti, preciosa.

No había forma de que Santi se involucrara en los temas de la casa nueva, era como si todo fuera cosa mía y aquello me agotaba. Sin darme cuenta, fui posponiendo la decisión.

Capítulo 11

Ángel

—Buenos días, Laura. No localizo las elecciones de materiales del chalet de Torre Guil. ¿Sabes dónde están?

Me molestó tener que importunar a Laura el primer día de sus vacaciones, pero me había vuelto loco buscándolo y Leo tampoco lo tenía.

—A mí no llegaron a enviarme nada. ¿No lo tiene tu hermano?

Quise matar a María. Se lo había dicho varias veces y había prometido enviarlo antes de irse a no sé qué crucero. Luego, con ella de vacaciones y yo trabajando por dos, y con el rollo de las puñeteras fotos en marcha, me había olvidado de ello. Su casa estaba en un punto en el que en septiembre deberíamos empezar a usar algunos de los materiales; quería cubrir aguas antes de octubre para comenzar varios tajos en su interior. La falta de material nos frenaría y haría imposible entregar a tiempo.

La llamé.

—No puedo decidirme así sin verlos —me respondió.

—Te enviamos las direcciones de los proveedores y un listado de almacenes donde podíais encontrarlos.

—Pero he estado muy ocupada y me fue imposible.

—Si quieres que entreguemos la obra en la fecha prevista, necesito que me digas qué tipo de acabado quieres para el techo, saber qué cerramientos habéis elegido y estaría bien saber también qué alicatado quieres para los baños. Eso como mínimo —le dije,

consciente de que esas mismas palabras habían salido de mi boca varias veces a lo largo del último mes.

—¿Cuándo lo necesitas?

—Ayer. Tengo que enviárselo a los proveedores para que entre en los repartos de septiembre y a estas alturas no sé si quedará material suficiente.

—Vale. Tráeme algunas muestras y decido. ¿Puedes estar aquí mañana?

Me quedé en silencio. Sin creer lo que me estaba pidiendo.

—¿Ángel?

Ir a Barcelona suponía dejar sola a Ángela. La había recogido en Madrid el día anterior para que pasara conmigo unos días de vacaciones y sus padres estuvieran tranquilos con el nuevo bebé, que se había adelantado y era la causa del estrés de todos nosotros.

—¿No puedes venir tú? —pregunté sabiendo de antemano la respuesta.

—Imposible. Tengo eventos toda la semana por la zona. Estamos en temporada alta.

Apreté el móvil tan fuerte que creo que llegué a doblarlo. No podía parar de pensar en que le había prometido a Ángela que a partir del día siguiente sería todo suyo para hacer lo que quisiera.

Odiaba tanto a esa mujer que me hacía hervir por dentro.

—Mañana estaré allí —respondí entre dientes.

—Genial. Así te cuento unas ideas que se me han ocurrido para las redes, para empezar en septiembre.

Colgué porque no me sentía con el ánimo para hablar de ello sin lamentarlo luego. Sentía que me tenía cogido por las pelotas y no me gustaba nada.

Ángela se lo tomó mejor de lo que esperaba, porque a mi regreso le prometí que iríamos juntos a algún sitio especial un par de días.

Antes de iniciar mi viaje a Barcelona cargado de muestras tuve que pasar por la casa de Antonio. La niña quería las verduras frescas del huerto de su padre.

—Ten paciencia con ella —me pidió.

El hombre me dio pena. Aquella arpía lo tenía atontado, incapaz de ver que no era más que una cría maleducada y mimada que necesitaba un buen correctivo.

Mi enfado no se disipó en los más de seiscientos kilómetros que separaban Cartagena de Barcelona. Me fui alejando de mi familia, de mi vida y de lo que quería hacer —y no podía por aquella odiosa y frívola mujer—, mientras mi mente imaginaba dolorosas y lentas formas de asesinarla.

La verdad es que fueron seis horas de lo más macabras, en las que ninguna de las formas de matar que pasaron por mi cabeza me parecieron adecuadas para María. Todo era demasiado poco.

La niña vivía en un bonito ático en el centro de Barcelona, al que tuve que subir las muestras en varios viajes y, por supuesto, sin ayuda. Su fantástico prometido, Santi, no hizo acto de presencia.

Al principio fui seco, solo quería terminar con aquello y volver a mi vida. Pero me dio pena. No había entusiasmo en sus elecciones. Había construido el hogar de muchas parejas prometidas, siempre elegían con mimo e ilusión los materiales con los que construiríamos su futuro.

María eligió muy rápido. Lo hizo como el que selecciona el decorado de un escaparate que va a cambiar la semana siguiente. No pensó en ella ni en sus gustos, sino en lo que más le gustaría a la gente que lo vería.

Me pareció muy triste vivir de ese modo, siempre pendiente de la opinión de otros.

—¿Seguro que prefieres este? —le pregunté.

Hasta el momento había ido anotando las referencias sin implicarme mucho en sus decisiones. María no me había pedido opinión, yo no se la había dado. Solo quería salir de allí sin arrepentirme y sabía que era capaz de saltar a la mínima. Me pareció que el azulejo azul para el baño principal le había gustado más que el anodino gris que había elegido.

—Sí, es un gris muy clarito, va a dar mucha luminosidad en las fotos.

Me miró con ojos tristes y me ablandó el corazón. Mi enfado se disipó y volví a encontrarme con la pequeña despeinada que lloraba

en el funeral de su abuela.

—María, es tu casa. Debes diseñarla a tu gusto, aunque este no sea el gusto de la mayoría o en las fotos no quede perfecto. Es el lugar donde vas a cumplir tus sueños.

—El gris claro. —Me desafió a replicar y no entré en su juego. A fin de cuentas era lo suficientemente mayor para saber lo que quería —. Solo es una casa.

Tenía que haberme callado, pero no pude.

—No es solo una casa. Es «tu hogar», en el que vas a vivir momentos felices o tristes. Piensa que esas cuatro paredes, vestidas y decoradas como tú quieras, son las que van a verte reír, llorar, cantar, soñar… Deben ser tuyas, no las de un extraño.

—A Santi le gustaría más el gris.

Claro, aquel hogar no solo era de ella, también era para él. No pregunté por qué narices no estaba allí para decirlo él mismo.

—Pues nos hemos decidido rápido —dijo poniéndose en pie algo nerviosa—. ¿Quieres tomar algo? Si duermes en Barcelona y prefieres dar una vuelta por la ciudad, me ofrezco a acompañarte.

—Duermo aquí, aunque estoy cansado. Dejaré el turismo para otra ocasión, pero sí me apetecería tomar algo —me sorprendí respondiendo.

«¿Dónde ha ido mi idea de terminar con esto lo antes posible?».

—Pues voy a prepararlo.

—¿Te importa si saco el ordenador y lanzo los pedidos?

Le pareció bien, así que bajé las muestras al coche y subí el ordenador. Cuando llegué, María me había preparado un hueco en la mesa de la terraza para poder trabajar. Me ofreció una cerveza helada que acepté gustoso con algo de incredulidad.

—Que yo no tome alcohol no significa que no tenga en casa —explicó—. A Santi sí le gusta tomarse una cerveza de vez en cuando.

María llegó con dos platos de ensalada y unas bebidas de color rojizo cuando yo ya cerraba el programa de pedidos. Tenía muy buena pinta. Lo dejó todo sobre la mesa. Dispuso las cosas de una forma ordenada y se acercó mucho a mí. Tanto que pude oler su sutil perfume a fruta fresca mezclado con la brisa salada del mar.

Dejé de respirar y cerré los ojos.

—Mira a la cámara —me dijo.

De la nada, había sacado un palo de *selfie* en cuyo extremo iba colocado su móvil. Nos fotografió. Varias veces hasta encontrar la perfecta.

—Va a quedar genial. Ya verás cómo bates el récord de interacciones.

Mientras yo apagaba el portátil, todavía con cara de tonto, ella subió la imagen a sus redes.

Comenzamos a comer. Al principio, en silencio.

La ensalada que había preparado con las verduras frescas que le había traído del huerto de Antonio estaba impresionante. La había aderezado con una vinagreta con algún fruto seco, puede que fuera cacahuete, pero no llegué a preguntarle. Verla tragar me dejó sin palabras. Centré toda mi atención en la forma en que frunció los labios, antes de empezar a masticar, y en cómo miró al cielo con sutileza. Como si, con ese gesto, diera las gracias a alguien por aquellos alimentos. Cuando por fin comenzó a masticar, cerró los ojos y supe que había centrado su atención en la explosión de sabores dentro de su boca.

Bebí el té rojo buscando en su frescor calmar el fuego que me había calentado el cuerpo, porque aquella imagen había evocado en mis recuerdos la de una joven alcanzando el éxtasis empapando mis dedos.

Tragué la bola que se me había formado en la garganta.

—¿No te gusta? —me preguntó.

—¿Eh? Sí, está riquísimo. ¿No has pensado en montar un restaurante?

—No, no es lo mío, aunque no descarto asociarme con alguna cadena de restaurantes en un futuro para que integren en sus menús algunas de mis recetas. No sabes la rabia que da, para un vegetariano, no tener opciones cuando sales a comer fuera.

—He comido en tu casa muchas veces para saber que lo de ser vegetariana no te viene de ahí. ¿Cuál es la razón?

—Hay gente que lo hace por convicción, pero no es mi caso. No es que me dé igual el trato que se les da a los animales que se usan para consumo humano, pero lo cierto es que empezó como una

forma de dieta, luego me di cuenta de que apenas comía carne y más tarde que, cuando lo hacía, mi cuerpo no reaccionaba bien. Así que me convertí en vegetariana.

La conversación comenzó a fluir y, sin percatarme, olvidé mi enfado y disfruté de su compañía.

—No suelo cenar tanto —me dijo—, pero te voy a traer de postre un kéfir con frutas que te va a encantar.

Se levantó y, aunque me había pedido que esperara sentado, mi madre no nos había educado así. Tomé de la mesa los platos sucios y los llevé a la cocina, yendo tras ella.

Nuestra conversación se trasladó allí. María me explicó cada uno de los ingredientes que fue poniendo en la copa en la que luego vertió el kéfir. Se movía con soltura en su cocina y me hizo sentir a gusto. El mango que estaba partiendo en taquitos tenía una pinta espectacular y no pude evitar picar uno. El melón también, lo mismo que el maracuyá.

—Si te comes mis ingredientes no vas a tener hambre cuando volvamos a la mesa —me regañó y vislumbré en ella a su madre. Aquella mujer siempre me había parecido un ángel y comprendí por qué Antonio había caído rendido a sus pies.

Me había acercado a robarle otro trocito cuando habló, y me quedé parado muy cerca de ella.

¿Qué hacer cuando todo tu cuerpo te pide un beso?

Huir, sobre todo cuando se trata del de una mujer diez años menor que tú que además está prometida. Eso hice, no sin antes terminar lo que había empezado. Robé una tira de mango y me la llevé a la boca sonriendo. Lo sé, sé que acompañé el movimiento con mi sonrisa canalla más seductora.

¿Por qué lo hice? No sabría decir, pero sí puedo asegurar que tuvo efecto en María, porque noté como contenía la respiración.

Me sentí orgulloso de no haber perdido mi toque, porque seguía siendo capaz de excitar a una jovencita. Y aquello levantó mi ego y lo que no era el ego.

Salí de la cocina buscando el aire fresco de la terraza, para no tener que arrepentirme de nada.

María regresó un momento después, cuando yo ya había conseguido calmarme un poco.

Tras sentarse, miró su móvil.

No había dejado de vibrar durante la cena, ni el suyo ni el mío.

—Esto demuestra que mi idea para septiembre va a funcionar. La gente te adora, Ángel.

—No me gusta.

—Deja de gruñir. Este mes publica en tu *feed* alguna imagen personal. Que la gente te vea, que se enamore de ti…

—Sí, para seguir recibiendo propuestas indecentes.

—Es lo que hay. Yo también las recibo. Pasa de ellas.

Aún sentía el efecto de la cercanía de María y me centré en respirar hondo. Seguía queriendo saltar sobre ella, y aquello no estaba bien.

—Solo serían un par de fotos semanales, de tu vida personal. Preparando la cena, con alguno de tus sobrinos, aunque, claro, a ellos no se les podría ver la cara…

La voz de María me llegaba como un leve rumor de fondo.

—¿Qué? —reaccioné—. ¿Quieres que convierta mi vida en un espectáculo?

—Quiero que la gente vea al hombre que hay detrás de mi casa. A la persona. No solo una fría obra.

—No.

—No es cuestionable.

—He dicho que no.

—¿Quieres estropearlo todo ahora?

—No estoy dispuesto a convertirme en una mascota.

—Solo son algunas imágenes para humanizar vuestra marca. Tú eres el más seguido, tus hermanos podrían hacer lo mismo más adelante. A la gente le gusta conocer la historia detrás de una empresa.

—No estoy dispuesto a hacer pública mi vida.

—Vas a hacerlo.

—O si no, ¿qué? —pregunté, porque me sentí amenazado.

—O si no, ya sabes lo que pasará. Te guste o no… estás a mi merced. Son mis condiciones.

No me lo podía creer, y pese a que mi «excitación» se transformó en enfado, intenté contenerlo.

—Respeto tu forma de ganar dinero, pero eso no significa que a mí me guste ni que tenga que hacer lo mismo. No puedes imponerme tu forma de vivir. Yo no voy a prostituir mi imagen para que la empresa de mi familia crezca.

Vale, puede ser que «prostituir» no fuera la mejor comparación posible, pero me salió así.

María montó en cólera.

Capítulo 12

María

—¡Puta! ¿¡Me estás llamando puta!? —grité—. ¡Fuera! ¡Vete de mi casa! ¡Ya!

Yo no busqué esta forma de vida, solo me llegó y la aproveché. Desconocía por qué la gente, de entre miles de personas que lo intentaban, me había elegido a mí, pero me seguían y, de alguna forma, era capaz de ayudarlos. Enseñarles que vivir con salud es posible era mi objetivo, lo que me movía a hacerlo, a levantarme cada mañana con una nueva idea y una forma llamativa de venderla.

—¿Crees que para mí es fácil? ¿Que la niña tímida que conociste ya no está? No pretendo que alguien como tú me entienda.

—Mira, reconozco que usar ese comparativo no ha sido lo más acertado, pero…

—Eres demasiado simple, Ángel. Un bruto cerrado de mente.

No le gustó mi insulto porque lo vi enrojecer de ira, y aunque seguía habiendo mucho de niña tímida en mi interior, con él, no sé por qué, me costaba menos esconderlo.

—Vete. Te doy tres días para que subas la primera foto, si no comenzaré una campaña mediática contra Construcciones Cano. ¿Quieres jugar con el pan de tus sobrinos?

Su rostro pasó de color rojo a color morado. Apretó tanto los puños que sus nudillos se volvieron blancos y se marcaron todas las venas de sus fuertes antebrazos.

—Si la gente supiera en realidad el ser despreciable que se esconde detrás de la imagen de princesa bondadosa que te has creado… —escupió—. Eres ruin, una cría mimada que se aprovecha de todo lo que hay a su alrededor. Tu padre no es capaz de verlo y no sé por qué tu novio tampoco. Quizá porque es igual que tú.

—¿Soy mimada y despreciable? ¿Y tú qué? Egoísta. Capaz de anteponer tus prejuicios a las necesidades de tus seres queridos, y no me extraña que estés solo, Ángel, porque nadie en su sano juicio querría estar con alguien como tú.

Ángel dio un paso al frente y yo retrocedí asustada, temí que levantara uno de sus puños y lo empotrara contra mi cara. Estábamos solos en mi casa, Santi se había ido a pasar unos días con sus padres. Si Ángel me mataba allí mismo, nadie notaría mi ausencia hasta pasados unos días. Por la forma en que me miró sé que se le pasó por la cabeza hacerlo, pero mi reacción dando un paso hacia atrás le trastocó, negó con la cabeza y se dio la vuelta.

—Es evidente que tenemos un concepto el uno del otro muy claro y contrario a nuestros gustos —dijo entre dientes—. Pero ni mi familia ni la tuya tienen que sufrir por ello. Voy a limitarme a terminar tu puta casa, que ya te aviso no va a estar en plazo porque los materiales se van a retrasar. Espero que no tomes represalias por ello porque la culpa es solo tuya —siseó—. Puedo ser simple y un bruto, pero también soy profesional en mi trabajo. En cuanto a la mierda del Instagram, tendrás las puñeteras imágenes a cambio de que toda nuestra comunicación sea por escrito. No estoy dispuesto a cruzar contigo ninguna palabra más.

Dicho aquello salió por la puerta.

Se acabó.

Ese fue el final de nuestra amistad, si es que algún día la había habido.

Salí a la terraza a respirar la brisa marina buscando calma, el sonido del tráfico de la tarde-noche barcelonesa me llegó amortiguado. Me senté. No, más bien me desplomé sintiéndome vacía. Débil, porque en el fondo él tenía razón. María no era más que una máscara muy bien cuidada que escondía a una niña igual de perdida que el día que él me animó a demostrarle al mundo que era

fuerte. Y lloré, creo que porque había decepcionado a la única persona que había creído en mí desde siempre.

Tres días después Ángel subió el primer *post*. Una imagen casera a las puertas de una tienda de campaña, despeinado, con cara de sueño y con una gran sonrisa. Una que nunca había lucido en mi presencia. Recuerdo envidiar a la persona que conseguía borrar su expresión ceñuda de esa manera. Quizá Ángel no estaba tan solo como yo creía.

A lo largo del mes de agosto siguió colgando *posts* con fotos caseras. Una comida en familia —que subieron todos los hermanos en sus *feeds*—, otra solo, haciendo *paddle* surf, otra practicando piragüismo con Eduardo, llevando entre los dos a los gemelos de este.

Compartí y comenté.

Él no respondió a mis comentarios.

En septiembre la obra continuó. A ocho meses para mi boda, los preparativos se sumaron a mis obligaciones y, de nuevo, a Santi le parecía bien todo lo que a mí me pareciera bien. No creo que fuera consciente del nivel de estrés que eso me suponía. Santi solo lo hacía por mantenerme contenta. Siempre había sido muy servicial. Me cedía la elección de restaurante, de peli, de ropa…, y aunque me habría gustado que participara algo más, no podía quejarme.

La parte sencilla era que, al tener que hacer tantas elecciones en mi vida, tenía material de sobra para alimentar mis perfiles, así que pude seleccionar las promociones, las colaboraciones, los *unboxing*… Descubrí que mis seguidores eran buenos ayudándome a decidir entre dos colores de sofá o el tipo de peinado que debía llevar el día de la boda, el destino ideal para el viaje de novios o de qué color debía ser el chaleco de Santi.

En cuanto a la relación con Ángel, se limitó a interactuar con él en Instagram. Me descubrí esperando la foto personal que alternaba con las de mi casa y las de otros proyectos que llevaba en marcha.

Las imágenes habían dejado de ser tan caseras y sus *speeches* eran innovadores y cuidados, siempre al día, siempre con los *hashtags* que eran tendencia. Yo comentaba sus *posts* con cariño y él los míos. A ojos de nuestros seguidores éramos buenos amigos, pura fachada, porque yo sabía que la persona que había detrás de sus publicaciones había dejado de ser él. Con toda probabilidad habían contratado a un *community manager*, que, por cierto, lo hacía muy bien. Pero no dije nada. Me centré en lo mío e intenté ver qué había de verdad en lo suyo.

—Hoy Ángel ha venido acompañado.

Pese a nuestro enfado, Ángel había seguido ayudando a mi padre. Siguió yendo por Galifa un par de veces por semana e incluso logró que Antonio saliera en uno de sus *posts*. Algo que yo nunca había conseguido.

Mi padre tenía cierta tendencia a explicarme cuándo iba y qué hacían juntos porque adoraba a ese hombre. Además, seguía las redes sociales y, como todo el mundo, él pensaba que Ángel y yo éramos amigos.

—Trajo a una mujer muy guapa —explicó, y aunque para mí Ángel era un ser odioso, sentí una punzada en el corazón—. Parece que se llevan bien, así que espero que sea la definitiva.

—¿Te lleva muchas mujeres?

No sé por qué lo pregunté.

—Nooo, es la primera, por eso pienso que puede ser especial. Ángel siempre ha sido muy reservado.

—Será la misma con la que fue a Disney o de acampada —supuse.

—Qué va, esa fue su hi… sobrina. Ha cumplido siete años hace un par de meses y le tiene enamorado.

—¿Una niña?

Jamás se me habría ocurrido que la única persona del mundo capaz de extraer una sonrisa sincera a aquel huraño fuera una niña.

Papá siguió poniéndome al día de los avances en la relación de Ángel con esa mujer, información que complementó la que, como miguitas, me llegaba desde su perfil. No sé por qué me obsesioné,

tenía suficientes cosas que hacer y cambios importantes en mi vida que planificar como para estar pendiente de un tío que me odiaba.

Cuando visitamos la obra en febrero estaba claro que no iba a estar lista antes de la boda. Pensé que Ángel nos acompañaría en la visita, pero no fue así. Fueron Leo, Eduardo y Carlos los que nos enseñaron todo y con los que pactamos que al menos la parte exterior estaría lista para poder hacerme unas fotos allí, vestida de novia, antes de la boda.

Sí nos prometieron que estaría terminada cuando regresáramos de nuestro viaje de novios un mes después. Limpia y decorada como les indicáramos.

Pasamos casi dos semanas en Murcia organizando cosas, y en ese tiempo no le vi. Cuando llegábamos a comer a casa de mi padre, él ya se había marchado, y aunque me emperré en arrastrar a Santi algún día a Galifa a deshoras, seguimos sin coincidir.

Mientras, nuestra relación en las redes era perfecta.

Estaba segura de que me rehuía. Pensé en forzar una foto los dos juntos, como si él me estuviera explicando cosas sobre el desarrollo de las obras, pero finalmente decidí que no era buena idea.

Dejé que mi orgullo tomara el control. Si Ángel no quería tener nada que ver conmigo, pese a que la insultada aquel día había sido yo, pues allá él. Me centré en lo mío, en el nuevo trabajo que tendría en el gimnasio Olimpia al instalarme en Murcia, y desde el que se emitiría un programa de ejercicios en la televisión nacional por las mañanas. En la prueba de mi vestido, en el envío de las invitaciones —en las que le incluí por compromiso—, en disfrutar con Santi de los últimos días de soltería, en mi despedida de soltera, en el menú vegetariano que comeríamos en la celebración, que el chef había basado en algunas de mis recetas.

Me centré en las cosas que deberían ilusionarme.

Lo saqué de mis pensamientos.

Me concentré en mis obligaciones y en mi futuro.

Dejé que estas lo echaran de mi mente.

Me obligué a olvidar las dudas que Ángel había sembrado aquella tarde con sus críticas. No era la primera persona que censuraba mi forma de vida, pero sí la que más daño me había hecho.

Me forcé en ver lo bueno que había en mi vida.

Me concentré en mi prometido, que era un sol; en mis seguidores, que siempre estaban ahí, con sus mensajes de apoyo, y en mi padre, que, a su manera, me quería.

Capítulo 13

Ángel

Convencer, con ayuda de Juan, al resto de mis hermanos para que Construcciones Cano contratara a un *community manager* que se encargara del perfil de la empresa y del mío propio fue un acierto. Si no hubieran aceptado lo habría pagado yo de mi propio bolsillo, porque María Gómez, alias Mary Gym, era una insoportable y odiosa niña mimada que me sacaba de quicio.

La vuelta al trabajo tras el mes de vacaciones fue una verdadera locura; con Leo a medio gas, para ayudar a Daniela con África y Ángela, y Álvaro, nuestro arquitecto en Murcia, de baja por una rotura de clavícula jugando al pádel, mi trabajo se duplicó, y no es que llevara poco antes de aquello. Por suerte, Carlos y Paco, nuestros jefes de obra en la zona, respondieron muy bien, pero yo echaba de menos el trabajo manual y la tranquilidad que me suponía hacer un trabajo físico sencillo.

—¿Por qué no te compras la casa del Pascual? Siempre has dicho que te gustaba esa parcela —me preguntó Antonio uno de los fines de semana de los que iba a ayudarle con la huerta.

Me lo pensé.

Antonio tenía razón, aquella parcela, ahora en venta, con su casita baja en lo alto del cerro, siempre me había gustado. Su ubicación era perfecta para resultar cálida en invierno y fresca en verano. No

me fue difícil imaginarme descansando en su porche tomando una cerveza bien fría las calurosas noches de julio, o trabajando en un huerto similar al de Antonio los sábados por la mañana.

—¿Sabes cuánto piden?

—Creo que los hijos aún están poniéndose de acuerdo —respondió Antonio con la voz entrecortada por el esfuerzo de subir el capazo lleno de malas hierbas a la furgoneta.

—Déjame a mí —le reprendí y él me miró con esa cara que decía que podía hacerlo, que, aun siendo mayor, tenía la suficiente energía como para levantar ese peso y mucho más.

Estaba seguro de que Antonio tenía vitalidad para ello, pero ¿y su cuerpo? No podía esconder el paso de los años y el desgaste del trabajo físico. Tenía que cuidarse.

—Eres como mi hija —protestó—, siempre diciendo que tengo que cuidarme.

Mi relación con María se había vuelto inexistente, pero ella tenía razón. Antonio ya no era el que era y tenía que llevar cuidado.

—Si estoy yo aquí para ayudarte, ¿por qué arriesgarte a hacerte daño? —le dije.

Antonio refunfuñó dándome la espalda; estaba claro que seguiría haciendo lo que le diera la gana hasta que su cuerpo se resintiera por ello. Lo di por perdido.

No tenía idea de cambiar mi residencia, ni siquiera de comprar nada nuevo. Con tanto trabajo apenas entraba en casa, pero la sugerencia que Antonio sembró en mi mente comenzó a germinar como si de una semilla se tratase.

Cuando mi madre había enfermado, Leo y Eduardo ya vivían en Madrid, y Juan, con sus guardias en el hospital, sus congresos, sus consultas privadas, apenas tenía tiempo, así que dejé mi apartamento de alquiler y me mudé con ella. Cuando unos meses después falleció, me quedé allí.

Era el piso en el que habíamos crecido, y aunque los recuerdos estaban en cada una de las estancias y en cada una de sus paredes, sentía algo acogedor al estar rodeado de ellos. África se fue

apagando poco a poco, pero cuando su cuerpo por fin se desvaneció, tanto ella como nosotros estábamos preparados. Hablaba por todos, porque estaba casi seguro de que los cuatro pensamos lo mismo. Mi madre no estaba preparada para estar postrada en una cama, tras el ictus que nos llevó a todos de urgencia al hospital dejó de ser ella misma para convertirse, lentamente, en un cascarón vacío. Cuando falleció se fue con papá y eso estaba bien.

Vivía en la casa de mi infancia, todavía llena de los recuerdos de mi familia. Los muebles que había elegido mi madre; las fotos de sus nietos, mis sobrinos; de sus hijos, mis hermanos, y yo, y de su marido, mi padre.

Estar allí me reconfortaba. Creo que porque llenaba mi soledad.

Pero estaba claro que necesitaba un sitio propio, algún lugar al que llamar mi hogar, y, no sé por qué, la idea de que fuera la casita del cerro en el camino de El Portús, al pie de la sierra de La Muela, me resultó cada vez más interesante.

La compré.

Pagué por ella más de lo que valía, pese a que parte de la parcela no era edificable, y no se lo dije a nadie, ni siquiera a Antonio.

La casa no era habitable. La finca tenía luz y agua y, curiosamente, buena cobertura de teléfono e internet, algo de lo que ni me preocupé en consultar cuando apalabré la compra.

Casi de un día para otro me convertí en dueño de más de cuatro tahúllas de almendro y algarrobo, sin tener ni idea de agricultura, y de una casita de piedra con el techo derruido que debía reconstruir. Todo ello sin que nadie lo supiera.

¿Por qué no se lo conté a mis hermanos?

Quizá porque no quise que Leo me dijera que no era una buena inversión, o que Eduardo me sometiera a mil preguntas que no sabía cómo responder porque quería diseñar la casa de mis sueños y yo aún no sabía cuáles eran. Y a Juan…, a él simplemente para que no se lo dijera al resto.

Aquel terreno y su casa ruinosa no solo eran míos. Eran yo.

La primera noche que pasé en mi nuevo hogar, lo hice en la misma tienda de campaña en la que había dormido varias noches con Ángela cuando la llevé de acampada en vacaciones. Cuando la monté, hinché la colchoneta y extendí el saco, no pude evitar acordarme de lo feliz que nos hizo esa escapada.

La llevé al cabo de Gata, estuvimos en un *camping* con piscina, pero hicimos senderismo juntos y nos bañamos en las calas paradisiacas que solo tras el esfuerzo de andar un buen rato puedes disfrutar. Se portó genial, sin una queja ni una protesta. Me contó sus preocupaciones, aquellas que no le había contado a su madre porque le daba vergüenza, dudas típicas de una niña de siete años que se había convertido en hermana mayor de un día para otro.

—¿Me querrán igual? —fue una de sus preguntas, quizá la más sencilla de responder.

—Ahora puede parecer que África es todo su mundo, y creo que es normal que puedas sentir que has dejado de importarles, pero no es así —le expliqué. Yo también era hermano mayor, así que sabía de qué hablaba—. Cuando nació tu tío Eduardo, la abuela se pasó meses con él en brazos. Dejó de llevarnos a Leo y a mí al parque. Comenzamos a pasar más tiempo con el abuelo, nos enseñó a construir cosas, pero no de mentira, de verdad. Luego Eduardo se hizo mayor y jugamos juntos y la abuela nos volvió a llevar a todos al parque y volvimos a hacer con ella las cosas que nos encantaban, pero ¿sabes…? —Ángela me escuchaba atenta, con sus grandes ojos curiosos tan similares a los míos, y me pregunté si mi padre me habría visto del mismo modo—. Echaba de menos los ratos con el abuelo. —«Y los sigo echando»—. La abuela tuvo cuatro hijos, ¿crees que nos quería más a unos que a otros?

—No —respondió convencida—, os quería mucho, y a nosotros. Creo que el corazón se hincha como un globo para dejar entrar a todos los que queremos.

No conocía a más niños de su edad, pero me pareció muy madura. Jamás habría pensado que con esa edad pudiera mantener

conmigo conversaciones trascendentales de la vida y comprenderlas, pero sobre todo hacerme pensar y plantearme mil cosas.

La primera noche en mi finca la pasé en blanco. En silencio imaginé a Ángela corretear entre los algarrobos y explorar la casa. No fue una buena idea, porque me di cuenta de que aquel lugar, tal y como estaba en ese momento, era peligroso para una niña tan pequeña. Pasé la noche buscando soluciones rápidas.

Por la mañana, ya sabía el lugar exacto del terreno en el que iba a instalar la cabaña.

Es de esperar que alguien que se dedica a lo que yo me dedico decida construirse una casa resistente, para toda la vida. No sé, quizá el dicho de «En casa del herrero cuchillo de palo» es cierto, pero una cabaña prefabricada de madera me pareció perfecta, y estaba seguro de que a Ángela le encantaría.

A partir de ese momento, dediqué mi tiempo libre a aquel terreno. Recoger la algarroba, podar los árboles para prepararlos para la llegada de la primavera. No tenía ni idea, pero Antonio, que al igual que mis padres en su juventud había trabajado en el campo, fue asesorándome. Está claro que no recogí la algarroba de todo el terreno, ni que tampoco podé todos los árboles. Lo hizo un conocido de Antonio con su cuadrilla, pero quise estar con ellos, quise aprender algo nuevo. Y me sorprendió la sensación de bienestar que me quedó tras ello, pese al dolor de cada músculo, pese a los callos y cortes que llenaron mis manos, hubo algo tranquilizador en aquel metódico y duro trabajo.

Dedicado a ese trozo de tierra del que era propietario, dejé de ir a Madrid de forma tan frecuente y, enseguida, mi familia comenzó a sospechar.

—Daniela me llamó ayer —me comentó Juan un viernes que quedamos a cenar—. Quería saber si cuenta con nosotros en las

fiestas navideñas.

Me extrañó que llamara a Juan, ya que solía ser yo quien hacía de intermediario para esas cosas.

—Le he dicho que estaré en Nochebuena, pero que en Nochevieja me toca guardia. ¿Tú qué vas a hacer? —me preguntó.

—Pues lo de siempre, iré a pasarlas con ellos. ¿Con quién si no?

—Me insinuó que podías estar evitando ir por Madrid por el tema de las citas. No lo entendí.

—Cuando estuvimos en Santa Mónica —expliqué—, me escucharon decir que me gustaría sentar cabeza. Así que Daniela y Sol lo han convertido en su objetivo. Cada vez que voy, tienen preparada una cita con alguna conocida suya con la que creen que puedo congeniar. —Juan puso los ojos en blanco y juraría que hasta se le erizó la piel—. No, no está tan mal. Son mujeres agradables, pero no ha surgido nada.

—¿Estás evitando ir a Madrid por eso?

—Para nada. Es solo que… he estado liado con otras cosas.

—¿Has conocido a alguien aquí y no quieres decepcionarlas?

—No, apenas tengo vida social. ¿A quién podría conocer?

Me miró sorprendido por mi respuesta.

—¿De verdad quieres sentar cabeza? —preguntó como si fuera algo difícil de entender.

—Voy para los cuarenta, sinceramente sí, es algo que me gustaría, aunque no espero que lo entiendas.

A fin de cuentas nos llevábamos casi diez años. Juan estaba en una edad más despreocupada.

—Si quieres puedo presentarte a alguien —me dijo—. Entonces, ¿no estas enfadado con Daniela y Sol? ¿Les digo que no es por eso por lo que no vas?

Pensé que ya era hora de que supieran con qué andaba obsesionado.

—¿Tienes libres un par de horas este fin de semana? —Juan asintió—. Pues guárdamelas, que te voy a enseñar la razón por la que no voy tanto a Madrid.

Una vez que Juan vio el terreno con la cimentación para instalar la cabaña que comenzarían a montar a primeros de febrero, no tardó en enterarse el resto de la familia. Creo que les molestó que no les hubiera pedido consejo o quizá ayuda. No pretendía que entendieran que necesitaba tener algo solo mío, en lo que no estuviera involucrado ningún Cano más. Tenía casi cuarenta años y no había tenido nada propio jamás. Compartí nacimiento con Leo, cuna, juguetes, juegos; trabajaba con ellos; vivía en la casa familiar, y sentía que en todos los aspectos de mi vida había un Cano para ayudar, para opinar o para criticar. Ese terreno era mío y todas las decisiones que había tomado con respecto a él también. No sé, simplemente lo necesitaba, y así se lo expliqué a todos. Si no lo entendían, no era mi problema.

Más o menos a finales de enero, Juan me presentó a Mercedes. Dermatóloga en el hospital de Cartagena, separada con un niño un poco menor que Ángela, de unos cuatro o cinco años. Ella era más o menos de mi edad. Congeniamos y comenzamos a salir.

Estaba bien porque no era agobiante. Quedábamos para comer entre semana, cuando su hijo estaba en el colegio, y cenábamos cuando el niño estaba con su padre. Tenían régimen de custodia compartida, así que ella se quedaba sola un fin de semana sí, uno no. Así que pasábamos juntos un fin de semanas sí, uno no. Eso me permitía ir a Madrid y ocuparme de mi casa sin enfados. Por mi parte, no tenía problema en pasar tiempo con el niño y ella, pero Mercedes no quería liar al chaval hasta que la cosa fuera más seria, y me parecía bien. Me gustaba eso de ella. Era una mujer centrada, que hablaba claro. Eso hacía que las cosas fueran fáciles.

El primero en conocerla fue Antonio. Me llamó diciendo que no le funcionaba la caldera y pidiéndome que le echara un vistazo cuando Mercedes y yo íbamos de camino a la cabaña. La habían terminado la semana anterior y me había pasado el fin de semana limpiándola. Aún no tenía los muebles y faltaba instalar la cocina y la estufa de

pellets que quería poner, pero quería que Mercedes me diera su opinión, necesitaba saber que le gustaba, ya que esa cabaña era una parte de mí.

Nos desviamos y pasamos por la casa de Antonio para ver qué le pasaba a su caldera.

—¿No te importa? —le pregunté, aunque sabía que no.

El agua caliente no funcionaba porque había una pelota de cal en el filtro. No me llevó mucho tiempo limpiarla y ponerla en marcha. Mientras, Antonio y Mercedes charlaron a mi espalda.

—Me parece precioso lo que haces por ese hombre —me dijo ella ya en el coche.

—Era amigo de mis padres y está solo. Además, me gusta estar con él. Tiene una visión del mundo sencilla y franca.

—Así es como yo te veo, Ángel —me dijo—, un hombre tranquilo y sencillo.

Me llamó la atención su definición de mí, ya que usó adjetivos que no habían usado antes para mi persona. Siempre me habían definido como tosco, bruto, serio, hasta huraño, pero nunca como alguien tranquilo y sencillo.

Recuerdo que le sonreí y le apreté la pierna, en un gesto cariñoso.

Nuestra relación era también tranquila y sencilla. No éramos una pareja pasional y podíamos mantener las manos quietas en presencia de otros. No era que no nos deseáramos, porque al menos yo lo hacía y mucho, pero con Mercedes la vida era calma.

Le encantó la cabaña, y como un tonto la imaginé sentada conmigo en ese porche cuando ambos fuéramos demasiado mayores para usar la habitación de la buhardilla —porque su acceso era una estrecha y empinada escalera de mano—.

Un par de fines de semana después la llevé a Madrid, hicimos turismo y se la presenté a mi familia.

—Me gusta —dijo Daniela cuando la ayudé a llevar el postre a la mesa, y me agradó, porque Mercedes a mí también me gustaba.

No creo que fuera por ese fin de semana, no creo que se sintiera avasallada por mi familia. Tengo que decir que todos se comportaron

de manera perfecta cuando se la presenté, incluso los niños. Pero nuestra relación terminó con la misma serenidad con la que empezó.

—Estos meses juntos han sido perfectos, Ángel. Eres un hombre maravilloso —me dijo y, por su tono, supe que la puñalada llegaría a continuación. Me preparé para recibirla con mi mejor sonrisa—. Pero no puedo seguir engañándome. No he cerrado aún la puerta de mi anterior relación…

La dejé en su casa, le deseé lo mejor para ella y el niño —que no había llegado a conocer—, y me fui a la cabaña.

Pasé de largo la hilera de velas apagadas que había dejado el día anterior haciendo un pasillo hasta la escalera para subir a la buhardilla y me dirigí a la gran cama que me había costado horrores instalar ahí. Una cama que tenía intención de estrenar con ella esa noche a la luz de las velas, pero que, dado que me había dejado muy cordialmente, estrené solo.

La verdad es que me tumbé y me di cuenta de que me daba igual. Respiré el olor a madera natural, escuché los crujidos de las tablas amoldándose a su nueva ubicación y el silencio, y me relajé. Arropado por todo eso y el mullido edredón me quedé profundamente dormido.

Despuntaba el alba cuando unos aullidos desgarradores me despertaron. Salté de la cama desorientado. Bajé la escalera a trompicones y me tropecé con los tarros de cristal de las putas velas que me habían costado un dineral. Renegando me calcé las botas sin calcetines y me puse el forro polar que colgaba del perchero que había instalado al lado de la puerta de entrada y que, junto a la cama, por el momento constituía todo el mobiliario de la vivienda.

Estábamos a finales de abril, pero aún hacía frío a esas horas de la madrugada. Me guie en la oscuridad usando la linterna de mi móvil para avanzar por el terreno irregular sin peligro.

Los aullidos provenían de un perro. No supe determinar la raza porque estaba todo ensangrentado y lleno de magulladuras, pero parecía uno de esos perros de presa o de caza. Estaba asustado y respiraba con dificultad. Al verme, dejó de aullar.

—Shhh, calma. Déjame ayudarte.

Lo cogí como pude, lo instalé, sobre unas toallas nuevas que había comprado esa semana para la cabaña, en el suelo del asiento del copiloto y lo llevé al primer veterinario de urgencia que salió en el buscador del móvil.

No lo conocía, no sabía nada de aquel animal, pero estaba nervioso, preocupado, y necesitaba que se recuperara.

—Parece que no tiene dueño —dijo la veterinaria que nos había atendido—, ¿quiere que llamemos a la protectora?

Me molestó que creyera que me iba a desentender de él tan rápido. ¿Cómo podía dejarlo abandonado en una fría jaula de una protectora de animales? Aunque lo cuidaran, aunque estuviera bien atendido, simplemente no podía hacerlo.

—¿Puedo llevármelo yo?

—¿Quiere adoptarlo? —preguntó sorprendida.

—No —respondí—. Sí. No sé. ¿Tengo que decidirlo ahora? Yo… Me gustaría asegurarme de que se recupera bien. Luego… luego ya veré.

La chica, una mujer menuda que no aparentaba más de dieciséis años, me miró comprensiva.

—Claro que no tiene que decidirlo ahora. Le vendrá bien estar en un hogar para recuperarse.

Quedé en regresar para que vieran la evolución de sus heridas al cabo de dos días. A aquel mastín italiano gris, un poco más pequeño que otros perros de su raza, lo llamé Zen. La veterinaria consideró que podría haber sido descartado por su anterior dueño como perro de pelea, pasando a ser la víctima para que sus hermanos aprendieran. Debió de escapar, ya que el destino de esos perros no es muy halagüeño.

Me fui a casa con aquel animal, que se convirtió en mi sombra.

Segunda parte



Una línea de vida de color rojo

Capítulo 14

María

Había organizado todo lo que rodeaba a aquel momento con el máximo cuidado. Habían sido meses de millones de decisiones, de imaginar y prever cualquier eventualidad. En Murcia, el noventa y cinco por ciento del año hace un tiempo espléndido, es la tierra donde vive el sol; por lo que me pareció que tenía que tener muy mala suerte para que no nos acompañara ese día. La tuve.

Mi padre abrió la puerta del coche de época con chófer que habíamos alquilado, y salí con cuidado. El suelo de la plaza estaba mojado, lleno de charcos que hacían espejo reflejando la inmensidad de la catedral. Tenía que haberme casado en Cartagena, la basílica era bonita, también se encontraba en una plaza, pero estaba en obras o, al menos, sabía que lo había estado. Pero la verdad era que me recordaba demasiado a mi madre, a Antoñín y a mi vida antes de que ellos… No. Decidí casarme en Murcia porque allí no había recuerdos dolorosos.

Los fotógrafos nos pidieron que posáramos junto al coche con la catedral de fondo, las imágenes finales iban a ser impresionantes si sabían jugar con los reflejos, y deberían, ya que cobraban un verdadero dineral por generar material digital del evento.

Mi boda se había convertido en la cita del año para *influencers*, *bloggers*, famosos nacionales, diseñadores, chefs; cualquiera con un poquito de caché que estuviera relacionado con la comida, el deporte o la moda iba a estar presente, si no en la ceremonia,

seguro que en la celebración posterior. Luego estaba el tema de la familia de Santi que formaba parte de la exclusiva sociedad barcelonesa, lo justo para que aquella fuera una boda con clase, que saldría en las revistas del corazón.

Había dejado en manos de la organizadora del evento todo lo relacionado con la logística, así que cuando comencé a andar hacia la catedral, del brazo de mi padre, me obligué a respirar, a tranquilizarme y a disfrutar de mi día.

Cuando crucé las grandes puertas de madera, que solo se abrían para ocasiones especiales, los invitados que estaban en el interior enmudecieron y yo sonreí. El vestido diseñado por Rosa Clará pertenecía a la próxima colección, que aún no había sido presentada, y mi intención al elegirlo había sido la de impresionar. Por cómo me miraron todos según avancé por el pasillo al son de la música nupcial, supe que lo había conseguido.

Hay novias que usan varios vestidos en la misma ceremonia, uno para la boda, otro para el convite y el último para la fiesta. Yo tenía pensado usar solo ese, así que invertí todo mi presupuesto en él. Me encantaba cómo caía la tela de encaje con pedrería, y cómo su escote dejaba al descubierto mi cuello, mis hombros y la zona de las clavículas, que, al ser deportista, siempre me habían parecido zonas muy *sexys* de mi cuerpo. La espalda también quedaba al descubierto. La larga cola fue el único problema. Las organizadoras se las vieron crudas para ayudarme a llegar con ella intacta y seca hasta el interior de la iglesia.

Santi estaba guapísimo con un traje de tres piezas en un gris oscuro con un chaleco varios tonos más claro que le sentaba como un guante. Su madre, la madrina, se había encargado de ayudarle en la elección y sabía que acertaría.

Nos casamos. No recuerdo mucho de la ceremonia en sí, me aseguré de que saliéramos perfectos en los vídeos y las fotos, así que ya tendría tiempo de analizarlo luego; a nuestro regreso del viaje de novios. A la vuelta, también encontraríamos nuestra casa terminada, al menos era lo que nos habían asegurado los de la constructora. Pero hasta ese momento estaba mentalizada para

disfrutar de mi recién estrenado marido en Tailandia durante un mes entero.

Cuando, recién casados, salimos de la catedral, todo se convirtió en una locura. La lluvia hizo acto de presencia, una tormenta estropeó el momento, que nos obligó a entrar en el coche e ir directos al lugar donde íbamos a hacer las fotos y dar el banquete a nuestros invitados.

—Tienes que conseguir que dejen meter los vehículos en la plaza para recoger a los invitados —ordené a la organizadora. La había llamado en cuanto Santi y yo estuvimos protegidos del agua en el coche de alquiler—. No pueden llegar mojados al salón; habla con el alcalde si es necesario, pero consíguelo.

Colgué nerviosa. Aquella eventualidad no estaba prevista. ¿Quién iba a pensar que el cielo se abriría para felicitar a los novios con agua en vez de con arroz?

—Vamos a hacernos una foto —le dije a Santi—, con nuestra mejor sonrisa.

La subí a las redes con la frase: «Nueva tradición, agua en vez de arroz. #Felices».

Apenas tuvimos tiempo de hablar, una llamada detrás de otra, decisiones que nos robaron nuestro último momento.

Cuando llegamos al salón de celebraciones brillaba el sol, y un arcoíris inmenso nos dio la bienvenida. La tormenta y todo el trastorno que había ocasionado mereció la pena solo por contar con ese obsequio inesperado.

De nuevo nos hicimos una foto: «El mejor regalo. Gracias, mamá #arcoíris».

Normalmente nunca hacía alusión a mi madre o mi hermano, había aprendido a vivir sin ellos y a dejarlos muy escondidos en mi mente. Pero en un día así, el día de mi boda, creo que me fue imposible apartarlos. Necesitaba a mi madre. Me habría gustado que hubiera estado allí, para verme tan feliz, para animarme cuando me llenaba de dudas y para ayudarme a tomar las decisiones difíciles. Así que cuando el arcoíris hizo acto de presencia, no pude evitar pensar que era su forma de decirme que me veía, que estaba orgullosa de mí y que me echaba de menos tanto como yo a ella. La

tormenta al salir de la iglesia seguro que fue cosa de Antoñín, al que siempre le había gustado molestarme.

Mientras todos esos pensamientos pasaban por mi cabeza, nos hicimos fotos solos, acompañados, con los padrinos, con la familia, con los amigos, con la diseñadora, con el chef… Tras aquello estaba segura de que tardaría en volver a querer fotografiarme de ninguna manera.

Y comenzó el banquete; creo que en ese punto Santi y yo aún no habíamos podido cruzar más de dos frases completas entre nosotros, absorbidos por el evento, los invitados y los organizadores.

Más fotos. Beso entre los novios. Beso entre los padrinos. Palabras de agradecimiento. Un plato, otro plato, bebida y más bebida. Voces, risas, conversaciones insustanciales. Sonrisas, miradas cómplices y una sorpresa.

Con los nervios por que todo saliera bien, apenas había comido nada y lo agradecí enormemente tras lo que sucedió.

Habían servido la fruta partida y preparada que sería el último plato del menú antes de la tarta y el café. Un guiño sano y saludable que no podía faltar dedicándome yo a lo que me dedicaba. Unos amigos habían organizado un vídeo que se proyectaría no solo para los asistentes al evento, sino en abierto en nuestras redes sociales y en las de muchos de los *influencers* que conocíamos. Sabía lo del vídeo, pero su contenido iba a ser una sorpresa para nosotros, y lo fue.

Comenzó normal, como empiezan estas cosas. Fotos de la infancia de Santi, de la mía, de nuestra adolescencia, de los primeros momentos juntos, nuestras primeras imágenes públicas… De pronto se cortó el vídeo; hubo un salto extraño, que desentonaba con el montaje que habían preparado, como si se pasara de algo profesional a algo casero. Sobre un fundido en negro aparecieron unas tétricas letras rojas, con una tipología que simulaba la sangre cuando se vierte sobre una superficie vertical, algo muy de película de terror.

«LA VERDAD», decían.

Lo que vino después no tenía nada que ver con una película de terror, aunque para mí lo fuera.

Eran imágenes oscuras, con un contenido sexual explícito, grabaciones caseras con sonido real. Jadeos, gemidos, sonidos de cuerpos sudorosos al chocar…

Al principio no entendí nada, solo pude pensar que menos mal que no había niños pequeños en la boda. Miré a Santi, por si él sabía algo de aquello; estaba blanco, lívido.

—Fue hace mucho tiempo —me dijo, y seguí sin entenderlo.

Me obligué a mirar de nuevo a la pantalla, una superficie blanca de grandes dimensiones en la que se proyectaban las imágenes con gran nitidez, demasiada.

Las imágenes dejaron de ser tan oscuras y fue obvio quién era el protagonista que se repetía en todas ellas, lo fue no solo para mí, sino para todos los presentes, por la ovación que se escuchó.

Santi.

Con rubias, con morenas, con varias…

Las imágenes fueron subiendo de tono, y no por el sexo, eso había sido claro y explícito desde el inicio, sino por el tipo de sexo: agresivo, dominante, rozando el sado, y como telón de fondo drogas y alcohol, a juzgar por lo que rodeaba a los protagonistas; y por más que él jurara a mi lado que aquello había sido anterior a lo nuestro, no pude evitar sentir una punzada de asco, de odio…

No le creí, aquel hombre era mi Santi, el Santi con el que me había casado, y lo demostró un primer plano del reloj que yo le había regalado como pedida, y que todo el mundo podía identificar porque había sido un diseño exclusivo y muy promocionado. En la esfera habían grabado nuestras iniciales entrelazadas, era algo único y reciente, que acreditaba que aquel Santi era mi Santi y que me había engañado como a una tonta.

Lo miré con repugnancia, consciente de que aquello había destruido todo. No solo nuestro matrimonio, nuestra relación y nuestra reputación. También mi mundo, mi trabajo, mi nombre.

Su madre estaba tras él, su cara mostraba el horror de lo que había pasado; parpadeó y agachó la cabeza avergonzada de su propio hijo. Aquello me dio la fuerza para ponerme en pie, cruzarle la cara de un sonoro tortazo y marcharme dejándole solo.

Mi padre intentó seguirme, intentó consolarme, pero necesitaba estar sola. Necesitaba desaparecer y perderme. No podía soportar ni mirarme al espejo. Me sentía un fraude, un engaño…

Salí de allí corriendo, soportando las miradas de los invitados: pena, compasión; pero no solo eso, también vi regocijo, alegría por verme caer, por estar presentes en mi ruina y poder contarlo. Porque aquello era un circo, un circo que yo misma había construido.

De ese modo, Mary Gym, la acabada, la cornuda, la ilusa, la engañada, la tonta, la depravada…, adjetivos por los que me llamaría la gente en las redes a partir de ahora, se marchó dejando a su recién estrenado marido y a todos nuestros invitados tirados en una celebración que nadie olvidaría jamás.

Lo había conseguido. Había conseguido hacer historia, que se siguiera hablando de mi boda incluso años después, pero a qué precio. Me arrepentí de haberlo deseado.

Una vez en el exterior, la humedad del ambiente llenó mis pulmones; dentro me había sentido ahogada, había olvidado respirar. Me tomé unos segundos, aun sabiendo que me seguirían, unos para consolarme, otros para vender mi reacción.

¿A dónde ir?

Decidí pensarlo mientras corría, mientras salía de allí.

Aún llevaba mi precioso vestido de novia; la cola pesaba horrores, calada por el agua de los charcos que se habían formado tras la tormenta. El recinto era enorme, parecía que el vallado perimetral no llegaba nunca y no encontraba la salida. Entonces la vi. A lo lejos. La zona de descarga de mercancías, la zona de empleados y a una chica que habría acabado su jornada, porque parecía que tenía intención de marcharse de allí en un pequeño vehículo.

Tenía que conseguir que me ayudara a escapar, pero con el vestido que pesaba toneladas no sería posible. Rasgué el encaje de una prenda por la que había pagado más de diez mil euros, dejando parte del tejido tirado sobre la hierba. No me paré a mirar atrás y corrí como nunca antes había hecho.

La chica me sacó de allí sin comentar nada y, una vez fuera, condujo en silencio.

No me preguntó dónde me dejaba, tampoco habría sido capaz de decírselo.

Algunas de mis cosas estaban en casa de mi padre, la maleta en la *suite* del hotel en la que íbamos a pasar la noche de bodas antes de comenzar nuestro viaje. A Tailandia. Santi había insistido en ir allí, creí que por sus paisajes románticos y paradisiacos, pero ahora que había podido ver al hombre real con el que me había casado, dudé si tras su insistencia no había otra finalidad.

El resto de mis cosas estaban metidas en cajas en mi piso de Barcelona, esperando a que la empresa de mudanzas las trasladara a nuestra casa nueva, que aún estaba sin terminar.

Le pedí a la chica que me dejara en una carretera, bastante alejada del lugar donde habíamos celebrado el banquete, y ella dudó.

—Lo necesito, por favor —supliqué, y cedió.

Imagino que debió de pensar que me había vuelto loca, sin móvil, sin dinero, sin documentación y solo con un vestido de novia raído y sucio.

Bajé del vehículo. Dejé mis zapatos de tacón en él, valían un dineral, fue mi forma de agradecer a la chica su ayuda, y comencé a andar sin rumbo.

Capítulo 15

Ángel

Los fines de semana, desde hacía un mes, me dedicaba a hacer cosas en la cabaña. La construcción de un cobertizo para guardar la herramienta y los coches, la mejora del acceso a la casa, la instalación de una lámpara o la encimera de la cocina… eran tareas que se habían ido convirtiendo poco a poco en la rutina que ocupaba mi tiempo libre.

Pero ya no quedaba mucho que hacer.

Apuré mi café, pensativo, mientras observaba el comienzo de un nuevo día por la ventana de la cocina, valorando mis opciones.

Necesitaba actividad.

Aún no me habían dejado el contenedor para los escombros, por lo que la limpieza de la zona de la casa derruida sería inútil, solo mover mierda de un lado para otro. Además, de nuevo el día se presentaba tormentoso, por lo que decidí que lo mejor sería trabajar en el interior para evitar que la faena quedara a medias por un caprichoso aguacero.

En cuanto Zen vio mis intenciones de subirme en la furgoneta del trabajo, se lanzó dentro. Desde que le había encontrado casi moribundo se había convertido en mi sombra. Iba conmigo a todos los lados a los que se puede ir con un perro.

Trabajar un domingo por la mañana entraba dentro de esa categoría.

—Vamos, chico, me vendrá bien tu compañía.

No era un compañero fácil, su pasado le había hecho desconfiado, pero no era agresivo. Se solía quedar siempre detrás de mí, buscando mi protección, y solo cuando había visto a alguien muchas veces, se animaba a separarse.

Odiaba quedarse solo y a mí se me partía el alma por cómo reaccionaba cuando no quedaba otro remedio que dejarlo. Buscaba el agujero más pequeño que existía a su alrededor, se metía en él y solo asomaba ligeramente el hocico. Asustado, lloriqueaba hasta que me sentía volver. Estaba seguro de que estaba todo el rato aterrado, así que intentaba llevarlo conmigo siempre.

La primera vez que habíamos ido a Madrid, aún no nos conocíamos bien, no sabía cómo iba a reaccionar al ver a los niños, ni ellos a él.

Recuerdo haber discutido con Leo. No le gustó nada que apareciera en su casa con un perro de pelea lleno de cicatrices. Si no hubiera sido por la intervención de Daniela, que aplacó sus ánimos, me habría largado por donde había venido.

Pero había ido bien.

No había dejado solo a Zen con las niñas en ningún momento —no era tan imbécil—, y Ángela había hecho todo lo que los adultos le habíamos ido diciendo, aunque sé que se moría de ganas por achuchar a Zen y jugar con él.

El perro mantuvo la distancia todo el rato, sin acercarse a nadie que no fuera yo, de hecho, tuve que aprender a andar con pasos cortos, porque se pegaba tanto a mí que si no lo hacía me tropezaba con él a todas horas.

—Tito, ¿por qué no puedo jugar con él? —me había preguntado Ángela cuando nos despedimos—. Soy una buena amiga.

Estaba decepcionada porque, aunque le habíamos pedido paciencia con el perro, ella se había imaginado que se harían amigos al cabo de dos días.

—Tienes que darle tiempo —le expliqué poniéndome a su altura—, tiene muchísimo miedo y no sabemos cómo puede reaccionar. Sus hermanos solo le han enseñado a pelear.

—Yo no pienso enseñar a África a pegarme.

—Haces muy bien.

Fuimos a Madrid un par de veces más y, en la última, por fin, Ángela se ganó su confianza y Zen comenzó a separarse de mí para pegarse a ella. Los gemelos de Eduardo estaban deseando conocerlo, pero eran tan movidos e inquietos que ahí el asustado era yo, porque no sabía cómo iba a reaccionar el perro. Con ellos debíamos ir más despacio y con mil ojos.

Lo cierto es que Zen, hasta el momento, no había demostrado ningún indicio de ser agresivo, pero no podía jugármela conociendo su historia.

Pasé la barrera de Torre Guil y continué el ascenso al chalet de María. Ya estaría casada con el tal Santi, disfrutando de la *suite* de hotel que había pagado nuestra empresa. Aquella mujer era un hueso. Pese a que el retraso en la entrega se había debido, en su mayor parte, a su lentitud en la toma de decisiones, había negociado con mis hermanos y, dado que no podía celebrar su noche de bodas en su nueva casa, había exigido una compensación. Construcciones Cano le pagaba una noche en la mejor *suite* de Murcia a la pareja de recién casados y se hacía cargo de coordinarse con la decoradora de interiores para que, a la vuelta del viaje de novios, los tortolitos pudieran llegar a su nuevo hogar, listo y terminado, sin haber movido un dedito.

La odiaba, y por más que les había dicho a mis hermanos que aquel acuerdo no era justo, ellos habían cedido a sus argucias.

Necesitaba terminar los remates y el puto proyecto porque notaba que, cada vez que María se cruzaba por mi mente, mi sangre hervía. Me sacaba de quicio.

Llegué a la parcela, bajé del coche, abrí la puerta provisional y pasé la furgoneta. En su interior ya se escuchaban los ladridos nerviosos de Zen, que sabía que llegaba el momento de correr. Dejé que saliera y me aseguré de cerrar la cancela.

Los muros de ladrillo visto ya estaban terminados y los montadores de la puerta automática estaba previsto que fueran esa semana. En el exterior, casi todo estaba terminado. Había sido otra exigencia de la señora, porque quería hacerse las fotos con su

vestido en su jardín. Era en el interior donde quedaban más cosas pendientes. Necesitábamos acabar con los baños de la planta superior para que los carpinteros se pusieran con la tarima y las puertas, así que ahí es donde iba a pasar mi mañana, terminando de instalar el alicatado que no les había dado tiempo a terminar al oficial y al peón que trabajaron el día anterior. Con suerte, el lunes esa planta quedaría disponible para el trabajo de carpintería y nosotros seguiríamos en la inferior.

Abrí el portón trasero y Zen salió disparado. Había estado allí más veces, por lo que no me extrañó que pasara de largo directo al interior, aunque no debería haber podido entrar. La puerta principal aún era una madera provisional sujeta con una cadena y un candado. Zen se coló por un hueco que había quedado en la parte inferior.

—Mierda —renegué para mí. Me molestaba mucho que mis trabajadores no tuvieran cuidado con las cosas; una puerta entreabierta incitaba a los extraños a investigar.

La entrada debería haber quedado bien cerrada el día anterior, sin huecos por los que colarse.

Saqué mi caja de herramientas, la misma que me había regalado mi padre y que cuidaba con esmero, como cualquier albañil que se precie. Podía trabajar con cualquiera, pero con la mía lo hacía más a gusto.

Al acercarme a la puerta principal comencé a escuchar ladridos y gruñidos de Zen. Me pareció extraño, a menos que… ¿Y si la puerta estaba entreabierta porque alguien se había colado?

Con el móvil en una mano, con el 091 premarcado para solo tener que pulsar el botón de llamada, y con el martillo en la otra entré en la vivienda, siguiendo los ladridos de Zen.

—¡¿Qué coño…?! —Dejé caer el martillo y el móvil por la sorpresa —. Tranquilo, Zen. ¡Ven aquí! —le grité al perro, que no atendía a razones ladrando al bulto blanco que había en la esquina de una de las habitaciones de la planta superior.

Zen estaba como loco, pero tenía que conseguir que me escuchara, porque estaba seguro de que si le tocaba el lomo para llamar su atención o lo cogía por el collar, podría volverse contra mí.

—¡¡Zen, aquí!! ¡¡Ya!! —grité.

Parece que mi grito le despistó del origen de su miedo, porque lo único que le pasaba era que estaba asustado.

Me miró sin perder de vista al intruso.

—Ven —lo llamé más suave y lo hizo. Se colocó detrás de mí, pero siguió gruñendo desde esa posición. Desconfiado.

El bulto blanco y sucio, que hasta el momento se había mantenido hecho un ovillo, levantó la cabeza para mirarme.

Y ya no vi más.

Los ojos negros de María, enrojecidos por horas de llanto, me miraron suplicantes.

No me planteé por qué estaba allí, en vez de en su lecho nupcial, ni por qué lo que el día anterior debía de haber sido su vestido de novia estaba raído y sucio alrededor de su cuerpo.

De nuevo, la niña asustada que había conocido antaño me miraba con sus expresivos ojos.

Necesitaba mi ayuda.

Era mayo, la tarde anterior había llovido y el ambiente era fresco, y más a esas horas de la mañana. Tendría que estar helada.

Me quité la chaqueta ligera que me había puesto al salir del coche, aunque sabía que, cuando empezara a trabajar, acabaría colgada de algún grifo y más tarde olvidada, como me pasaba siempre. La puse sobre sus hombros, sin palabras, pero debió de agradecer su calor porque se arrebujó en ella como un niño.

—¿Necesitas algo? —le pregunté, sabiendo que no recibiría respuesta—. He venido a trabajar un rato —expliqué—. Voy a estar en ese baño, ¿OK? Si necesitas algo, me dices.

Pensé que lo mejor era darle tiempo, dejarle espacio, y, por eso, me puse a hacer lo que tenía previsto.

Zen me siguió.

—Ve con ella. Protégela —le ordené, y sorprendentemente me hizo caso.

Desde mi posición pude ver cómo el perro se tumbaba en la puerta de la habitación donde ella se había escondido, vigilando el exterior y a cualquiera que pudiera acercarse sin permiso.

A partir de ese momento, intenté concentrarme en mi trabajo, pero preguntas sin respuesta se colaban en mi mente.

¿Cómo había llegado allí? No había visto ningún coche ni nada similar.

¿Qué habría pasado?

¿Por qué se escondía?

¿Por qué su vestido estaba roto e iba descalza? Porque iba descalza, ¿verdad?

Estaba claro que algo malo le había pasado.

¿Habría intentado Santi o alguien forzarla? No había visto nunca a ninguna víctima de violación, pero me imaginaba que su aspecto podría ser similar al que presentaba María en esos momentos.

—¡Mierda! ¡Joder! —No estaba concentrado y me cargué el azulejo como un puto aprendiz.

Mi caprichosa mente comenzó a barajar posibles delitos sexuales. Creo que eso fue lo que me hizo perder los estribos.

Fui a la habitación donde ella se escondía, seguía allí inmóvil, en la misma postura en que la había dejado.

Puede ser que llegara de forma muy brusca y poco sutil, el caso es que Zen me gruñó, a mí. Como si fuera capaz de hacerle algo a ella. Y yo solo quería cargarme a Santi, porque de algo estaba seguro: ese tipo era el responsable de su estado.

—Si te ha tocado sin que tú quisieras, dímelo —exigí desde la puerta, Zen no me dejó acercarme más—, porque voy a matarle.

Estaba en tensión, con los puños apretados, dispuesto a que ella dijera una sola palabra para ir a reventarle la cara a aquel gilipollas.

Me miró y estoy seguro de que pudo ver la vena hinchada en mi sien, el rostro enrojecido por la cólera y la forma en que estaba

conteniendo la respiración esperando su respuesta. Cualquier respuesta.

Negó con la cabeza.

—Si no ha sido él, ¿ha sido otra persona? —Aquello no exculpaba a Santi—. Voy a matarle igual. ¡Joder! ¡Es tu puto marido! Debería haberte protegido.

Mis palabras hicieron que ella comenzara a llorar de nuevo.

—¡Mierda! Dime algo, por favor. —El desconocimiento me estaba matando—. Dime qué puedo hacer para ayudarte.

Escondió el rostro sin hablar.

Me contuve —Dios sabe que sí—, porque lo único que me pedía el cuerpo era arrancarle la razón de su estado, aunque para ello tuviera que zarandearla.

Agarré el marco de la puerta.

Respiré y, de pronto, Zen comenzó a ladrar. Había escuchado algo en el exterior.

—Protégela —le ordené, y salí de la casa a ver qué pasaba.

Había varios coches aparcados en la entrada, y varias personas apostadas a su lado con cámaras en la mano.

Me acerqué sin ser nada amable.

—¡Largo de aquí! —exigí—. Esto es una propiedad privada.

—¿Está Mary Gym ahí? —preguntó uno de los tipos.

—Aquí solo estoy yo. Estoy trabajando, así que lárguense.

—Estamos en la calle, no hay nada de malo en eso —dijo otro—. Si no está dentro, no le importará que esperemos aquí un rato.

—Estáis perdiendo el tiempo; haced lo que queráis, pero de aquí no se pasa o llamaré a la policía —amenacé.

—¿Ha visto a Mary? ¿Sabe dónde está? —preguntaron y yo negué.

—Por lo que yo sé, si no está en el hotel, estará de camino a Tailandia.

Mis palabras extrajeron carcajadas de aquella gente.

—No puede ser que no sepa nada. ¿Dónde se ha metido? ¿En una cueva? —dijo el que tenía más cerca.

—Algo así —respondí.

Decidí que aquella gente me podría sacar de dudas sobre lo que había pasado o, al menos, darme su versión, ya que parecían saberlo de primera mano.

Me acerqué, un poco más amigable, y les pregunté directamente.

Capítulo 16

María

Ángel regresó de hablar con los periodistas, que, con toda seguridad, me estarían buscando para descuartizarme, y no dijo nada, solo siguió trabajando.

Me había sorprendido. Cuando el perro llegó ladrándome como un loco, me asusté. Al principio pensé que me atacaría, pero luego me di cuenta de que si hubiera querido hacerme daño lo habría hecho cuando me descubrió. El animal solo estaba asustado por mi intrusión.

Había llegado allí andando, sin otro lugar al que poder ir; me costó saltar la valla, pero mucho más mover la madera para colarme en mi propia casa. Luego me evadí hasta que ellos llegaron. Me había olvidado del frío y del dolor de mi cuerpo, de las heridas de los pies, de los arañazos de las piernas y del corte que me hice al forzar la puerta; el daño que sentía en el alma era mucho mayor que todo eso.

Fui consciente de que tenía frío cuando Ángel me cubrió con su chaqueta; la puso sobre mí y su calor y su aroma me reconfortaron.

Pensé que él estaría al tanto de todo lo que había pasado, incluso le había imaginado alegrándose por ello. Pero él no lo sabía y, por su comportamiento, parecía haber olvidado todo el odio que nos profesábamos.

No sé por qué su presencia me sosegó, aunque su expresión y su ira me asustaron un poco cuando me exigió unas explicaciones que

yo no era capaz de darle. Si no hubieran llegado a aparecer esos periodistas, ¿qué habría sido capaz de hacer? Quizás nada, aunque tenía la sensación de que a Ángel le había faltado un pelo para obligarme a hablarle por la fuerza.

Nunca lo sabría.

Con él allí, segura de que no dejaría entrar a nadie, me dormí. Los sonidos de su trabajo en el baño consiguieron relajarme. Mi vida se había detenido; nada volvería a ser igual, pero el mundo seguía girando sin mí.

Fue triste darse cuenta de ello.

Un gruñido me despertó; ese perro que hasta hacía un rato parecía querer morderme se había convertido en mi guardián, protegiéndome incluso de su propio dueño.

—Tranquilo, Zen.

Ángel habló con el animal y le dio un par de palmaditas amigables sobre el lomo. El traidor enseguida se puso panza arriba entregado, reclamando mimos.

—Imagino que no querrás quedarte aquí, ¿verdad? —me dijo Ángel acariciando al perro; llegados a ese momento, no creo que Zen se acordase ya de mí—. La puerta está llena de gente buscándote. No creo que se cuelen, por lo menos hasta que yo me vaya. Luego, ¿quién sabe?

Me estaba pidiendo que le dijera qué quería hacer, pero era imposible que pudiera decidirlo. Mi voluntad había desaparecido. Había llegado allí para esconderme y, una vez conseguido, no había más. No es que no supiera qué quería; lo cierto era que no quería hacer nada más que quedarme allí dejando pasar el tiempo.

—Mira, estoy seguro de que tu padre estará preocupado por ti. Creo que lo mejor es que te lleve a su casa.

Me daba igual, de verdad. Un suelo que otro. Solo necesitaba no hacer nada.

—Voy a colocar la furgoneta de forma que parezca que estoy cargando la herramienta. Creo que allí tengo una manta. No está

muy limpia, pero… —observó mi aspecto— no creo que puedas ensuciarte más.

Si lo dijo para que reaccionara y le mandase a la mierda, no lo consiguió. Lo miré inexpresiva. Mi mente y mi cuerpo se habían desligado el uno del otro.

—Esperemos que nos dejen salir sin problemas.

Volví a quedarme sola.

Hizo como había dicho. No me preguntó si podía andar, directamente me cogió en brazos para dejarme con cuidado sobre una manta que había tendido al fondo de la zona de carga de la furgoneta. Antes de taparme, vio los arañazos en mis piernas, consecuencia de haber andado descalza campo a través sobre matojos y malas hierbas.

—¡Por Dios, mujer! ¿Qué narices te ha pasado? —dijo entre dientes, bajito. Luego me cubrió tapándome incluso la cabeza—. Zen, cuídala —ordenó al perro—. Y tú, cuando pasemos, destápate la cabeza. No quiero llegar con un muerto a casa de tu padre.

Creo que asentí, aunque no lo sé seguro.

El perro se acurrucó a mi lado, mientras su dueño seguía cargando cosas en el coche, para disimular que transportaba, además de herramienta de trabajo, un cuerpo inerte.

El vehículo emprendió la marcha con suavidad, aunque se detuvo con el motor arrancado enseguida. Desde mi escondite solo llegaron sonidos amortiguados, pero imaginé que se había detenido para abrir la puerta. Mi sospecha se confirmó cuando el vehículo se movió solo unos metros y volvió a parar. Desde la parte trasera, sí se escuchó el sonido de la verja al cerrarse.

También escuché a Ángel hablar.

—Bueno, chicos —les dijo a los periodistas que seguían en la puerta—, por hoy he terminado. Me largo. No os la juguéis entrando, porque lo sabré —les amenazó—. La chica no está dentro. Os aseguro que si ella hubiera estado aquí, yo me habría largado antes. No puedo con ella.

Me llegaron las carcajadas amortiguadas de los periodistas.

—No eres el único —dijo alguno de ellos y mi corazón se encogió.

—No hace falta que lo jures —respondió Ángel—. Pasad buena tarde.

Se despidió y la furgoneta se puso en marcha, conmigo escondida en su interior junto al perro que no se separó de mí y las herramientas de trabajo de Ángel.

Que él tomara las decisiones me ayudó a relajarme. Simplemente me dejé llevar.

Se me había olvidado descubrirme la cabeza como me dijo. Me di cuenta cuando, junto al ronroneo del motor y el murmullo de los neumáticos contra la carretera, escuché la enlatada voz de mi padre salir de los altavoces.

—Ángel… No puedes creerte lo que ha pasado; María… —Su tono sonó desesperado.

—Está conmigo.

Ángel no dejó que sufriera más por mi ausencia y le interrumpió, pero mi padre, obsesionado por mi desaparición, pareció no escucharle.

—¡Antonio! —gritó obligándole a callar—. Te he dicho que está conmigo.

—¿Qué…? —balbuceó él.

—Esta mañana fui a terminar unos remates en Torre Guil y allí estaba. La he sacado a escondidas sin que los periodistas se dieran cuenta. Vamos a tu casa.

—¡No! ¡No puedes!

Ángel se quedó en silencio y a mí ese «no» se me clavó en el alma. ¿Mi padre, la única persona que me lo había perdonado todo, también me daba la espalda? Me faltó el aire. Mi mente hubiera permitido que me asfixiara bajo la manta, pero mi cuerpo reaccionó para sobrevivir. Me moví, bueno…, se movió obligándome a sacar la cabeza, buscando el aire viciado de la furgoneta. El olor dulzón a polvo de yeso y cemento me envolvió.

—Esto es una locura, no puedo dar un paso sin encontrarme con una cámara, me siguen a todos los lugares a los que voy… Ella… ella

necesitará tiempo —explicó papá.

Yo no quería que ocurriera esto, él tenía una vida tranquila, no le gustaban los medios de comunicación, ni los vídeos, ni las fotos. Y yo le había puesto en el punto de mira. Comencé a llorar, porque conmigo le había arrastrado a él.

—No sé qué hacer —dijo Ángel—, ella… María necesita ropa y un lugar para descansar.

Suavizó deliberadamente la realidad, sé que lo hizo para que mi padre no se preocupara más.

—Ayer la busqué en la casa nueva, pero no había nadie —dijo papá.

—Llegó andando desde donde narices estuviera.

—Entiendo, ¿ella está…? ¿Está bien?

Entonces Ángel fue sincero con papá.

—No, no lo está… Bueno, físicamente sí, o casi; no tiene nada de lo que no pueda recuperarse en unos días con algo de descanso, pero…

—Fue horrible, Ángel…

A papá se le rompió la voz y se escucharon sus sollozos, pero luego dejé de oírle. De golpe parecía que se había cortado.

Durante un rato reinó el silencio.

—Lo haré, tranquilo.

No habían colgado. Ángel había desconectado el manos libres para que yo no pudiera escuchar la versión de mi padre.

Se lo agradecí, no creía tener fuerza para saber cómo había vivido papá el momento.

Lo siguiente que supe es que habíamos llegado a algún sitio. Zen se inquietó, tenía ganas de salir, comenzó a ladrar y a moverse a mi lado.

Se abrió la puerta lateral, el perro saltó al exterior, clavándome las patas traseras sin querer, y la luz entró sin piedad. Mis ojos, llorosos y acostumbrados a la oscuridad, se resintieron doloridos.

—¿Crees que podrás salir sola? —me preguntó.

No quería salir; quería quedarme envuelta en esa manta.

Cerré los ojos.

—¡Mierda, María! ¿Es que no vas a poner nada de tu parte? —Tiró de la manta con brusquedad, arrastrándome como si no pesara nada —. Está bien. Tú lo has querido.

No me importó que me cargara sobre su hombro como a un saco de cemento, porque me sentía de una forma muy similar. Igual de inerte.

Capítulo 17

Ángel

Antonio me había pedido ayuda. Me había rogado que cuidara de su hija porque el cabrón de su prometido, ahora marido, se había encargado de pisotearla y destruirla delante de todo el mundo.

Personalmente no entendía su necesidad de hacer público cada minuto de su vida, su falta de privacidad. Era cierto que había convertido eso en un negocio. Una manera de vender su forma de vida y mostrarla al mundo.

Había discutido sobre eso con Carol, la novia de Carlos, ella defendía el trabajo de María. Decía que gracias a su programa muchas personas habían cambiado su estilo de vida por otro más saludable. La gente quería ser como Mary Gym.

Pero igual que subes, bajas.

Si no podía llevarla a casa de Antonio, no me quedaba otro remedio que llevarla conmigo. La casa de mis padres estaba habilitada para vivir. En realidad, casi estaba mejor que la cabaña, en la que llevaba viviendo solo un par de semanas, así que podría haberla llevado allí. Pero pensé que no estaba bien. Ella necesitaba un sitio nuevo y desconocido donde volver a empezar; no el lugar en el que, siendo una niña, le dijeron que la mitad de su familia había fallecido. La cabaña era la mejor opción. Tenía un efecto tranquilizante y reparador en mí, y esperaba que también en ella.

Di varias vueltas antes de llegar a nuestro destino, solo para despistar por si alguien me seguía. Pero cuando entré en los

caminos rurales, por los que de normal no pasa un alma, y vi que estaba solo me sentí idiota. Aquella situación me había vuelto paranoico.

Cuando tomé el camino que llevaba a la cabaña dentro de mi finca, se escucharon movimientos en la parte trasera, Zen comenzó a lloriquear consciente de que estábamos llegando. También se levantó y lo sentí moverse. Paré y salí rápido a abrirle la puerta para dejarle en libertad. Era un animal nervioso y, en su ansia por llegar a casa, podía hacer daño a María.

Ella no se movió, solo me miró con ojos somnolientos, y supe que no iba a salir por su propio pie. Eso me cabreó. ¿Dónde estaba la María que me había tocado las narices los meses anteriores y no se había amilanado ante mis enfados y protestas?

De esa María no quedaba nada.

La cargué sobre mi hombro con brusquedad porque estaba enfadado. Creo que no con ella, sino con Santi. Bueno, quizá un poco con los dos. Seguía teniendo ganas de matarle, aún no había visto el famoso vídeo, pero no entendía por qué ella no reaccionaba.

—Una ducha te vendrá bien —le dije, y con cuidado la senté sobre el inodoro del baño—. Hay que curarte esos arañazos.

Me aseguré de que estaría bien si la dejaba sola y salí un momento a guardar el coche en el cobertizo. Cuando regresé ella seguía en la misma posición. Tuve claro que si quería que se aseara para curarla y que se cambiara de ropa, tendría que hacerlo yo. Y tenía que hacerlo. No creí que ella supiera cómo se veía en realidad.

La novia cadáver después de un mal día tendría mejor aspecto que ella, pero a mí lo que me preocupaban eran sus heridas, sobre todo un corte que tenía en el costado, lo suficientemente profundo como para romper la tela del vestido y ensuciarla de sangre. No parecía sangrar ya, pero necesitaba ver si era grave.

La última vez que había tenido que ayudar a bañarse a alguien fue a mi hermano Leo, cuando se recuperaba de su pierna tras el accidente, pero era mi hermano. Recuerdo haber bromeado con él, ofreciéndome a frotarle la espalda. Solo tuve que estar al lado de la ducha pendiente de que no perdiera el equilibrio y fue él el que se encargó de su aseo.

En este caso fue diferente.

Con las tijeras de la cocina corté el vestido, de arriba abajo. No creí que a ella le importara mucho, ya que, tal y como estaba, era inservible.

Me obligué a mantener la mirada alejada de su cuerpo, incluso cuando bajo el vestido apareció un sugerente conjunto de lencería de fantasía. Estaba morena y el encaje de color marfil brillaba sobre su piel atrayendo a mis ojos como la luz a las polillas. Intenté no fijarme en el triángulo oscuro que se vislumbraba en su pubis, aparté de mi mente las preguntas sobre el tipo de depilación que habría elegido para su noche de bodas y me centré en el feo corte que tenía en el lateral de las costillas. No sangraba, pero era profundo.

Tenía la boca pastosa y me sentía culpable por pensar en ella de un modo erótico. ¡Joder! Yo no era de piedra, llevaba varias semanas sin echar un polvo, y ella… Aun en ese estado, ella era preciosa.

Salí de allí. Me alejé porque mi cuerpo había reaccionado y necesitaba calmarme. Bebí agua, me lavé la cara en el fregadero y me obligué a pensar en otra cosa. Algo distinto, no en que una mujer con una ropa interior fantástica estaba en mi baño, esperando a que frotara su cuerpo dentro de la ducha. Volví a empalmarme.

«¡Mierda! No vas a ser capaz», pensé.

No iba a ser capaz de hacerlo sin excitarme; aunque supiera que no era el momento, iba a reaccionar, así que me resigné a quedarme con un terrible dolor de huevos.

La reacción de un hombre como yo ante una mujer como ella era natural.

Con ese pensamiento regresé a su lado.

María apenas se mantenía en pie, aquello complicó las cosas. Además de terminar de desnudarla, yo tuve que quedarme en ropa interior para meterme con ella en la ducha. Fue la única forma que encontré para poder lavarla bien. Usé mi cuerpo como apoyo, así que tuvo que notar mi erección contra su culo. La tenía desnuda apoyada sobre mí, sujeta con un brazo mientras con el otro frotaba su piel suave con una esponja. Suave era su piel, la esponja y la

forma en la que la froté. Así que mi polla solo reaccionó a todo aquello. ¡Qué remedio!

Lo más complicado fue lavarle el pelo. Creo que fue lo que consiguió que mi mente dejara de pensar obscenidades y mi cuerpo se olvidara de ir por libre. Eso y que se me ocurrió imaginar que era Ángela. ¿Cómo no se me había ocurrido? Al enredar los dedos en su pelo y empezar a sacar horquillas —no pensé que pudiera llevar tantas—, recordé cuando tuve que quitar las trenzas a Ángela en Disneyland para lavarle el pelo. Aunque con María fue tremendamente más difícil, porque ella era como la arena en mis manos, que a la mínima se colaba entre mis dedos para volver al suelo, lo que me obligaba a tener que sujetarla bien.

—He hecho lo que he podido —pensé, o dije en voz alta, porque ella me miró con sus ojos tristes, cuando por fin pude envolverla en una toalla y sentarla de nuevo sobre el inodoro para poder secarla bien.

La dejé ahí un momento, cabizbaja y hundida, mientras me ocupaba de mí. Me quité la ropa interior mojada, me sequé por encima y me puse ropa limpia. Todo en un tiempo récord.

Su pelo estaba calado, el agua chorreaba hacia el suelo, así que lo envolví con la toalla de las manos, como había visto hacer a mis cuñadas muchas veces.

Una vez retirada la mugre, los arañazos de sus piernas fueron más obvios. Me senté a sus pies y, con cuidado, fui desinfectando y curando cada uno de ellos.

—Anduviste descalza por el monte, ¿no es así?

No respondió, pero estaba claro a juzgar por las heridas de sus pies y de sus piernas.

—No tengo ropa de tu talla, así que tendrás que conformarte con esto.

Le puse unos calzoncillos. Necesitaba cubrirla un poco si quería seguir pensando que estaba curando a mi hija y mantener mi cuerpo a raya.

Eran elásticos y se le ciñeron a las caderas como un guante. Para ponérselos tuve que hacer que me rodeara el cuello con los brazos, lo que provocó que sus pechos desnudos se quedaran de nuevo

pegados a mi cuerpo. Fui consciente de sus pezones excitados y me convencí de que era por el frío, ya que había tenido que quitarle la toalla. Cerré los ojos, la agarré con un brazo para levantarla un poco y con la otra mano subí los calzoncillos tirando de la goma. Para hacerlo abrí los ojos y la posición me regaló una vista espectacular de su culo envuelto en mis gayumbos. Por eso supe que le quedaban como un guante.

Estaba claro que ella no era Ángela y que, por más que quisiera engañar a mi mente, mi cuerpo era consciente de toda ella de manera brutal.

Antonio me había pedido que la cuidase, y eso no incluía tener pensamientos lascivos con ella.

Respiré y pensé en que su padre me mataría si supiera lo sucia que se había vuelto mi mente en la última hora.

El corte del costado no me gustó. Era un desgarro.

—Esto tuvo que doler —le dije—. Vamos a curarlo, ¿OK?

Concentrarme en limpiar, desinfectar y cerrar la herida me vino bien. Usé unos puntos de sutura adhesivos, que Daniela se había encargado de meter en mi botiquín. Se había puesto muy pesada con eso cuando Leo se cortó con el cuchillo del jamón y no fue a ponerse puntos. Tras ello, se aseguró de que cada uno de los trogloditas hermanos Cano tuviera Steri-Strip en casa.

Su estómago, o quizá el mío, rugió. Y no era para menos; entre la vuelta de despiste y el rato que llevábamos en el baño, hacía tiempo que había pasado la hora de comer. Yo había tomado algo en el desayuno, pero ella…, ella seguramente nada desde el día anterior. Aunque todavía quedaban cosas por hacer.

Le puse una camiseta mía y quité la humedad de su pelo frotando con la toalla. Tenía que desenredárselo y peinárselo. Aquello era algo que sabía hacer y me resultaba relajante.

María tenía la melena mucho más larga que Ángela. No creía que se la hubiera dejado así para la boda, ya que siempre la recordaba igual; desde niña. Era un pelo suave, brillante y fuerte, varios tonos más oscuro que el de Ángela. Casi negro, muy parecido al de Dani, aunque ella seguía llevándolo muy corto.

Le hablé mientras la peinaba. Le pregunté qué le gustaría comer, pero no me contestó. Tenía los ojos cerrados y parecía que se encontraba en otro lugar, pero respiraba con tranquilidad.

Dejé el baño sin recoger y la ayudé a sentarse en el sofá. Enseguida se hizo un ovillo y siguió con los ojos cerrados.

La cabaña solo tenía dos habitaciones, la mía en la planta de arriba y la de los niños en la de abajo, al lado del baño. Solo tenía ropa de cama para la mía. Sol se había encargado de comprar la de la habitación pequeña y aún no había podido ir a su casa a recogerla. No podía acostar a María en una cama pequeña, de ochenta, en un saco de dormir, así que le preparé mi cama. Cambié las sábanas y la dejé lista para que tuviera intimidad ahí arriba, aunque la cabaña no era un lugar en el que se pudiera tener mucha intimidad, ya que casi todo era diáfano. De hecho, la planta de arriba y la de abajo solo estaban separadas por la altura y una pequeña barandilla de madera. Además, se accedía a ella por una escalera de peldaños casi vertical. No era muy práctico, pero a mí me servía.

—¿Qué narices le doy de comer a una vegetariana? —me dije cuando, por fin, terminé de organizar lo de arriba.

Le preparé un batido con toda la fruta que encontré en la nevera. Le añadí para hacerlo más consistente un cazo de proteína en polvo de la que usaba como reconstituyente tras mis sesiones de deporte. Yo me tomé otro. Tarde me di cuenta de que la proteína era de origen animal y, como ya no tenía solución, se lo llevé a María, esperando que fuera de esos vegetarianos que sí toman leche.

Ese domingo tendríamos que sobrevivir con lo que tenía en la nevera, ya pasaría a comprar al día siguiente al salir del trabajo.

Capítulo 18

María

Cada día me resistía al amanecer tapándome con el edredón y obligándome a mantener los ojos cerrados, pero cada día me resultaba más difícil, porque admirar cómo el sol iluminaba despacio cada rincón de aquella buhardilla y sentir cómo sus rayos iban calentando la madera para extraer lentamente su esencia me reconfortaba. Poco a poco, comencé a ceder; cada día antes. A esperar el momento en el que las diminutas motas de polvo danzaban alegres flotando en el haz de luz dando la bienvenida a un nuevo día. Desde mi cómoda posición yo era una mera observadora; pero, cuando ya había amanecido y el ambiente se llenaba del aroma puro de madera recién cortada, inhalaba profundamente y, de alguna manera, me sentía parte de todo ello. Parte de la energía del amanecer se colaba en mí, aunque no la suficiente como para sentirme viva de nuevo.

Hasta ese día, había estado sola la mayor parte del tiempo; al amanecer, a mi momento de tranquilidad, se sumaba el silencio, quizá por eso se había convertido en un momento mágico. Pero volvía a ser sábado, Ángel estaba en casa y a mi amanecer lo acompañaban los sonidos amortiguados del agua de la ducha correr, el tintineo de las tazas en la cocina y el andar insistente de Zen. Ese día, el aroma a madera se mezcló con el olor a café recién hecho. La casa amaneció llena de vida, porque estaba él.

Me resistí a salir de la cama. Había pasado la mayor parte de la semana acurrucada entre sus sábanas y se había convertido en mi lugar. Cualquier paso fuera de esa buhardilla suponía salir de mi zona segura y no me gustaba.

Miré la mesilla buscando el zumo de naranja que, cada mañana, Ángel dejaba en ella, pero no estaba. Tampoco sabía qué hora era, porque se había llevado el reloj despertador que había sobre ella. Me pareció bien, de ese modo mi mente no reviviría minuto a minuto el sábado anterior. Estaba nerviosa por que todo saliera perfecto. Papá me había repetido que disfrutara el momento. No lo había hecho. No había disfrutado; querer controlar cada cosa lo convirtió en una agonía. Lo curioso fue que, cuando por fin me había relajado y había comenzado a disfrutar, fue cuando…

Las lágrimas regresaron a mis ojos. Había llorado tanto estos días que cualquiera diría que me habría quedado seca, pero no era así.

Como caído del cielo, un aroma familiar llegó a mí para hacerme olvidar mis pensamientos. Se trataba de un olor de mi infancia, que me recordaba a felicidad, a familia y a despertares sonrientes. Salí de la cama y me asomé por encima de la barandilla de la buhardilla, desde donde se veía la cocina. Lo hice con los dedos cruzados, deseando ver a mi madre al lado del horno en el que se cocinaban los cruasanes. La añoraba tanto…

Pero no era mi madre, sino Ángel el que esperaba apoyado en la encimera a que los bollos estuvieran listos para salir. Bajé la escalera con cuidado y descalza caminé hacia él con timidez. Necesitaba un abrazo y no sé cómo lo supo, porque abrió los brazos dejándome hueco. Me escondí ahí, en su pecho, y me dejé envolver como una niña, empapándome del olor a limpio de su camiseta.

—Tu padre me dijo que esto te haría reaccionar —susurró sobre mi pelo. Creo que me besó con cariño en el mismo punto, pero no podría asegurarlo con certeza.

Sonó la alarma del horno, y Ángel me apartó para sacar los cruasanes; dorados, recién hechos y perfectos.

—Sal al porche —ordenó—, hace una mañana estupenda para desayunar al aire libre.

Lo hice, salí de casa por primera vez en una semana. Cuando mis ojos se adecuaron a la luz, me senté en una de las sillas de mimbre con las piernas encogidas a esperar el desayuno. El paisaje no era bonito, más bien austero, pero tenía algo que lo hacía especial. Y aunque no se veía, la brisa salada me indicó que el mar estaba muy cerca.

Ángel puso en la mesa, delante de mí, un plato lleno de cruasanes, un gran zumo de naranja y un café.

—No sé cómo lo tomas.

—Con leche —respondí y se me hizo raro escuchar mi propia voz, después de tanto tiempo escuchando solo mis pensamientos.

—¿Azúcar? —preguntó, y yo negué.

Hacía mucho tiempo que había eliminado el azúcar de mi dieta, y él lo sabría si hubiera seguido mi blog, pero Ángel era ajeno a Mary Gym. Lo agradecí, porque ya no me sentía ella.

—Sí, por favor —recapacité. Hacía años que no tomaba azúcar en el café y ni siquiera me gustaba sin él—. Un par de cucharaditas —le pedí.

No me sorprendió que él lo tomara solo.

—Coge un cruasán, que se enfrían —me animó.

No tuvo que repetírmelo. Cogí uno y le di un gran mordisco. Cerré los ojos extasiada por su sabor, era tan parecido a los que hacía mi madre que le miré buscando respuestas.

—Tu padre.

¿Quién si no? Papá se había esforzado por mantener vivo el recuerdo de mamá; aun después de tantos años, ella seguía presente en muchos sitios. La casa de Galifa, idéntica a sus bocetos, era solo uno de los muchos ejemplos que rodeaban a mi padre.

Cogí otro.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Muy cerca de El Portús. Si sigues esa carretera, a un par de kilómetros encuentras el pueblo.

—Por eso el aire huele a mar —comenté.

Saboreamos el resto de nuestro desayuno en silencio y luego permanecimos sin hacer nada un rato más, intentando alargar el momento.

—Voy a cambiar las sábanas de la cama —me informó—. ¿Vas a querer darte una ducha?

Pasar por el agua no había sido algo imprescindible esa semana, nada que mereciera el uso de mi escasa energía. Tampoco lo había sido cepillarme el pelo, lavarme la cara o los dientes, así que debía de tener un aspecto muy descuidado, pero me dio igual.

Ángel interpretó mi silencio como una negación.

—María, tienes que lavarte para que pueda verte esa herida —me dijo—, si no…

Un tono rojizo tiñó su cara. En sus ojos vi la súplica de que no le hiciera volver a pasar por el momento baño que vivimos el domingo anterior, en el caso de que me acordara. Me acordaba de todo, que no hubiera podido hacer nada no significaba que no hubiera vivido cada detalle de lo que pasó. Simplemente no encontré la voluntad para frotarme, lavarme el pelo o incluso mantenerme erguida; y que él lo hiciera tuvo algo de especial. Fue un momento íntimo que no creo que nadie pueda comprender jamás, quizás ni nosotros mismos.

Asentí y escuché cómo él liberaba el aire que había contenido.

—Pero ¿me cepillarás el pelo…?

Fue más una súplica que una pregunta.

—Si me dejas echarle un vistazo a tus heridas.

Era un trato justo, así que volví a asentir.

Ángel se metió dentro a hacer todo lo que me había dicho que haría. Yo me quedé allí quieta, respirando el aire puro con Zen a mis pies durante largo rato. Fue largo porque cuando Ángel salió a tender las sábanas en una cuerda que había atado desde la barandilla del porche hasta un árbol cercano yo seguía allí, sin hacer nada.

—¿Te apetece comer algo especial? —me preguntó mientras tendía—. ¿Te gusta el *risotto*?

Intenté sonreír. Me costó elevar las comisuras de los labios y fue una sonrisa casi imperceptible, pero lo entendió porque asintió con la cabeza.

—Venga, a la ducha… No seas perezosa.

Me recordó a mi padre cuando era pequeña y un poco reticente a lavarme. Imagino que todos los padres dicen esa misma frase a sus hijos en algún momento de su vida. África, la madre de Ángel, estoy segura de que se lo decía de ese modo a los suyos.

Me duché, como le había prometido, y me vestí de nuevo con su ropa. Me había traído la mía de la casa de mi padre, pero no quería usarla. Era la ropa de Mary Gym.

Si se dio cuenta, no me dijo nada.

—¿Cómo está mi padre? —le pregunté mientras él me desenredaba el pelo.

—Preocupado. Quiere verte, pero tiene miedo de que alguien le siga hasta aquí. Quizá si pudiera hablar contigo, aunque sea por teléfono… —sugirió.

—No estoy preparada.

No me respondió.

Más tarde, me senté en el sofá del salón a esperar a que el *risotto* estuviera listo. Ángel cocinaba relajado con música de fondo y yo solo miraba por la ventana el movimiento de las nubes en el cielo azul. Verlas pasar tenía algo hipnótico.

Las semanas transcurrieron así. Era fácil convivir con Ángel, quizá más que conmigo en el estado en que me encontraba, pero él era paciente.

Cualquiera habría pensado, por su apariencia tosca, que sería uno de esos tíos que dejan la tapa del váter abierta, que eructan tras una copiosa comida o que bostezan como un oso al despertar. Ángel no era así; era sorprendentemente educado y cortés.

Poco a poco fuimos generando una rutina. Entre semana él se iba a trabajar, y me dejaba a Zen. Cuando el amanecer me despertaba en la cabaña, después de mi momento mágico, salía a pasear con él por el monte, me gustaba llegar hasta el acantilado para sentarme en una roca a ver el mar. Poco a poco, la roca se convirtió en mi roca y Zen, en mi compañero.

Cuando por la tarde Ángel llegaba de trabajar, se duchaba y, mientras lo hacía, yo preparaba la cena. Después veíamos alguna

serie en la televisión, que él elegía, ya que todo lo hacíamos en un cómodo silencio.

En una lista sobre la nevera, yo anotaba los ingredientes que necesitaba para las comidas y cualquier otra cosa que se me ocurriera, y él se encargaba de conseguirlo.

Seguí usando su ropa, solo saqué de la maleta que había preparado mi padre unas deportivas viejas, que debía de haberme dejado en su casa cuando me fui a la universidad, y la ropa interior más cómoda y sencilla que tenía. El resto de Mary Gym quedó olvidado en un rincón.

Ángel siguió durmiendo en la pequeña cama de ochenta que había en la habitación, que él llamaba de los niños. Dejó de hacerlo en un saco, porque compró sábanas de ese tamaño. Creo que lo hizo con la intención de recuperar su cama, pero era demasiado educado para echarme de la buhardilla, así que me aproveché de ello.

El despertar en la cama grande, en la buhardilla mágica de esa casa de madera, era lo que me animaba a empezar cada día, a seguir adelante, y no estaba dispuesta a perderlo, aunque me sintiera culpable por desplazar a su propietario a un camastro en una habitación de tres metros cuadrados.

Capítulo 19

Ángel

Ángela me echaba de menos. Me había perdido su baile de fin de curso, y nunca antes lo había hecho. Estaba decepcionada, lo noté en su voz al hablar por teléfono y en la forma en que me dejó tirado al final, sin apenas despedirse.

Le había fallado.

—No te preocupes, se le pasará —me tranquilizó Dani—. Solo está pasando una mala época.

Su madre cogió el teléfono. Ángela no solo estaba decepcionada, también estaba enfadada, y eso me dolió.

—Siento mucho no haber ido, yo…

Mi única excusa era que no quería dejar sola a María. No sabía por qué. María seguía sin apenas hablar, sin querer ver a nadie, y a la única persona que dejaba acercarse era a mí.

—Ángel, es una niña. Habrá mil bailes más, mucho más importantes que este.

—Pero le había prometido que siempre estaría allí.

—Mira, deja pasar un par de días y se le habrá olvidado. Seguro que se te ocurre algo para compensárselo, está deseando conocer tu nueva casa. —Mi casa, con María en ella, no era un buen lugar para una niña, por eso me quedé callado—. Solo te echa de menos, todos te echamos de menos. ¿Estás bien? Sabes que nos tienes aquí, ¿verdad?

Los últimos meses habían sido muy raros. La cabaña, mi relación con Mercedes, la llegada de Zen a mi vida y, en ese momento, todo lo de María. No les había contado a mis hermanos que ella estaba conmigo, así que entendí que pudieran estar preocupados.

«¿Estoy bien?», me pregunté.

No lo sabía.

Me gustaba que María hiciera listas de productos raros que me costaba horrores conseguir, y que la mayor parte de las veces no sabía ni qué eran, para luego un par de días después descubrir que eran los ingredientes deliciosos de una cena. Me gustaba tener compañía al ver una serie, aunque no la comentáramos, y sentir sus pasos cuando se levantaba sigilosa al aseo en medio de la noche. Me gustaba la complicidad que habíamos creado en esta extraña convivencia. Lo único que no soportaba era dormir en la cama de la habitación de los niños, tan pequeña que apenas podía moverme. Pero María no parecía dispuesta a devolverme la mía.

Pensé en lo que me había dicho Dani, en la posibilidad de incluir en esa burbuja a Ángela… «Quizá más adelante».

Hacía mucho que no preguntaba a María si estaba preparada para ver a su padre.

«¿Puede ser que el que no está preparado para compartirla sea yo?».

En el fondo era egoísta porque la quería solo para mí.

De regreso a casa, recordé cómo me había enfadado con Antonio cuando quiso darme dinero para compensar los gastos que me estaba ocasionando su hija. Me ofendí y le contesté mal, sin que se lo mereciera. Había adoptado a Zen y después la había acogido a ella, o quizá eran ellos los que me habían incluido a mí en sus vidas. No me importaba cómo había sido, solo que, por fin, y desde hacía mucho tiempo, mi vida volvía a tener sentido.

Entré en casa. El olor de las setas de ostra que me había pedido que comprara envolvía el ambiente, y mi estómago rugió.

Me duché y puse la mesa mientras ella terminaba. Esa noche me apeteció cenar al aire libre, así que preparé la mesa en el porche y,

antes de sentarme a cenar, distribuí varias velas de citronela a nuestro alrededor. María no me había dicho nada, no se había quejado, pero había visto las marcas de los mosquitos que parecían haberse cebado con ella desde que nos habíamos habituado a cenar en el porche. Encendí tantas velas que no era necesario otra luz para cenar y, por primera vez desde que estaba conmigo, me pareció ver un amago de sonrisa en su cara.

—¿Qué? —le pregunté. Necesitaba saber qué había hecho que las comisuras de su boca intentaran elevarse, porque quería repetirlo hasta conseguir una sonrisa completa.

El momento había sido fugaz, había quedado atrás, dando paso de nuevo a su mirada sombría, y supe que no me iba a responder.

—Gracias —me dijo mirando hacia su plato avergonzada.

Me daba rabia lo que había hecho Santi con ella. Apreté los puños para calmarme. Por suerte, el muy cabrón se había quitado de en medio largándose al viaje de novios que ambos iban a hacer, y no había vuelto al cabo de un mes como estaba planificado. Según Antonio, había desaparecido dejando un montón de deudas tras de sí.

Su casa estaba terminada y necesitábamos que nos dijeran qué querían que hiciéramos con sus cosas. María tenía muchas decisiones que tomar y aún no estaba preparada.

—Esto está riquísimo —dije llenándome la boca de nuevo.

No era un cumplido vacío. Había salteado las setas de ostra con algún aliño y las había servido sobre una ensalada verde con frutos secos y bayas. A las ensaladas yo solo les echaba lechuga, tomate y olivas, así que estas ensaladas templadas a las que ella estaba acostumbrada me resultaban extrañas y exquisitas.

—Gracias —volvió a repetir.

Como siempre, cenamos en silencio, pero esa noche yo tenía mil cosas que necesitaba decirle y no sabía cómo.

—Mañana iré a casa de tu padre a ayudarle en el huerto. —No hacía falta que se lo dijera, ella lo sabía porque era algo que yo hacía todos los sábados—. ¿Necesitas algo?

Lo normal era que ella hiciera una lista en un pósit para pegarla en la nevera. Me solía pedir frutas y verduras frescas. Solo comida,

nunca otra cosa.

—¿Puedes preguntarle si aún tiene mi vieja cámara?

Me sorprendió y asentí.

Al día siguiente me levanté muy temprano, cuando ella todavía dormía, y, como siempre, subí a dejarle el zumo de naranja exprimido en la mesilla antes de salir.

—Tiene que decidir qué quiere hacer —insistió Antonio—. No puede estar escondida del mundo más tiempo.

—No está preparada —respondí.

Antonio dejó la azada clavada en la tierra y me miró. Había envejecido diez años por lo menos en el último mes. Se le veía cansado.

—Mira, Ángel, lo entiendo. Pero hay cosas que yo no puedo decidir por ella. ¿Qué quiere hacer con el piso de Barcelona? ¿La casa de aquí? Santi está desaparecido, y menos mal que sus padres se han involucrado para ayudarme a resolver este desaguisado. Hemos tenido que pagar la celebración, lidiar con la prensa, su agente me está volviendo loco porque tiene compromisos con proveedores que no está cumpliendo. Estoy agotado.

—Hablaré con ella —le prometí.

Se me olvidó lo de la cámara, así que cuando llegué a la cabaña, saqué la que me había comprado para el viaje a California y se la dejé a María sobre la mesa baja del salón.

No tenía ni idea de cómo iba a cumplir la promesa que le había hecho a Antonio y eso me tuvo callado gran parte del día.

Necesitaba pensar, y el mar me ayudaba a hacerlo. Cuando era joven y aún vivía con mis padres y mis hermanos, me decía que eran demasiado ruidosos para poder pensar a su lado, y me perdía allá donde hubiera un poquito de agua salada en movimiento. Ahora sé que el problema no eran ellos y sus bulliciosas conversaciones, sino yo y mis ruidosos e inconexos pensamientos.

—Voy a dar un paseo. ¿Te importa si me llevo al perro?

María levantó la cabeza de las instrucciones de la cámara con la que había pasado jugando gran parte de la tarde.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó y me sorprendió. Era la primera vez que quería salir de casa acompañada por alguien que no tuviera cuatro patas.

Asentí.

Caminamos en silencio hacia la playa, caía la tarde y apenas había nadie, así que nos sentamos uno al lado del otro a mirar al horizonte, mientas Zen jugaba feliz ladrando a las olas.

—Muchas gracias por la cámara —me dijo.

—No tienes que darme las gracias por todo. Lo cierto es que se me olvidó pedírsela a tu padre, pero yo apenas la uso y he pensado que te serviría igual.

—¿Está bien?

—¿Quién? ¿Tu padre? —Ella asintió—. Yo diría que sí, aunque se le ve un poco cansado. Todo esto… —«¿Cómo decírselo sin hacerle daño?»—. Lo cierto, María, es que está desbordado. Hay muchas decisiones que tomar que dependen de ti, del futuro que desees seguir. Necesita hablar contigo y que le orientes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y miró al horizonte. Callada.

Yo hice igual, aunque sabía que si la miraba, vería las lágrimas deslizarse por el perfil de su mejilla.

—María, yo…

Quería decirle que podía contar conmigo. En mi interior había empezado a crecer una necesidad de protegerla que me asustaba, formando un nudo en mi garganta que no me dejaba hablar.

Era un instinto de protección salvaje que estaba seguro me haría capaz de nadar hasta Tailandia para traer a Santi con ella si María me lo pedía. Un instinto mucho más grande que yo mismo y mis necesidades, y tenía miedo porque no sabía de dónde venía, ya que hasta hacía dos días María era una persona que me sacaba de quicio.

No pude decir nada.

—No quiero volver a ser esa persona, Ángel —me dijo—. Quiero olvidarlo todo, necesito empezar de cero.

—Está tu casa de Barcelona, la de aquí, deudas, compromisos de trabajo… Son muchas cosas para Antonio.

—Solo necesito cerrar la puerta a esa vida. No quiero nada ni necesito nada de todo eso.

Se apoyó en mí, la rodeé con el brazo, le besé la cabeza con cariño y el olor de mi champú en su pelo me envolvió. Me encantaba su pelo, y me temí que habían comenzado a gustarme más cosas de ella de las que estaba dispuesto a reconocer.

Capítulo 20

María

Aunque sabía que papá necesitaba respuestas y que estaba abusando de la hospitalidad de Ángel, no me sentía con fuerzas para hacer nada diferente. Necesité un par de semanas más para comenzar a hacer cambios.

No fue por nada especial, simplemente me levanté como cada mañana con los rayos de sol colándose por las ventanas de la buhardilla. No creo que fuera distinto a todos los amaneceres anteriores, pero sí lo fue la imagen que me devolvió el espejo del baño.

No quería volver a ser Mary Gym. Necesitaba encontrar a la mujer que tenía dentro. La persona que era en realidad y que siempre había sido, pero que me había ocupado de esconder bajo mil capas de falsedad.

Necesitaba cambiar.

Y, de pronto, lo tuve claro. Había tenido cuidado de no usar nada de la anterior María, nada que me recordara a las redes ni a mi vida con Santi, pero no había dejado de ser ella; aunque me vistiera con ropa de Ángel, María seguía estando en mi reflejo en el espejo.

Cogí las tijeras de la cocina y corté. El pelo y pedazos de Mary Gym fueron llenando poco a poco el suelo del minúsculo baño de la cabaña. No paré hasta que Mary hubo desaparecido casi por completo.

Ángel llegó cuando salía de la ducha.

—¿Te has lavado la cabeza? —me preguntó desde la cocina—. ¿Quieres que te cepille el pelo?

Puede sonar extraño, pero Ángel y yo habíamos establecido rutinas que alguien ajeno a nosotros no sería capaz de entender. Que me cepillara el pelo cada vez que me lo lavaba era una de ellas. No había pensado en que perderíamos eso cuando comencé a trabajar con las tijeras. Apenas quedaba pelo que peinar. No es que me lo hubiera cortado muy corto, pero había reducido el largo a apenas un palmo y ya no tenía sentido un relajante cepillado.

No le respondí, salí del baño envuelta en una toalla.

Ángel estaba bebiendo agua de su botella con la puerta de la nevera abierta, así que tuve que esperar a que la cerrara para ver su reacción.

—¡Joder! —exclamó y se quedó con la boca abierta.

No pude distinguir en su expresión si le gustaba o si no. Cortarse el pelo a uno mismo no es nada fácil y lo cierto es que de peluquera yo no tenía nada. Había seguido mi instinto cortándome la coleta y luego mechón a mechón, intentando igualar para que quedara medio bien.

Miré hacia abajo, quizás no había sido tan buena idea.

Ángel dejó la botella y se acercó a mí. No levanté la mirada hasta que sus pies entraron en mi campo de visión. Él venía de hacer deporte, su cuerpo aún desprendía el calor del trabajo muscular, y su piel brillaba por el sudor. Me sujetó por los hombros y me obligó a mirarle a los ojos, que normalmente evitaba mirar. El paso de los años los había curtido, había añadido arrugas en sus comisuras, pero seguían siendo los mismos ojos azules que me habían mirado con pena y con ternura cuando era niña, y con deseo cuando era un poco más mayor.

—Voy a echar de menos cepillarlo —me dijo con sinceridad, acariciando un mechón aún húmedo—. Pero imagino que es un paso hacia delante. Enhorabuena.

Le abracé, no me importó que su camiseta estuviera mojada, ni que estuviera sudado y yo recién salida de la ducha.

—Ejem, ejem —carraspeó—. María, vas a tener que dejar de hacer esto.

Me separó de él, pero aun así pude percibir que había reaccionado a mi cercanía excitándose.

—No soy de piedra —explicó, aunque no era necesario—. No soy una amiga delante de la que puedes pasearte semidesnuda sin miedo. Por más que intente verte como a una niña, es obvio que no lo eres. ¡Joder!

Se marchó a la ducha cabreado y me sentí culpable.

Su humor no mejoró al salir, ni en la comida, ni tras el paseo que dio después. Para cuando volvió me sentía una intrusa, como la amiga pesada a la que dejas el sofá y se queda a vivir.

—¿Puedes llevarme a casa de mi padre?

Me llevó, no preguntó para qué, ni siquiera cuando me vio con una mochila al hombro. Pensé que respiraría tranquilo cuando viera que había decidido, por fin, librarle de mi carga.

Papá me abrazó y me estrujó como si no se creyera que fuese yo la persona que tenía entre sus brazos. Luego se puso serio.

—Hija, quiero que sepas que te quiero y me alegro de que, aunque haya tenido que ser de este modo, hayas visto cómo era él antes de que fuera demasiado tarde.

A mí me parecía que me había dado cuenta demasiado tarde y que yo no había visto nada, me lo habían tenido que poner en las narices, pero, en fin, imagino que habría sido peor más adelante, como decía papá.

Luego me percaté de que no me iba a dar mucha tregua cuando nos ofreció sentarnos a tomar algo en el cenador.

—Os dejaré solos para que podáis hablar —dijo Ángel.

No le dejé hacerlo, agarré su mano y le miré suplicante. No podía enfrentarme a eso sola.

Él miró a papá y se comunicaron sin palabras.

—Está bien, vamos allá —cedió.

Papá y yo nos sentamos, él no empezó a hablar hasta que Ángel llegó con las bebidas y algunos frutos secos para picar. Todo muy simbólico, porque ninguno teníamos intención de probar nada de aquello.

—Necesito saber qué quieres hacer con tus cosas, María —explicó directo—. La casa de Barcelona ya está vacía y tus cajas apiladas en la de Torre Guil.

—No hemos llegado a colocar nada porque no sabemos qué quieres hacer —dijo Ángel.

—Poner las dos en venta. Bueno, la de Barcelona, la de aquí mi parte. Me da igual lo que Santi quiera hacer con la suya.

—Santiago me ha vendido su parte. Según sus padres necesitaba efectivo para desaparecer.

Ángel no pudo evitar gruñir. Hablar de Santi le ponía enfermo, así que le agarré la mano para calmarle.

—No quiero nada de todo eso.

—No es tan sencillo, hay facturas que pagar, documentos que firmar, y tenías contratos que cumplir, según tu agente.

—Hablaré con ella —accedí—. Le diré que liquide todo lo relacionado con Mary Gym. Papá, tienes acceso a mi cuenta, usa lo que hay para saldar las deudas y… ¿Puedo darte poderes para ocuparte de los documentos? ¿Harías eso por mí?

Papá asintió y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas. No me lo merecía. Había huido de Murcia cuando era una cría, pero él se había encargado de que siempre existiera un hueco para mí allí.

—Bien, pues si eso es todo, creo que voy a instalarme —dije sin querer mirar a Ángel. No estaba preparada para ver su cara de felicidad por perderme de vista.

Tampoco pude darle las gracias por todo lo que había hecho por mí. Corrí a mi antigua habitación, a mi antigua cama, y me tiré sobre ella a llorar. Luego me dormí mirando al techo.

El sol no vino a despertarme como cada mañana, sus rayos no calentaron poco a poco mi habitación infantil. El olor a café procedente de la cocina no lo inundó todo y no había un zumo recién hecho en mi mesilla como los días anteriores.

Fue mi padre el que me despertó con suavidad, diciendo que me levantara para desayunar porque teníamos cita en el notario a media mañana por el tema de los poderes.

Sin mi sol, sin mi rutina al despertar, me costó salir de la cama.

Fuimos al notario y luego a un centro comercial. Pasé por la peluquería para que arreglaran el desaguisado en que yo misma había convertido mi pelo y me compré algo de ropa nueva, para dejar de ser una ermitaña con ropa de hombre, con ropa de Ángel.

Cuando volví a casa de mi padre estaba agotada, no me encontraba con fuerzas para nada y solo quería volver a la cama.

Respetó mi decisión, me llamó para bajar a cenar, pero no insistió cuando no quise hacerlo.

A la mañana siguiente el sol tampoco vino a verme.

—María, tienes que levantarte y comer algo —suplicó mi padre desesperado—. No puedes seguir así, ya habías pasado esta fase.

Papá tenía razón, pero no me levanté. Solo me tomé el batido que me obligó a beber, para que me dejara tranquila.

No sé qué hora era cuando me di cuenta de lo que necesitaba. Yo no quería hundirme y permanecer días metida dentro de una cama. No, yo solo quería un comienzo, descubrirme poco a poco. No quería volver a ser yo, necesitaba ser yo, porque sentía que nunca lo había sido.

Me levanté, me vestí, llené la mochila con las pocas cosas nuevas que me había comprado, escribí una nota a papá y salí de casa, en medio de la noche, con un destino claro.

Capítulo 21

Ángel

—Bien, pues si eso es todo, creo que voy a instalarme —dijo María sin mirarme.

Me quedé con cara de imbécil, lo sé. Yo no la había llevado para dejarla allí, pensé que llevaba esa raída mochila para coger alguna cosa que pudiera hacerle falta en la cabaña, pero no para irse a vivir con su padre.

A Antonio se le iluminó la cara de felicidad, así que qué podía hacer yo más que marcharme y volver solo a mi casa.

Hasta Zen pareció decepcionado a mi regreso.

«Bueno, al menos has recuperado tu habitación», me dije para animarme.

Cenar y ver la serie no fue lo mismo. Después de más de un mes me había acostumbrado a su compañía.

Me fui a la cama a dar vueltas, sin cambiar las sábanas porque olían a ella. Sí, tenía mi enorme cama, pero hubiera dormido en el suelo si eso la hubiera traído de nuevo allí.

Esa mañana me había comportado como un gilipollas. No tenía que haberla asustado con mi reacción a su proximidad, tenía que haber disimulado como todas las veces anteriores, pero el dolor de huevos había empezado a ser crónico. ¡Joder!

Conforme había ido recuperándose, estábamos más tiempo juntos. Buscaba mi cercanía con más frecuencia. Había dejado de ser raro que se acurrucara sobre mí en el sofá o demandara un

abrazo reconfortante cuando lo necesitaba. Era julio en Murcia y, aunque la casa estaba bien aislada y teníamos aire acondicionado, se paseaba muy poco vestida para mi gusto; o lo normal para la época. El caso es que cada vez me era más difícil mirarla con ojos desinteresados, y la había culpado a ella, cuando el problema lo tenía yo.

Me sentí mal por desearla, cuando ella solo necesitaba un amigo, y me dormí pensando que había sido lo mejor y que poco a poco recuperaría mi vida. Al día siguiente llamaría a Ángela.

—Está en la piscina con los gemelos —explicó su madre—. ¿Tú cómo estás? ¿Vas a ir a la casa de Mazarrón en agosto o tienes otros planes?

Lo preguntó restando importancia, pero percibí la preocupación en el tono de sus preguntas.

—Estoy bien, Dani… Solo es que…

—Esa mujer no merecía tanto la pena, Ángel. Era simpática, pero no era para ti, demasiado estirada y con un trabajo muy absorbente.

No me di cuenta de que se refería a Mercedes hasta que ella comentó lo de su trabajo.

—¡Eh! Un momento —la frené—. ¿Te refieres a Mercedes?

—Claro, ¿a quién me iba…?

—Dani, estoy bien de verdad.

—No lo estás, si lo estuvieras no estarías tan extraño, vendrías por aquí como siempre, nos llamarías y devolverías nuestras llamadas. —Había comenzado a hablar y no había quien la parase—. Sé que no es trabajo, este año vais menos liados que los anteriores, y llevas así desde hace mucho. Entiendo que el proyecto de la cabaña te ha tenido entretenido y emocionado, pero…

—María lleva viviendo conmigo desde mayo —solté a bocajarro.

—¿María? ¿Qué María? —Me quedé callado, dejé que cayera en la cuenta sola—. ¡Aaah! Maríía. Pero tú… ¿Vosotros?

—La encontré después del escándalo de su boda. Todo el mundo la buscaba, no podía ir a ningún lugar con el que se la relacionara, así que la traje conmigo. Estaba mal, Dani. Lo que a ti te ocurrió con

Leo aquella noche no fue nada en comparación con cómo la encontré a ella.

—Pobrecita, puedo hacerme una idea. Tuvo que ser… ¡Buah! Sobre todo si no se olía nada.

—No se lo olía, no. —Me aparté un poco de la obra buscando intimidad—. No podía dejarla sola, cada fin de semana veía cómo daba un pequeño paso para recuperarse y sentía que, si yo no estaba, no sería así.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—No sé.

—Ángel, somos nosotros. No es necesario que te escondas. Te conocemos. Olvidas que, sobre todo yo, sé a lo que has renunciado por los demás. No tiene nada de malo que ayudes a alguien y se sepa, no pasa nada. Deja ya de aparentar ser alguien que no eres.

—¿Puede quedarse unos días Ángela conmigo en la cabaña? —pregunté para cambiar de tema—. María ya no está.

—La echas de menos… A María, me refiero —aclaró.

No fue una pregunta, sino una afirmación.

—Se me hace raro, no te voy a engañar. Llegó como una invasión, me quedé sin cama, sin intimidad y sin tiempo libre. Ayer se quedó en casa de su padre, ni siquiera me avisó de que lo había decidido.

—Y ahora ha dejado un hueco en tu vida que no sabes cómo vas a llenar, ¿verdad?

—Volveré a lo anterior, es fácil. ¿Tenéis planes este fin de semana?

—Sol y yo vamos a llevar a los niños a un teatro de marionetas, puedes quedarte con tus hermanos de niñera de África si te apetece. O puedo hacer algunas llamadas y ver si a alguna amiga le apetecería salir contigo.

—No. —Fui brusco y me di cuenta, así que intenté arreglarlo—: A ver, agradezco mucho vuestra ayuda con ese rollo de sentar cabeza, pero no creo que las cosas funcionen así. No más citas a ciegas con amigas, ¿vale?

Se rio al otro lado de la línea y aceptó mi petición, pero no creí que lo dijera en serio. Sabía que tarde o temprano me presentarían a alguien nuevo.

Terminé de trabajar y no me apetecía volver a casa solo. Quería pasar por Galifa a ver cómo le iba a María con su padre, pero decidí que no era una buena idea. Necesitaba acostumbrarme a su ausencia rápido.

Quedé con Juan, que tenía la noche libre, y salimos a tapear con sus amigos. Sin prisa por regresar se me hicieron las tantas. Mi hermano me ofreció su casa para no tener que conducir hasta la mía, pero Zen estaba solo y preferí marcharme.

Estuvo bien, llegué cansado, dejé que el perro corriera un poco mientras me daba una ducha y me acosté sin extrañar a la morena que había llegado a ponerlo todo del revés.

Creo que acababa de dormirme cuando ella se deslizó a mi lado entre las sábanas.

—¿María?

Al principio pensé que era un sueño, pero cuando percibí su olor y se acurrucó helada buscando el calor de mi cuerpo supe que era real. Muy real.

—Shhh, duerme, por favor —me pidió, como si fuera normal lo que estaba haciendo.

«¿Cómo narices voy a dormirme? No es tan fácil».

Lo raro fue que sí lo hice, al tenerla entre mis brazos me relajé, como si todo estuviera por fin donde tenía que estar.

El despertador sonó a las seis, María dormía profundamente, así que salí con sigilo de la cama. Volví a mi rutina de las últimas semanas, dejándole un zumo en la mesilla antes de irme a trabajar. Cuando cerré la puerta con suavidad para no despertarla deseé que por la tarde siguiera allí para que pudiéramos hablar.

Capítulo 22

María

Caminé varios kilómetros hasta la cabaña, usé la llave que no había devuelto a Ángel y entré en silencio. Zen me miró perezoso desde su rincón haciendo un amago de levantarse a saludar, pero le paré con un gesto y me hizo caso. Subí despacio la escalera hasta la cama. Sabía que Ángel estaría en ella, no tenía sentido que siguiera durmiendo en el camastro de la habitación de los niños, me deslicé a su lado y me encontré en casa.

Por la mañana el sol volvió a saludarme al despertar y sentí la necesidad de escribirlo.

Me incorporé y, por costumbre, busqué el zumo, y ahí estaba sobre la mesilla como siempre.

Sonreí.

Allí, en esa cabaña, estaba mi sitio.

Bajé al aseo, y cogí la libreta que Ángel guardaba en un cajón de la cocina y volví a la cama a escribir. Solo fueron algunos párrafos inconexos que hablaban del amanecer, de la forma en la que el sol me saludaba por la mañana y de cómo eso me hacía sentir. Cuando consideré que había volcado mis sentimientos en aquellas hojas, me levanté. Zen estaba reclamando nuestro paseo, lo había echado de menos tanto como yo, así que salimos. Me llevé la libreta y escribí

sobre el mar, sobre mi roca y sobre la paz que me embargaba acompañada de Zen y del silencio.

Cuando Ángel llegó por la tarde, me encontró sentada en el suelo del porche con la libreta apoyada sobre las piernas releyendo lo que había escrito, porque me había quedado sin hojas para seguir.

Le miré y sonreí.

—Voy a escribir un libro —le dije.

No se mofó, no bromeó, solo se sentó a mi lado y con un gesto me pidió que le entregara lo escrito. Lo hice, se lo di, sin problema y sin vergüenza, y esperé su opinión.

Fue pasando las hojas concentrado, absorto en las palabras anotadas con prisa y emoción en aquel papel cuadriculado.

—Lo haces muy bien —concluyó—. Conozco los lugares que has descrito y, hasta que no he leído esto, no habría sido capaz de explicar lo que siento en ellos, pero es justo eso. Yo también me siento así cuando estoy allí.

—Hace meses pensé en escribir, incluso tomé algunas notas de lo que se me ocurrió en el móvil, pero por unas cosas u otras lo fui posponiendo. Hoy me he dado cuenta de que es lo que quiero hacer. Aún no sé muy bien cómo, pero necesito trasmitir lo que siento.

—Me alegro mucho por ti —me dijo, y supe que era sincero.

Feliz me apoyé en su hombro y, como otras veces, él me besó la cabeza.

Permanecimos un rato así, hasta que sonó su teléfono.

—¿Sí? ¡Hola, peque!… Sí, cariño, es que he estado ocupado… No, al final este fin de semana no voy a poder… ¿El uno? ¡Genial! Haremos algo especial, piensa qué te apetece… Pásame con mamá, ¿quieres?… Un beso, preciosa… ¿Dani? —Ángel entró en la casa y no pude escuchar más, aunque me moría de ganas por saber quiénes eran esas personas.

Me quedé sentada un rato más, sola con mis pensamientos, buscando una manera de hilar las ideas que avasallaban mi mente. Ángel volvió con dos latas de Coca-Cola y me ofreció una.

—Tu padre ha llamado, le dejaste una nota y saliste en medio de la noche. Viniste andando, María. —Por el tono que usó supe que no estaba contento.

—No puedo volver allí, Ángel. Me encargaré de las cosas de la casa, compartiremos gastos si quieres, y no ocuparé mucho en mi lado de la cama…, pero déjame quedarme aquí.

Acompañé mi súplica con mi mayor cara de pena. Los dibujos orientales con sus ojos brillantes eran unos aficionados a mi lado.

Ángel abrió la boca para hablar, la cerró sin decir nada y la volvió abrir. Finalmente soltó el aire y se sentó de nuevo a mi lado.

—María, esto es…

—Sé que es raro. Te he invadido, lo sé.

—No es eso… Sí, es extraño. No me importa que estés aquí, pero es una situación…

—¿Complicada? No tiene por qué serlo. Ambos sabemos lo que hay, ¿no? Somos adultos. Hay muchos amigos que viven juntos —intenté explicar.

—Nosotros no éramos amigos, María.

—Vale… Mary Gym y tú no erais amigos, pero yo ya no soy ella. Estar aquí me hace bien… Además, he tenido una especie de conexión con tu cama.

Ángel se atragantó con su bebida, que salió proyectada como un aspersor.

—No me pasearé medio desnuda por la casa y me mantendré alejada de ti cuando durmamos, pero por favor…

—Vas a conseguir volverme loco. Eres una niña y me siento como un viejo verde, ¡joder!

—Ángel, esta sensación, la que he descrito aquí… —moví la libreta en el aire—, es la que me hace levantarme cada mañana. Si te ha llamado papá, te habrá dicho que ayer apenas salí de la habitación… No podía… El sol no había venido a despertarme. Hoy, en cambio, estoy llena de energía, de objetivos que cumplir… Estoy ilusionada. —Me puse en pie y giré sobre mí misma—. Y tengo ganas de reír.

Él me observó en silencio, en su cara no se apreció nada que me dijera que creía que me había vuelto loca. Me paré.

—No me quites esto, por favor —supliqué dispuesta a arrodillarme si era necesario.

—Está bien —dijo poniéndose en pie—. No tienes que ir tapada si tienes calor, y no me importa que necesites que te abrace en la

cama, pero prométeme que, si mi cuerpo reacciona, no te vas a enfadar. —Jamás habría pensado que vería a Ángel ruborizado—. A ver, no voy a saltar sobre ti como un salido, pero soy un tío y tú… A veces puede pasar, es solo una reacción normal, pero no puedo estar pensando en que puedes asustarte, ¿entiendes?

—Prometo que no me voy a asustar, no me he asustado las veces anteriores, y no veo por qué voy a hacerlo ahora que hemos hablado sobre ello.

—¿Anteriores? ¿Tú? —Asentí sonriendo—. ¡Mierda, yo…! Lo siento —dijo avergonzado.

—Gracias, gracias, gracias.

Le rodeé el cuello con los brazos y le abracé fuerte y agradecida, porque ese «lo siento» significaba que había accedido a dejar que me quedara con él.

—María, de verdad…

Para cuando me obligó a separarme, yo ya me había dado cuenta de que le había vuelto a pasar. Quise decirle que necesitaba echar un polvo, ya que no entendía su desesperación, pero aquello no me convenía. No me apetecía que otra mujer retozara en mi cama. No lo hice porque huyó renegando de camino a la ducha probablemente fría.

Una vez hablado, y con las cosas claras, todo resultó mucho más fácil. Regresamos a una convivencia sencilla y sin pretensiones que me resultó muy cómoda.

Entre semana, Ángel se iba a trabajar y yo me quedaba en casa, escribía, cocinaba… Incluso volví a hacer ejercicio. Zen se convirtió en mi compañero fiel, cosa de la que Ángel solía quejarse llamándolo traidor.

—¿Te importa si le decimos a papá que venga a cenar el sábado? —pregunté al final de la semana.

—No, seguro que le gustará. ¿Le llamas tú?

A Ángel no le hacía gracia que me negara a tener un teléfono móvil. Había sido una extensión de mi brazo años atrás, y no quería caer en lo mismo.

—Muy gracioso… ¿Puedes decírselo tú? O déjame el móvil y le llamo yo, si lo prefieres.

—Yo le llamo, y el lunes vienen a montar el teléfono fijo en la cabaña —avisó. Le miré con cara de pocos amigos—. ¿Qué? No puedes quedarte sola e incomunicada todo el día. ¿Qué pasa si te ocurre algo?

En el fondo tenía razón, lo reconozco.

—Mira, entiendo que no quieras cargar todo el día con un trasto que te recuerda el pasado —explicó—, pero…

—Vaaale —lo interrumpí—. Un fijo en casa estará bien, pero compartiremos los gastos, ¿vale?

Puso los ojos en blanco como cada vez que sacaba ese tema.

—Estoy viviendo en tu casa, comiendo tu comida, usando tu luz, tu agua, tu champú… Incluso tu ordenador, tu cámara y tu ropa.

Eran razones más que suficientes para que me dejara compartir gastos, pero se cerraba en banda cada vez que sacaba el tema.

—Visto así eres un poco gorrona, ¿no?

—Serás… —Le golpeé en el hombro de broma—. Eso es porque no me dejas participar.

—Porque no es necesario.

—Para mí sí lo es. Haría que dejara de sentirme una okupa.

—Es que eres una okupa.

Sabía que lo decía de broma, pero aun así me hice la ofendida. Salí al porche y esperé a que viniera a arreglar las cosas.

No tardó demasiado.

—Sé que finges estar enfadada —dijo a mi espalda con su voz ronca y profunda—. Pero si te hace feliz que compartamos gastos, te daré mi número de cuenta, aunque te advierto que no es necesario… Ahora no tienes ingresos y…

—No soy una indigente, Ángel, y sí, colaborar me ayudaría a sentirme mejor. No sé si al punto de ser feliz, pero sí cómoda.

Capítulo 23

Ángel

María nos sorprendió con una barbacoa. No quiso que nos ocupáramos de nada. Buscó varias piedras grandes por la finca, las dispuso alrededor de un hoyo que cavó en el suelo en una zona limpia de vegetación cerca de la casa, y encendió un buen fuego de carbón vegetal. Todo, ella sola. No soy machista, pero tengo que decir que me sorprendió, ya que no era algo habitual.

—¿Quieres irte a sentarte un rato con papá? —me regañó cuando hice un segundo intento de ayudarla—. Si necesito ayuda la pediré, tranquilo.

Estaba claro que no me quería revoloteando alrededor de su fuego, así que cedí y me senté con Antonio en las escaleras del porche a tomarme una cerveza.

—Es una cabezota —dije.

—Es su forma de agradecerte lo que estás haciendo por ella.

—¿Por vivir con gastos compartidos?

—Es más que eso, Ángel. Le estás dando la oportunidad de encontrarse en un lugar ajeno a su pasado. Has dejado que invada tu mundo. —Intenté replicar a ese comentario, pero Antonio no me lo permitió—. Te compraste esta cabaña porque querías un sitio tuyo; y cuando mi hija lo necesitó, no dudaste en compartirlo con ella, aunque ella no se había portado muy bien contigo. ¿Cuánto tiempo has disfrutado de la soledad de este lugar? ¿Un mes? ¿Dos?

—Tenía que haber hecho algo antes. Ese tío nunca me gustó, tendría que haberla avisado.

Desde el principio había visto algo oscuro en Santi que no me había terminado de convencer, y me arrepentía cada día de no haber avisado a María de alguna manera.

Antonio comenzó a reírse; lo miré malhumorado. No me hizo ninguna gracia.

—Con esa batalla que os trajisteis los dos con las redes sociales, ¿crees que ella te habría escuchado?

Reconocí que probablemente no.

—¿Sabes algo de él? —pregunté, antes de que María volviera con nosotros.

—Sigue en Tailandia o, al menos, es lo que creen sus padres.

—¿Ha intentado ponerse en contacto con ella? ¿Darle alguna explicación?

—María me pidió que diera de baja su número. El móvil está apagado desde la boda, así que si lo ha intentado no lo sabremos, pero ¿has visto el vídeo? ¿Crees que tiene explicación alguna?

Negué con la cabeza. Había visto el vídeo completo antes de que lo quitaran de las redes. Al cabrón le iba el sexo duro y sucio, sin respeto y, lo peor, con cualquiera que no fuera su pareja. Una doble vida que, estaba seguro, iba acompañada de drogas, alcohol y apuestas.

Esa semana había estado en la casa de Torre Guil ultimando unas cosas para que la inmobiliaria tomara las fotos para ponerla en venta. Al salir, unos tipos con pinta de mafiosos me habían asaltado para preguntarme por los dueños.

—En algún lugar de Tailandia, creo —había respondido—, pero ¿dueños? Serían los dueños si hubieran terminado de pagar algo de esto. La casa se pone en venta, por si están interesados.

Se largaron sin más palabras y sin dar problemas, pero supe que el pieza del marido de María andaba metido en negocios turbios y, con toda probabilidad, debía pasta a esos tipos.

No dije nada, ni a Antonio ni a María, no quería preocuparlos, pero esa fue la razón de que insistiera en que ella tuviera, al menos, un teléfono desde el que llamar si necesitaba ayuda.

—¡Qué bien huele! —exclamó Antonio a mi lado.

—Está casi listo. Id poniendo la mesa, por favor —gritó ella dando la vuelta a la parrilla llena de sardinas, y nosotros obedecimos con diligencia.

Estaba cortando las servilletas del rollo de papel cuando María entró en la casa y encendió el microondas.

—¿Llevas esto a la mesa? —me pidió—. Mientras, yo preparo las alcachofas.

Había preparado una de sus ensaladas especiales con mil cosas desconocidas y unas brochetas de langostinos marinados.

Saqué los platos y los coloqué sobre la mesa en el porche, como ella me había pedido. Luego regresé a su lado.

—Creo que las sardinas ya están.

—¡Ainsss! ¿Puedes terminar con esto? Solo tienes que poner una anchoa sobre cada pieza y añadir un chorrito de limón.

—Anda, ve, que con esto puedo —la animé.

Salió corriendo con una fuente vacía y un plato de sepia.

—Una barbacoa sin carne —dijo Antonio desde la puerta—, pero sin nada que envidiarle. ¿No crees?

—No me como un filete desde hace dos meses, ¿y te puedes creer que no lo echo de menos? —Le miré por encima del hombro al hablar y pude verle sonreír—. ¿Qué?

Me miró con una expresión extraña.

—Nada, solo que tu madre estaría orgullosa de ti, chico.

Me dio un apretón en el hombro mientras lo decía, y salió de nuevo llevando las servilletas que yo no había llegado a sacar.

No supe a cuento de qué había dicho aquello. El limón debió de irritarme los ojos porque los noté húmedos.

Nos sentamos a cenar, y María estuvo… distinta. Algo en ella había comenzado a cambiar y, aunque decía que quería encontrarse y alejarse de la María del pasado, yo solo podía ver a la María de siempre, la niña que cogió mi mano con fuerza sabiendo que algo grave le había pasado a su familia.

—¿No te irás a meter en la cama con ese olor a sardinas? —le dije cuando Antonio se fue, solo para pincharla un poco.

Era tarde, yo estaba metiendo los platos en el pequeño lavavajillas de la cocina y fregando lo que no cabía. Ella había hecho una cena fantástica, así que era lo menos que podía hacer para agradecérselo.

—¿Sabes? Me apetece un baño.

—Pues va a ser complicado dártelo en la ducha —bromeé.

—Muy gracioso. ¿Qué te parece si me acompañas a la playa? Hemos cenado mucho y no puedo meterme en la cama así, aún.

Estaba agotado, me había levantado a las seis y era más de la una, pero la sonrisa de su cara me convenció.

—Vamos.

Decidimos no llevarnos a Zen, porque al ser finales de julio, aunque la pequeña playa de El Portús era tranquila, era probable que no estuviera vacía.

Nos pusimos los bañadores, cogimos unas toallas y caminamos hasta allí.

La luna no era llena, pero sí lo suficientemente clara como para iluminar el mar, y María no dudó en entrar.

Yo, en cambio, me tomé mi tiempo. Verla adentrarse en el agua bañada por la luz de la luna lo merecía. Había sido una noche diferente. Nuestra pequeña conversación había tenido un efecto tranquilizador en nosotros. Había sido como quitarnos un peso de encima, y ella, con su nuevo proyecto y los amaneceres que tanto le inspiraban, se veía feliz.

—Venga… No seas remolón. Está buenísima —me llamó desde el agua.

Tenía razón, el agua estaba perfecta para refrescarse en una noche de calor. No éramos los únicos con la misma idea. No muy lejos un grupo de amigos nos imitaron.

Al no ver el fondo entré con cuidado de no pisar ninguna piedra. La arena en esa playa era tosca, pero, a la luz del día, sus aguas se veían tan azules y cristalinas que, pese a su pequeño tamaño, era una de mis preferidas en la zona.

Me salpicó. La muy bruja no tuvo paciencia y se encargó de mojarme antes de que yo pudiera siquiera pensar en sumergirme.

Decidí vengarme y buceé como un tiburón al acecho de su presa hasta capturar a tientas una de sus piernas, con la intención de hacerle perder el equilibrio y caer. Chapoteamos, sin hacer mucho escándalo, porque era muy tarde, pero eso no evitó que forcejeáramos como dos críos. Se rebeló y me costó volver a hacerla caer; era dura, más que ninguna otra mujer con la que me hubiera encontrado, y aunque había dejado de hacer deporte al ritmo que lo hacía Mary Gym, seguía estando en forma. La sentí aferrada a mis brazos con firmeza, y si seguía intentando volcarla acabaríamos ambos bajo el agua, así que aflojé. La luna iluminaba su sonrisa, una sonrisa preciosa que por fin había regresado. No sé qué me hizo fijarme en sus labios, quizá fue ver cómo se mordía el inferior concentrada. Ella seguía con la intención de vencerme, pero yo solo deseaba besarla, mi juego había cambiado, quizá por eso lo consiguió. Agradecí acabar sumergido en la oscuridad del mar, porque ceder a mis deseos no habría sido una buena idea.

Aquel impulso se quedó en una tontería.

—No te gusta perder, ¿verdad? —me dijo.

—Y a ti te gusta demasiado ganar, así que tenemos un problema —respondí—. Es tarde. ¿Volvemos?

El domingo llamó Ángela, cuando yo ayudaba a María a preparar la comida.

—¡Tito! ¡Ya no queda nada! —dijo excitada—. ¿Qué vamos a hacer?

—Quiero que conozcas mi nueva casa, te va a encantar.

—¿No vamos de acampada? Mamá me ha dicho que tenemos que llevar el saco de dormir.

—Sí, tráetelo. Es para una sorpresa. Te gustará. Ya verás.

Luego hablé un rato con mi hermano de la parte logística de su estancia en Mazarrón y me despedí. Esa semana sería complicada porque había que terminar varios temas para poder echar el cierre por vacaciones.

—La próxima semana vendrá a pasar unos días mi sobrina —comenté a María cuando nos sentamos a comer—. Espero que no te

importe.

—Es tu casa, Ángel. ¿Quieres que os deje solos?

—No te preocupes, ella tiene su espacio. Es una niña despierta, alegre y encantadora que te va a gustar. Ya verás.

Capítulo 24

María

Estaba intranquila. Ángel había ido a por su sobrina, pasaría el día con su familia y luego volvería con ella; y yo estaba nerviosa sin saber por qué.

Volví a acomodar los cojines de colores de la cama pequeña y comprobé que todo estaba en su sitio y perfecto. Las cortinas las habíamos colgado esa semana, casi en el último momento. Tenían pequeñas mariposas blancas bordadas y me habían encantado en cuanto las vi.

Había pedido a Ángel que me avisara cuando estuvieran de camino para ir preparando algo de cena, así que no tenía nada que hacer hasta que sonara el teléfono. Pensé salir al porche, pero el calor era agobiante ese día, así que me quedé dentro al fresco del aire acondicionado. Puse la tele, una serie me mantendría entretenida, pero después de mirar un rato lo que había, decidí que no me apetecía. Al final, cogí el ordenador, me senté en el sofá con él sobre las piernas y me puse a trabajar. Tenía muchas fotos que catalogar. Lo primero que me había apetecido en mi nueva vida había sido hacer fotografías a cosas, empecé con mis platos por si algún día me animaba a hacer un libro de recetas de cocina, pero luego comencé a fotografiar lugares. Momentos que me gustaban y que, de alguna manera, quería mostrar en mis historias. Por el momento, mi libro solo eran descripciones inconexas de muchas de

ellas, aún no sabía cómo iba a enlazar unas con otras, pero seguía trabajando en ello.

—Yaaa estaaamos en caaasa —canturreó Ángel desde la entrada.

No me había avisado como había dicho y yo no había hecho nada de cena. Me molestó. Era tardísimo y lo que tenía pensado cocinar tardaría en estar listo más de media hora. La niña cenaría casi a medianoche y eso no estaba bien.

—¡Hala, tito! Es como la casita de Blancanieves —dijo la niña.

Ángel se dio cuenta de mi cara de pocos amigos. Lo noté en su expresión al mirarme.

—¿Ves esa puerta? —le dijo a la niña—. Es tu habitación, así que corre a dejar tus cosas.

Ángela no era tan pequeña como me había imaginado, tendría siete u ocho años. Si hubiera sido más pequeña quizá habría tenido la posibilidad de ganármela rápido, pero esa edad… Las niñas de su edad comenzaban a ser complicadas.

Corrió a su habitación sin fijarse en mí. Aparté el ordenador y me acerqué a su tío.

—Al final hemos tomado algo allí. No he caído en avisarte, lo siento —se disculpó—. No has cenado, ¿verdad?

Negué con la cabeza, pero no pude enfadarme con él porque su cara era de verdadero arrepentimiento. Ángel no estaba acostumbrado a contar con nadie, llevaba solo demasiado tiempo, así que no, no había caído en que yo estaría esperándolos. Era cierto.

Las exclamaciones de sorpresa y de felicidad de la niña llegaron desde la habitación; Zen también se encargó de darle una buena bienvenida, así que fue una llegada alborotada.

—Venga, Zen, tranquilo, que le vas a hacer daño. —Ángel intentó en vano calmar al perro—. ¡Zen!

Ni el perro ni la niña le hicieron ni caso y retozaron juntos sobre la cama de ella.

—¿Puede dormir conmigo Zen esta noche? ¿Sí? ¿*Porfi*? —pidió Ángela con la misma cara con la que estaba segura de que pedía más postre a su madre.

Ángel dudó, casi pude escuchar los engranajes en su cabeza pensado en si sería correcto o no que la niña compartiera cama con el perro.

—He bañado a Zen esta tarde, así que está limpio. Yo no veo ningún problema —dije.

Ángela dejó de jugar y me miró con curiosidad. Sentí su escrutinio y un sudor frío me recorrió la espalda.

—¿Puedo? —volvió a preguntar a su tío.

Ángel asintió y la niña se olvidó de mí.

—Voy a cenar algo, ¿OK? —me disculpé y me dirigí a la cocina a prepararme un sándwich.

Sentí su presencia en mi espalda unos minutos después, Ángel había subido a ponerse el pijama, pero ella había sido más rápida.

La miré y sus ojos azules, tan similares a los de su tío, me hicieron temblar. Yo no le gustaba, estaba claro.

—Eres María, ¿verdad? —Asentí—. ¿Eres la novia de mi tío? —Negué.

Su expresión era seria.

—Ángela —la llamó Ángel desde la escalera—, veo que ya has conocido a mi amiga María.

La niña dirigió la cara hacia su adorado tío y su expresión cambió. Enseguida él estuvo a nuestro lado.

—María hace las mejores tortitas del mundo —explicó Ángel—, si nos portamos bien seguro que no tiene problema en hacernos un montón.

—¿Mejores que las de mamá? —preguntó la niña desconfiada.

—Mejores —le aseguró él al oído.

—¿Vas a hacerlas mañana para desayunar? —me preguntó.

Asentí, pero luego pensé que no estaba bien que una mocosa me intimidara.

—Si quieres…

Aunque era tarde se sentaron un rato en el sofá a ver un poco la tele, yo preferí dejarlos a lo suyo y me tomé mi cena en el porche sola, porque hasta Zen había preferido su compañía.

Nunca se me habían dado bien las niñas de su edad, ni siquiera cuando yo tenía la misma. Suspiré.

¿Qué esperaba?

Un rato después la puerta se abrió y salió Ángel. Yo me había sentado en el suelo, en una zona donde parecía correr algo de aire, con la espalda apoyada en la pared. Tenía los ojos cerrados porque estaba disfrutando de la brisa. No lo miré, pero lo sentí sentarse a mi lado.

—Acabo de acostarla —me susurró—. ¿Por qué no entras? Esta noche hace demasiado calor para estar fuera.

—Estaba bien aquí.

—Le gustarás, ya verás. Solo dale tiempo.

Quise decirle que no necesitaba gustarle, ya que él y yo no éramos nada, que probablemente solo la vería en esa ocasión, pero no era verdad. Sabía que esa niña era especial para él y solo por eso quería caerle bien.

—No se me dan bien las niñas de su edad —expliqué.

—Eso es una tontería. Mañana cuando pruebe tu desayuno te la habrás ganado para toda la vida, como a mí.

Me apoyé en su hombro y volví a cerrar los ojos.

¡Ojalá fuera cierto! No sabía por qué, pero lo necesitaba.

Mis tortitas no superaron a las de su mamá, ni el arroz que les hice para comer, que apenas quiso probar.

Por la tarde se fueron a la playa y, aunque Ángel insistió en que los acompañara, la mirada amenazante de la niña me hizo declinar la invitación. Estaba claro que Ángela no me quería cerca.

No podía quedarme todo el día en casa, así que decidí salir a correr con Zen.

Cogí la pista forestal que me alejaba de la playa, de Ángel y de su malvada sobrina. Comencé suave porque había perdido práctica y hacía mucho calor, pero poco a poco me sentí cómoda para acelerar el trote. Zen se había estado manteniendo a una distancia en la que podía verlo, así que me relajé un poco. Desapareció en una curva y le perdí la pista. Apreté la marcha para acortar la distancia con él.

No era habitual que hiciera eso. Algo especial debía de haber llamado su atención. La curva por la que había desaparecido estaba en lo alto de una cuesta, así que aumentar la velocidad en ese punto supuso exprimir mis fuerzas al máximo. Llegué arriba exhausta y el perro no estaba por ningún lado.

—¡Zeeen! —lo llamé.

Paré un minuto a tomar aire y recuperar el pulso. Apenas oía nada más que el latido de mi corazón en la sien. Cuando me calmé un poco escuché los ladridos. Parecían de varios perros y provenían de una zona de vegetación que había un poco más adelante. Corrí hacia allí. Lo único que me faltaba para empeorar el día era que algo le pasara a Zen. Pero no, cuando llegué con la lengua literalmente fuera, Zen solo estaba jugando.

—Hola —saludé al dueño del perro con el que jugaba Zen—, siento que se me haya escapado. No suele hacerlo.

—No es problema. Son perro y perra, así que solo están jugando un poco. No creo que se peleen.

Nos quedamos en silencio observando cómo correteaban los animales, uno detrás de otro, haciendo giros, quiebros y saltos. Se los veía muy cómodos.

—Nunca había visto tan contenta a Estrella —dijo el hombre.

—Lo cierto es que se llevan muy bien. Zen es cachorro y muy activo, así que le favorece tener una compañera de juegos.

—Estrella tiene varios años, por eso me gusta verla tan feliz.

Observé al hombre. Parecía simpático, de mi edad o un poco mayor, no sabría decirlo; quizá por sus gafas o por su forma de vestir aparentara más edad de la que tenía.

—Me llamo María —le dije—, ¿eres de por aquí?

—Jordi. —Me tendió la mano con educación y, aunque me resultó extraño, demasiado clásico, no se la rechacé—. Encantado. No, soy de Barcelona, pero estoy aquí por trabajo.

—¿Sí? No hay mucho trabajo en esta zona. ¿A qué te dedicas?

—Soy informático. Lo cierto es que puedo trabajar desde cualquier lugar y necesitaba un cambio.

—Te entiendo. A veces la ciudad te supera, ¿verdad?

No hablamos mucho más; si paraba demasiado tiempo me enfriaría y me costaría horrores regresar a casa corriendo, así que me despedí y obligué a Zen a separarse de su amiga.

Ángel se encargó de la cena, que, por suerte, fue un éxito.

Capítulo 25

Ángel

La tensión entre Ángela y María era palpable. Había pensado que Ángela se relajaría pasados un par de días, pero nada; por más que María intentaba agradarle no lo conseguía y se notaba que lo llevaba mal.

Me había insinuado que lo mejor sería que nos dejara solos, pero no me parecía correcto. María era una amiga, aunque podía haber sido mi pareja, y Ángela tenía que comprenderlo. Lo cierto era que con Mercedes no la noté tan a la defensiva.

Mi plan sorpresa era llevarla a hacer vivac, dormir al raso bajo las estrellas y ver caer las perseidas. Mi idea era ir los tres, pero, tal y como estaban saliendo las cosas, decidí ir solo con la niña. María lo entendería, y estaba seguro de que hasta lo agradecería.

Salimos temprano, cuando aún no había caído el sol, cargados con las mochilas, unos bocadillos y mucha agua. Había calculado que, al ritmo de Ángela, llegaríamos a la zona de vivac ya de noche, así podríamos usar las linternas en el último tramo. Eso le gustó.

Me estuvo contando cosas del colegio, de sus amigas, de su hermana y sus padres todo el camino. Yo había decidido hablar con ella sobre su reacción a la presencia de María, pero necesitaba encontrar el mejor momento para no estropear la velada.

Fue ella la que sacó el tema. Lo hizo cuando ya estábamos metidos en los sacos, acurrucados el uno junto al otro y la oscuridad era demasiado profunda para vernos los rostros.

—Tito, si María no es tu novia, ¿por qué dormís juntos?

«Una buena pregunta, muy difícil de responder», pensé.

—Creo que porque le gusta mi habitación.

—A mí me gustan los zapatos de tacón de mamá y no por eso ella me deja usarlos.

«*Touché*».

—Un hombre malo le ha hecho mucho daño. No físico, a veces el daño no tiene por qué ser físico para ser doloroso. Estaba muy triste. Mi habitación la ayuda a mejorar, a ser un poquito más feliz cada día. —Ángela me escuchaba en silencio, atenta—. Al principio yo dormía en tu cama, pero era demasiado pequeña para mí, así que hicimos un trato. Compartiríamos la cama como dos amigos, como lo haces tú con las tuyas cuando van a dormir a tu casa.

—Pero ¿te gusta?

—A ti te gustan tus amigas, ¿verdad? Por eso son tus amigas.

—Supongo que sí —respondió no muy convencida.

—Y a ti, ¿por qué no te gusta María?

—Sí me gusta —se defendió.

—Si es así, lo demuestras de un modo extraño.

—Sí me gusta ella, lo que no me gusta es que por ella no vengas a vernos a nosotros. —No me dejó responder—. Se lo oí decir a mamá y papá.

—No he ido porque mi amiga me necesitaba. Es como cuando tu amiga Carla se torció el tobillo en el baile y te fuiste a pasar el fin de semana a su casa para no dejarla sola; habíamos hecho planes juntos, pero los retrasamos. ¿Recuerdas?

—Sí, es verdad. Pero yo te lo expliqué. Tú no me has explicado nada.

—Tienes razón, princesa. Lo siento.

—Ahora parece que está bien. ¿Crees que podrás venir igual que antes?

—Por supuesto, y te prometo que, si alguna vez no puedo por algo así, te lo diré.

—Mejor, ¿ves…? Nos habríamos ahorrado muchos problemas —dijo muy decidida—. ¿Crees que volverá a hacernos tortitas? Tenías razón, están más buenas que las de mamá, pero no podía decírselo.

Cuando creciera iba a ser un dolor de cabeza para quien se atreviera a enamorarse de ella. Esperaba que dentro de mil años o más, por supuesto.

—Se lo pediré, tranquila.

—Vale, pero no le digas que es por mí. ¡Mira…, una estrella fugaz! Pide un deseo, tito.

A la mañana siguiente me arrepentí de no haber pedido un colchón como deseo. Mi espalda ya no estaba hecha para dormir sobre el duro suelo.

Tras nuestra conversación Ángela cambió su comportamiento de forma sorprendente, tanto que María no tardó en preguntar.

—¡Oh, sí! —exclamé de gusto al tumbarme en mi mullido colchón —. Todavía me duele todo.

—Has dormido en el suelo una noche y llevas tres días quejándote. Deberías hacértelo mirar.

—No hace falta mirar nada, me hago viejo para andar durmiendo en el suelo. Es una realidad.

—Yo no te veo viejo, Ángel. No sé cuántos años tienes, pero tengas los que tengas lo llevas muy bien. Quítate la camiseta y ponte bocabajo, que te voy a dar un masaje.

No me dejó replicar, antes de que pudiera hacerlo ya se había echado crema en las manos y esperaba paciente a que la obedeciera.

Lo hice y supe que había sido un error en el momento que sentí su peso en mi trasero. Se había subido a horcajadas sobre mí y mi cuerpo traidor solo quería darse la vuelta. Apoyé la cabeza en las almohadas e intenté relajarme, si no iba a convertirse en una situación muy fea.

—Hablaste con ella, ¿verdad? —preguntó.

La crema estaba fría y no respondí de inmediato, necesité un segundo para acostumbrarme a su temperatura.

—Sí, lo hice. El problema no eras tú, sino la forma en que yo había tratado la situación.

—¿Celosa?

—Un poco, imagino. Creo que si le hubiera explicado por qué dejé de ir a verla a Madrid, lo habría entendido.

María deslizó las manos por mi espalda extendiendo la crema y se centró en relajar la zona que tenía dolorida. Era buena.

—Le dijiste que me habían hecho mucho daño —comentó—. Me ha pedido que le contara qué pasó.

—Tiene siete años, no se me ocurrió otra forma de explicarle por qué un adulto necesita ayuda. ¿Qué le dijiste?

—La verdad… —Me puse tenso y lo percibió—. La verdad para una niña de su edad, que es mejor que aprenda ya a no ser confiada. Le dije que tenía un novio al que quería mucho y con el que estaba dispuesta a pasar el resto de mi vida, y que el día que me casé descubrí que era un mentiroso y que lo que yo pensaba sobre él era un engaño. Le recomendé no ser tan confiada como lo fui yo. —Seguía masajeando el nudo de forma metódica con el objetivo de hacerlo desaparecer—. Me dijo que tú eres bueno, que pareces un gruñón, pero que es de mentirijilla.

—Créate una fama para esto…

—Yo ya lo sabía.

No sé por qué, quizá porque justo en ese momento noté cómo se relajaba el nudo, quizá por lo que ella había dicho, pero un calambre de emoción me llenó el pecho. Luché con la necesidad de darme la vuelta para besarla. No lo hice porque sabía que si lo hacía me sería muy difícil parar. Besarla en mi cama no era una buena idea. Rompería lo que teníamos.

—Cuéntame por qué te lo hiciste —dijo llenando el silencio—. Es muy bonito.

María había acabado y se había sentado a mi lado; con el dedo perfilaba la silueta del tiburón que llevaba tatuado en el omoplato. Tuve que aclararme la garganta para poder hablar, porque mi mente vagaba aún en lugares prohibidos que solo complicarían las cosas.

—Creo que poco después de conocerte. Leo y yo habíamos trabajado todo el verano y quisimos hacernos un tatuaje. Algo que nos diferenciara. Fuimos por separado al taller de tatuajes, pero como imbéciles elegimos el mismo. Ninguno cedió, así que

acabamos con el mismo tiburón tribal, aunque en distintas partes del cuerpo.

—¿Por qué lo elegiste tú?

—Era un crío con ganas de comerme el mundo. Decían que los maorís se tatuaban como símbolo del paso de la niñez a la vida adulta. Ya era un hombre, así que tenía todo el derecho de hacerlo. Elegí el tiburón porque me sentía un guerrero.

Soy consciente de que hablamos un rato más, no recuerdo de qué, y de que me quedé dormido sintiendo sus caricias en mi espalda.

Me levanté antes del amanecer, lleno de energía. Dejé unos cruasanes descongelando y salí a correr. Al volver, puse el horno, me duché, horneé los cruasanes y preparé el café y un gran vaso de Cola-Cao para Ángela. Ella se levantó sin que la despertara. María, en cambio, estaría despierta, esperando el momento que tanto le gustaba del amanecer.

—Sube esto a María y entenderás por qué le gusta tanto mi habitación —le dije a Ángela.

Mi niña lo hizo. No era fácil subir por la escalera cargando una bandeja, así que la ayudé un poco. Las dejé solas, y me marché a hacer unos recados.

Necesitaba pensar.

La noche anterior había sido consciente de algo que me asustaba: todas mis relaciones habían empezado con sexo sin compromiso y si había sido bueno, habían durado un poco. Pero con María el sexo estaba prohibido. Nuestra relación había evolucionado hasta convertirse en amistad. Era mi compañera de piso. Nunca había tenido ninguna y había momentos, como cuando nos ayudábamos en la cocina, al poner la mesa o como el de la noche anterior, cuando metidos en la cama nos habíamos contado confidencias…, momentos que creía que serían los que Leo compartía con Dani, o Edu con Sol, así que era difícil, porque me resultaba sencillo imaginarme teniéndolos con María el resto de mi vida. Pero María era mucho más joven que yo, tenía toda una vida por delante y

había salido de una relación que había acabado muy mal. No necesitaba meterse en otra conmigo, que además de viejo era complicado, gruñón y algo maniático.

Decidí adelantar la estancia con mis hermanos en la casa de la playa. Tres semanas lejos de ella me ayudarían a dejar de pensar tonterías.

Capítulo 26

María

Me quedé sola y me di cuenta de varias cosas.

La primera, que la mágica recuperación que siempre había achacado a esa cabaña y a su cama no se debía solo a eso. A ver, obviamente eran una parte muy importante, porque me había hecho ser consciente de mi entorno, había llamado mi atención del mundo exterior y me había permitido centrarme en esas pequeñas cosas que te ayudaban a vivir, a levantarte cada día cuando creías que tu mundo estaba desolado y no había nada que te ayudara a hacerlo. Esa cabaña y el despertar en su cama habían sido una cuerda brillante en la oscuridad del pozo en que me sumí tras lo de Santi.

Ángel, con sus rutinas, sus detalles, con la seguridad que me daba su presencia, era la mano que me estaba ayudando a salir. Sí, yo me aferraba a mi cuerda hecha de cosas sencillas y estáticas, pero el aliento para comenzar el ascenso me lo daba él.

Hasta que se fue, no me di cuenta de su importancia en mi día a día. Sin nadie a quien agradecer su hospitalidad cocinando, a quien acompañar en silencio viendo una serie, sin nadie a quien seguir en su rutina, el sol que cada mañana venía a despertarme no era suficiente.

La segunda cosa que aprendí fue que ya no me gustaba la soledad.

Durante mis años en Barcelona y desde que me marché a estudiar fuera, e incluso cuando vivía en casa de mi padre siendo una niña,

había necesitado momentos de soledad. Por eso no me molestaban las largas ausencias de Santi. Me gustaba que me diera espacio.

En ese momento, en el que Ángel se había marchado a pasar las vacaciones con su familia, y veía a mi padre esporádicamente, me percaté de que odiaba estar sola, ni siquiera la alegre compañía de Zen aliviaba mi malestar.

Necesitaba estar con alguien.

No, mejor dicho…, necesitaba estar con él.

Ángela y su tío se marcharon el mismo día en que ella me llevó el desayuno y descubrió por qué yo no pensaba renunciar a la cama de su tío y me atrincheraba allí cada mañana. Los días siguientes apenas salí de esa habitación porque me sentía sola y recordé muchas veces nuestra conversación.

—María… —Ángela se había acercado a la cama llamándome bajito.

Yo estaba despierta, llevaba rato escuchándolos hablar en la cocina y el olor a cruasán recién hecho era inconfundible.

—Shhh, ven aquí sin hacer ruido o espantarás al sol —le había dicho.

Ángela se estaba haciendo mayor, pero aún era una niña.

La había ayudado a dejar la bandeja que pesaba más que ella en la mesilla y le había hecho un hueco a mi lado en la cama.

—Ven y verás por qué me gusta tanto esta habitación, pero tienes que tener paciencia.

—Mami dice que de eso no tengo mucho, pero lo intentaré.

Acurrucó su pequeño cuerpecito a mi lado y entendí por qué Ángel quería tanto a esa niña.

No habíamos esperado mucho para que el espectáculo de magia de la cabaña diera comienzo.

—Oooh… —No necesité avisarla, ni explicarle nada. Simplemente nos quedamos en silencio observando el techo—. Es precioso.

—¿Verdad?

—¿El tito lo sabe? —había preguntado.

—Sabe que me gusta esperar a que el sol entre por la claraboya, pero nunca se ha quedado lo suficiente para verlo.

—Siempre está muy ocupado, igual que papá y mamá.

—Los adultos solemos olvidar las cosas importantes.

—Yo no voy a olvidarlas nunca. Tienes que conseguir que el tito se quede para verlo, le va a encantar.

—No es fácil. Ángel madruga mucho.

—Lo sé, pero tienes que pensar en algo que le haga quedarse en la cama.

Se me ocurrieron varias cosas.

—No sabría cómo.

—Hazle creer que te duele la barriga —me sugirió—. Una vez yo no quería que se fuera y dije que me dolía mucho la barriga y se quedó dándome un masaje mucho tiempo.

—Lo probaré. ¿Qué has traído para desayunar?

Sé que entendió perfectamente lo que yo sentía al despertar allí porque mientras desayunábamos me contó lo que ella sentía en la habitación de su casa de Madrid.

—Los fines de semana cuando el cole está a punto de acabar comienzo a dormir con la ventana un poquito abierta. No dejo que mamá me quite el edredón porque me gusta acurrucarme en él cuando entra el fresco de la mañana. Se oye el ruido del aspersor regando el césped que rodea la piscina, muy temprano, porque papá dice que si no el sol lo quemaría. Me encanta porque me recuerda que el verano va a empezar. —La niña había dado un mordisco a su cruasán y había cerrado los ojos en un gesto que me indicó que estaba recordando el momento. Luego, me había mirado sonriendo —. Cuando me levanto después, sé que voy a tener un buen día. Tienes que venir a vivirlo.

No me dijo «verlo», me dijo «vivirlo».

¡Dios, cuánto la he echado de menos estas semanas!

No sé si porque papá le dijo a Ángel que no me veía bien, o porque en el fondo él también me echaba algo de menos a mí, pero me llamó varias veces a lo largo de su última semana de vacaciones.

Me pilló en la cama, en la ducha, al ordenador en pleno momento de inspiración y de paseo con Zen. No le devolví las llamadas. Quizá porque no quería que se diera cuenta de lo importante que era para mí. ¿Por orgullo? Puede ser.

El miércoles vino papá a cenar.

—Toma. —Me dio su móvil—. Llámale. Dice que te ha llamado mil veces y que no le has devuelto las llamadas.

Creo que me puse colorada porque papá tenía razón.

—No he mirado el teléfono.

El piloto rojo parpadeante del aparato olvidado sobre la mesa dio fe de mi pobre excusa.

—Llámale, mientras voy preparando algo de cena. ¿Te apetece ensalada de verduras asadas?

—Será perfecto.

Con la cabeza gacha salí al porche, me senté en las escaleras y la apoyé en la barandilla de madera. Cerré los ojos esperando el momento de oír su voz.

—¿Antonio? ¿Has podido hablar con ella? ¿Está bien?

Saber que estaba preocupado por mí me dio vergüenza.

—Estoy bien —respondí—. Lo siento, no me fijé en que había llamadas sin responder en el fijo.

No discutió mi explicación, solo se mantuvo en silencio unos segundos.

—Me tenías preocupado. ¿Cómo estás?

—Bien, liada con el libro y los paseos. Ya sabes. Aprovechando el silencio para avanzar. —No sé por qué dije eso. Sonó como si él me estorbara cuando estaba allí—. ¿Y tú? ¿Cómo llevas las vacaciones en familia?

—Bien, añorando un poco de silencio. —Lo dijo remarcando con sutileza la última palabra—. Mañana por la tarde, vamos a hacer todos juntos una excursión a la batería militar de Castillitos. Luego vamos a cenar en la casa de los padres de Daniela en La Azohía. Ángela quiere despedirse de ti, quiere que vengas con nosotros. Si puedes hacerle un hueco en tu ajetreada agenda, te estaría agradecido.

Me lo pidió para ella, no para él, y aquello me dolió un poco.

Acepté, dejando claro que era por ella, no por él.

Al día siguiente pasarían a recogerme. Su familia quería ver el lugar que le tenía retenido.

No dormí bien, estuve nerviosa porque sabía que su familia era numerosa y protectora y no solo tenían curiosidad por la cabaña, también tendrían curiosidad por la invasora que la ocupaba.

Antes de que Ángel se fuera, habría explicado mi unión con aquel lugar de forma sencilla. Esa cama, esa habitación y esa casa me ayudaban a levantarme y seguir viviendo cada día. Algo fácil de entender si alguien conocía mi historia, pero ahora que sabía que a esa mezcla se sumaba él, no era algo tan fácil de explicar o entender, sencillamente porque ni yo sabía qué significaba.

Como el tiempo no se puede frenar, pese a que intenté que pasara lento para retrasar el encuentro, el momento llegó.

A media tarde tres coches entraron en la parcela llenos de gente.

A Eduardo y a su mujer, Sol, una preciosa pelirroja, los acompañaban sus ajetreados gemelos, Pablo y Jesús, que bajaron del coche como si les hubieran mantenido atados varias horas. De otro coche salieron la que debía de ser la madre de Ángela, Daniela, y Leo con la pequeña África. Con Ángel viajaba su sobrina.

La niña corrió a mis brazos nada más verme. El sol de la playa le había sentado bien porque estaba muy morena. A todos en general; incluso a Ángel las vacaciones le hacían parecer más relajado y amable.

Hasta que me miró y su expresión se endureció. Nunca supe qué le disgustó.

La familia Cano invadió mi espacio con su alegre conversación, sus agradables comentarios y su amabilidad.

No pude entrar con ellos en la cabaña para verlo, así que, tras las presentaciones, me aparté un poco con la excusa de que Ángela me explicara qué había hecho durante las vacaciones y me presentara a sus movidos primitos.

Capítulo 27

Ángel

María había vuelto a perder peso y su cara se veía pálida. Su padre me había asegurado que ella estaba bien, pero yo no la vi así.

«No tenía que haberme alejado tanto tiempo de mi casa», pensé.

—Esto es precioso, Ángel —dijo Dani—. Enséñanos el interior.

Lo hice, después de saludar a Zen y atarlo para que, jugando, no hiciera daño a los niños. Eso me sirvió para calmar las ganas de regañar a María por no cuidarse. No podía recuperarse si no se alimentaba bien, si no salía a pasear. No todo podía ser obsesionarse con escribir y escribir, aunque aquella fuera su forma de evadirse del mundo que la había herido.

—Esta finca tiene mucho potencial —comentó Eduardo a mi lado —. ¿Has pensado en qué tipo de casa quieres construir? Aquella sería una buena zona, aquí la piscina, y la cabaña quedaría como casa de invitados.

—Probablemente haría algo así si quisiera dejar de vivir en la cabaña, pero resulta que en ella tengo todo lo que necesito —gruñí.

—Esbozaré algo. ¿Levantaste planos topográficos para ubicar la cabaña?

—No quiero vivir en una casa enorme y vacía, Eduardo. Estoy bien así.

—Los pediré en el…

Le dejé hablando solo y me acerqué a su mujer, que salía de la cabaña.

—Cuando los niños tengan un par de años más, te cambio mi vida por un fin de semana en esta casa, Ángel —comentó.

No estaba seguro de querer su vida, pero sí por qué ella quería un fin de semana en ese lugar.

—Si Daniela y Leo me ayudan con los monstruitos, no hace falta esperar tantos años. Podríais celebrar vuestro aniversario aquí.

—¿Sí? —preguntó con la ilusión escrita en sus expresivos ojos, yo asentí—. Gracias, gracias, gracias. Eres el mejor.

Una maraña de rizos del color del fuego me envolvió y me encontré dentro de un abrazo. Me pilló desprevenido, como siempre me pasaba con Sol, y, también como siempre, lo último que vi antes de quedar atrapado entre las llamas fue una gran sonrisa.

Ese contacto casi íntimo comenzó a resultarme incómodo —si yo fuera Eduardo no me gustaría ver a mi mujer abrazando a otro de ese modo, y menos a alguien con antecedentes de no tener escrúpulos como yo—. La obligué a separarse con delicadeza.

—Sol, preciosa… Que no soy de piedra y hace mucho que no me abraza así una mujer tan bonita como tú —le susurré.

—Eres tonto, Ángel —respondió dándome un ligero golpecito en el pecho.

Sol corrió a contarle la sorpresa a mi hermano, que, como había imaginado, me miraba con cara de pocos amigos.

Me encogí de hombros e hice que me colocaba una inexistente erección, solo por tocarle las narices. Si en ese momento Sol no se hubiera lanzado a sus brazos, estoy seguro de que habría venido a por mí buscando pelea.

—Puedes fingir todo lo que quieras —dijo Leo a mi lado—, pero olvidas que te conocemos demasiado bien.

En brazos tenía a la pequeña África, a su verdadera hija, aunque no creo que la quisiera más por eso que a Ángela; las dos, junto a su madre, se habían convertido en su mundo.

Le ignoré.

—Me gusta mucho lo que estás construyendo.

—Si lo quieres como nidito de amor como Sol, a ti te costará dinero —gruñí.

Leo se rio.

—¿Crees que soy tonto? Cuando lo quiera enviaré a Daniela a pedírtelo. —Con una mano me palmeó la espalda y caminó hacia los coches, haciéndome sentir un niño—. ¡Venga, que tenemos que seguir o se nos hará muy tarde!

Y todos obedecimos diligentemente. Se suponía que por unos minutos yo era el mayor, pero el que ejercía como cabeza de familia desde que mamá falleció era Leo, y lo hacía muy bien. ¿Cómo podía guiar yo a una familia cuando solo era un solitario demasiado perdido?

En la subida a Castillitos, Ángela insistió en acompañarnos a María y a mí en el coche, y lo agradecí, porque después de tanto tiempo no sabía de qué hablar con ella. Además, estaba seguro de que la avalancha de mi familia en la cabaña la había agobiado por cómo se estaba comportando.

La cháchara alegre de Ángela contando todo lo que habíamos hecho durante las vacaciones sirvió para que ambos nos relajáramos.

Al llegar, la niña saltó del coche y yo percibí la duda en María.

—Tranquila, son gente agradable que no van a cuestionar nada —le dije.

—Pero todos saben lo que me ha pasado.

Tenía razón, incluso lo habíamos comentado días atrás.

—Sí, como muchas otras personas que te encontrarás a partir de este momento. No sé qué pasará con esas otras, pero sí te puedo asegurar que mi familia no va a hacer ni decir nada que te haga sentir mal.

Me miró asustada y, de nuevo, quise alzarme como su protector ante cualquier mal.

Caminamos hacia la cima, investigando los antiguos edificios del ejército repletos de salas vacías, intentando imaginar el uso que habían tenido antaño y vigilando que los niños no se hicieran daño.

Ángela agarraba a María de la mano y tiraba de ella de aquí para allá.

Daniela se acercó a mí.

—Está muy callada. ¿Cómo podemos ayudarla?

—Es la primera vez que trata con gente que sabe lo que le ha pasado, solo tiene miedo. Cuando vea que no os preocupa se le pasará. Hablad con ella como lo haríais con normalidad.

Cuando llegamos a los cañones, comenzó la locura de las fotos. Los niños querían subirse en el cañón y sus padres debían ocuparse de que ninguno se hiciera daño. Para Ángela fue más interesante escalar el armatoste metálico que sentarse tranquila a mirar el horizonte por el que había comenzado a esconderse el sol, como prefirió hacer María.

Me senté a su lado en silencio respetando el ruido de sus pensamientos.

Sol nos acompañó un momento después, con su cámara en la mano esperando para tomar la imagen perfecta, como siempre.

—Es sobrecogedor, ¿verdad? —dijo a nadie en concreto—. Ver la inmensidad del mar, del cielo y del sol así me hace sentir pequeña.

—A mí me ocurre lo mismo —respondió María y comenzaron a hablar.

Algún niño me reclamó para la foto y las dejé allí sabiendo que María se quedaba en buenas manos. Antes de marcharme, Sol me guiñó un ojo y sonreí. Mis cuñadas eran la leche y mis hermanos habían puesto el listón demasiado alto para mí.

De vuelta a los coches, ya casi de noche, los hombres cargamos a los niños a la espalda, en parte porque iban cansados, en parte porque era la única forma de mantenerlos quietos y que no se hicieran daño en la bajada.

Dani, Sol y María caminaban delante charlando animadamente.

Cenamos en la casa de Pedro y Ana, que ya se habían jubilado y vivían en La Azohía casi todo el año. El médico había preparado una abundante barbacoa.

—María sí come pescado, ¿verdad? —preguntó Daniela un poco apurada. Asentí y noté como respiraba tranquila—. Tenías que habernos dicho que era vegetariana.

—Pensé que lo sabíais. —A fin de cuentas era de dominio público en las redes.

Ese pequeño inconveniente no disminuyó el buen ambiente que se había creado entre las tres chicas, que siguieron hablando de sus cosas durante la cena.

Pedro se acercó a mí con una cerveza.

—Te veo bien, chico —me dijo—. Me ha dicho Daniela que te has montado una cabaña preciosa cerca de El Portús.

—Sí, parece que les ha gustado mucho a todos.

—Me alegro, ya era hora de que decidieras empezar a echar raíces. Tu madre estaría orgullosa. —Que Pedro hablara de mi madre hizo que se me formara un nudo en la garganta, que intenté pasar con un trago de cerveza—. Me gusta tu chica, Ángela solo habla maravillas de ella.

Miré a María, en ese momento reía por algo que le había dicho Leo, y pensé en lo que había dicho Pedro de que era mi chica.

—No es mi chica, es demasiado joven para poder serlo.

—Tonterías.

Lo dijo como si realmente lo fueran.

—Ella necesita a alguien de su edad, con una vida por delante y sin que arrastre mierdas en el coco.

—Ella necesita, como cualquiera, alguien que se preocupe por ella, que la anteponga sobre todo y que la haga feliz el tiempo que puedan estar juntos. Si no ves que esa persona eres tú, sí que arrastras demasiadas mierdas en el coco, como dices.

Daniela debió de percibir que la conversación con su padre no me estaba gustando nada porque llegó para ayudarme.

—Papá, Ana te necesita con el postre.

Pedro no era tonto.

—Claro, hija. Y tú déjate de tonterías —me dijo antes de marcharse.

—Gracias. La conversación se había vuelto incómoda —expliqué a Daniela.

—¿A qué se refería?

—Pensaba que María y yo estábamos juntos, pero hay demasiada diferencia de edad.

—Entonces, voy a darle la razón a mi padre —dijo—, aunque no te guste lo que te voy a decir. Entre los dos hay algo, puede que aún no queráis verlo, pero desde fuera, desde mi posición, se ve perfectamente. No renuncies a ello con una excusa tan tonta como la edad, por favor.

Capítulo 28

María

La tarde empezó siendo tensa y extraña, no me encontraba a gusto entre esos adultos desconocidos consciente de que lo sabían todo sobre mí, pero, de alguna manera, Ángel tuvo razón y, poco a poco, cuando les di la oportunidad de acercarse, me di cuenta de que eran agradables y no me iban a cuestionar.

La conversación con Sol comenzó en forma de pensamientos profundos dichos en voz alta sobre lo pequeños que somos en este mundo y pasó a tratar sobre mis nuevos proyectos. Sin apenas percatarme, me descubrí hablando con ellas de lo que quería escribir o mostrar con mi libro al mundo y, como era inevitable, tenía su origen en lo que me había pasado. Lo traté con naturalidad. Algo que unas horas antes me habría parecido increíble.

Hablar con mujeres de mis sentimientos, de mis miedos y de mis proyectos me sirvió para ser consciente de que mantenerlo escondido en un rincón de mi mente solo servía para maximizarlo.

—No sé si estoy escribiendo un libro de autoayuda para el mundo o para mí misma. Hasta el momento solo son párrafos sueltos sobre cómo percibo ciertas vivencias; pequeñas cosas como una comida, un amanecer, una abeja polinizando una flor, el ruido del mar, una caricia, la risa de una niña… —Miré a Daniela, porque la niña era su hija y ella me sonrió—. El caso es que esas pequeñas cosas son las que me hacen ver que el vivir y disfrutarlas merece la pena. Tomo una foto y describo lo que me hizo sentir.

—¿Vas a explicar el detonante? —preguntó Sol, lo que provocó una mala cara en su amiga—. Me refiero no a explícitamente, sino a lo que sentiste en ese momento, lo que te hizo caer… Imagino que de ese modo tendrás una evolución.

—Te entiendo. Un origen y un despertar tímido que poco a poco se va haciendo grande hasta que te das cuenta de que todo quedó atrás…

—Justo, un camino para que puedas llevar de la mano al lector por cada una de las fases de tu duelo, o su duelo —dijo Daniela.

—Creo que sí, que ese será el hilo conductor de todo, pero aún no me encuentro preparada para recordar y revivir lo que sentí al caer y el tiempo que estuve allí. Si lo hiciera ahora, creo que podría quedar atrapada de nuevo.

De pronto me encontré envuelta entre dos cuerpos en un cálido abrazo. Tomé nota mental de incluirlo en el libro al ser consciente de lo reconfortada que me hizo sentir.

—Tendrás que hacerlo para seguir, tienes que borrar eso de tu pasado, y la única forma de hacerlo es seguir viviendo y cambiarlo por cosas nuevas.

Creo que Dani habló por su experiencia porque miró a Leo y a sus hijas de una forma demasiado íntima, como si ellos hubieran sido esas «cosas nuevas» que le hicieron olvidar un pasado complicado.

El momento de la despedida fue muy extraño. Sol, Eduardo y los gemelos dormirían en Mazarrón, por lo que se marcharon antes. Cruzamos con ellos besos, abrazos y promesas de llamarnos y de volver a vernos. Algo normal.

Con Daniela, Ángela y Leo fue distinto. Ellos se quedaban a pasar su última noche allí, en casa de los padres de Daniela. Leo se despidió con la excusa de echar un vistazo a África, que dormía en su cuna, y entró en casa, dejó solas a sus chicas con nosotros. No entendí el dolor que aprecié en la mirada de Leo.

Dani se despidió primero de Ángel, con un abrazo, y luego vino a hablar conmigo. Una despedida cordial entre dos chicas que acaban

de conocerse y han congeniado. Ella no perdió de vista lo que pasaba a nuestro lado en ningún momento.

La niña lloraba y Ángel le prometía volver a verse antes de que les hubiera dado tiempo a echarse de menos.

—Pero si María te necesita no podrás dejarla sola.

—No lo necesito y prometo echarle un fin de semana si lo veo perezoso —le dije a la niña abrazándola yo. No quería que pensara que era la culpable de retener a su tío.

—Puedes venir, la cama del tito en mi casa es muy grande, y también sale el sol.

Miré a Daniela colorada por las palabras de su hija, porque lo que había entre Ángel y yo era raro y difícil de explicar. Ella se limitó a sonreírme con cariño.

—Cuídalo, ¿vale? Estas despedidas lo destrozan —me suplicó Daniela antes de cerrar la puerta, con la niña abrazada a su pierna.

Asentí y me llevé de allí a un Ángel claramente afectado. Demasiado hundido para ser normal.

Ángel condujo en un silencio incómodo. Daba la sensación de estar enfadado con el mundo, por los movimientos bruscos que hacía al cambiar de marchas o poner los intermitentes. Le di unos minutos antes de hablar.

—¿Por qué me da la sensación de que se me escapa algo?

No respondió, pero hizo un pequeño ruidito, casi imperceptible, que me recordó cuando alguien que llora se ve obligado a sorber por la nariz. Lo miré y el brillo de sus ojos acuosos lo delató. No estaba llorando, pero sí estaba intentando no hacerlo. En ese momento lo entendí.

—Ángela es tu hija, ¿verdad?

—No —dijo demasiado rápido para ser cierto.

—Yo no voy a ser la persona que critique tus errores del pasado, te lo aseguro.

—No me siento orgulloso de ellos.

—Ni yo de los míos.

Retiró un segundo la vista de la carretera para mirarme. Ver su expresión de dolor me partió el corazón.

—Ángel —dije bajito queriendo tocarle, abrazarle y consolarle, aunque no fuera el momento.

—Antes no era tan difícil, tenía claro que había hecho lo correcto, pero cada vez duele más —explicó.

Luego, habló y habló desgranando su alma.

Siempre había existido competencia entre los dos gemelos, más quizá por parte de Ángel porque se sentía inferior a Leo. Una noche ganó y el resultado fue la pequeña Ángela. Concebirla no fue premeditado, solo el resultado de levantarle la chica a su hermano. Leo y Dani estaban hechos el uno para el otro —algo obvio para todos—, aunque Ángel lo tuvo claro desde el principio, por eso se apartó y dejó que su hermano ocupara su puesto como padre de Ángela. Se convirtió en el tío, especial, aunque en realidad ajeno al día a día de la pequeña.

—Me gustaría estar con ella siempre, pero renuncié a ello.

—Para que tu hermano y Daniela fueran felices, Ángel…

Nos quedamos en silencio el resto del viaje, pero una frase se repetía en mi mente una y otra vez, hasta que en el camino de gravilla que nos llevaba a casa la dije:

—Le he dicho a Ángela que no te necesito, pero no es cierto. Me he dado cuenta de que no es la cabaña, ni la habitación, ni el sol cuando se cuela por las mañanas… Eres tú, junto a todo eso, pero eres tú.

Aparcó y me miró preocupado.

—Estaré a tu lado el tiempo que necesites —dijo.

—Hoy he hablado con Sol y Daniela sobre lo que pasó. Daniela me ha recomendado borrarlo con nuevos recuerdos, con nuevas vivencias. Creo que hablaba con conocimiento de causa.

—Imagino que es porque su relación antes de Leo fue demasiado tóxica. Hay demasiados caraduras por el mundo y no siempre sois conscientes del daño que pueden haceros.

—Cuando cierro los ojos mi mente regresa a las imágenes de Santi que pusieron en nuestra boda, no puedo evitar sentirme sucia por haber dejado que me tocara, por haberme excitado con sus

caricias y sus besos. Necesito borrar el recuerdo de sus manos en mi piel, de nuestros jadeos, de las veces que hicimos el amor…

—Llegará el momento en que te encuentres a gusto con alguien para poder borrarlo, como dice Daniela, con otras vivencias, las que tengas con otro hombre…

—Ángel, yo… No creo que eso pase nunca. No me imagino creando la suficiente intimidad con otra persona para que eso ocurra. No me imagino que algo así pueda volver a pasar si no es contigo.

—¡Joder, María! —Ángel salió del coche enfadado, y se dirigió a la cabaña con grandes pasos.

Lo seguí.

—Piénsalo, por favor.

—¿Me estas pidiendo que te eche un polvo para olvidarte de tu ex? ¡¿Qué tengo que pensar?! ¡No!

Abrió la puerta de la cabaña de un golpe y entró en el interior. Zen hizo un intento de levantarse de su cama para saludar, pero algo en la expresión de su dueño le hizo cambiar de opinión. Se acomodó de nuevo y nos ignoró. Perro listo.

No sabía por qué le había pedido algo así, justo en ese momento, probablemente porque la idea estaba en mi mente y verle tan vulnerable me hizo pensar que accedería.

—Ángel, yo… —intenté explicarme.

—¿Piensas que como me acosté con la mujer de mi hermano no tengo escrúpulos? ¿Crees que por eso accedería?

—Por lo que me has contado, te acostaste con Daniela una noche en la que ambos os dejasteis llevar, no era la mujer de nadie en ese momento. No es como si lo hubieras hecho hoy o el mes pasado.

—Lo hice sabiendo que ella pensaba que yo era él, lo hice porque odiaba a Leo, siempre perfecto. Lo hice porque los vi hablando esa noche y supe que ella era especial, porque nunca antes se había comportado así con nadie. Quise darle una lección, quise demostrarle que en algunas cosas yo era mejor, pero lo cierto es que soy despreciable. —Me había hablado mirándome a la cara, lo último lo dijo dándose la vuelta—. María, te mereces a alguien mejor que yo.

—No puedo justificar lo que hiciste y entiendo que te arrepientas de ello, pero no puedes saber si las cosas serían así si no hubiera pasado. A lo mejor sin una buena razón, como lo es Ángela, Daniela jamás habría intentado nada con Leo. No puedes saberlo, no puedes mortificarte por ello. Ya estás sufriendo demasiado por haber jugado con fuego. —Acorté la distancia que nos separaba y le acaricié la espalda—. Ángel, te necesito.

Tercera parte



El proverbio se cumple

Capítulo 29

Ángel

La mano de María sobre mi espalda me abrasó la piel. Recuerdos de los meses que habíamos vivido juntos regresaron a mi mente. La primera ducha, las veces que peiné su pelo, la forma en que se le ajustaba mi ropa interior… Las mañanas que la observé mientras dormía… Miles de imágenes por las que sabía que si accedía a lo que ella me había pedido estaría vendiendo mi alma.

María no era una amiga, no era una compañera de piso, hacía tiempo que había descubierto que era algo más, aunque me obligara a mantenerme alejado por nuestra diferencia de edad. Diez años es demasiado tiempo.

¿Qué pensaría Antonio?

Aunque cada poro de mi cuerpo deseara hacer desaparecer los recuerdos que ese mal nacido había grabado en la piel de María, no podía…

Era mi sino, ser lo que las mujeres necesitaban en el momento que lo necesitaban, sin importar lo que yo pudiera sentir. A lo largo de mi vida, había sido elegido como padre porque parecía que tenía un futuro más prometedor que el del padre biológico real; había sido demasiadas veces un polvo de consuelo; alguna, un plan B, y ahora María me estaba pidiendo que fuera una goma de borrar para sus malos recuerdos.

¿Y yo qué?

¿Hasta qué punto iba a seguir cediendo a todo eso?

Me habría casado con Conchi si Leo no se hubiera enterado de que yo no era el padre de su hijo, porque en el fondo yo ya lo sabía, y me había esforzado por dejar un buen recuerdo de mi paso por la cama de las mujeres que necesitaron consuelo. Si Eva no hubiera encontrado a su médico finlandés, habría sido gustoso su plan B… En esa ocasión, ayudar a María a olvidarse de Santi suponía sacrificar la última parte de mí que quedaba viva. Porque no sería capaz de hacerlo y dejarla ir. Yo no soy tan fuerte como parezco.

—Por favor… Te necesito —repitió a mi espalda.

Apreté los puños, cerré los ojos e intenté buscar un poco de cordura en aquella situación.

Ella lo había decidido, quería que yo fuera otro momento que describir en su cuaderno junto a una foto, otro paso hacia su nuevo yo. Algo que le permitiera soltar el lastre que suponían los recuerdos de Santiago en su cama, pero yo no quería ser solo eso.

¿Qué hacer?

¿Qué haría el Ángel que todo el mundo conocía?

Ese Ángel solo tenía dos opciones:

Podía aprovecharme de lo que ella me estaba ofreciendo y disfrutar de un buen rato de sexo. Hacía tanto que no lo hacía…

O podía despreciar su oferta con alguna frase hiriente que le hiciera ver cómo era en realidad, alguien no mucho mejor que su ex.

En cualquiera de los casos yo perdía.

¿Ceder o no ceder?

«¡A la mierda! Si el único resultado va a ser que yo pierdo, que al menos salga algo bueno de ello, por lo menos para ella», pensé.

Decidí sacrificar el último vestigio de humanidad que me quedaba. Lo haría. Le daría la mejor noche de su vida, una que borrara los recuerdos de ese patán, y al día siguiente, cuando ella hubiera conseguido dar un paso más hacia su recuperación, la dejaría marchar, aunque eso terminara por destrozarme.

Con la decisión tomada me di la vuelta, dispuesto a dejar salir todos los sentimientos que llevaba tiempo reprimiendo, y me sentí liberado.

Me acerqué a ella despacio y retrocedió, lo que me hizo dudar.

«¿Quizá no está segura?», me pregunté.

Lo estaba, María también lo había decidido, lo noté en su mirada, aunque sus pasos siguieran alejándola de mí. Avancé lento.

Ella sonrió.

Solo estaba jugando.

La alcancé cuando su espalda rozó la escalera que subía a la planta de arriba, a nuestro dormitorio, pero no íbamos a llegar allí, al menos no en ese momento.

Con su mirada atrapada, se mantuvo inmóvil, expectante. Rocé sus labios con el pulgar. Fue una caricia sutil, un preludio de lo que sería probarlos. Cuando ella emitió un ligero jadeo demostrándome su anhelo, no pude alargarlo más y acerqué mi boca a la suya.

Supe que sería mi final, ya que jamás otros labios me parecerían tan dulces, pero una vez había comenzado, ya era imposible pararlo. La besé dándolo todo, cada beso de mi pasado había sido solo una forma de aprender, de prepararme para ese momento, para poder regalarle a María el beso perfecto.

Me tomé mi tiempo, y ella se apretó contra mi cuerpo impaciente, pero si iba a ser algo de una noche, necesitaba memorizar cada instante. Su piel olía a sol y a brisa marina. La probé con la lengua, lamí su cuello antes de regresar al paraíso de su boca. No se entregó por completo, me demostró que no era de las que se dejaban hacer, María participaba. Nuestras lenguas se enzarzaron en un juego erótico, una batalla por la conquista del reino del otro; sentir su invasión en mi boca avivó el fuego que había permanecido en brasas en mi interior demasiado tiempo. Necesitaba sentir su piel sobre la mía, necesitaba acariciar su pecho, cuyo recuerdo me había despertado excitado tantas veces desde aquella ducha.

Saber que ella estaba tan desesperada por desnudarme como yo a ella me hizo sonreír contra su boca.

Dejé que me sacara la camiseta por la cabeza y yo hice lo mismo con la suya. El sujetador no duró demasiado tiempo en su sitio. Pensé en darme un festín con sus tetas, pero María tenía otros planes. Se pegó a mí, en un abrazo íntimo que me permitió sentir sus endurecidos pezones sobre mi pecho. Cerré los ojos disfrutando de su contacto, de la suavidad y el calor de su piel. Se frotó contra

mí y mi polla reaccionó dentro de mis pantalones, exigiendo participar.

Subí las manos por sus caderas e introduje los pulgares entre nuestros cuerpos buscando abarcar su pecho. No debí de hacerlo bien, si lo hubiera hecho ella no habría tenido fuerzas para desabrocharse los pantalones y dejarlos caer, pero no me quejé, solo puse más empeño.

No paré hasta que conseguí extraer mi nombre de su boca. Se recostó sobre la escalera y mis pantalones se deslizaron al suelo.

«¿Cuándo narices los ha desabrochado?», me pregunté mientras la miraba. Ella me sonrió con picardía.

—¡Dios! Me vuelves loco —le dije.

Me respondió con otra sonrisa, esta vez mordiéndose el labio inferior, y supe que estaba perdido.

Saqué un condón de la cartera y con dos patadas lancé los pantalones, que se habían quedado enrollados en mis pies con poco estilo, al otro lado de la habitación. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa, de mostrar mi mercancía, y sin saber por qué me sentí inseguro. Quizá porque no quería decepcionarla, porque lo que pasara entre nosotros a partir de ese momento tenía que ser mejor que lo que ella hubiera vivido con anterioridad. Mi cabeza se llenó de preguntas y mi polla se resintió, pero antes de que fuera demasiado tarde para lamentarlo, María tomó el mando. Alargó el brazo y tiró de la cinturilla de mis calzoncillos atrayéndome hacia ella. Sentí sus manos colarse por debajo de la tela de mi ropa interior y apretar mi trasero contra ella.

Gimió, o quizá fui yo, cuando nuestros cuerpos se unieron aún con capas de tela de por medio.

Gruñí como el vikingo que se lanza a la lucha y me apresuré a hacer desaparecer el algodón que me mantenía alejado del que se había convertido en el reino que debía conquistar, y debí de perecer en la batalla, porque cuando mi carne se enterró en la suya, sentí que estaba en el Valhalla.

Pero aquello no iba de mí, sino de ella. Así que allí de pie, con María parcialmente apoyada en los peldaños de la escalera, pasé un brazo por su espalda para evitar que la madera dañara su piel, con

el otro me agarré al pasamanos para controlar mi fuerza, y comencé a embestir de una forma lánguida y controlada que me llevó al límite de mi resistencia.

Nuestros gemidos aumentaron de volumen, nuestras respiraciones de ritmo hasta convertirse en jadeos, y, junto al sonido de nuestros cuerpos al chocar, creamos nuestra propia música. Algo nuestro, único y sin precedentes. Me olvidé de la tarea que me había encomendado, ignoré que ambos teníamos un pasado y me centré en disfrutar, pero, sobre todo, en hacerla disfrutar a ella.

Por la forma en que se desmadejó en mis brazos al acabar, supe que lo había conseguido.

Sonreí y, aunque yo también estaba derrotado y sin fuerzas, no dejé que el sabor amargo de saber que era el final estropeara el momento más dulce de mi vida.

—Venga, preciosa, vamos a la cama —le susurré y, como una niña obediente, me dejó guiarla hasta allí.

No hablamos, al menos no con la voz, pero nos comunicamos con nuestras miradas y gestos de una forma íntima en la que solo una pareja sabe hacerlo. Desnudos y agotados nos abrazamos y nos dejamos arropar por la oscuridad de la noche.

Me obligué a no pensar en lo que pasaría al día siguiente y me contenté con el ahora, con la sensación de tenerla entre mis brazos, el aroma de su piel, el sonido de su relajada respiración y el tacto de su pelo en mi hombro.

Deseé tener su capacidad de inmortalizar el momento para no olvidarlo nunca.

Capítulo 30

María

Me hubiera gustado amanecer entre sus brazos y, quizá, volver a hacer el amor, pero Ángel siempre se levantaba antes de salir el sol, y esa mañana no fue diferente.

Me tapé la cara con la sábana consciente de la locura que había hecho.

¿Cómo se me había ocurrido pedirle aquello?

La noche anterior tenía sentido, pero a la luz del día… ya no me parecía tan buena idea.

Miré la mesilla de noche y mi zumo estaba allí, de nuevo, como cada día desde que llegué a aquella casa, a excepción del tiempo que él estuvo con su familia y que yo tanto le había añorado.

«¿Qué pasará a partir de ahora? ¿Cómo nos comportaremos?», fueron preguntas que pasaron por mi mente, sin respuesta, y con la única intención de ponerme nerviosa.

Salté de la cama, no sabía dónde estaba Ángel, pero un miedo atroz se apoderó de mí. No estaba preparada para ver indiferencia en sus ojos. Decidí que sería bueno salir de allí. Visitar a papá, quizá comer con él, me pareció una buena forma de darnos tiempo para asimilar lo que había ocurrido.

Zen no estaba, así que me marché sola. Caminé por el arcén de la carretera con cuidado de hacerlo por mi lado izquierdo para que los coches pudieran verme.

Aunque avanzaba absorta en mis pensamientos, escuché unos pasos ágiles tras de mí, que me alertaron de que alguien trotaba a mi espalda. La piel de mi cuello se erizó por el solo pensamiento de que pudiera ser Ángel.

«Él suele salir a correr antes del amanecer. ¿Habrá hecho eso esta mañana?».

Una sonrisa boba se dibujó en mi cara y me giré deseando que fuera él.

—Parece que no soy la persona que esperabas —dijo Jordi parando su carrera y poniéndose a mi paso.

Por sus palabras, debió de ser obvia mi decepción.

—No quiero interrumpir tu entrenamiento, sigue si quieres —le dije, sin responder a su pregunta.

—Me viene bien parar un rato, la subida ha sido dura. ¿Cómo te va?

—¿No te acompaña Estrella?

—No, cuando salgo a correr por la carretera prefiero no traerla conmigo —explicó—. ¿Y Zen?

—Se lo ha llevado su dueño.

—¿Tu compañero?

Me sorprendió que Jordi supiera de la existencia de Ángel porque había pasado fuera casi todo el mes, pero siendo El Portús un pueblecito tan pequeño imaginé que todos sabrían quién era el dueño de la cabaña y quién su invasora.

Comenzamos charlando sobre nuestros perros, que era lo que teníamos en común, y acabamos hablando de Barcelona, una ciudad en la que ambos habíamos vivido y de la que yo, pese a los últimos años, guardaba buenos recuerdos.

Nos despedimos al llegar al algarrobo de Galifa y cada uno continuó su camino.

—¡Papá! —lo llamé al llegar.

Nadie respondió, pero la puerta estaba abierta. Pasé.

Voces masculinas llamaron mi atención, y Zen y Donna corrieron excitados a saludarme.

—Antonio, no puedes poner ahí otro bancal. Hay demasiada pendiente en el terreno y no va a retener el agua.

Ángel discutía con mi padre por dónde montar el siguiente bancal de madera para su huerto.

Dudé entre darme la vuelta y desaparecer por donde había venido o hacer frente a la situación. No pude decidir, Ángel me vio antes de que pudiera girarme.

—María… —dijo confundido como si yo fuera la última persona que esperara ver allí.

—Hija, anda, ayúdame a convencerle de que no pasará nada si montamos aquí uno de los bancales —pidió mi padre—. Tiene un poco de pendiente, pero podemos reforzarlo.

Ángel y yo nos miramos. No creo que papá fuera consciente de nuestra incomodidad. Intenté descifrar, sin éxito, las palabras silenciosas escritas en sus ojos. No supe ver qué sentía Ángel sobre lo que había pasado entre nosotros. Yo, en cambio, quise correr a sus brazos y volver a refugiarme en ellos. A punto estuve, y lo hubiera hecho si él no hubiera mirado a otro lado rompiendo nuestro vínculo.

—A lo mejor si usamos una madera más ancha y la dejamos más enterrada… —Me ignoró—. Es que si no, no va a retener los nutrientes y el agua que añadas.

—¿Y si ponemos dos tablas?

—Voy a por los clavos.

Pasó a mi lado sin apenas mirarme, como si no me conociera, y aquello me dolió.

«¿Va a ser así a partir de ahora?».

—Solo venía porque salí a andar y pasé cerca —expliqué a papá, que me miraba extrañado—, pero veo que estás ocupado, así que continuaré con mi paseo.

No me pidió que me quedara, solo me sonrió y abrió los brazos haciéndome hueco para uno de sus abrazos de oso. Me acerqué y dejé que me tratase como cuando era una niña.

—Nos vemos, papá —me despedí dejando atrás una mirada comprensiva.

Regresé sobre mis pasos hacia la puerta, decidida a desaparecer, pero…

¿Por qué tenía que irme yo? ¿Por qué no podía Ángel comportarse como un adulto?

Cambié de dirección y dejé que mi enfado fluyera. Se fue acrecentando a cada paso. Nunca había sido belicosa, más bien de las personas que agachan la cabeza y aguantan, pero él sacaba lo peor de mí.

—¿Qué narices te pasa? ¿De verdad vas a comportarte así? ¿Como un niño? —No respondió, solo me miró en silencio con un martillo en una mano y los clavos en la otra—. ¡Mierda, Ángel!

Sentí rabia por la impotencia de no saber qué narices estaba pasando por su cabeza en ese momento, por no saber qué había significado para él la noche anterior.

Siguió en silencio, observándome.

—¿No vas a decir nada? ¿En serio?

—¿Qué quieres oír, María?

—Esto no se trata de mí, sino de ti y lo que piensas.

—¿Hoy se trata de mí? Pensé que siempre se había tratado de ti. Me pediste algo y te lo di. ¿Qué más quieres de mí, María? ¿Un bis? ¿O no cumplí el objetivo y quieres el libro de reclamaciones?

Sentí sus palabras como un cuchillo afilado en las entrañas.

No creía que hubiera sido egoísta, pero Ángel me hizo sentir que sí. Él había sido la mano que me había ayudado a salir del pozo de mierda en el que me había caído. ¡Él me había ayudado! Yo no le había impuesto nada. Y le pedí, bueno…, le supliqué que me hiciera el amor porque él no había escondido su deseo por mí, y yo lo deseaba a él. No había estado mal, había sido perfecto, incluso precioso. No me imaginaba haciendo eso con alguien que no fuera él, por eso se lo rogué. Que me hiciera esas preguntas y se comportara de ese modo tan frío me partió el corazón, porque lo que había ocurrido la noche anterior yo lo había vivido como algo puro.

—No, yo…

Quise explicarle lo importante que era para mí, pero las palabras no consiguieron atravesar el nudo que se había formado en mi

garganta.

Hice lo que hacía siempre cuando algo no iba bien. Me di la vuelta y me marché a su casa. Zen me siguió y agradecí su compañía en el trayecto de vuelta.

El perro intentó animarme. Se pasó todo el camino trotando alegre a mi alrededor e instándome a sonreír con sus ladridos, pero que Ángel me hubiera echado en cara que le hubiera utilizado, cuando los dos estábamos ahí la noche anterior, me había dejado demasiado tocada.

Yo misma me había asustado al despertar esa mañana porque no había vivido ni sentido nada parecido con otra persona hasta esa noche.

De pronto fue tan obvio… Me había enamorado de él, de sus cuidados, de su presencia, de sus bromas y su ceño fruncido, casi permanente. Quería a ese bruto como no había querido a nadie en mi vida, ni siquiera a Santi.

Quizá no fuera el momento, ni tuviera ningún sentido, pero había pasado.

Llegué a casa, me di una ducha y preparé una buena comida para hacer las paces con él. Según había ido avanzando el día me había dado cuenta de que la forma en que le pedí que lo hiciera quizá no había sido la más correcta. Estaba dispuesta a explicarle mis sentimientos, porque confiaba en él, y quería que las cosas llegaran donde tenían que llegar sin pretensiones, sin promesas ni compromisos. Solo dos personas cuyas vidas confluyen en un momento.

No vino a comer.

Esperé. Quizá había decidido quedarse con papá.

Recalenté la quiche de verduras y preparé unas tostas frescas de salmón para la cena.

Esperé.

No vino a cenar, ni a dormir, ni a desayunar al día siguiente.

Después de dos días sin saber de él, lo llamé. Pensé que no me lo iba a coger, pero lo hizo.

—Estoy en casa de mi madre. Quedé con mis hermanos en que iba a comenzar a vaciar poco a poco sus cosas. No tiene sentido seguir dejándolo todo como si fuera a volver, porque no va a hacerlo.

Una excusa perfecta, redonda, casi creíble, si ambos no supiéramos que en realidad me estaba evitando.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias. Se está quedando Juan conmigo.

Seguía sin ver qué problema tenía Ángel con esa noche, no creía que fuera la única mujer con la que se había acostado y con la que mantuviera una relación normal después. ¡Joder! Estaba Daniela, si eso no era raro, mucho más raro que lo nuestro, que me lo explicaran.

Le di espacio, él necesitaba tiempo, por la razón que fuera, para volver a mirarme a la cara, y yo, aunque me reconcomía no saberla, decidí esperar.

Volví a mi monotonía, mis despertares, mis paseos, mis fotos y mi libreta. Añadí a la ecuación tiempo con mi padre, porque era la única persona que me mantenía conectada con Ángel de alguna manera. Sabía más él de su vida que yo, que vivía en su propia casa.

Al final de la segunda semana estaba orgullosa porque lo estaba consiguiendo, pero al llegar a casa, después de una excursión por la sierra con Zen, todo se desmoronó.

Capítulo 31

Ángel

—Leo y Edu dijeron que era algo que debíamos plantearnos, no que hubiera que hacerlo ya —protestó Juan cogiendo la última caja de ropa usada que llevaríamos a Cáritas al terminar—. No entiendo la neura que te ha dado con esto.

No respondí, ya estaba acostumbrado a sus quejas, llevaba haciéndolo una semana, cada vez que le pedía que me ayudara a bajar algún mueble o alguna caja.

Durante las vacaciones habíamos hablado de vaciar la casa familiar para alquilarla o ponerla a la venta. Tras lo ocurrido con María me pareció que era buen momento para empezar, así que me llevé la maleta, que ni siquiera había sacado del coche, me quedé en casa de mi madre y poco a poco empecé a vaciar armarios y llenar cajas.

Los recuerdos me ayudaron a no pensar en mis sentimientos.

Cuando salí de la cama esa mañana no lo tenía pensado, pero al ver llegar a María supe que me sería imposible volver a comportarme con ella como hasta ese momento. ¿Qué iba a hacer cuando todo mi cuerpo reclamaba su contacto?

Lo mejor era poner tierra de por medio, que usara mi casa, que escribiera su libro y que comenzara una nueva vida con alguien que la mereciera, alguien que no fuera yo.

Cerré otra caja y escribí en su tapa «Mazarrón». La apilé con el resto de las que tendrían el mismo destino.

No quedaba mucho por embalar. Me resultó extraño cómo una vida podía reducirse hasta entrar en unas pocas cajas de cartón.

Pensé en lo que ocuparía mi vida embalada, probablemente no llegara a llenar una caja.

—¿No oyes el teléfono?

El humor de Juan no había variado una pizca el tiempo que había estado en la calle.

—Cógelo, serán los de Remar, que no localizan la casa.

Habíamos donado los muebles que no queríamos a una asociación y estábamos a la espera de que llegaran a recogerlos.

—¿María? —le escuché preguntar—. Tranquila… Soy Juan, el pequeño, habla más despacio, por favor. Espera, te lo paso.

Me acerqué preocupado, ya que, por el tono de mi hermano, intuí que algo malo había pasado.

—¿Ángel? Tengo miedo, no sabía a quién llamar —se disculpó entre sollozos—. Sé que no quieres verme, pero…

—¿Estás bien? Dime dónde estás —exigí. A la mierda con que no quería verla, en ella era en lo único en que pensaba desde hacía meses.

—En la cabaña… Han entrado… Todo revuelto…

Apenas logré entender palabras sueltas.

—Entra en casa. Cierra la puerta y espérame. No abras a nadie, ¿me oyes? ¡A nadie! —Cogí las llaves de la moto de Leo que solía usar Juan y el casco que había dejado sobre una de las cajas—. Me llevo la moto —le dije a él y seguí hablando con ella.

Salí de allí corriendo. Mi hermano se ocuparía de atender a los de los muebles.

No podía hablar y conducir al mismo tiempo, así que le pedí que llamara a la Guardia Civil. Llegué detrás de ellos. María nos había visto entrar en el camino que llevaba a la casa y había abierto la puerta. Esperaba en el porche. No sé cómo estaba el interior, pero en el exterior, en la fachada de la entrada que quedaba justo detrás de ella, estaba escrita con letras enormes la palabra «ZORRA». La

pintura roja aún estaba fresca porque se deslizaba lenta sobre las tablas de madera.

Bajé de la moto y corrí hacia ella, adelantando a la pareja de guardias que se bajaban del todoterreno. La abracé y dejé que se refugiara en mi pecho.

—¿Ha tocado algo, señora? —preguntó uno de los guardias.

Ella negó con la cabeza.

—Solo la puerta y el teléfono —aclaró.

Ver mi cabaña, mi refugio, invadido de esa manera no me hizo sentir tan mal como pensar qué podía haber pasado si ella hubiera estado en la casa.

La guardia civil se dio una vuelta por los alrededores de la cabaña, solo para constatar que quien hubiera hecho tal atrocidad ya no se encontraba allí.

En el interior, como había dicho María, estaba todo revuelto. Los cajones y los armarios estaban abiertos, pero no parecían haberse llevado nada, aunque todas sus cosas estaban desperdigadas por el suelo.

Le preparé una infusión, la dejé sentada en el sofá y salí a hablar con los guardias sin su presencia.

—¿Creen que puede tratarse de alguien que ha ido contra ella? —pregunté directo.

—No parece un robo —comentó el más alto—, sino más bien una rencilla. ¿Os han molestado antes?

Le conté un poco de la historia de María, las deudas de juego que había dejado su exmarido antes de largarse y que me había comentado Antonio, aunque él sabía más de ese tema que yo. También les conté lo de los coches extraños que había visto merodeando cerca de la casa de Torre Guil, que, ya puesta a la venta, hacía tiempo que no visitaba.

—Por lo que comenta, sí puede estar relacionado. ¿Pueden alojarse en otro sitio esta noche? —preguntó. Podíamos quedarnos en casa de mi madre o en la de Antonio, así que asentí—. Pediremos que mañana venga una unidad de investigación a tomar huellas, y tendrá que pasar por el cuartel a poner una denuncia. Si puede ir

acompañado por alguien que sepa más sobre los temas que nos ha comentado del exmarido, mejor.

—No sé, a mí el mensaje de la fachada me huele a asunto pasional —dijo el compañero—. ¿Puede haber regresado su exmarido y estar celoso por su relación?

Me sorprendió que diera por hecho que ella y yo estábamos juntos.

—Que yo sepa Santiago sigue en Tailandia sin intención de regresar. De todas formas, ella solo vive aquí. No estamos juntos —aclaré.

—Bueno, mañana sabremos más.

La ayudé a recoger algo de ropa y fuimos a casa de Antonio. Era lo que tenía más sentido, ya que al día siguiente tendría que acompañarme a poner la denuncia.

Al contarle a Juan lo ocurrido no se mosqueó demasiado por que le hubiera dado el cambiazo de la moto por una furgoneta llena de ropa usada que llevar a donar.

—Cuando llegué a Cáritas estaba cerrado, así que lo llevé todo a una ONG que conozco —me dijo, aunque a mí me importaba una mierda dónde hubiera llevado nuestra ropa vieja.

Quedé en pasarme al día siguiente para devolverle la moto y recuperar la furgo.

Como mi familia era radio patio, no tardé en recibir las llamadas de Leo y Eduardo con sus respectivas señoras de fondo para interesarse por nosotros y ofreciéndose a ayudar en lo que necesitásemos.

—Me tomaré el día de mañana y quizá alguno la semana que viene —le dije a Leo.

—Lo que necesites. Quizá os venga bien cambiar de aires… Ángela estará encantada de recibir a María en casa. No ha dejado de hablar de ella desde que llegamos —sugirió mi hermano.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Al poner la denuncia al día siguiente con Antonio, descubrí dos cosas. La primera, que el tal Santiago era un pieza mucho mayor de lo que yo pensaba, y la segunda, que aunque la ceremonia del matrimonio se celebró en la catedral, Antonio, tras lo ocurrido, consiguió que los papeles nunca llegaran al juzgado y que la ceremonia se diera como nula, así que María y Santi no estaban casados, como ella creía.

—Los padres del chico saldaron las deudas, creo —comentó Antonio al guardia.

—Por lo que comentan, saldarían las deudas «oficiales», pero nuestros compañeros han analizado las imágenes a las que hicieron referencia y algunas están grabadas en clubs que no son legales. Es probable que el chico tenga deudas «no oficiales», parece que se relacionaba con grupos que se dedican a las apuestas ilegales, el contrabando, la venta de drogas y la prostitución.

Antonio se quedó blanco.

—No parecía tan mal muchacho —comentó a media voz.

—Nadie podía saberlo —le dije—, no puedes culparte.

De allí nos fuimos a la cabaña, en la que la patrulla de investigación ya estaba trabajando. No conseguimos sacarles mucha información, aunque me dio la sensación de que coincidían con el guardia del día anterior en que parecía algo pasional relacionado con María.

Eso me acojonó y, aunque Antonio se había emperrado en ayudarme a arreglar los destrozos, le obligué a regresar con ella, que estaba en su casa, sola. Si habían sido capaces de localizarla en la mía, en la de su padre sería mucho más sencillo.

Juan llegó al final de la tarde con la furgoneta, pensé que venía a recuperar la moto, pero me sorprendió remangándose y cogiendo un estropajo para intentar borrar la pintura de la fachada.

—Te vas a estropear tus bonitas manos de médico —le dije, aunque agradecí mucho su gesto.

No se defendió como hacía siempre.

—¿Es por esa chica por la que estás así? —me preguntó en cambio.

—¿Así?

—Más gruñón de lo habitual —explicó—. Es una putada lo que le ha hecho a su carrera ese gilipollas con el que se casó, pero tú no puedes salvar a todo el mundo.

—Yo no…

—Ángel, soy el pequeño, puede ser que no haya sido consciente de todos tus actos heroicos, pero sí de los suficientes como para saber que esa chica se ha convertido en uno de ellos.

—La encontré hundida y vulnerable. ¿Qué querías que hiciera?

—Otro la hubiera llevado a casa de su padre y se habría desentendido de ella, más cuando estaba claro que no la soportabas. ¿No era así? ¿La lucha que teníais en Instagram no era por eso?

—No lo sé, yo…

No respondí, froté con más fuerza la tabla de madera intentando hacer desaparecer el color rojizo que aún persistía.

—Creo que esa chica te importaba más de lo que nos hiciste creer cuando te quejabas de lo injusta que era contigo al meterte en el mundo de Instagram, pero no puedes negar que lo hizo bien. Dio un empujón a las redes de la empresa y Marta las está manteniendo, tenéis publicidad y os llueven los proyectos. —La mancha no salía, así que froté aún más fuerte—. María te gusta, ¿verdad?

Paré de frotar y le miré. En sus ojos vi que era inútil discutir esa afirmación.

—María tiene tu edad, soy un puto viejo para ella. Da igual si me gusta o no.

Juan me sorprendió echándose a reír.

Me enfadó su reacción, pero lo pagué con la pared de madera y la jodida letra roja que no conseguía quitar.

—Has venido conmigo de fiesta, te has acostado con mis compañeras de clase, con las amigas de mis ex… Estoy seguro de que la mayoría de las mujeres con las que has estado eran menores que tú. ¿Y ahora vienes con esas?

—Voy a cumplir cuarenta putos años, Juan. ¡Cuarenta!

—Puede ser, pero… Mírate, tío, estás genial. No te has dejado, haces deporte, te cuidas… Las tías siguen girándose a mirarte el trasero. Yo de mayor quiero ser como tú.

La broma no me hizo gracia.

—No es lo mismo.

—María te gusta para mucho más que un polvo, ¿no es cierto? Te ves con ella como Edu con Sol o Leo con Dani.

Le di la razón con mi silencio.

—Papá y mamá también se llevaban casi diez años…

—¿Y qué pasó? Que papá murió y mamá se quedó sola echándole de menos cada día durante varios años. Yo no quiero hacer pasar a nadie por eso.

—Te voy a decir una cosa, pero no como hermano pequeño, porque no lo tendrías en cuenta, te lo voy a decir como un médico que ve a la gente enfermar y morir cada día. La vida es muy corta y da igual la edad, el final puede estar a la vuelta de la esquina, así que deja de perder el tiempo. Has encontrado a tu persona, lucha por ella. Regalaos el tiempo perfecto que os merecéis.

Dejé el estropajo en el cubo de agua, no me gustó escuchar el consejo de un médico que no predicaba con el ejemplo.

—Claro, por eso tú dejaste marchar a Sandra.

Mis palabras le hicieron daño. Leo me hubiera lanzado un puñetazo, que era lo que me merecía, y quizá lo que necesitaba en ese momento, pero Juan era como Eduardo. Dejó de limpiar y entró en la casa. Salió enseguida con dos cervezas. Me ofreció una, lo que me hizo sentir el tío más cabrón del mundo.

Cuando Juan nos presentó a Sandra todos pensamos que era la chica que le haría sentar cabeza, pero mamá enfermó y Sandra se fue a África o la India, a saber. Casi de un día para otro, se apuntó a Médicos Sin Límites, y Juan se quedó en su segura plaza de urgencias que tanto le había costado conseguir.

Nos sentamos en el suelo de madera junto a un cubo del agua sucia teñida de rojo.

—Lo siento —le dije.

—Tienes razón, no es correcto dar consejos que uno mismo no es capaz de seguir. —Juan bebió un trago de su cerveza—. ¿Sabes?

Hasta ayer no sabía dónde estaba Sandra, es curioso cómo poder encontrarla ha revuelto mi vida.

—¿No habéis mantenido el contacto?

—Cuando me dejó, sin explicaciones, me lo tomé tan mal que no hice nada por evitarlo. No las seguí. No la busqué y no volvimos a hablar, pero ayer al llevar la ropa a la ONG, me encontré con un amigo común y me dijo que Sandra estaba en África.

—¿Te estás planteando ir?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Porque Sandra es tu chica y la vida te está dando una segunda oportunidad.

—¿Y si me presento allí y descubro que continuó su vida o que ya no tenemos nada en común?

—No lo sabrás si no lo haces.

Ambos nos quedamos pensativos mientras disfrutábamos del silencio, la compañía y una cerveza fría.

Capítulo 32

María

Lo ocurrido en la cabaña provocó que papá y Ángel no me dejaran sola ni un minuto. Regresé a casa unos días después, Ángel también. Volvimos a vivir juntos, pero con muchos cambios. Ángel se había encargado de hacer desaparecer los restos del allanamiento de nuestro hogar. No sé cómo consiguió quitar la pintura de la fachada, que pasó a ser únicamente un recuerdo en mi mente. Solo quedó un vestigio de lo sucedido que él no había podido borrar porque no sabía que existía: las hojas arrancadas de mi libreta, de la que habían desaparecido algunos textos.

Para poder volver tuve que acceder a utilizar un teléfono móvil, que prometí llevar conmigo a todas horas, y aprender a conectar y desconectar la alarma que Ángel había hecho instalar en la cabaña.

Lo que más me dolió fue el vallado que rodeó el terreno, unos días después, que comprimió un poco la sensación de libertad que antes daba mirar a un horizonte sin barreras.

Otro cambio fue el sofá. Ángel lo había sustituido por otro que se hacía cama y comenzó a dormir en él manteniendo la distancia.

Cada mañana, dejaba el zumo en mi mesilla antes de ir a trabajar y cuando me levantaba, papá ya estaba por allí. Primero, con la excusa de supervisar la instalación de la valla, y luego, porque Ángel había decidido que quería montar un huerto en bancales como el que tenía papá.

Me acostumbré a no estar sola. A trabajar en mi libro con ellos alrededor. Y pese a estar siempre acompañada, echaba de menos su cercanía, el calor de su cuerpo en mi cama vacía y, sobre todo, la sensación de conexión que, hasta la noche en que le pedí dar un paso más, habíamos tenido.

Una mañana de sábado unas semanas después, cuando el otoño ya había llegado, seguí las voces de una discusión hasta la zona de la parcela que habían delimitado con una vallita baja de madera para proteger tres bancales de tierra fértil de las pezuñas de Zen. La noche anterior habían dicho que plantarían las verduras de invierno y, aunque era tarde para hacerlo, no creí que la discusión entre papá y Ángel fuera sobre el brócoli o la col, porque al verme ambos disimularon.

—¿Qué pasa?

Si estaban tratando algún tema de mi incumbencia, quería que me lo dijeran. Papá miró a Ángel y él negó con la cabeza de forma sutil. Por suerte, papá no le hizo caso, lo que provocó un resoplido enfadado por parte de Ángel.

—Hija, parece que lo de la cabaña podría estar relacionado con Santi y la policía nacional necesita hacerte unas preguntas.

—¿La policía nacional?

—Sí, Santi estaba metido en cosas ilegales y, aunque les hemos dicho que tú no sabes nada, quieren preguntarte, dado que él sigue fuera del país.

—No tienes que hacerlo si no quieres —se apresuró a decir Ángel.

Lo pensé, sabía que lo que había pasado en la cabaña era por mi culpa. El «zorra» escrito en la fachada lo ponía de manifiesto, pero no solo eso, también estaba la desaparición de las páginas de mi libreta, páginas muy personales que hablaban sobre la noche con Ángel y retazos de mi vida con Santi. Además, aunque habían revuelto casi todo, lo único que parecían haber investigado con atención eran mis cosas. Sí, aquello podría estar relacionado con Santi, y si podía ayudar a esclarecer los hechos para vivir tranquila de nuevo, lo haría, aunque los recuerdos me destrozaran, lo haría.

Me reuní con una subinspectora de policía unos días después, mientras Ángel estaba trabajando. Fui con papá, pero le pedí que me dejara hacer eso sola. No sabía qué me iban a preguntar, pero sí que sería incómodo responder con él delante.

—¿Sabe quién pudo colar esas imágenes en el vídeo de los novios en el banquete? —fue una de las primeras preguntas de la subinspectora Corrales.

—No sé si eso se hizo público por él o por mí. —Me lo había preguntado muchas veces, pero el dolor al recordar el engaño y la vergüenza me hacían desterrarlo de mi mente—. Me refiero a que desconozco si la finalidad fue herirle a él, abrirme los ojos a mí o destruir mi nombre.

—Antes de eso, ¿no sospechó nada de su marido?

—No, nuestros trabajos eran absorbentes. —Una excusa para defenderme de lo que sabía que la subinspectora estaba pensando: «¿Cómo pudiste ser tan imbécil?»—. A veces me abstraía tanto con mi trabajo que él se aburría; aunque vivíamos juntos, él siguió manteniendo su casa. Le gustaba el aeromodelismo y sus maquetas…, pasaba mucho tiempo trabajando en ellas.

—¿Y más o menos cuánto tiempo dedicaba Santiago a ese *hobby*?

Siguió preguntándome cosas sobre nuestra vida en común, con cada respuesta me daba cuenta de lo mal que se sostenían sus excusas y lo tonta que yo había sido al creérmelas. Luego pasó a preguntarme por fechas concretas, a interesarse en lo que había hecho tal día y si estaba Santi conmigo.

—¿Se ha puesto en contacto con usted o lo ha intentado desde ese día?

—No lo sé. Me he mantenido al margen de todo desde la boda y no he hablado con él. Sé por mi padre que cogió los billetes de avión de nuestro viaje de novios y se fue a Tailandia, creo que sigue allí. Puede que Santi sí haya hablado con sus padres.

Ya habían hablado con ellos, también. Me dio pena Montserrat, la madre de Santi, a la que estaba segura todo esto la había pillado tan de sorpresa como a mí.

Me pidieron acceso a las redes y se lo di. Les facilité cada usuario y contraseña de todos mis perfiles públicos, incluso el contacto de mi agente por si necesitaban datos que no aparecieran en ellos. Yo no era capaz de entrar de nuevo y leer los mensajes que tras la boda habría recibido de mis *followers* o *haters*.

Al salir del interrogatorio, porque lo sentí como tal y no como una entrevista, como me habían vendido, Ángel esperaba en la puerta.

Con solo una mirada supo lo que necesitaba, abrió los brazos y me dio cobijo en su pecho.

—Shhh, ya pasó, ya pasó —susurró mientras mis lágrimas mojaban su camiseta.

Había sido duro recordar y responder cada pregunta personal que me habían hecho, pero más descubrir lo tonta que había sido al convivir tan engañada. La pregunta volvió a mi cabeza.

«¿Cómo no me di cuenta?».

—No podías saberlo, nadie podía —respondió Ángel como si hubiera leído mi mente.

Esperó con paciencia unos minutos.

—Tengo la tarde libre y me muero de hambre, ¿te apetece acompañarme?

No me apetecía, yo solo quería regresar a la cama y quedarme allí hasta volver a tener la fuerza suficiente para salir de ella, pero él no me dejó. Agarró mi mano y tiró de mí. Antes de entrar en el restaurante Techos Bajos, un clásico de mi infancia al que no había vuelto desde que mi madre y mi hermano fallecieron, me hizo prometerle que me iba a dejar llevar y olvidar, al menos durante un rato, todo aquello que hervía en mi mente.

Pidió por los dos, aunque tuvo el detalle de preguntarme si me apetecía algo concreto de la carta. Le eché un vistazo.

—Si tuvieran chanquetes… —dije con timidez. De niña me volvían loca.

Ángel sonrió a mi petición y se formaron esas arruguitas en las comisuras de sus ojos que me encantaban.

Tenían, y me descubrí disfrutando de su sabor después de tantos años. Regresé a los días más felices de mi vida, en los que me sentía mayor porque papá y mamá me dejaban pedir y me llenaba de orgullo cuando el camarero decía que era una niña muy educada. Como remate acompañé la comida con cerveza, que hacía mil años que no tomaba, como hacían mis padres cuando juntos nos sentábamos en una de esas mesas.

—Voy a incluir esto en el libro —dije.

—¿El qué? ¿Un lugar bullicioso con comida poco saludable que es un pecado probar? —bromeó.

—Nooo, tonto. Me he centrado en describir pequeños momentos que me hacen feliz, pero todo ha sido actual. Voy a hacer un capítulo de buscar en la mente recuerdos felices e intentar revivirlos… Como este. A este lugar venía con mi familia antes de que todo se estropeara. Me ha encantado repetirlo. Muchas gracias.

Ángel me agarró la mano por encima de la mesa y me dio un pequeño apretón.

Entre nosotros las cosas seguían extrañas, me rehuía, y esos gestos eran lo más cerca que habíamos estado desde «la noche».

Me había pedido que me dejara llevar y estaba dispuesta a hacerlo, solo si él me acompañaba. Así que comimos, reímos y disfrutamos de un rato perfecto, que alargamos dando un paseo hasta el puerto. Aunque hacía sol, el viento era frío; enredé mi mano a la suya y me acerqué tanto que nuestros costados quedaron unidos. Me miró y le pedí sin palabras que se dejara llevar conmigo. Negó con la cabeza, pero pasó el brazo por encima de mi hombro y volvió a darme cobijo. Paseamos por la ciudad abrazados, hablando, riendo con complicidad, perdiéndonos en ella como dos turistas.

Fue una tarde perfecta en la que Ángel me ayudó a olvidar el mal trago de la mañana, pero, al final del día, todo se volvió a estropear.

¿Por qué?

Por un simple beso.

A esas alturas ya tenía claro que Ángel era algo más para mí que mi salvador o mi rutina saludable. Había ido pasando poco a poco, pero había pasado. Y esa tarde, con sus gestos, no sé…, creo que me pareció que él sentía algo por mí también. El caso es que, al

llegar al coche, íbamos riéndonos por algo tonto, seguíamos de la mano porque habíamos mantenido unidos nuestros cuerpos de alguna forma toda la tarde. Había llegado el momento de separarnos porque yo tenía que entrar en el coche por un lado y él por otro. La cosa surgió, no llegué ni a pensar en hacerlo, fue más bien como un acto reflejo tras el que me encontré con los labios sobre los suyos. Lo besé enredando las manos en el pelo que se rizaba en su nuca, disfrutando, sintiendo el aleteo de las mariposas en mis entrañas, el hormigueo en los dedos de los pies y los fuegos artificiales en el cielo. Lo sentí todo. También su duda al principio, y el momento en que cedió aferrándose a mi cuerpo, acercándome a él.

Quizá el beso no fue tan simple.

Recuerdo que me pareció normal, la guinda perfecta para una tarde perfecta.

No se me hizo raro el silencio en nuestro viaje de regreso a casa. Mi mente se dedicó a ver la forma de incluir en mi proyecto un capítulo dedicado al beso, algo así debía tener protagonismo en mi libro. No me pareció bien sacar mi libreta del bolso, que últimamente venía conmigo a todos los sitios, para describirlo, así que me dediqué a revivirlo para no olvidar nada. Por esa razón no me di cuenta de que Ángel no tomaba el camino a la cabaña, sino que me llevaba a casa de mi padre. Por esa razón, cuando paró y me dijo que esa noche la pasaría allí, porque él tenía que hacer cosas en casa de su madre y no quería que estuviera sola, me quedé con la boca abierta.

Capítulo 33

Ángel

—Es lo mejor, María —le dije.

Ella no tenía intención de hacerlo fácil. No iba a bajar del coche, así que salí y le abrí la puerta.

Repetí la razón por la que estábamos allí en lugar de en la cabaña, pero no se la creyó.

Permanecí como un tonto con la puerta abierta esperando paciente unos segundos. Bajó del coche. Había dejado de estar sorprendida para pasar a estar muy enfadada.

—Sé que tú sientes lo mismo que yo —me dijo—. Lo que no entiendo es la razón por la que me pides que me deje llevar cuando tú no estás dispuesto a hacer lo mismo.

—Esta tarde no ha tenido nada que ver conmigo. Su finalidad era solo la de animarte. Ahora que mi objetivo está cumplido tengo que ocuparme de cosas personales —expliqué, pero mis palabras sonaron huecas, incluso para mí.

—¡Y una mierda, Ángel! Los dos sabemos que todo esto —señaló a nuestro alrededor— es solo una forma de evitar quedarte en casa conmigo. Lo que no sé es si no te fías de mí o es de ti de quien no lo haces. No quieres que vuelva a pasar. ¿Por qué? ¿Es porque soy una tarada? ¿Porque estoy casada?

—No estás casada.

No sé por qué, de todas las cosas que me dijo, yo respondí solo a esa, quizá porque el resto eran demasiado complicadas.

—¿Qué? Te pido explicaciones, ¿y me sales con esas?

—Me refiero a que tu padre anuló los trámites de la boda antes de que llegaran al registro. No estás casada.

No lo sabía, y se sorprendió, pero no era de lo que ella quería hablar.

—Entonces, ¿por qué, Ángel? ¿Por qué no te dejas llevar? ¿Por qué niegas lo que hay entre nosotros?

—Entre nosotros no hay nada, María. Solo vives en mi casa. Compartimos piso. Ni siquiera somos amigos… —Me miró como diciendo: «Vete a otra con el cuento» y no aguanté más—. ¡Es por mí! ¿Vale? ¡Es de mí del que no me fío! Te mereces a alguien mejor que yo, alguien de tu edad… —Se acercó y puso la mano sobre mi mejilla. Era suave, cálida y tan perfecta que la tomé con la mía y la mantuve ahí en esa posición disfrutando de su contacto durante un momento. Fue lo único que me permití. Lo nuestro no podía ser, así que retiré su mano de mi rostro y miré al suelo—. Yo no…, yo no…

No pude terminar de hablar, no la dejé responderme. Entré en mi coche y aceleré huyendo.

La mirada de decepción de María me acompañó todo el camino de regreso a Cartagena. Una parte de mí me animaba a ceder, a dejarme llevar y dar media vuelta, a llevarla a nuestra casa y a hacerle el amor como se merecía, pero otra, quizá la más sabia, me obligaba a seguir alejándome para evitar hacerle daño, porque estaba convencido de que María no era para mí, porque no podía hacerla pasar por lo que había pasado mi madre, tantos años echando de menos a papá.

Aparqué el coche cerca de la casa de mi infancia, aunque lo suficientemente alejado para tener que caminar un rato. Mis pasos, en vez de acercarme a mi destino, me alejaron de él. Vagué sin rumbo por callejuelas por las que dudaba haber pasado alguna vez, dejando que la oscuridad de la noche me atrapara. Necesitaba llegar a casa y que mamá me ayudara con alguna de sus sabias frases llenas de experiencia, pero ella ya no estaba.

Estaba lejos, estaría cerrado, pero anduve hacia el cementerio buscando su cercanía, aunque en el fondo sabía que ella ya estaba con papá, como siempre había querido.

Con la cabeza llena de dudas no vi llegar el primer golpe, pero lo sentí como si me atravesaran el cráneo con un hierro incandescente. El impacto, al pillarme desprevenido, me hizo caer de rodillas. Noté la sangre correr por la cara, pero antes de poder defenderme, otro golpe, esa vez en las costillas, me dejó sin respiración. No me dio tiempo a pensar en lo que estaba pasando, ni siquiera a reaccionar, ya que los palos llegaban rápidos y eran dolorosos y venían de todas direcciones. Además, la oscuridad y la sangre que me entraba en los ojos no ayudaron. No luché. No pude hacerlo, aunque intenté recopilar toda la información posible para, si milagrosamente salía de aquella, poder buscar al cabrón que me estaba apaleando. Porque era un solo hombre, ayudado por una barra de hierro o quizá un bate y por el factor sorpresa. Si no, no me habría tumbado con tanta facilidad.

La mejor parte de aquello fue que mi cabeza quedó vacía, ya no había dudas, no había decisiones que tomar. Tuve la certeza de que aquel era un triste final para un hombre que había pasado por la vida sin arriesgarse. Mis últimos pensamientos, antes de que todo se nublara, fueron para Ángela y para María.

Agradecí que Ángela no tuviera que perder un padre siendo tan pequeña, Leo estaría allí con ella cumpliendo a la perfección ese papel en su vida. En cuanto a María… ¿Me lloraría? ¿Me echaría de menos? Estaba seguro de que sí, y aquello me preocupó. ¿Quién cuidaría de ella?

Escuché la melodía de mi móvil como si este estuviera escondido debajo de mil almohadas. Sonaba una y otra vez, persistente. Intenté mover un brazo para alcanzarlo y un dolor agudo me paralizó. No era capaz de abrir los ojos, aunque sabía que era de día porque la luz se colaba por una rendija entre mis párpados.

De pronto, recordé. Alguien me había dado la paliza de mi vida. Poco a poco intenté tomar conciencia de mi cuerpo. Me dolía, lo

sentía adormecido y acolchado.

El móvil sonó de nuevo.

Alargué el otro brazo obviando el dolor casi insoportable que me desgarraba y palpé el bolsillo de mi chaqueta. Tenía la cartera, las llaves y el móvil. ¿A qué había venido la paliza si no se habían llevado nada?

—¿Sí? —pregunté tras descolgar, casi al aire, sin esperar a tener el teléfono en la oreja para saber quién era mi interlocutor.

—¡Joder, Ángel! —dijo Leo—. ¿Sabes la cantidad de veces que te he llamado? ¿Dónde coño te has metido?

Creo que pronuncié dos o tres palabras. «Paliza» y «ayuda» estuvieron entre ellas.

No sé cuánto tiempo pasó entre la llamada y el sonido de una ambulancia. Me mantuve consciente para responder a las preguntas que me hicieron los sanitarios. Luego, ya en la camilla, me dejé ir. Estaba agotado.

Sentí la presencia de Juan a mi alrededor. Intenté abrir los ojos, fui incapaz.

Tuve que humedecerme los labios para poder hablar, y aun así no lo conseguí a la primera.

—¿Juan?

—Aquí estoy. —Tocó mi brazo para demostrarlo—. No intentes abrir los ojos, estarán hinchados y amoratados un tiempo. Te dieron un buen golpe en la cara.

—¿Solo? —bromeé.

—¿Qué pasó? ¿Y qué narices hacías allí solo?

—Pasear… Necesitaba pensar.

—Leo y Edu están en mi casa, han ido a descansar un poco. Voy a enviarles un mensaje para decirles que estás de vuelta.

—¿Cuánto ha pasado?

—Un par de días. Lo suficiente para que nos tengas a todos preocupados.

—¿María? No se lo habéis dicho, ¿verdad?

—Claro que sí, está aquí. Se ha quedado dormida de agotamiento, y le va a doler el cuello un huevo cuando se despierte porque su postura no es muy cómoda. —Sé que su intención fue hacerme reír, pero solo pude intentar subir un poco las comisuras de la boca—. Esa chica es una leona, se ha ocupado de todo, hasta ha puesto en su sitio a la subinspectora Corrales, que ha venido por aquí varias veces para tomarte declaración. ¿Viste algo?

Negué.

—Saben que no ha sido un robo y están convencidos de que tiene relación con el tal Santiago. ¿Cuántos eran?

—Uno, bien armado, pero solo uno, y con muy mala leche.

—¿Llegó a hablar?

Intenté hacer memoria. Sí que dijo algo, aunque no recordaba el qué. Negué.

—Dime cómo está la cosa y cuándo podré salir de aquí —pedí.

—Tienes magulladuras por todo el cuerpo… ¿Qué hostias usó? ¿Un bate?

—Dolió como si lo fuera.

—Tienes la cabeza dura. Llevas una buena brecha en la parte trasera, pero el primer TAC salió bien.

—Ahí fue donde golpeó primero.

—Debiste de protegerte con el brazo derecho en algún momento, porque tenías roto el cúbito y el radio. La fractura no era limpia, así que hemos tenido que intervenirte. Llevas una placa de hierro. ¿Tenías envidia de Leo o qué?

—Muy gracioso. ¿Algo más?

—Lo que más te va a doler una vez salgas de aquí serán las costillas. Ya te estamos buscando un sillón reclinable porque te llevará un tiempo volver a poder dormir tumbado. Por suerte solo están fisuradas, así que en un par de meses dejarán de doler. El resto son hematomas que irán desapareciendo.

—Bien. Si eso es todo, ¿cuándo podré irme?

—¿Ángel? ¡Oh, Dios!

La voz de María llegó desde mi lado izquierdo, debía de estar a contraluz porque al intentar mirarla el sol me cegó.

—Os dejo. Voy a avisar a los demás de que has despertado. —Juan se despidió y salió de la habitación.

María cayó sobre mí, lo hizo con cuidado, pero me dolió horrores. Estaba llorando. Lo sé porque me empapó la piel del pecho con sus lágrimas.

No quería que sufriera por mí, eso no debía estar pasando.

Capítulo 34

María

Estaba muy enfadada con Ángel porque se había ido, huyendo como un cobarde. Me había dicho que no se fiaba de sí mismo si nos quedábamos solos. ¡Ja! La tarde había sido perfecta y la noche podría haber sido aún mejor, si él hubiera admitido lo que sentía. Porque estaba claro que sentía algo por mí.

No fui buena compañía para papá, mi enfado fue en aumento a medida que llegó la noche y Ángel no volvió ni llamó para pedir disculpas. Por la mañana, el enfado había alcanzado su punto álgido, por eso no cogí su llamada, aunque insistió varias veces.

No se conformó y llamó a papá. Su teléfono sonó inmediatamente después de que el mío, ignorado, quedara en silencio.

Sabía que era Ángel, así que estuve pendiente de ver cómo conseguía que mi padre me pasara la llamada, tenía interés en conocer la excusa que le iba a dar.

Pero no era Ángel el que llamaba, sino Juan usando su móvil.

Juan quería decirnos que Ángel estaba en el hospital y yo, egoísta, no le había cogido el teléfono.

¿Qué clase de persona hace eso?

Juan no pudo darnos muchas explicaciones porque lo llamaron en urgencias. Solo que habían encontrado a Ángel en un callejón, lleno de magulladuras y golpes, y que había llegado al hospital en ambulancia. No se sabía mucho aún, el equipo médico de urgencias estaba valorando sus heridas cuando llamó.

En el rápido trayecto hasta el hospital me llegó un mensaje de Juan informándonos de que ya estaba fuera de peligro, pero no pude respirar tranquila.

Pregunté por el doctor Cano al llegar al mostrador, con seguridad, como si le conociera de toda la vida, aunque hacía años que no lo veía.

Le vi atravesar las puertas que separaban la zona pública de las entrañas del sector de urgencias casi al terminar de hablar con la chica del mostrador. Era imposible que hubieran llegado a avisarle. Supe de inmediato que era Juan porque, aunque más joven, era la viva imagen de los gemelos.

Corrí hacia él, llamando su atención.

—¿María?

Asentí.

—¿Dónde está? ¿Puedo verlo? ¿Sabes algo más?

Papá llegó a nuestra altura y me cogió la mano.

—Está fuera de peligro, tranquila. El TAC ha salido bien, así que le han llevado a quirófano para intervenirle la rotura del brazo. Tardarán unas horas aún en trasladarle a planta.

—¿Sabéis cómo ha sido? —preguntó papá a mi lado.

Juan nos contó lo poco que sabía y la forma milagrosa en la que habían podido contactar y encontrar a Ángel. Nos pidió que esperásemos y quedó en salir a tomarse un café con nosotros en cuanto pudiera.

El paso del tiempo fue extraño, sin apenas darme cuenta me vi rodeada, junto a mi padre, de los hermanos Cano. Todos hablando de Ángel, de su estado, de su recuperación y de la forma en la que se podían organizar para cuidar de él, porque iba a necesitar ayuda.

Creo que Leo le preguntaba a Juan si podrían trasladarle a Madrid cuando yo, que hasta el momento había estado callada, interrumpí su conversación.

—Irá a casa. Yo le cuidaré —dije bajito.

Los tres hermanos Cano me miraron como si yo no fuera capaz de cuidar ni a un cactus.

—María, hija… Quizá es mejor que lo hagan sus cuñadas… No sabemos qué cuidados va a necesitar.

Papá tampoco me creyó capacitada para hacerlo.

—He dicho que yo le cuidaré —repetí, más alto, en un tono que no daba lugar a réplica ni a dudas ni a que los protectores hermanos de Ángel se negaran—. Solo dime qué va a necesitar.

Me dirigí a Juan obviando al resto.

—¿Estás segura? —me preguntó Leo incrédulo.

—Necesito hacerlo, necesito devolverle todo lo que él ha hecho por mí —expliqué, aunque no tenía por qué hacerlo.

—Leo no te lo pregunta por la dificultad técnica de sus cuidados cuando salga de aquí —dijo Juan—, sino porque Ángel no va a ser el paciente perfecto. Lo va a pasar mal. Sus costillas fisuradas tardarán en curar y no podrá ni dormir tumbado. Va a estar de un humor de perros.

—Yo tampoco soy buena paciente. Lo soportaré.

Los tres hermanos se miraron y asintieron, me dio la sensación de que alguno incluso sonrió.

Creo que fue Leo quien llamó a la policía, o quizá se trató de un protocolo de urgencias al recibir un herido por una pelea. La subinspectora Corrales llegó a la mañana siguiente con la intención de tomar declaración a Ángel. Me trató con desprecio y no se preocupó de que él pudiera no estar listo para explicar nada. Apenas se había mantenido consciente desde que le habían llevado a planta tras la operación.

—Tiene que descansar —le dije, usando el mismo tono que había usado ella conmigo—. Cuando se despierte y esté fuera de peligro, la avisaremos.

—Sé que esto tiene relación con su marido. Si ha sido un ajuste de cuentas necesitamos su declaración.

—¿Qué más da si ha sido un ajuste de cuentas o un robo? El resultado es el mismo y lo primero que tiene que hacer Ángel es

recuperarse. Luego será todo lo demás.

—Da la sensación, señora, de que no tiene interés en que descubramos qué ha pasado.

La acusación me sacó de quicio.

—Señorita —remarqué mi estado civil—. El capullo de Santiago no tiene ya nada que ver conmigo, y usted… si es tan amable de largarse… Aquí solo hay un paciente que necesita descansar.

Sé que quizá me excedí, pero ninguno de los hermanos que estaban allí, ni siquiera mi padre, me replicó, por lo que entendí me daban la razón.

Fue Juan el que la acompañó a la salida.

Aunque me habían avisado, jamás pensé que cuidar de Ángel sería tan complicado. La duda en el rostro de sus hermanos cuando lo sugerí no tenía nada que ver con mis capacidades técnicas, como había dicho Juan, sino con mi aguante mental.

Solo una semana después, ya en casa, Ángel apenas podía levantarse del cómodo sillón reclinable que sus hermanos habían traído para él. Todo eran quejas y gruñidos, y lo cierto fue que lo entendía. Verse de pronto supeditado a otra persona no debía de ser fácil, aunque esa persona fuera yo y estuviera entregada a sus cuidados y necesidades las veinticuatro horas del día.

—¿Quieres el desayuno ahora o prefieres esperar? —le pregunté incorporándome en la cama.

Él había estado mirándome dormir desde su sillón, lo sabía porque lo había notado, pero como todos los días anteriores, desde que me mudé al sofá cama del salón para estar a su lado, en cuanto abrí los ojos, él miró a otro lado.

También, como todos los días anteriores, no respondió a mi pregunta.

—¿Hay algo especial que te apetezca tomar? —insistí.

Resignada a su silencio, me levanté y seguí hablándole mientras iba al aseo, me lavaba las manos y preparaba el café.

—Hoy Juan dijo que se pasaría por aquí. ¿Crees que se quedará a comer? No sé qué le gusta, si me dieras alguna idea… Quiero

agradecerle lo bien que se está portando… A ver…, es tu hermano y es lógico, pero no es que tú estés haciendo mucho por ayudar y, a fin de cuentas, Juan no tiene por qué venir casi todos los días.

Preparé una bandeja con fruta, café, zumo y tostadas y la coloqué a su lado.

—¿Te apetece que entre los dos te ayudemos a darte un baño?

Gruñido y mirada asesina.

—Tendrás que asearte.

El sonido del motor del sillón comenzó a escucharse y poco a poco el reposapiés se fue escondiendo y el respaldo subió. Ángel me miró desafiante todo el rato, imagino que porque odiarme le hacía no sentir el dolor en su costado. Se incorporó con esfuerzo y rechazó mi ayuda con un movimiento de su mano, que me dejó como una mera observadora de la escena.

No entendía por qué se negaba a dejar que le ayudara.

Con dificultad caminó despacio hasta el baño y se encerró allí, dejándome con el desayuno, que, estaba segura, se acabaría enfriando.

Intenté ser paciente, Dios sabe que sí, pero esos desplantes me superaban.

Tomando mi café esa mañana, decidí cambiar mi técnica. Llevaba una semana pendiente de él, ofreciéndole mil cosas que bien rechazaba, bien ignoraba. Decidí obligarle a pedir ayuda. A partir de esa mañana comencé a hacer mi vida de nuevo y empecé con un largo paseo en compañía de Zen. Cuando Ángel salió del baño, yo ya no estaba.

Capítulo 35

Ángel

No puedo negar que las consecuencias de la paliza me tenían amargado, y no solo por el dolor físico, casi insoportable, que tenía de forma constante, ni por la dificultad para moverme, hablar o incluso respirar, que me hacían sentirme un puto anciano. Lo que me estaba volviendo loco era tener a María a mi alrededor todo el rato, pendiente de cada uno de mis suspiros, gruñidos o muecas de dolor. Ella no tendría que estar perdiendo su tiempo conmigo, tenía un libro que escribir que parecía haber olvidado, tenía una vida que vivir que había dejado en *stand-by*, y eso no estaba bien. Necesitaba que me dejara solo con mis mierdas, pero no estaba dispuesta a hacerlo.

Cuando le había dicho a mis hermanos que no quería quedarme con María, ellos se habían lavado las manos.

—María es cosa tuya y no pienso ponerme en su contra —había dicho Edu.

—Solo quiere devolverte de alguna manera lo que tú has hecho por ella —explicó Juan.

—Yo que tú la dejaría hacer —me recomendó Leo.

Me dejaron con ella y se largaron, sin ningún cargo de conciencia.

No pensaron en mí, ni en lo difícil que era tenerla todo el día alrededor sin poder huir. No tenía fuerzas para llevarle la contraria.

Cuando decidió que dormiría a mi lado en el salón, no pude hacer nada. Intenté hacerme respetar levantando la voz, pero un latigazo en el costado me dejó sin palabras. Apenas podía caminar erguido,

¿cómo iba a intimidarla con mi altura? Hizo lo que le salió de las narices y se acurrucó bajo el edredón a mi lado, tan cerca que si estiraba el brazo podía acariciarle el pelo. Así que me pasaba la noche viéndola dormir.

Terminé de lavarme los dientes y miré la ducha. Era imposible que pudiera hacerlo sin ayuda. Aunque me metiera con una bolsa en el brazo escayolado y fuera capaz de abrir el grifo y dejar caer el agua por mi cuerpo, no podría darme jabón ni frotarme. Era incapaz de levantar los brazos por encima de los hombros sin quedarme sin respiración por el dolor, ni siquiera para atusarme el pelo. Por lo menos era capaz de limpiarme el culo yo solo, no poder hacerlo habría sido demasiado deprimente.

El timbre de la puerta exterior sonó.

María abriría.

Volvió a sonar.

Salí del baño y me di cuenta de que estaba solo en la cabaña.

No me dio tiempo a pensar en cómo aquello me hacía sentir, porque el timbre sonó de nuevo.

—Voy, voy —dije a la nada, porque era imposible que quien estuviera aporreando mi timbre al otro lado de la valla pudiera oírme.

Llegué al telefonillo, que, como todos los telefonillos, había instalado a la altura de mi cara. Cogí aire sabiendo que descolgarlo me iba a provocar un dolor terrible. Me preparé y lo hice. Descolgué y abrí en el mismo movimiento sin preguntar quién era.

Luego abrí la puerta de la calle y me asomé al porche para ver llegar a mi visitante.

La subinspectora Corrales y su ayudante salieron del vehículo. Los dejé pasar.

Entraron y ambos inspeccionaron la cabaña de un vistazo. El compañero se quedó mirando el auricular del telefonillo, que se había quedado colgando.

—¿Puede ponerlo en su sitio? —pedí.

El hombre me observó con detenimiento. Imagino que, en pijama, despeinado y sin duchar ni afeitar desde hacía una semana, no

debía de presentar mi mejor aspecto. Colgó el auricular sin esfuerzo y yo lo envidié por ello.

—¿Qué se les ofrece?

—¿Está solo? —preguntó la inspectora—. Necesitamos hacerle unas preguntas.

Juan me había dicho que la mujer se pasaría. María no la había dejado molestarme, pero necesitaba hacerme preguntas para continuar con su investigación.

—¿Les importa que nos quedemos de pie? —pregunté mientras me apoyaba ligeramente en la encimera de la cocina. No pensaba sentarme en su presencia porque no quería que vieran lo que aquel cabrón había hecho conmigo.

La subinspectora no era una mujer que se anduviera por las ramas, así que empezó el interrogatorio. Por sus preguntas entendí que pensaban que la paliza había sido un aviso de la gente a la que Santiago debía dinero.

—¿Solo uno? —preguntó incrédula.

—Sí, y no dijo nada. No hubo amenazas ni hizo alusión a ningún dinero que se le debiera, ninguna a Santiago.

—Pero tampoco fue un robo…

—No me falta nada.

—¿Por qué estaba allí solo?

—Necesitaba pasear —respondí.

—¿Y pasea en dirección al cementerio?

—No sé qué dirección tomé. Solo caminaba.

No estaba dispuesto a explicar por qué había ido hacia el cementerio. No estaba seguro de que Corrales y su compañero entendieran que lo hice porque necesitaba estar cerca de mi madre.

—¿No había quedado allí con nadie?

—¿Con quién coño iba a quedar a esas horas?

—Señor Cano, solo estamos buscando el móvil que podría haber tenido su atacante y la relación con Mary Gym.

—Mary Gym ya no existe —gruñí.

—Que María se esconda aquí no significa que pueda huir de su vida tan fácilmente. Sé que lo que le ha pasado, señor Cano, tiene relación con ella. Y yo, si fuera usted, me alejaría si no quiere acabar

peor. Nadie le asegura que no vengan a rematar lo que se dejaron a medias.

—Pero usted no es yo. Además, quien fuera el que me hizo esto me dejó exactamente como quería. Si hubiera querido matarme no lo habría tenido difícil.

—Puede ser. —La subinspectora cambió de tema en la siguiente batería de preguntas—. Nos ha dicho el padre de María que la casa de la pareja, la que construyó su empresa, ya ha sido vendida. ¿Cree que Santiago pudo esconder algo en ella?

—No lo creo, apenas le interesó ni pasó por allí.

—Pero fue allí donde usted encontró a María tras la boda, ¿no es cierto?

—Sí, pero el novio no fue allí ni antes ni después. Dejé la puerta cerrada de manera que si alguien la abría lo sabría. Lo hice por los periodistas que se agolpaban en la puerta, pero por eso puedo asegurarle que nadie entró en la casa mientras yo tuve las llaves.

Siguieron con sus preguntas un buen rato más, hasta que el dolor empezó a consumirme y el sudor perló mi frente.

—No hace falta que nos acompañe a la puerta —se despidió Corrales—. Lo mantendremos informado de los avances y, por favor, esté localizable por si necesitamos preguntarle algo más.

—Aquí estaré —bromeé. ¿Dónde coño podía ir?

Se marcharon y yo busqué desesperado el maldito calmante que, al no haber desayunado, había olvidado tomar.

María llegó en el momento en el que mi paciencia y mi dolor habían llegado al punto álgido.

—¿Qué quería la subinspectora?

Yo seguía buscando en los cajones. Zen saltó a mi lado para saludarme, María entró al baño.

La puta caja de calmantes no estaba por ningún sitio, y necesitaba tomar uno ya.

María no me iba a preguntar qué quería, lo tuve claro en cuanto escuché el sonido del agua de la ducha correr.

—María —la llamé. No era capaz de aguantar el dolor el tiempo que ella tardaría en ducharse—. ¡María!

—¿Qué?

—¿Dónde están los calmantes? —Intenté no parecer desesperado.

—¿No lo has tomado? Te lo dejé junto al desayuno. —Miré la bandeja del desayuno frío que había en la mesa junto a mi sillón—. De todas formas, para otra vez, están aquí.

Abrió el armario junto a la nevera, que, cómo no, me obligaría a levantar los brazos si quería abrirlo yo.

—¿Puedes ponerlos encima de la encimera? —pedí—. Ese armario no puedo abrirlo aún.

Lo hizo, y me dio la pastilla que me había preparado y yo no había visto. La tragué sin agua.

—Lo siento —le dije—. No estoy en mi momento más simpático.

—Solo quiero ayudarte.

—Lo sé, pero…

—Si no me quieres aquí, dilo y me marcharé.

El dolor de imaginarme sin ella superó al dolor físico de mi costado. Negué. Era el ser más egoísta del mundo.

—Ángel, yo quiero estar aquí —explicó—, quiero poder ayudarte, pero no solo porque te lo debo, sino porque es lo que necesito hacer.

—No quiero que tires por la borda tu vida por mí.

—¿Es eso lo que crees? Yo no lo veo así. A tu lado soy mejor, me siento mejor y tengo ganas de vivir. Ángel, solo me pasa cuando estoy contigo.

—Pero soy demasiado mayor —le dije, eso que me quemaba por dentro salió de mí.

—Lo que eres es idiota.

Me besó en la mejilla con cariño y sentí mi corazón saltar en el pecho, de la misma forma en que Zen saltaba alrededor nuestro cuando estaba feliz.

Capítulo 36

María

—Tío, tienes que ducharte —dijo Juan a su hermano en una de sus visitas—. Hueles a rancio.

Ángel me miró buscando confirmación y desvié la vista. Juan tenía razón, pero no sería yo la que se lo dijera.

—Es muy egoísta por tu parte hacer convivir a María con ese olor nauseabundo.

Ángel gruñó algo que no llegué a escuchar.

—¿Habéis vuelto a tener noticias de la subinspectora Corrales? —preguntó Juan sentándose a la mesa.

Para que Ángel no tuviera que moverse del sillón, Juan y yo habíamos desplazado la mesa de la entrada a su lado. Era la única forma en la que los tres podíamos comer juntos.

—No ha vuelto a venir ni a llamar, cosa que casi agradezco porque cada vez que me ve me hace sentir como si yo hubiera estado al otro lado del bate que dejó a tu hermano en este estado.

—Tú no tienes la culpa —sentenció Ángel.

—Si la persona que te hizo esto tiene relación conmigo, sí que tengo la culpa, y eso es lo que cree Corrales.

—¿No sabes quién pudo hacer lo del vídeo?

Juan era el único de todos los que me rodeaban que se atrevía a ser directo.

—Ya se lo dije a la policía. No estoy segura de si era amigo o enemigo.

—Una forma un poco dura de ayudarte si hubiera sido un amigo, ¿no?

—Quizá… Me refiero a que no sé si lo hicieron por mi bien o para hacerme daño.

Y también era al único al que yo respondía con naturalidad, sin que se hundiera mi mundo.

—¡Dios! Esto está de muerte —exclamó Juan al probar el tartar de salmón y aguacate que había hecho para cenar—. Tío, cuando te recuperes me voy a llevar a María a casa.

—No sé…, aquí tengo una habitación en la que me visita el sol —dije en broma—, ¿qué hay en tu casa que yo pueda querer?

—Para empezar, en mi ático no hay gruñones. Allí siempre estamos felices y desde mi terraza se ve el mar. A lo mejor no te despierta el sol, pero eso podemos solucionarlo, si la cuestión es tener un buen despertar, yo conozco algunas maneras interesantes de conseguirlo.

Juan hizo una chorrada con las cejas que me hizo reír.

—¿Me harás zumo de naranja? —pregunté como si me lo estuviera pensando.

—Si para cenar así hay que hacerte zumo de naranja para desayunar, lo haría hasta vestido de bailarina. ¿A que Ángel no se viste de bailarina?

Los dos nos pusimos a reír. Juan era divertido y sus visitas nos animaban el día.

—¿Podré ir al cumpleaños de Ángela? —preguntó Ángel llamando nuestra atención. Su semblante estaba serio y no parecían haberle hecho gracia nuestras bromas.

—Tú siempre tan divertido, hermanito —se quejó Juan—. Te molestará aún el costado, pero pienso que sí podrás hacer un viaje en coche, aunque no esperes conducir tú, por supuesto.

—¿Vas a ir?

—Este año me es imposible, es justo la segunda semana del permiso de matrimonio de mi compañero y tengo que quedarme de guardia. He pensado enviarle un superregalo para compensarlo, así que no pienses que este año el tuyo le va a gustar más.

—Si quieres, yo te llevaré —me ofrecí.

—Pero tendrás que bañarte —dijo Juan—, no creo que Ángela tenga el mismo olfato atrofiado que María.

—Yo no tengo el olfato atrofiado —me defendí golpeándole el brazo.

—Entonces, ¿reconoces que hueles su hedor?

Miré a Ángel sin poder evitar que mi expresión diera la razón a Juan.

—Estoy cansado —dijo Ángel dando por concluida la sobremesa—. Si no queréis tomar nada más, me gustaría acostarme.

—Cuando repartieron la alegría te la llevaste toda, ¿no? —protestó Juan, pero se puso en pie para ayudarme a recoger.

Ángel también se incorporó, despacio, orgulloso y sin ayuda y, seguramente, con un dolor de mil demonios. Se despidió de su hermano y se metió en el baño.

—No sé cómo lo aguantas —dijo Juan, dejando el último plato sobre la encimera.

—No es tan malo.

Juan elevó las cejas en una expresión forzada de asombro que me hizo reír.

—Estás loca.

—¿Quieres tomar algo más? Había comprado helados de chocolate —lo tenté.

Me gustaba su compañía y no estaba preparada para quedarme de nuevo en silencio, sintiéndome culpable por no saber cómo ayudar a Ángel.

—No quiero molestar.

—Podemos tomarlos en el porche, así si Ángel quiere descansar…

—Hecho. Tú trae los helados y yo llevo la manta.

Estábamos a principios de octubre, pero las noches ya eran más frescas.

Nos sentamos en las escaleras y acurrucados bajo una manta de Ángel nos tomamos el helado.

—No sé cómo ayudarle —reconocí.

—Es un hombre complejo, pero creo que lo estás haciendo muy bien.

—Ahora eres tú el que estás loco.

—No, en serio. Eres perfecta para él.

—No sé cómo conseguir que se abra a mí.

—Ángel es como una ostra. La única forma es usando la fuerza o con algo afilado y mucha maña. —Juan pasó el brazo por encima de mi hombro y me habló al oído—. Te quiere, ¿sabes? Pero piensa que no es lo suficientemente bueno para ti.

Lo miré sorprendida, sin poder creer que fuera cierto.

Un ruido a nuestra espalda nos avisó de que la puerta se iba a abrir.

Juan se levantó de un salto.

—Me voy, que mañana tengo que madrugar. Muchas gracias por la cena y el helado.

La puerta se abrió iluminando el porche y Ángel apareció tras ella.

—Necesito el calmante antes de acostarme —se disculpó—. Si los pusieras en la encimera podría cogerlos yo, pero sigues poniéndolos en el mueble alto.

Suspiré. ¡Cómo no! La disculpa se transformó en acusación.

—Hasta mañana —se despidió Juan y le abracé, porque se había convertido en mi amigo y porque necesitaba un abrazo—. Si necesitas despejarte llámame, podríamos salir al cine o a cenar.

Juan se marchó y yo pasé en silencio dentro de la casa, para coger la pastilla que Ángel me había pedido.

—Deberías salir con él —dijo a mi espalda y yo negué con la cabeza, desconcertada—. Es un buen partido, no tiene pareja y parece que os lleváis bien —explicó.

Lo miré sin poder creer que fuera tan bruto.

—Nunca te había oído reírte así —dijo.

—Ángel, de verdad… Eres tonto.

Dejé el vaso de agua y la pastilla sobre la encimera y subí al dormitorio.

—¿Qué? —gritó desde abajo—. No es tan raro. Tiene tu edad…

Me estaba quitando la ropa cuando las palabras de Juan sobre su hermano vinieron a mi mente. Jamás iba a conseguir que Ángel se abriera a mí si no lo obligaba.

Eso me dio una idea.

Capítulo 37

Ángel

Ver a Juan y María bromear y divertirse no me había gustado nada, pero lo cierto es que mi hermano era un buen hombre. No sé cómo llegué a la conclusión de que podría irles bien juntos y, sobre todo, que yo pudiera soportar verlos, pero cuando le dije a María que debería salir con él, lo hice completamente en serio.

Me llamó tonto y se largó dejándome tirado, y yo me quedé ahí pensando que no era tan mala idea y sin entender por qué ella se había enfadado.

—María —la llamé—, solo era una sugerencia. —No podía verla y solo la escuchaba abrir y cerrar los cajones de la cómoda en la que guardaba su ropa—. No te enfades, a lo mejor es demasiado pronto. Lo de Santi está aún reciente y yo… No me he dado cuenta.

Volvió a llamarme tonto asomándose en lo alto de la escalera, y sí debió de quedárseme cara de tonto al verla.

Llevaba un minúsculo bikini que, con toda probabilidad, había rescatado de algún cajón perdido en la casa de su padre. Una María de dieciocho o diecinueve años lo habría usado por última vez.

Tragué saliva.

No aparté la vista de ella cuando bajó la escalera y se acercó a mí.

Noté la boca seca y el latido acelerado de mi corazón.

—Tú y yo —me dijo al llegar a mi lado— nos vamos a la ducha ahora.

Asentí atontado.

—¿Qué? ¡No! No, no, no…

No le importaron mis quejas, María tiró de mi mano y me guio hacia el cuarto de baño. Abrió el grifo del agua caliente y comenzó a desnudarme.

—María, yo no…, esto no…

Intenté resistirme.

—Psssh. —Me puso un dedo en la boca mandándome callar—. Deja de ser tan orgulloso, Ángel, tú hiciste esto por mí, déjame hacerlo por ti.

—Pero…

—No es como si no nos conociéramos, no puedes tener vergüenza.

Mis pantalones cayeron y la razón de mi bochorno apareció ahí erguida y soberbia ajena a mi reticencia, indiferente a la diferencia de edad que nos separaba y a las mil razones por las que lo nuestro no era una buena idea.

Sentí el calor en mi rostro, el mismo que indicaba que la sangre se estaba acumulando en mis mejillas tornándolas de un color rosado. Agradecí la espesa barba que las cubría, porque un tío de mi edad no se ponía colorado.

—Eres un tonto —repitió María enfundando la escayola de mi brazo en una bolsa que había traído Juan—. Me gustas tú, no tu hermano. Eres tú, con tu orgullo, con tus gruñidos, tus quejas y tu enorme corazón. Eres tú desde hace mucho y no pienso renunciar a lo único bueno que tengo.

Cerré los ojos, empapándome con sus palabras, y cedí a dejarme arrastrar por ella al cubículo de la ducha. Apenas entrábamos juntos, inconvenientes del aseo de una pequeña cabaña. Ella se colocó detrás y abrió el grifo. El agua templada mojó mi cuerpo y María lo acarició con cuidado extendiendo el jabón. El mismo que usaba ella y que dejaba ese olor dulce en su piel. Levanté la cabeza y disfruté del placer que era sentir el agua deslizarse por mi cuerpo tras días sintiéndome sucio, me abandoné a la sensación de sus manos sobre mí. Dejé que me enjabonara el pelo, y que el amasijo apelmazado que era se volviera sedoso y suave.

Fui consciente de su cercanía todo el tiempo. Yo era más alto que ella, lo que la obligó a ponerse de puntillas y pegarse a mí. Se frotó contra mi espalda y aquella dejó de ser una ducha práctica para eliminar la suciedad. No estaba bien, pero estaba enredado de tal manera que no tenía posibilidad alguna de resistirme y no era malo, era jodidamente relajante y liberador.

María pasó las manos por cada uno de mis músculos despacio, besó mi espalda y no fue recatada al llegar a mi polla.

—Hay que lavarte bien —explicó.

Deslizó la mano siguiendo su longitud con delicadeza y retrocedió al punto de partida, para volver a empezar, pero yo no quería que fuera delicada. Con la mano que no tenía escayolada agarré la suya mostrándole cómo necesitaba que me acariciara en ese punto.

Me dejé llevar, perdí el poco control que me quedaba.

¡A la mierda la diferencia de edad! ¡A la mierda si aquello estaba bien o no! Solo necesitaba deslizarme dentro de su estrecho puño y empujar, y lo hice sin importarme nada más.

La respiración agitada hacía que mi pecho doliera como si me estuviera revolcando sobre miles de cristales rotos, pero María no me dejó ceder hasta que no extrajo de mí hasta el último alarido, ese que fue acompañado de una sensación de liberación total que me hizo perder el equilibrio. Levanté los brazos, los levanté sobre mi cabeza para apoyarme sobre los azulejos y recuperar la calma. Lo hice sin darme cuenta, como un acto reflejo, y mis músculos hasta el momento entumecidos lo agradecieron.

Ella cerró el grifo, alcanzó una toalla y, poco a poco, comenzó a secar las gotas de agua que se deslizaban por mi piel.

Me sentía limpio, relajado y un poco cohibido por lo que había pasado.

—Date la vuelta —pidió y su voz me recordó con quién estaba y quién era yo.

Joder, yo no era una nenaza que se avergonzaba de las reacciones de su cuerpo. Era un hombre y María sabía con quién se había metido en la ducha.

Me giré, pero no para que ella siguiera secándome como si fuera un puto inválido, sino para atrapar su boca y demostrarle que aún

podía hacerla temblar.

Puse todo mi empeño y aparté de mi mente las puñaladas que, con cada movimiento, sentía en el costado.

—Te vas a hacer daño —dijo contra mi boca—, para. Ángel, tienes que frenar.

Dios, cómo me molestó que tuviera razón.

Frené, y me sentí extraño, mucho más mayor, incapaz de darle lo que necesitaba de mí.

Nos miramos a los ojos y quise decirle tantas cosas…

—¿Quieres que te recorte la barba? —preguntó rozándome la cara con suavidad.

Negué sin saber en realidad qué quería.

—Lo que te he dicho es cierto —dijo—. Ángel, yo… te quiero.

Sus palabras me dejaron noqueado. Ella no podía, simplemente no podía. Yo me recuperaría de mis heridas y esperaba volver a ser el de siempre, pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Diez? ¿Quince años? Luego volveríamos al mismo punto en que estábamos ahora, yo enfermo, con un cuerpo envejecido por el tiempo incapaz de darle lo que ella necesitaría.

—Y no vayas a decirme que no eres bueno para mí, porque ya he decidido —me amenazó con un dedo.

La situación me hizo gracia. Mi pequeña mandona avisándome de que las cosas no iban a cambiar.

—No es tan sencillo —dije.

Parado, envuelto en una gran toalla que ella había dejado sobre mis hombros, mirando cómo se secaba con energía, no debí de resultar muy convincente.

—Esta es la primera decisión de toda mi vida que sé que no es un error. —Había terminado de secarse y me miraba con unos ojos enormes llenos de esperanza—. En el fondo sé que tú sientes algo por mí también, pero si estoy confundida y no es cierto…, dímelo y te dejaré tranquilo. Esto no es algo que quiera imponerte.

¿Qué hacía? ¿La miraba a los ojos y le decía que no sentía nada? ¿Que mi corazón no saltaba en el pecho en ese momento? No fui capaz.

Di un paso el frente y abrí los brazos en un gesto que no solo le pedía un abrazo, sino que le daba acceso a todo mi ser.

Ella se pegó a mí y dejó que la envolviera torpemente, sin fuerza porque apenas podía hacerlo sin llorar de dolor.

—Esto es un gran error, María —susurré sobre su pelo—. Un gran error, pero no puedo negarte que yo siento lo mismo.

Me miró desde abajo.

—Yo no veo ningún problema.

—Porque aún no han llegado, pero vendrán. Llegará el momento en el que mi cuerpo se desgaste y empiece a deteriorarse y eso me ocurrirá mucho antes que a ti.

—Eres idiota… ¿De verdad vas a preocuparte del mañana? Vamos a vivir el hoy. Mañana será mañana. Y además, ¿crees que te quiero por tu cuerpo? —Se deshizo de mi abrazo y salió del baño esperando que la siguiera.

Subió a por ropa limpia mientras hablaba.

—Me gustas por muchas cosas, Ángel, no creas que esto tiene que ver con algo físico. Eres detallista, protector, a tu lado me siento segura. —Bajó cargada con su ropa y con la mía—. Creo que junto a papá eres la única persona en quien confío y que sé que jamás me haría daño. ¿Crees que voy a ponerme a pensar en lo que pasará dentro de unos años?

Me ayudó a vestirme.

—He tomado muy malas decisiones en mi vida, pero decirte lo que siento y luchar por ello no es una de ellas. Eso es lo único seguro. Te quiero. Es así, sencillo y simple. Al principio pensé que era esta casa, pero luego, cuando te fuiste de vacaciones, me di cuenta de que eras tú, y la otra tarde… La otra tarde me regalaste un poquito de lo que podía ser dejarnos llevar, y me gustó. Me gustó mucho. Así que cuando Juan llamó, y pensé que te perdía, me di cuenta de que las cosas no están para desaprovechar el tiempo.

No pude interrumpir su monólogo, estaba preciosa con el pelo mojado a medio vestir y hablándome con una pizca de esperanza y otra de indignación.

—Te quiero, Ángel, a ti. Con todos esos inconvenientes que crees que tienes y con todas las cosas buenas que sé que guardas.

Capítulo 38

María

Me había sorprendido descubrir que su mayor problema, el obstáculo insalvable que creía que había entre nosotros, era la diferencia de edad. Nos llevábamos nueve años, que él veía como diez porque tres meses al año era así.

El estado de ánimo de Ángel cambió después de mi confesión. Caminaba más erguido y parecía que sus heridas por fin mejoraban. Había recuperado movilidad y, aunque aún no podía dormir acostado, sí podía salir a pasear y hacer pequeñas cosas en casa.

Dimos mil paseos esos días, en los que unas veces íbamos de la mano y otras mantenía una distancia calculada.

La nuestra no fue una relación que comenzó por haber dicho «te quiero». El sentimiento estaba ahí, era recíproco, ambos lo habíamos dicho, pero no pareció ser suficiente para que Ángel se dejara llevar. De todas maneras, hubo muchos momentos en los que sí se soltó un poco, y yo decidí recibirlos, provocarlos y achucharle, pero sin agobiar. Quería que olvidara todos sus prejuicios sobre nosotros, y eso no iba a pasar de la noche a la mañana.

Unas semanas después, Juan nos dio permiso para viajar a Madrid. Así que, puesto que al día siguiente era el cumpleaños de Ángela, ambos estábamos en el coche de camino.

—Creo que debemos distanciarnos delante de mi familia —dijo.

Suspiré. Ángel volvía a la carga con un tema que pensaba que habíamos dejado zanjado un par de días atrás.

Ya no me quedaba callada, en cuanto Ángel se retraía y exponía sus púas de puercoespín, me imponía para hacerle ver que era una completa tontería y nuestra relación existía, la mayor parte de las veces.

—Mis padres se llevaban diez —explicó para justificar su decisión —. Mi padre murió y mi madre tuvo que aprender a vivir sin él.

—Los míos se llevaban ocho, mi madre era menor… Y mira lo que pasó —respondí—, fue él el que tuvo que aprender a vivir sin ella.

—Pero eso es distinto…, aquello fue un accidente.

—¡Y qué más da! Es un claro ejemplo de que no puedes predecir el futuro. No es normal enterrar a un hijo y pregúntale a papá… Él tuvo que hacerlo.

—Pero…

—Entiendo que quieras mantener la distancia, pero dame una razón mejor.

—No tengo otra razón —dijo enfurruñado.

Me encantaba cuando se ponía gruñón, así que sonreí.

—¿Crees que tus hermanos, tus cuñadas o tus sobrinos se pueden sentir incómodos si se enteran de que entre nosotros hay algo? —Negó con la cabeza de forma sutil y yo, aunque iba pendiente de la carretera, lo percibí—. ¿Y tú? Si alguno de tus sobrinos te pregunta si somos novios, ¿te haría sentir mal? ¿Te molestaría que lo supieran?

—No, María, pero…

—¿Sabes…? Creo que podemos esconderlo, creo que podemos volver atrás y volver a tapar lo que sentimos el uno por el otro, pero no serviría de nada. Ángel…, ellos ya lo saben, lo saben mucho antes que nosotros. —Aparté un segundo la vista de la carretera para mirarle—. ¿Quieres esconderlo, frenarlo? Los únicos que vamos a pasarlo mal somos nosotros.

—¿Y si no funciona?

—¿Te han vuelto a preguntar por Mercedes? —Ángel me miró sorprendido—. Ángela me contó algo y le pregunté a Juan —expliqué.

—No me han preguntado por ella.

—Lo consideraste lo suficientemente serio para presentársela a todos…, para hacerlo oficial, me refiero. No funcionó, ¿y qué pasó?

—Nada, los niños no creo que se acuerden.

—Pues ahí lo tienes, si no sale bien, yo pasaré a la historia. ¿No quieres que se den cuenta? Vale, pero dame una razón convincente.

Creo que se resignó porque no sacó más el tema. Así que llegamos a la puerta de la casa de Leo y Daniela sin haber decidido qué íbamos a hacer.

Era su familia, así que la forma en la que quería que nos relacionáramos delante de ellos era cosa suya, por eso me mantuve separada de él mientras esperábamos a que nos abrieran, parados tras el portón de la valla exterior de la casa. Dejé que Ángel decidiera cómo quería presentarme.

Se escuchó alboroto en el jardín. Risas de niños, un adulto poniendo orden. Me di cuenta de que estaba algo nerviosa y me preparé para saludar. De pronto, me vi envuelta entre los brazos de Ángel, atrapada en un beso improvisado y espectacular. No pensé en que el movimiento brusco que había hecho pudiera haberle dolido, ni recordé que la puerta estaba a punto de abrirse. Me besó como a veces hacía, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, como si este fuera infinito y no importara qué venía después. Un beso pausado, pero a la vez desesperado por poner voz a unos sentimientos que le costaba tanto expresar.

—¿Tito? Creo que no puede respirar… —dijo una vocecita a nuestros pies que puso fin al beso.

Sentí su sonrisa, y digo «sentí» porque cuando sonrió nuestros labios aún estaban unidos.

—Por eso le estaba dando aire —explicó a su sobrino, Pablo o Jesús, eran tan similares que no sabría decir—. No queremos que le pase nada, ¿verdad?

Nuestra relación existía la mayor parte de las veces porque había muchos momentos en los que Ángel dejaba de lado sus dudas y se comportaba así. Tengo que decir que me encantaba, aunque, en esa ocasión, sentir la mirada de la familia al completo, mascotas incluidas, me abrumó.

Con nuestra entrada triunfal, quedó claro que entre nosotros había algo más que una amistad.

—¿Desde cuándo? —me preguntó Daniela esa noche.

Estábamos solas, porque Leo y Ángel habían ido a acostar a las niñas, y Eduardo, Sol y sus hijos hacía rato que se habían marchado.

No respondí porque no sabía muy bien qué decir.

—¿Desde cuándo estáis juntos? —repitió Daniela. Debió de creer que no la había entendido la primera vez.

—No sé muy bien qué responderte —dije—. ¿A ratos?

Daniela se recostó en el sofá, invitándome a hablar en una posición que me decía que tenía todo el tiempo del mundo y quería saberlo.

—Es muy complicado. Con Ángel las cosas son o no son. Tan pronto se comporta como habéis sido testigos al llegar o se deja atrapar por sus dudas y se aleja.

—Ha sido toda una declaración de intenciones —comentó.

—Ya, pues un minuto antes quería todo lo contrario. —Me recosté en mi asiento, porque era un tema largo de tratar—. Le aclaré las cosas. Con lo que le pasó, decidí que era momento de dejar las tonterías de lado, y parece que los dos estamos en la misma dirección, pero…, ¿cómo explicarlo…?, es como si Ángel no terminara de soltarse, como si no parara de mirar hacia atrás o, mejor dicho, de mirar hacia delante buscando obstáculos.

—Ángel cree que es el peor de los hermanos Cano. Se ha autoconvencido de que los demás son más nobles, más buenos…, mejores. Vende una imagen de él que no tiene nada que ver con la realidad. Ha hecho sacrificios por todos nosotros que… jamás podremos devolverle.

—Lo sé.

—¿Te lo ha dicho? —me preguntó sorprendida.

—Más bien lo descubrí yo.

—Me gustas, María, porque le ves como es de verdad, y él lo sabe, le haces sentir vulnerable y eso lo asusta.

Los chicos llegaron para interrumpirnos, pero las palabras de Daniela quedaron en mi mente. Ángel se sentó a mi lado, cerca, y

entrelazó su mano con la mía. Sonreí y disfruté de su contacto.

Leo sacó el tema de la paliza, preocupado de que aún no se supiera nada, y la conversación fluyó por esos derroteros hasta que se volvió incómoda y Daniela cambió de tema.

No nos acostamos tarde porque estábamos cansados y al día siguiente había una gran fiesta que preparar.

Ángel tenía una habitación propia en aquella casa, lo que me pareció entrañable. Una habitación en la que había un armario con sus cosas, una cama de matrimonio con un edredón masculino y elegante, y unos muebles cómodos que te invitaban a pasar allí mucho tiempo. No era una habitación de invitados, ni la habitación fría de un hotel, era un espacio preparado para él. Yo no tenía hermanos, pero si Antoñín aún viviera, me hubiera gustado que nuestra relación fuera así.

—¿Necesitas ayuda con eso? —pregunté a Ángel, que lidiaba con uno de sus calcetines, que se resistía a salir.

En respuesta, un gruñido que sonó a «no».

Yo ya me había puesto el pijama y había terminado de preparar los almohadones para que él se recostara, así que no tenía nada mejor que hacer que observarle renegar.

—¿Te divierte? —me preguntó enfadado.

—Lo que me divierte es ver que eres capaz de perder el tiempo así, incluso enfadarte, porque no quieres pedirme ayuda —le dije con una sonrisa de lado a lado.

—Vaaale… ¿Puedes ayudarme a quitarme el calcetín? —cedió.

—Claro, lo haré, porque algún día te tocará hacer lo mismo por mí, pero solo por eso. Recuérdalo.

Con facilidad tiré del extremo del calcetín, que acabó en un rincón de la habitación.

—¿Piensas romperte alguna costilla para que te devuelva el favor? —me dijo apoyando la espalda sobre los cojines que yo había preparado.

—No, pero estoy segura de que será algo que alguna vez te pediré.

Gateé desde el extremo de la cama hasta ponerme a horcajadas sobre él.

—Pues estaré encantado de ayudarte cuando lo hagas si el resultado final va a ser este —dijo antes de que posara mi boca en la suya dispuesta a calmar su enfado.

Capítulo 39

Ángel

Me levanté temprano y con ganas de comerme el mundo. El dolor de las costillas comenzaba a ser soportable, por lo menos ya no me dejaba sin respiración al hacer un movimiento brusco. La noche anterior se lo había demostrado a María y estaba satisfecho. Ya solo quedaba la incómoda escayola del brazo, que, si todo iba bien, me quitarían en un par de semanas.

La casa dormía esperando a que la mañana llegara y dieran comienzo los preparativos de la fiesta, que, como otros años, empezaría a la hora de la comida y acabaría bien entrada la noche.

La madrugada era fría, pero me encontraba lleno de energía y un paseo no iba a ser suficiente para desfogarme. Me calcé la ropa de deporte y salí decidido a probarme. Llevaba más de un mes parado y aún tenía molestias, pero me sentía capaz de hacer unas series cortas. Fui un iluso. Comencé a correr y a los cinco minutos tuve que parar porque me asfixiaba. Recuperé pulsaciones e hice otro intento. Aguanté diez minutos sin echar la bilis. Volví a descansar y fui a por los quince.

Logré correr algo más, en cuanto adecué mi trote a la respiración y a la molestia de mis costillas. No eran mis ritmos, estaba a años luz, pero volví a sentirme un poco yo mismo. Para alguien como yo, que no había parado ni un día desde hacía años, el estar de baja era duro. Necesitaba volver a mi vida, a mi trabajo, a mi deporte… Necesitaba recuperar mi rutina.

Un movimiento a mi espalda me hizo parar y girarme desconfiado. No había nadie y aun así me sentí observado. Me dije que era porque era la primera vez que salía solo desde la paliza y que, aunque fuera de forma inconsciente, estar en alerta debía de ser algo normal.

Emprendí el camino de regreso porque ya no estaba a gusto. Corrí, forzándome un poco, lo reconozco. Quizá me hubiera vuelto algo paranoico, pero no conseguía quitarme la sensación de que alguien me seguía. Giré, cogiendo una de las bocacalles de la zona residencial donde vivían mis hermanos. Me apoyé sobre el muro de ladrillo de la parcela que hacía esquina y me paré a recuperar el aliento. Me sentí idiota por comportarme de ese modo, pero de todas formas me asomé a la calle por la que había venido, buscando a mi perseguidor.

En la calle solo había un corredor acompañado de su perro que probablemente seguía una ruta similar a la mía. Pasó de largo y me saludó al hacerlo con un movimiento de cabeza.

Definitivamente estaba comportándome como un idiota.

—¿Cómo narices se te ocurre salir a correr? —me reprendió Leo al llegar a casa.

—Esperaba que aún durmierais.

—Claro, que no nos diéramos cuenta es una explicación muy convincente para haberlo hecho —dijo Daniela poniendo los ojos en blanco—. Si te caes y apoyas ese brazo que aún no está curado, vuelves al punto de partida. ¿No lo entiendes?

—Tenéis razón —reconocí—, pero me sentía bien por primera vez en mucho tiempo y decidí probar. He tenido cuidado.

Leo me miró como si no se creyera ni una palabra.

—La próxima vez, me avisas y te acompaño, ¿OK?

—Claro, te iba a sacar de la cama a las seis porque quiero que tu mujer me odie. —Cogí una de las tortitas que Daniela estaba haciendo—. Me voy a la ducha y enseguida vengo a ayudar. Por cierto, Dani, están riquísimas.

—Es la receta de tu chica —respondió cuando me alejaba.

«Mi chica».

Sonreí, me gustaba mucho cómo sonaba.

Me dejaron el privilegio de despertar a mi niña el día de su cumpleaños.

—Chsss, cariño. Mamá ha hecho tortitas especiales —susurré mientras acariciaba el pequeño bultito que se escondía bajo el edredón de princesas—. Estamos todos hambrientos esperando a la cumpleañera. No nos vas a dejar tirados, ¿verdad?

Ángela abrió un ojo perezosa.

—¡Felicidades, preciosa! ¡Ya tienes ocho años! Te estás haciendo muy mayor.

—¿Me vas a dar tu regalo en el desayuno? —preguntó con voz de dormida.

—¿Eso ayudaría a que te levantaras ya? Me muero de hambre. —Ángela asintió más despierta, con los ojos muy abiertos y la esperanza de que le dijera que sí. ¿Quién podría negarse?—. Pues venga, arriba rápido, que mi superregalo especial espera.

Mi pequeña, que se había convertido en una *pataslargas*, se encaramó a mi cuello. Pesaba una barbaridad y mis heridas se resintieron, pero, aun así, la llevé a la cocina como había hecho los años anteriores, abrazada a mí como un monito.

—¡Ángela! —la regañó su madre—. ¡Vas a hacer daño al tito! Y tú… —Un dedo acusador apareció delante de mi cara—. ¿En qué estás pensando? Primero sales a correr y ahora cargas peso.

Escondiendo el dolor que supuso agacharme para descargar a Ángela en su silla, ignoré las quejas de mi cuñada y la mirada acusadora de María. Adiós a la esperanza de que no se enterara de mi carrera vespertina.

Leo, desde el otro lado de la mesa, con su pequeña África en brazos, me hizo un gesto comprensivo que venía a decir: «Bienvenido al club».

La fiesta de cumpleaños familiar de Ángela tuvo de todo. Risas, recuerdos, peleas de niños, discusiones tontas de mayores, conversaciones trascendentales y sencillas, incluso un momento vergonzoso en el que María y yo fuimos los protagonistas.

Eva y Mikka habían faltado a la celebración de ese año. Su hija Ivi, con sus casi doce meses, tenía una edad muy mala para hacer un viaje tan largo en avión y se habían disculpado, pero participaron por videoconferencia. Ángela recibió las felicitaciones y el regalo que le dieron de manos de Daniela, pero enseguida perdió el interés y se marchó a jugar con sus primos y sus nuevos juguetes. Mikka se ocupó de acostar a Ivi y Eva se quedó hablando con sus amigas, a las que se notaba que echaba mucho de menos.

Leo, Edu, María y yo charlábamos de entrenamientos algo apartados, cuando Eva preguntó por mí.

—A ver dónde está el impresentable de Ángel —se escuchó desde el monitor y todas me miraron—. ¡Ángel…, asómate que te vea! No te hagas el remolón.

Me puse de forma que entraba en el encuadre de la cámara.

—A ver, bombón, me han dicho que andas haciendo el tonto con una niña y que estáis que si sí, que si no. —Miré a Daniela y ella miró hacia otro lado, culpable. Había que ver cómo les gustaba cotillear a esas cuatro—. No está el tiempo para perderlo, ¿o no recuerdas lo que me dijiste?

Todos me miraron haciéndome sentir incómodo.

—Era la base de nuestro trato, ¿no? Ninguno quería quedarse solo, así que… ¿puedes decirme a qué narices estas esperando? Las chicas dicen que es perfecta, un poco extraña, pero ¿quién te va a aguantar tanta tontería si no?

Creo que fue Marta la que hizo señas con la cabeza a Eva para informarla de que la extraña niña perfecta para mí estaba escuchando, o quizá fueron las tres amigas.

—Ups, lo siento —se disculpó sin asomo de arrepentimiento—. ¿Puedes asomarte, María?

María se acercó a mí entrando en el encuadre del objetivo y, para mi sorpresa, lo hizo con una gran sonrisa dibujada en el rostro.

—Estas más guapa con el pelo así —dijo Eva, como si hace un minuto no la hubiera llamado rara—. Mira… Este bruto es un buen amigo. Parece una roca, aunque en realidad es como esas golosinas que son duras por fuera, pero blanditas y dulces por dentro. ¿Entiendes?

María asintió y me miró de forma divertida. Yo, por mi parte, quise matar a Eva.

—Pues bien, dejaos ya de tonterías. Deja de pensar si te lo quedas o no y haz que te ponga un anillo. Te aseguro que es un partidazo. Además, tiene unos genes perfectos para procrear, a la vista están los resultados. El genoma de los Cano es para pedir una denominación de origen.

Todos los presentes pudieron escucharlo de forma nítida.

Me atraganté. ¿Por qué narices los niños se habían quedado en silencio?

—Yo lo tengo claro —dijo María—. Es él el que anda buscando pegas.

—¿Vas a necesitar que vaya a darte una colleja? —me dijo Eva con mala leche—. Deja de darle vueltas y lánzate. ¿De qué tienes miedo?

Eva hubiera continuado achuchándome si Mikka no la hubiera interrumpido, porque iba lanzada.

—Venga, preciosa, deja al hombre tranquilo —se escuchó al otro lado de la línea, antes de que Mikka apareciera en escena—. Lo siento, ya sabéis cómo es —se disculpó con nosotros.

—María, que las chicas te den mi teléfono. Llámame si necesitas consejo o si quieres que cumpla mi amenaza y vaya a ponerle firme.

—Creo que me voy apañando, pero gracias. Te tomo la palabra. Te lo diré si no consigo que se deje de tonterías de una vez por todas.

Conversaban como si ninguno estuviera delante. Mis hermanos comentaron algo que los hizo reír y yo solo quería desaparecer y meterme en una cueva.

—Ángel, has encontrado a tu persona. No la dejes escapar —me dijo antes de cortar la videollamada.

Miré a María, seguro de que era mi persona, pero se confirmó cuando ella dibujó un «te quiero» con los labios, sin voz, pero tan claro como siempre, y noté que mi pecho se hinchaba de felicidad.

Me acerqué y la abracé, obviando que todos a nuestro alrededor estaban mirándonos con disimulo. Me dio igual. La apreté fuerte y antes de besarla le susurré al oído: «Es cierto que eres mi persona, ten paciencia con mis dudas porque sé que poco a poco conseguiré olvidarlas».

Capítulo 40

María

Me gustó Eva, pero no me gustó saber que había hecho un trato con Ángel, y que si Mikka, al que todos llamaban el Vikingo, no se hubiera cruzado en su camino, era posible que ambos estuvieran juntos.

—¿También te acostaste con ella? —pregunté un poco molesta unas noches después, cuando di por sentado que la duda no abandonaría mi cabeza.

Me miró con esa expresión que ponía cuando se burlaba de sus hermanos.

—No sé de quién me hablas.

Que no me respondiera y se hiciera el tonto, cuando los dos sabíamos de quién estábamos hablando, me enfadó un poco. Lo entendí como una forma de eludir darme una respuesta afirmativa que ambos sabíamos no me iba a gustar.

—OK…, quizá la pregunta correcta no sea esa. Vuelvo a preguntar: de las mujeres que he conocido estos días, ¿con quién no te has acostado?

Mi tono sonó enfadado, lo reconozco, y, pese a ello, la pregunta le provocó una carcajada, que se cortó en cuanto me miró a la cara y se dio cuenta de que no estaba para bromas.

—¡Ostras, María! ¿De verdad vamos a empezar con eso? No te tenía por una mujer celosa.

—Ni lo soy, pero… que no quieras responderme…

—He estado con muchas, tengo muchos años… —puse los ojos en blanco porque siempre sacaba a colación su edad en nuestras conversaciones—, pero en respuesta a tu pregunta: solo una. Eva y yo solo somos amigos. Nunca hemos llegado a nada y nuestro trato fue una medida desesperada. Un último recurso.

—No me gusta que siempre hagas alusión a tu edad. Ya sabes que no me importa. Eres un madurito cañón —se lo dije al oído, más tranquila por su respuesta, y acompañé mis palabras con un pequeño mordisquito en el lóbulo de su oreja.

—Niña, este viejo va a demostrarte de lo que es capaz.

Me había avisado, y lo hacía a menudo, pero siempre las expectativas se quedaban en nada en comparación con la realidad.

Su brazo seguía escayolado y no lo podía apoyar, pero eso no impidió que me hiciera vibrar. Las veces anteriores, a excepción de la primera, por sus heridas, él había tenido que actuar de forma pasiva. Esa noche la pasiva fui yo y tuve que serlo porque las sensaciones me dejaron bloqueada.

Tal y como había prometido, Ángel poco a poco comenzó a dejar sus prejuicios de lado y, conforme lo hizo, la relación empezó a funcionar. Salíamos a correr juntos, hacíamos turismo, recogíamos a sus sobrinos del colegio y los llevábamos a las extraescolares o a merendar. Estábamos tan a gusto que no teníamos prisa por regresar a casa.

—Esta semana trabajo de tarde, ¿le digo a Leo que recogéis vosotros a Ángela? —me preguntó Daniela una mañana.

Ángel había acompañado a su hermano a ver una obra, seguía de baja, pero necesitaba regresar a la rutina como respirar. Yo me había quedado en casa con Daniela y África, y Sol se había acercado al levantarse porque había trabajado la noche anterior. Estábamos en la cocina, que me encantaba porque, además de ser enorme y luminosa, tenía grandes ventanales al jardín desde los que se podría ver a los niños jugar mientras se hacía la comida. En una esquina, había una mesa rinconera en la que una gran familia se podía sentar a comer o a jugar, con unos preciosos cojines amarillos que hacían

juego con los adornos de los muebles. La casa de Leo y Daniela era muy bonita, pero de todas las estancias, con diferencia, me quedaba con aquella.

—Sí, claro, en lo que podamos ayudaros.

Me llevaba bien con ellas, aunque entre las dos, a veces, me sacaban los colores. Se conocían desde hacía tanto tiempo que conversaban de cosas íntimas con tanta naturalidad que me costaba seguirles el ritmo.

—¿Hasta cuándo os quedáis? —preguntó Sol.

—El lunes Ángel tiene que ir a la revisión del brazo, a ver si le quitan la escayola y comienza la rehabilitación, así que nos quedaremos una semana más, si no es una molestia, claro.

—¡Bah! Dani y Leo están encantados de teneros aquí —respondió Sol por su amiga—. Debes de estar deseando que le liberen el brazo, sin una mano es complicado hacer ciertas cosas —añadió con picardía.

—No parecen tener problemas —comentó Daniela y yo enrojecí como un tomate.

—No te dé vergüenza —dijo Sol—, nosotras de entre todas las mujeres del mundo sabemos lo que es estar con un Cano, y más ella que duerme con un clon del tuyo.

—¿Qué habláis, chicas? —interrumpió Leo.

Los tres hermanos hicieron acto de presencia.

—¿Te están molestando? —me preguntó Ángel dándome un beso en la frente—. Estas dos cuando se juntan son terribles.

—No te confundas, cuñado —dijo Sol—, solo estamos haciendo piña. Tu chica nos gusta, pero tiene que aprender aún algunas cosas.

—¡Qué bien! Traéis comida china, tenía antojo —exclamó Daniela cogiendo las bolsas de la mano de Edu para ponerlas en la mesa de la cocina.

La palabra «antojo» pareció dejar a los tres hombres en *shock*. Leo incluso perdió el color de la cara.

—No por esa razón —explicó Dani cuando se percató de la reacción de su marido—. Ha sido un decir. No puede ser… o, al menos, no creo que lo sea.

No sé si esa negación tan rotunda seguida de otra más dudosa tranquilizó algo a Leo, pero el pobre recuperó el color, rodeó a su mujer por la cintura y le susurró algo al oído que quedó entre ellos. Los demás solo pudimos ver la mirada enamorada que le regaló Dani.

Tomamos la comida china que habían traído, y después cada uno continuó con sus cosas. Ángel y yo fuimos a recoger tranquilamente a Ángela al salir del colegio.

Esa tarde, la niña no tenía extraescolares y, por lo que nos dijo, tampoco deberes porque los había hecho en el recreo del comedor, para estar libre de responsabilidades y poder hacer con nosotros algo divertido. La llevamos al centro comercial, la noche anterior había terminado de leer un libro de princesas que le había encantado y habíamos prometido comprarle el siguiente de la colección. Después iríamos todos a merendar un trozo de tarta.

Me pareció verle en la zona de videojuegos, cuando yo buscaba unos cuentos con moraleja para los gemelos, pero era poco probable, así que me dije que sería alguien con unas facciones similares. No le di importancia.

En la puerta de la pastelería, antes de entrar, Ángela me pidió que le rehiciera la coleta. Le quité la goma y le peiné el pelo con los dedos. Al levantar la vista, mientras me aseguraba de que la goma sujetara bien todos los mechones, le vi. No era nadie semejante, era él, y no tenía por qué estar allí. Los recuerdos regresaron a mi mente como *flashes* del pasado. Todos los lugares y momentos en los que había visto ese rostro con anterioridad me avasallaron y lo vi todo con una claridad abrumadora.

Tenía que hacer algo.

—Ya está, preciosa —le dije a Ángela—, ¿puedes pasar a la cafetería e ir escogiendo lo que vas a tomar?

Ella me miró y asintió feliz.

—Perdóname por lo que voy a hacer —le dije bajito y no sé si llegó a oírme.

Cuando me aseguré de que la niña estaba dentro y no podía ver lo que iba a hacerle a su tío, llamé a Ángel.

—Tienes razón —le dije, y me miró sorprendido—. Esto no va a funcionar —aclaré, quizá con una voz un poco más alta de lo que era necesario, pero necesitaba que todo el mundo viera lo que estaba pasando entre nosotros—. No puedo más, lo he intentado, pero es imposible. No soporto tu indiferencia. ¿Cómo pudiste renunciar a ella? ¿Quién narices hace eso? Lo he pensado y tienes razón. Me merezco a alguien mejor.

Sé que lo apuñalé directo en el corazón al recordarle a su hija y el dolor de su mirada me partió el alma. Pero era un daño necesario que tenía un objetivo claro.

—¿A qué viene esto? —me preguntó con un hilo de voz.

—A que acabo de verlo todo cristalino. No quiero seguir perdiendo el tiempo contigo, a ti se te acaba, pero a mí no. Yo tengo aún una vida por delante. No necesito atarme al primer acabado que se me cruza por delante, por muy bueno que esté y muy guapo que salga ante la cámara. Mis *followers* se merecen también a alguien mejor. Me largo.

Ángel me miró como si me hubieran crecido setas en la cabeza.

—Yo pensé… —La gente comenzó a mirarnos, por eso creo que Ángel se volvió orgulloso—. Pues, preciosa, lárgate con tus seguidores y regresa a tu mundo de fantasía de mierda —me dijo.

—Eso haré.

Me di la vuelta y los dejé allí.

Solo antes de marcharme me permití mirar para asegurarme de que Jordi había visto bien cómo había roto con Ángel para siempre. Al hacerlo vi también a Ángela mirarme decepcionada desde la puerta de la cafetería. No había estado bien, pero había sido necesario.

Regresé a casa de Leo sola, recogí mis cosas y me marché esa misma tarde.

—Cuida de él —pedí a Leo antes de irme—, yo dejaré el coche en su casa y me marcharé. Siento que todo haya salido así. Muchas

gracias por vuestra hospitalidad.

Me despedí con palabras vacías, formales y frías, cuando lo único que quería era abrazarme a aquel hombre tan parecido al mío, pedir perdón y buscar cobijo.

No recuerdo cómo conduje de regreso a Murcia. Las lágrimas emborronaron gran parte del camino y fueron muchos los momentos en los que el vehículo que tenía delante desapareció sin darme cuenta, pero llegué, recogí mis cosas y me marché.

Capítulo 41

Ángel

La pequeña me miró desde la puerta con los ojos llenos de dudas.

«¿Qué ha pasado?», me preguntó sin palabras, pero yo no supe qué responder porque yo mismo tenía la cabeza llena de preguntas.

Estábamos bien o, al menos, era lo que creía; se ve que estaba muy equivocado.

Habíamos ido allí a merendar, y me centré en ello, para no analizar cada puñalada que me había dado María con cuatro palabras.

—¿Has pensado qué vas a tomar? —pregunté a Ángela obviando lo ocurrido.

—¿Compartimos una de chocolate?

Asentí y pasé con mi pequeña dentro del establecimiento, olvidándome de las miradas de la gente que había sido testigo de la forma en la que la mujer de mi vida, mi persona, había pisoteado mi alma.

—Tito, ¿María ya no quiere ser tu novia?

—Parece que no, pequeña, pero ¿te importa si no hablamos de ello?

Mi niña me sonrió, me dio el mejor abrazo del mundo y, con él, se clavó un poco más uno de los puñales de María.

«¿Quién renuncia a su propia hija?».

Estaba claro que nadie con el que mereciera la pena estar.

Leo me envió un mensaje pidiéndome que le esperásemos porque venía de camino a recogernos. Eso significaba que María ya había

pasado por su casa y toda la familia estaría al tanto de lo ocurrido.

Llegó un rato después, Ángela y yo esperábamos en el sitio acordado en el momento acordado, así que nos montamos en su coche sin que él se bajase.

—¿Qué narices has hecho esta vez? —me dijo antes de arrancar.

No respondí, qué más daba, mi hermano, como siempre, ya había decidido que yo había sido el detonante de la marcha de María. Y seguro que tenía razón, aunque yo seguía analizando cada una de mis palabras y mis actos de aquel día buscándolo.

Como imaginaba, María y sus cosas habían desaparecido de aquella casa como si jamás hubieran existido. Me encerré en mi habitación y me tumbé en la cama devastado. Nadie me molestó, por lo menos hasta la noche, cuando Ángela pasó a dejarme su osito de peluche, su preferido, para que no me sintiera solo.

Tengo que reconocer que el gesto me emocionó un poco y fue por eso, solo por eso, que se me escapó alguna lágrima.

El resto de la semana sobreviví como un fantasma, un cascarón vacío de un hombre que había perdido la última esperanza. Solo cuando mis sobrinos y Ángela rondaban a mi alrededor me obligaba a ser un poco ese tío divertido que siempre habían conocido. Escondía mi amargura e intentaba apartar mis sentimientos, sin mucho éxito.

Eduardo fue el encargado de llevarme a Murcia el lunes para que me quitaran la escayola. Hasta ese día nadie, ni siquiera las chicas, se había metido en mi vida. Todos me habían dejado rumiar mi pena en silencio.

—La niña dice que no hiciste nada, que de pronto ella comenzó a gritarte —comentó Eduardo en el viaje—. ¿Fue así?

—Está claro que algo debí de hacer para que reaccionara de ese modo.

—Pero…

—Mira, Edu, he analizado cada instante de esa tarde y no he encontrado un porqué. Quizá se dio cuenta de qué clase de persona soy en realidad.

Mi hermano se quedó callado un rato.

—Eres el mejor de nosotros, es idiota si no ha sido capaz de verlo —dijo finalmente.

—¡Ja! Mis actos no dicen eso. Renuncié a mi propia hija, creo que es razón suficiente para mantenerse lejos de mí.

—¿Es por eso? ¿Te lo ha dicho?

—Entre otras cosas.

Eduardo apartó la vista de la carretera para mirarme. Para ver a su hermano mayor, un hombre solo y derrotado que había tomado malas decisiones a lo largo de su vida.

—Puede que al principio ninguno entendiéramos tus razones, pero lo que hiciste…, lo que has sacrificado… Pocas personas son capaces de hacer lo que tú has hecho por Leo y Daniela. Mamá estaba orgullosa.

Que mi hermano dijera aquella última frase con tanta seguridad provocó que mis ojos se humedecieran. Los hombres no lloran, así que miré por la ventanilla y esperé a que el problema estuviera contenido.

Edu me dejó con Juan sin mucho bombo y platillo, con la promesa de que hablaría con ellos si necesitaba algo, y regresó a Madrid. Por suerte, vivir de la caridad de otros al final de esa semana se habría acabado, cuando por fin pudiera ponerme al volante de mi coche y comenzar a trabajar.

Juan me llevó a la cabaña al día siguiente, después de que, esa noche, ambos ahogáramos las penas en su piso con un par de botellas de vodka.

No era el único hombre jodido de la familia. Los dos habíamos sido abandonados.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a olvidarla o vas a buscarla? —pregunté recordando la conversación sobre Sandra que habíamos tenido hacía tiempo.

—Ir a buscarla supone abandonarlo todo por ella.

—¿Merece la pena?

—Sí —respondió de inmediato.

—¡Joder! Pues hazlo. —Lo dije como si fuera obvio, quizá fue por la borrachera, pero lo vi tan claro…

—¿Y tú? ¿No vas a intentarlo?

Me devolvió la pelota.

—Lo nuestro no tiene solución —respondí.

No sé si la tenía o no, pero aquello era lo que quería creer.

Al día siguiente, tardé dos horas en la soledad de la cabaña en decidir ir a casa de Antonio. Me dije que era para recoger a Zen, no para saber si María estaba allí. No tenía nada que ver que mi casa oliera a ella y en cada rincón hubiera un recuerdo. Solo necesitaba recoger a mi perro al que hacía dos semanas que no veía.

Echaba de menos a Zen, solo era eso.

No estaba allí. María. Zen sí, y se puso muy alegre por volver a verme.

—Estuvo aquí una noche y luego se marchó. No quiso decirme a dónde —explicó Antonio.

—No he preguntado —dije, quizá un poco desagradable.

—Lo sé, pero también sé que quieres saberlo. —Me miró con cariño—. María tiene un carácter difícil, haber perdido a su madre y a su hermano tan pequeña creo que hace que tenga miedo a querer demasiado. A sentir sin control.

«¿Es así como me quería? ¿Sin control?».

—No estoy seguro de que llegáramos a ese punto —dije.

—Puede ser, quizá habéis parado esto antes de hacerlo. Tú tampoco tienes un carácter sencillo.

—¿Qué te contó? —pregunté—. Siento que, en todo esto, se me escapa algo.

—Solo dijo que estaba haciendo lo que tenía que hacer, y no sé qué de protegernos. No la entendí muy bien.

Aquella última frase de María a su padre terminó de descolocarme del todo.

Recuerdo que ese día cuando regresé con Zen me senté en el porche con él a mi lado, mi amigo fiel que de alguna manera sabía que su dueño estaba roto.

—Chico, nos volvimos a quedar solos —le dije acariciando su hocico, y me miró con los ojos cristalinos llenos de emoción como si él la echara de menos tanto como yo.

No entendí nada de lo que había pasado hasta un mes después.

Regresé al trabajo, haciendo más funciones de supervisión de las que me habría gustado, pero mis huesos aún se resentían con movimientos forzados. Iba al fisio, hacía ejercicio e intentaba no pasar demasiado tiempo en mi cabaña, incluso dormía en el sofá cama del salón. Podía subir y bajar a mi dormitorio por la escalera de mano sin problema, de hecho, lo hacía varias veces al día, para vestirme, para limpiar o simplemente para sentarme en la cama y pensar en ella.

Los fines de semana quedaba con Antonio, bien le ayudaba en su huerto, bien me ayudaba él en el mío, una parcela de terreno que había perdido mi interés porque lo había plantado solo por María, para que pudiera tener verduras de temporada frescas que usar en sus recetas, algo que había dejado de tener sentido.

Tardé un mes en reunir las razones suficientes por las que debía recuperar mi cama. Un mes en mentalizarme de que ella no aparecería en el umbral de mi puerta con una explicación trivial que lo arreglaría todo.

—Debo recuperar mi vida y hay que empezar por la cama —le dije a Zen, que como siempre me escuchaba en silencio con sus ojos vidriosos—. ¿Qué me dices, chico? ¿Lo intentamos?

Pareció asentir y eso me animó a abrir las mantas.

Me tumbé. El dolor del costado ya solo era una ligera molestia cuando me tumbaba o me levantaba. Apagué la luz, me puse de lado y abracé la almohada metiendo el brazo por debajo de ella. Algo crujió al hacerlo. Palpé en la oscuridad, intentando descubrir de qué se trataba.

Una nota.

Era una nota de María.
Una nota en la que lo explicaba todo.

Capítulo 42

María

Querido Ángel:

Antes de explicarte las razones que me llevan a desaparecer de este modo, déjame pedirte perdón. Siento en el alma las cosas que te dije y, sobre todo, haberlo hecho con Ángela delante, pero tenía que ser en ese momento, tenía que ser algo que te dejara bloqueado e impidiera que me siguieras, algo que él viera que era un final definitivo. Algo que os apartara de mí y, por tanto, del peligro al que os había expuesto.

Es gracioso cómo siempre te has contenido creyendo que no eras suficiente para mí, las veces que me has dicho que buscara a alguien mejor, cuando era yo la que no lo era para ti.

No creo nada de lo que te dije aquella tarde, sino todo lo contrario, pero sé que tú sí, y usé eso para romper, aunque me rompiera contigo. Siempre llevaré en la memoria tu mirada triste en ese momento. Te traicioné y entendería que me odiaras por ello, pero quiero que sepas que lo hice para protegerte.

Tu paliza fue por mi culpa, el allanamiento de tu casa fue por mi culpa, y tengo miedo de lo que Jordi pueda hacer si no me alejo de todos vosotros.

Cometí el error de hacer mi vida pública y ahora estoy recogiendo los frutos de ello, pero no puedo arrastrarte conmigo por mucho que me duela.

Con esta nota solo quiero decirte que cada palabra, cada sentimiento y cada gesto fue cierto, que eres el hombre perfecto con quien hubiera querido pasar el resto de mi vida, que dejes de sentirte menos que nadie porque tienes el corazón más grande que conozco, y que sé que, tú mejor que nadie, entenderás que tenga que renunciar a todo por ti, aunque lo sienta cada día de mi vida.

Te quiero, Ángel, y pese a mis palabras aquella tarde, siempre te querré.

María

Terminé de escribir la nota y me sentí algo menos culpable. Cuando Ángel la viera yo ya estaría lejos, me dolería igual lo que había hecho, pero al menos él tendría la explicación real del porqué. Esperaba que sirviera para reparar un poco el daño que le habrían causado mis palabras.

Un mes después seguía escondida en un apartamento turístico de un apartahotel de Los Alcázares, sin salir y sin hablar con nadie. Solo Corrales me llamaba de vez en cuando para hacerme preguntas cuyas respuestas les permitieran avanzar en la investigación.

Con su ayuda había simulado que regresaba a Barcelona, cogiendo un avión en Alicante al que nunca subí. Luego me habían escondido en ese apartamentillo que ni siquiera tenía vistas al mar, solo a un campo de golf en medio de un secarral. Echaba de menos a Ángel, a Zen, a mi padre, la brisa del mar y el olor a madera de la cabaña. Lo único que me quedaba eran mis recuerdos, las fotos y los textos de sensaciones que había escrito durante los mejores meses de mi vida y que, sin otra cosa que hacer, estaba organizando para que, unidos, formaran el libro que quería escribir.

En ese mes había hecho balance de mi vida, me había sumergido en la relación de Santi, en cada foto, cada detalle, cada momento y cada recuerdo para percatarme de que ya no dolía. No echaba de menos esa vida, ni a él. Ese repaso tuvo dos objetivos: por un lado, sirvió de comienzo para mi libro. La caída, la desolación, el momento

en que te das cuenta de que tu mundo perfecto se viene abajo, para luego, poco a poco, ser consciente de que lo que te parecía importante no lo era en realidad, y empezar a fijarte en pequeñas cosas, en tonterías, como las motas de polvo que bailan en un rayo de sol, una vista del mar, un abrazo, la compañía silenciosa de un perro, un zumo de naranja diariamente en la mesilla, el sonido de una risa…

El segundo objetivo fue profundizar en esos trazos de mi vida con Santi, buscando algo que pudiera involucrarle o relacionarle con los grupos ilegales con los que sabíamos había tratado.

En cuanto a Jordi, había quedado claro que podría ser el responsable del vídeo, del allanamiento y de la paliza a Ángel. Según me dijo la subinspectora, lo tenían vigilado porque necesitaban un movimiento en falso para pillarle, ya que las pruebas no eran lo suficientemente concluyentes y estaban deseándolo porque creían que podía estar en posesión de grabaciones e imágenes tomadas cuando siguió a Santi que los ayudarían con la investigación de los grupos ilegales con los que creían que este se había relacionado.

—Tengo una carpeta llena de fotos de eventos en las que sale Jordi —expliqué a la subinspectora en una de sus llamadas—. ¿Cómo puedo hacérosla llegar? Creo que podría servir como prueba.

Me había impresionado darme cuenta de que Jordi había sido un personaje secundario y silencioso en la vida de Mary Gym. Aparecía en fotos de eventos, en actos públicos, pero también en imágenes de mi vida personal, muchas veces tan cerca que no entendía cómo no me percaté cuando le conocí paseando a Zen.

—Déjalo en la bandeja de la comida.

—¿Se sabe algo de él? ¿Sigue en Barcelona?

—No, ha vuelto a El Portús. Te está buscando. —Saber que volvía a estar cerca de las personas de las que había intentado alejarme me asustó. Temí por Ángel y la mujer lo percibió—. No te preocupes, esta vez no le pasará nada, lo tenemos vigilado y Ángel está avisado.

—¿Cómo que está avisado?

La subinspectora no era una mujer tierna y entrañable, así que sé que le costó un mundo darme explicaciones.

—Tu novio me llamó cuando encontró tu nota. Temía que te hubieras largado por tu cuenta y que estuvieras en peligro. Fue persistente, así que no tuvimos más remedio que informarle. Creo que Jordi está comenzando a desesperarse y va a acercarse a él.

—No dejes que le pase nada —supliqué y, con voz incómoda por mi arranque de sensiblería con el que ella no congeniaba, Corrales me lo prometió.

Creo que nuestra historia terminó por ablandarla.

Dos semanas después estaba asomada a la ventana esperando un cambio. Mi libro estaba casi terminado —por lo menos la primera vuelta—, había revisado todas las fotos de mi vida, las fotos de todos los tipos de dudosa reputación que me había enviado Corrales por si entre ellos había alguno que pudiera relacionar con Santiago, la televisión no la soportaba y no había ningún libro en mi *ebook* que captara mi atención. Los turistas ni siquiera se bañaban en la piscina y lo más interesante que podría pasar era que la patrulla Águila hiciera prácticas en el trozo de cielo que veía desde mi posición, pero eso solía ocurrir por las mañanas. Incluso los ejercicios que hacía diariamente ya no eran suficiente. Necesitaba salir y acabar con aquello.

—Cuando salga de aquí pienso andar durante días y dormir al aire libre aunque haga frío.

Ya hasta hablaba sola.

Unos suaves golpes en la puerta rompieron mi monotonía. Es sorprendente cómo algo tan trivial puede acelerarte el corazón.

Miré a la puerta con miedo a preguntar. No era hora de traer ni recoger la bandeja de comida, ni la basura ni las toallas sucias.

La manivela se movió y la hoja comenzó a abrirse.

Tenía que ser alguno de los policías que vigilaban mis espaldas y con los que apenas había tenido relación.

La puerta terminó de abrirse y tras ella apareció uno de los polis, como pensaba.

—Tienes visita —dijo, y me pareció verle esconder una sonrisa.

No pensé si estaba presentable, tras un mes y medio de encierro mi aspecto había dejado de importarme, y aunque me duchaba y aseaba a diario, no me ocupaba de peinarme mucho el pelo cuando se secaba después de lavarlo.

No me dio tiempo a preguntarle nada porque Ángel apareció en el umbral, con ojeras, con aspecto algo desaliñado, pero con una sonrisa enorme en la cara.

Creo que grité y me tapé la boca y comencé a llorar como una tonta sin saber si era felicidad o tristeza. Había renunciado a volver a verle y le había echado tanto de menos…

En dos pasos estuvo a mi lado, abrazándome y besando mi rostro lleno de lágrimas.

Alguien cerró la puerta tras él, regalándonos intimidad.

—¡Ángel! ¡Oh, Dios! ¡Ángel! —repetí sin poder creerme que estuviera allí delante de mí.

—Ya ha pasado, pequeña. Todo está resuelto, ya nadie volverá a hacerte daño.

Tuvo que repetírmelo varias veces para que mi mente asimilara sus palabras.

Luego nos sentamos en la cama, me abrazó para no perderme y me contó cómo había acabado todo.

Capítulo 43

Ángel

Corrales me había avisado de que Jordi había regresado y me había pedido que estuviera pendiente ante cualquier extraño que viera merodeando.

—Y no hagas el imbécil desapareciendo solo por ahí, le he prometido a María que te protegeríamos —había dicho antes de colgar, después de darme mil indicaciones por si Jordi se acercaba a mí.

No poder verla me estaba volviendo loco, pero saber que María se preocupaba por mí, allá donde estuviera, me agradó.

El sábado por la mañana salí a correr, no tan temprano como otras veces porque iba a ser Antonio el que viniera a casa y no al revés. Estaba orgulloso de mis avances, ya rozaba mis ritmos habituales y me sentía casi recuperado. Esa mañana, Zen también estaba lleno de energía como si percibiera mi estado de ánimo.

Se adelantó al ver a un perro que paseaba con su dueño al final del camino y se paró a olisquear. Yo aumenté el ritmo para estar cerca por si se enzarzaban en una pelea, pero por el comportamiento de mi amigo entendí que se trataba de una hembra.

—¿Qué tal, Zen? ¿Dónde has dejado a tu dueña?

Llegué justo en el momento en que el hombre preguntaba al perro, obviamente esperando a que yo respondiera.

Supe que era él en el mismo momento que le vi la cara. El mismo corredor que me había seguido en Madrid cuando retomé mi ejercicio matutino.

—¿Dueña? Yo soy el dueño de Zen —corregí, de forma afable, escondiendo la repulsión que tenía y mis ganas de golpearle hasta hacerle pagar por lo que había hecho.

Me paré a su lado para recuperar el aire y toqué el móvil parando la música. Un gesto sencillo, cotidiano e inocente, que era imposible que le hiciera sospechar que, en realidad, había conectado la grabadora.

—Por lo que veo los perros se conocen —comenté de manera amigable.

—Sí, hemos coincidido algunas veces en nuestro paseo con tu novia. A Estrella le gusta mucho jugar con Zen.

No respondí porque me costó esconder el efecto que tuvo su voz en mi mente. Un *flash* de un aviso o, mejor dicho, una amenaza cuando yo había estado tendido en el suelo casi inconsciente me golpeó.

—Aléjate de ella o esto no será nada en comparación con lo que te pasará —había dicho la misma voz, cargada de odio, mientras yo me retorcía en el suelo malherido.

Sonreí, creo que de la forma más falsa en la que lo había hecho nunca, y permanecí en silencio observando a los perros corretear ajenos a nosotros.

—Hace mucho que no la veo, por cierto, ¿cómo está? —preguntó cordial.

—No sabía que conocieras a María, lleva poco tiempo aquí y no sale mucho. Está en casa, ¿te apetece verla?

Corrales me había dicho que si se acercaba a mí, no hiciera nada, pero no fui capaz. Lo tenía delante, el mismo tipo que me había golpeado hasta casi matarme, el que había acosado a María desde hacía meses y el que había destrozado su boda y su futuro, aunque, por eso último, debería estarle agradecido.

—Gracias —le dije. Me miró sorprendido—. A mí tampoco me gustaba el tal Santiago, pero a veces las mujeres no son capaces de ver a un cabrón aunque lo tengan delante.

El hombre me miró extrañado.

—Sí, hombre… —añadí—, por lo del vídeo… No sabes lo agradecida que te está María por ello.

—No sé a qué te refieres.

—Venga, no seas modesto. Tuvo que ser difícil colarte en las orgías que se montaba el tipo y grabarle, pero… lo de proyectarlas en el banquete… Eso fue todo un acierto. Destruiste a Mary Gym.

—¡Yo no destruí a Mary! Yo solo quería que abriera los ojos… No se daba cuenta de nada de lo que hacía él a sus espaldas.

Deseé que la confesión se hubiera grabado, él en cambio se arrepintió de haber hablado porque cerró la boca de golpe.

—¡Vaya! Pensé que… No sé… Al hacer públicos esos vídeos, de esa manera… Pensé que destruir su figura pública era tu objetivo.

—¡Nooo! —gritó—. Él tenía que desaparecer de su vida para siempre, avergonzado. Ella iba a volver tras un tiempo. El culpable era él, no ella. Pero tú… —Me amenazó con un dedo largo y delgado. Sus ojos parecían los de un loco—. Tú no la dejas. La mantienes escondida, engañada, como una ermitaña, desviando su atención de lo que es importante. Eres tú el que lo ha estropeado todo.

—¿Por eso entraste en mi casa?

—¡Necesitabas un aviso! Estabas intimando con ella —chilló enfurecido.

—¿Puedo hacerte una pregunta más? —No esperé su visto bueno —. Tengo claro que me golpeaste por no darme por aludido, aunque en mi defensa diré que tu mensaje fue demasiado confuso. Pero… Mírate y mírame. —Él era un hombrecillo enclenque en comparación conmigo y que me hubiera apaleado de esa manera hería mi orgullo, así que tenía que saberlo—. ¿Qué usaste? ¿Un bate?

—Una barra —respondió. Creo que pensó que ya no tenía sentido esconder nada—. Y seguiste sin entender.

—Quiero a María y tú no puedes cambiar eso —dije con sinceridad —. ¿Qué piensas hacer?

Jordi miró a su alrededor, nervioso. Estábamos en medio del campo en una zona por la que rara vez pasaba alguien. Los perros

se habían alejado correteando, demasiado entretenidos en sus juegos.

—¿Dices que María está en tu casa?

Asentí y, después de asegurarse de que nadie podía vernos, sacó una pistola y la dirigió a mi pecho.

Me acojoné al ver el arma y me arrepentí de no haber hecho caso a Corrales, aunque poca solución había ya.

Estábamos lo suficientemente cerca como para que fuera imposible que errara el disparo, y los nervios podían hacerle apretar el gatillo con cualquier ligero movimiento en falso por mi parte.

Me quedé quieto, levanté las manos en un vano intento por calmarle y recé para que Corrales tuviera a alguno de sus hombres vigilándonos como me había dicho.

—Date la vuelta y ponte de rodillas, con las manos en la cabeza —ordenó.

Iba a ser una ejecución.

—Si me disparas, María no va a estar contenta.

—Cuando no te interpongas entre nosotros, María se dará cuenta de lo que es mejor para ella.

—¿Y cómo vas a explicar mi ejecución?

—No se pueden hacer tratos con ciertas personas.

Sentí el cañón de la pistola en la nuca y cerré los ojos.

Si moría ese día, al menos tenía material grabado para que la subinspectora hiciera su trabajo. Pensé en Ángela, en María, en mi familia, en Antonio, en mis amigos, y me di cuenta de que, si Jordi disparaba, muchas personas me echarían de menos. Si era así, no lo había hecho tan mal en la vida.

Respiré profundamente y me preparé. El latido de mi corazón me tronaba en la cabeza, no por la carrera, más bien porque mi cuerpo estaba alerta.

De pronto, un disparo resonó haciendo eco, Zen ladró asustado y yo caí hacia delante por inercia.

Escuché voces y pisadas, y sentí la húmeda lengua de Zen lamerme la cara. Recuerdo que pensé que morir no había sido tan malo, hasta que me di cuenta de que el muerto no era yo.

Los agentes de policía que habían estado siguiéndonos me ayudaron a incorporarme.

—¿Está bien, señor? —preguntó uno de ellos.

—Chico, con decirte que no me ha molestado que me llames «señor» te lo digo todo. Acabáis de regalarme diez años por lo menos.

La subinspectora se movió rápido, con mi grabación consiguió una orden de registro de la casa de Jordi y se pusieron a trabajar con lo que allí había en el que era su objetivo principal, conseguir pruebas que permitieran imputar delitos de prostitución de menores, apuestas ilegales y compra-venta de drogas a algunos de los tipos con los que Santi se había estado relacionando.

A alguien que ha tenido la punta de una pistola en la cabeza no se le niega nada, por lo que cuando pedí ver a María no dudaron en llevarme con ella.

—Corrales está un poco enfadada —dije a María, que había escuchado mi relato con atención—, pero ha merecido la pena porque al fin ha terminado y no voy a dejarte marchar de nuevo.

—Si vuelve a pasar algo así, prometo decírtelo, de algún modo.

—Nena…, no puede volver a pasar algo así, o acabarás con mi vida antes de tiempo.

La abracé y la besé de nuevo. No podía separar mis manos de su cuerpo ni mi boca de su piel, pero no era el lugar, cuando un policía esperaba al otro lado de la puerta.

Ella debió de pensar lo mismo.

—¿Podemos irnos a casa?

—Claro, preciosa, Zen se pondrá loco de contento al verte.

La ayudé a recoger sus cosas de aquel minúsculo apartamento, con una gran sonrisa. Mi chica consideraba la cabaña como su casa, su hogar, y eso me hacía el hombre más feliz del mundo.

Me quedé parado, probablemente con cara de bobo, viéndola cerrar su maleta. María se dio cuenta y me miró. Sonrió y sus ojos

se iluminaron.

—Te quiero —me dijo.

—Y yo a ti, preciosa, y yo a ti. —Bajé la maleta de la cama y me cargué la mochila del portátil al hombro, dejando una mano libre para poder tomarle la suya—. Vamos a casa —le dije.

Epílogo

María

Un año y medio después

Cuando envié el libro a las editoriales no quise que me relacionaran con Mary Gym. No sé si aun así lo hicieron y por eso me contactaron enseguida, o fue porque consideraron que el libro tenía potencial. Como cualquier escritor, me gustaría pensar que fue lo segundo.

Pero cuando el libro salió, al principio en digital y con una pequeña tirada en papel, y empezó a venderse lo suficientemente bien como para tener que sacar una segunda edición de mayor envergadura, y esta también se agotó, fue inevitable que algunos de los lectores relacionasen a Mary Gym con María Gómez, y todo se convirtió en una locura.

Mi antigua agente tuvo que volver a encargarse de mis compromisos, aunque esta vez fueron seleccionados con cuidado, porque, aunque conocida, no quería volver a ser mediática.

Firmar ejemplares en una caseta del Retiro en plena Feria del Libro de Madrid fue una experiencia espectacular. Aunque la familia me había acompañado con intención de que juntos diéramos un paseo por el parque al terminar, en cuanto vimos la larga cola nos dimos cuenta de que no sería posible, así que hicieron su excursión sin mí. No me importó demasiado, porque en cuanto comencé con las firmas y cada lector me dedicó unas palabras de agradecimiento

me sumí en una nube de felicidad. Una sonrisa perpetua se asentó en mi cara incapaz de contenerla, igual que me había pasado el día de la boda, cuando había salido de la pequeña ermita de la Virgen del Carmen de Galifa del brazo de Ángel ya siendo su esposa.

—La forma en que describes las cosas pequeñas hace que te pares a verlas y les des la importancia que merecen —me dijo un hombre mayor con cara agradable al que acompañaba su mujer, mientras yo escribía una pequeña dedicatoria para Manuel y Carmela, que eran sus nombres.

—¿Me permiten que se la robe un momento?

La voz de Ángel se escuchó detrás de mí. Me giré y creo que no solo suspiré yo al verle tan guapo, varias mujeres del principio de la cola hicieron lo mismo.

Devolví el ejemplar firmado a Manuel y les di las gracias por sus palabras y por leerme. El siguiente lector ocupó su lugar.

—Tienes que comer y beber algo, preciosa —dijo Ángel.

—Te hemos traído un granizado de limón, tita.

Ángela, que llevaba las dos manos ocupadas con las bebidas, me tendió una de ellas. Ángel me dio un paquete de galletas.

No me importó la gente que nos rodeaba, me levanté con dificultad porque sin darme cuenta había pasado varias horas sentada y estiré las piernas. Agradecí el detalle a la niña con una caricia en la cabeza y a mi marido lo abracé y le di un beso. Nunca me cansaría de hacerlo, aunque ahora entre nosotros se interpusiera una gran barriga. Hércules, como Ángel llamaba en broma al pequeño brutote que crecía dentro, se movió recordándonos a ambos que estaba ahí y que pronto estaría fuera. Ángel pasó la mano con cariño por el lugar en el que se había sentido el movimiento y su hijo le regaló una buena patada. Crucé con ellos unas palabras ignorando a la gente que nos jaleaba para otro beso y volví a sentarme para seguir con mi trabajo, mientras me refrescaba con mi granizado. Me sentía cuidada, protegida y feliz, y había merecido la pena cada momento de mi vida, tanto bueno como malo, cuya suma me había llevado a ese punto.

Se hizo tarde, la caseta cerró y aún quedaba gente por firmar. La editora se disculpó con ellos diciendo que organizarían otra firma

unos días después dado el éxito que había tenido la autora.

No fui yo quien lo contó, pero, de alguna forma, la historia de cómo Jordi filtró el vídeo de Santi, cómo nos acosó después y lo que pasó con Ángel se supo. De todos los implicados, los únicos que tuvimos un final feliz fuimos nosotros, porque Santi fue acusado de varios delitos que le mantuvieron alejado de España si no quería que lo detuvieran al entrar en el país y Jordi ya sabemos cómo acabó. Eso hizo que la gente volviera a enamorarse de Mary Gym, aunque yo no tenía intención de desenterrarla y reabrir sus redes sociales.

—La editora me ha dicho que el miércoles por la tarde vuelva —conté a Ángel esa noche mientras me desvestía en nuestra habitación de la casa de Leo y Daniela—. ¡Buff! He estado toda la tarde sentada en una silla, pero estoy agotada.

—Estás casi en fecha, Sol dice que deberías frenar un poco.

—Y lo he hecho… —protesté—, solo estamos en Madrid. Me he negado a viajar a otras provincias como querían.

—Lo sé, preciosa, solo ten cuidado, ¿vale?

Me senté en la cama y levanté un pie en su dirección. No tuve que decir nada porque Ángel ya sabía lo que necesitaba. Se agachó, cogió mi pierna y con cuidado comenzó a desatar los cordones de las zapatillas para quitarlas. Luego tiró del calcetín y finalizó con un ligero masaje en la planta, calmando la hinchazón de mis pies. Un masaje que me supo a gloria.

Cerré los ojos y suspiré relajada.

—¿Ves…? Te dije que algún día lo harías tú por mí —le recordé disfrutando del momento.

Carta a mis hijos

En esta carta voy a ser breve, chicos. Hemos llegado hasta aquí, aunque parecía impensable. Un viaje completamente improvisado del que todos hemos aprendido algo. Recuerdo el comienzo, hace ya varios años, cuando no sabíais si estaba sentada al ordenador escribiendo o trabajando y me interrumpíais constantemente haciéndome perder el hilo. Poco a poco aprendimos todos. Vosotros a identificar cuándo escribía y yo, qué momento era el mejor para sacarle el máximo provecho, aunque fuera un ratito. Mil gracias por respetarlo, porque sin vuestra ayuda esto no habría sido posible.

Me guardasteis el secreto con *Si el destino quiere*, sabiendo que me daba un poco de vergüenza que la gente lo supiera. Sé que os moríais de ganas por contarlo. Necesité un tiempo para asumirlo y creérmelo, y me lo disteis. Con *Ella es única* y *Somos mil atardeceres* se convirtió en un hecho, y dejó de importarme qué pensaran sobre ello los que me conocían.

Con esto quiero deciros que da igual qué edad tengáis, incluso a los adultos nos dan vergüenza muchas cosas. Tenéis que aprender a miraros al espejo y preguntaros quiénes sois en realidad. No paréis hasta que este os devuelva vuestro verdadero reflejo y no una imagen de lo que creáis que la gente quiere ver. No hagáis como María. Sed siempre vosotros mismos, aunque eso os haga perder amigos en el camino. Respetaos y respetad. Si no os quieren como sois, no merecen la pena. Y tengáis lo que tengáis dentro, seáis como seáis, yo siempre estaré ahí, porque sois mis niños.

Os quiere,

Mamá